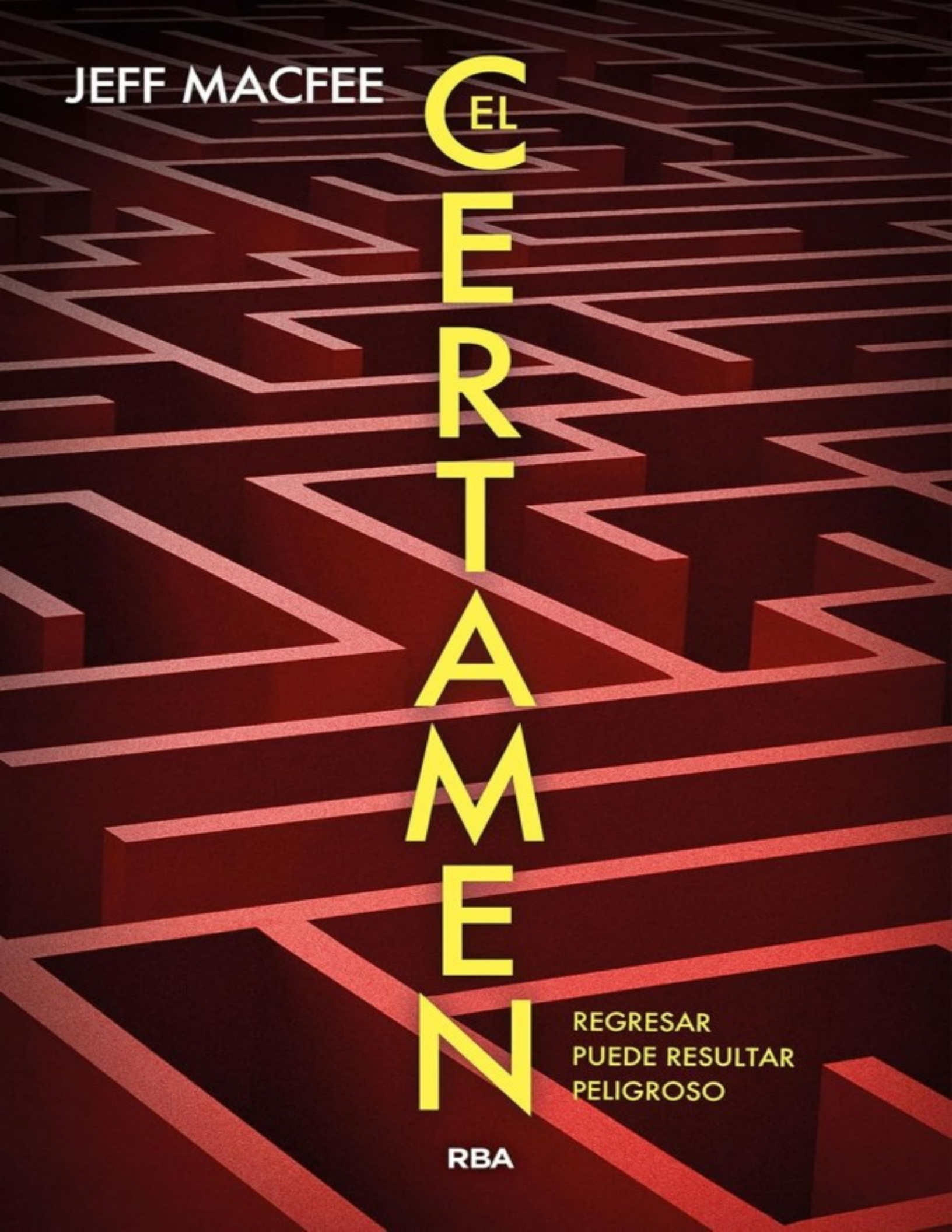

JEFF MACFEE
EL CERTAMEN
REGRESAR PUEDE RESULTAR PELIGROSO
RBA

JEFF MACFEE

EL CERTAMEN

Traducción de Mireia Rué

RBA

Índice

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25

26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
Agradecimientos

Título original inglés: *The Contest*.

© del texto: Jeff Macfee, 2025.
Esta edición ha sido publicada gracias a un acuerdo con JABberwocky Literary Agency, Inc., a través de International Editors & Yáñez Co' S. L.
© de la traducción: Mireia Rué Górriz, 2026.
© de esta edición: RBA Libros y Publicaciones, S. L. U., 2026.
Avda. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.
www.rbalibros.com

Primera edición en libro electrónico: enero de 2026

REF.: OBEO033
ISBN: 9791370311278

Composición digital: www.acatia.es

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47). Todos los derechos reservados.

PARA KAREN

1

9 DE SEPTIEMBRE DE 2000

Gillian Charles, 12 años

Un largo panel blanco descendió hasta encajar en su sitio, bloqueando el pasadizo. Desde arriba, una imagen se proyectó sobre su superficie.

Cuatro concursantes ocupan una sala.
Tommy resuelve un laberinto.
Ellsberg juega al ajedrez.
Leah decora unos vaqueros con lentejuelas.
¿Qué está haciendo Gillian?

Gillian Charles leyó el acertijo tres veces. Las trenzas que su madre le había hecho con tanto esmero se habían deshecho y ahora el pelo le caía sobre la cara. Su camisa a cuadros verdes y negros presentaba múltiples agujeros y, en sus vaqueros de campana, un desgarrón le dejaba al descubierto las rodillas ensangrentadas. Iba descalza porque había perdido las zapatillas en algún rincón del laberinto. Pero hoy el aspecto no importaba, al menos, no a ella.

«¿Qué está haciendo Gillian?».

Un instante de pánico. La pregunta era más difícil de lo que esperaba. Pensó en cada una de las decisiones que había tomado durante el concurso, en cada uno de los enigmas que había resuelto, en los rompecabezas que había descifrado... ¿Y si había malinterpretado las respuestas? Su madre siempre le decía que se precipitaba, que no se paraba a pensar las cosas. Tal vez había acabado en un callejón sin salida.

No, solo era Míster Rompecabezas, el maestro de los acertijos, en todo su esplendor; Sebastian poniéndola a prueba para ver si conseguía hacerla dudar de sus capacidades. La respuesta era obvia.

—Jugando al ajedrez con Ellsberg —dijo.

El panel se alzó y pudo avanzar, pero de inmediato otro le bloqueó el camino.

> ¿Qué cosa pasa por tu barrio, va hasta el aeropuerto
> y te ha traído hasta aquí sin moverse nunca?

—La carretera —contesta.

> Gillian mira al sur.
> Leah mira al norte.
> Pueden verse sin espejos.
> ¿Cómo es eso posible?

—Están cara a cara.

Más obstáculos. Panel tras panel.

—La letra M.

—La puerta con el león.

—Tira del tapón.

El asalto continuó. Con cada pregunta, Gillian se sentía más segura, con más agudeza.

Cada vez era más probable que ganara el Certamen Extraordinaire.

El pasadizo se transformó en una desagradable tubería de hierro fundido. El techo le quedaba a más de dos metros de la cabeza y el agua se colaba por las rejillas de los desagües, acumulándose hasta la altura de sus tobillos. Y no estaba sola. Delante chapoteaba un chico enclenque de pelo pajizo, vestido con americana, polo y pantalón corto, con una mancha púrpura de nacimiento visible bajo su pelo fino. Era Mr. Peanut, la conocida imagen de los cacahuetes Planters hecho persona.

Martin Ellsberg vivía en un parque de caravanas a las afueras de Mobile, Alabama, donde su aspecto extraño le había valido más de un golpe. Pero era duro. Pese a las pruebas del Certamen, había conseguido conservar sus mocasines de cuero, los zapatos más ridículos que Gillian hubiese visto jamás. Había resuelto su último enigma tres segundos antes que ella, así que más le valía no subestimar a Ells —y su fingido acento alemán— si no quería abandonar el concurso en una camilla.

Aun así, al no ver por allí a ningún otro concursante, Gillian se relajó. Iba con ventaja y no le costaría batir a Ellsberg en una carrera. Él se sobresaltó cuando la vio acercarse a la carrera, pero enseguida recuperó la compostura. Hicieron su saludo secreto —

palma, contrapalma, codos, puño— y se encaminaron juntos hacia el túnel.

—En el último acertijo —dijo Ellsberg— deberías haber subido más rápido por la escalera.

—¿Has subido por la escalera? Interesante.

Él frunció el ceño.

—¿Tú qué has hecho?

Gillian no respondió. Se sacó unos M&M's de cacahuete del bolsillo. Nunca los había probado antes del Certamen, antes de conocer a Tommy. Se metió unos cuantos en la boca.

—¿Qué ha sido de Leah? —preguntó él.

—No ha resistido la prueba «Bébeme». La he visto vomitando por todas partes.

Ellsberg asintió. ¡Cómo no!

—Intoxicación alimentaria, supongo. —Se frotó la mancha de nacimiento—. ¿Has visto a Tomas?

De pronto, recordó la expresión de Tommy cuando se había quedado a solas con él en aquella sala.

—Al principio. Se quedó atascado en la prueba de deducción.

—Entonces ya lo deben de haber sacado. —La mirada de Ellsberg se entretuvo en los pies descalzos de Gillian, quizá pensando en lo cerca que había estado ella de quedar fuera del Certamen—. ¿Adónde crees que van los que pierden?

—Nadie resulta herido, ¿recuerdas? Eso dijo Sebastian.

Sebastian Luna era el creador del Certamen Extraordinaire. Era un *showman*, un magnate, un visionario. El recinto que había creado, su Bazar, con el palacio de los acertijos en la superficie y el entramado de túneles bajo tierra, ofrecía un premio increíble al

primero que consiguiera escapar: una casa, un coche nuevo y flamante, y más dinero del que las familias de los concursantes hubieran soñado jamás. Pero para Gillian el Certamen significaba algo más: la oportunidad de estar junto a Sebastian.

Ellsberg dejó escapar un bufido de descrédito y Gillian, al verlo ahí tan seguro de sí mismo, no pudo evitar sentir cierto aprecio y le ofreció el resto de sus dulces. Él miró el paquete con reticencia.

—¿Son los M&M's que te dio Tomas el primer día?

—Su madre le envió una bolsa enorme. Trabaja en una clínica dental y recibe donaciones.

—Lo sé. Pero no deberías aceptar regalos. Ya pasáis demasiado tiempo juntos.

Ella se encogió de hombros, como diciendo: «¿Los quieres o no?». Ellsberg miró hacia otro lado.

—Los de cacahuete son los mejores —insistió ella.

—Se te quedan pegados en los dientes.

Ella le sonrió; tenía los suyos cubiertos de chocolate y pedacitos de cacahuete. Ellsberg hizo una mueca de asco, pero no pudo sostenerla y enseguida rompió a reír. Mientras los dos se desternillaban, una nueva voz resonó en el túnel.

—Daos prisa. Estáis perdiendo.

El buen humor abandonó el cuerpo de Gillian. Había dejado que la amistad se interpusiera en la competición, dando por sentado que no perdería, pero ya lo estaba haciendo.

Corrieron por el túnel.

Tommy Kundojjala estaba de pie en el borde de la tubería. El agua caía a su alrededor, formando una cascada de nueve metros de altura. Era todo un gallito. A pesar de ser bajo y fornido, y de no tener motivos para ser popular, lo era. Tenía una voz aguda y chirriante, además de un ojo vago. Llevaba una camiseta de Hannah Montana que todavía seguía impecable. No le costaba ganarse a la gente. Saludaba como un presidente, o como si fuera alguien famoso. Y era listo: había conseguido el mejor tiempo en la prueba clasificatoria del Certamen. El tesón le venía de familia. Sus padres habían abandonado el estado indio de Odisha en busca de una vida mejor, primero en Londres, y, más adelante, en Estados Unidos. Ahora todos vivían allí, en un apartamento destartalado a las afueras de Chicago: Tommy, sus seis hermanos y dos tías. Necesitaba ganar el Certamen tanto como Gillian. Pero ella estaba decidida a llevarse el premio.

Gillian se acercó a Tommy y se saludaron con su ritual secreto. Luego se adelantó hasta el borde y se quedó allí, inmóvil, mientras el agua helada de la cascada corría entre sus tobillos desnudos. Aquella era una de las muchas tuberías que alimentaban el lago oscuro que se formaba en la base de esa gruta monumental. Al otro lado del agua, a los pies de un acantilado imponente, le pareció distinguir una playa y, más arriba, la entrada siniestra de una cueva. No había escalera, ni puente; solo un camino descendente. Aquella era la meta, o al menos estaba muy cerca. Lo presentía. Pero Tommy aún no había saltado, y eso la ponía nerviosa. Hasta entonces, los movimientos que había ido haciendo durante el Certamen le habían parecido un misterio imposible de descifrar.

A su izquierda, su amigo le sonrió, mostrándole sus dientes deslumbrantes.

—¿Lista, Gil? —Su voz insinuaba que sabía que no lo estaba—. Es bastante alto.

—Lista.

Estaban hombro con hombro. Ellsberg se movía con nerviosismo unos pasos por detrás. Tommy lanzó una mirada a los pies descalzos de Gil.

—¿Tu madre no se va a enfadar cuando vea que has perdido los zapatos?

—Los conseguí en objetos perdidos, en el centro cívico. Los míos están en casa.

—Vaya suerte.

—¿Suerte? Son de segunda mano. A mi madre casi le dio un ataque cuando los compré. Según ella, no me sujetaban bien el tobillo. —Y entonces Gillian imitó la voz de su madre—: «Yo te habría comprado unos nuevos». —Suspiró—. Y seguro que lo habría hecho, claro. Así que ni hablar.

—Tu madre me cae bien. Le pediré disculpas después de ganarte.

Se creía muy gracioso. Y en cierto modo lo era, pero Gillian no pensaba reconocérselo. Se limitó a sacar otro M&M's del bolsillo y masticarlo de forma exagerada. Una lenta sonrisa se dibujó en el rostro de Tommy al reconocer el sonido característico de los dulces que le había regalado.

—Habláis demasiado —intervino Ellsberg desde atrás—. Vamos, saltad de una vez.

—¿Tienes prisa por librarte de mí, Ells?

—No. —Ellsberg hablaba con una intensidad extraña—. Solo digo que estás cagado.

Al principio, los dos chicos habían chocado —más por la actitud de Ellsberg que por la de Tommy—, pero durante las pruebas clasificatorias se habían ido acercando, igual que Gillian y Leah. Haber resuelto los mismos acertijos y provenir de entornos difíciles los había convertido en amigos, además de en rivales. Los saludos secretos, las pulseras de goma a juego... Se divertían, siempre que nadie mencionara qué ocurriría el último día, cuando solo quedara uno.

Tommy mantuvo el tipo.

—No lo estoy.

—Sí que lo estás. Estás muerto de miedo. Se te nota. No vas a saltar.

—Puedo saltar cuando quiera. Solo dame un segundo.

—No digas tonterías. Todavía seguirás aquí cuando gane.

Tommy alzó la voz:

—No estoy asustado.

Ninguno de los dos se movió. Gillian observó con atención el comportamiento de Tommy y lo comprendió: su ojo derecho vago, su pésima percepción de la profundidad, su miedo a las alturas. Lo de Ellsberg, en cambio, no lograba entenderlo. Le temblaba la voz y se le aceleraba la respiración. Y no era Tommy quien lo detenía. Ellsberg también estaba asustado de lo que les esperaba abajo.

El miedo los tenía paralizados. Vacilaban: se lo estaban jugando todo.

Gillian se lanzó al vacío.

El agua helada le arañó la piel, como las garras frías de una bruja. El impulso de la caída casi la hundió hasta el fondo, sumida en una penumbra que le impedía ver. Pataleó hacia la luz, con los pulmones a punto de estallar, y pronto emergió. En cuanto se orientó, nadó hacia la orilla, y se arrastró fuera del agua hundiendo las manos en la pequeña península de arena. Se dio la vuelta para ver lo que dejaba atrás: todo un mundo acuático. Tubos de PVC de diferentes diámetros se tragaban el agua del lago para distribuirla por todo el sistema vascular que alimentaba el complejo, y luego la devolvía de nuevo al lago a través de múltiples desagües. Gillian se preguntó adónde irían todos aquellos tubos, pero enseguida pensó que tendría toda una eternidad para explorarlos cuando ganara.

Se puso en pie y miró al frente. Ante ella se alzaba la única salida visible. Unas estacas clavadas en la arena sujetaban una gruesa red que se elevaba por los cinco metros de roca que la separaban de aquella gruta oscura. El recorrido de malla se asemejaba a una hamaca gigantesca y la cueva parecía una boca ávida y hambrienta. Encima de la entrada se podía leer un mensaje grabado en una placa de acero: «victoria».

Ahí estaba. El último desafío. Gillian echó un vistazo alrededor, pero los chicos aún no habían aparecido. Corrió hacia la red.

Las sogas trenzadas le arañaban la piel. Las rodillas se colaban por los huecos del entramado, que la atrapaba como si fuera un animal salvaje. Pero enseguida comprendió que debía estirar más las piernas y colocarse sobre los nudos donde las cuerdas se cruzaban. Ya había dejado atrás la playa.

Oyó un grito desgarrador a sus espaldas. Todo su ser le gritaba que siguiera adelante, que escalara la red hasta llegar al camino

amarillo, pero, aun así, se giró. Ellsberg se agitaba en el lago oscuro, levantando desesperadamente la barbilla por encima de la superficie. No sabía nadar.

En algún rincón de su mente, Gillian oyó la voz suave pero firme de su madre. Pese a su poca estatura, su madre siempre se imponía. «Gillian Charles, ¿piensas abandonar a ese chico a su suerte? ¿En qué clase de persona te convierte eso?».

Se quedó paralizada, con las manos agarradas a las cuerdas. Delante la esperaba la gloria, dejar atrás la ropa heredada. Dinero suficiente para pagar el tratamiento para el lupus de su madre, la posibilidad de vivir libremente, en lugar de la trampa que había sido su existencia hasta ese momento. Visualizó la cama que compartía con su hermana, su desastroso apartamento junto a la I-45, llena de camiones día y noche. Ganar significaba la promesa del dinero que le permitiría acceder a todo lo que siempre había deseado.

Ellsberg gorjeó y desapareció bajo el agua.

Y Gillian quería que estuviera bien.

Dejando la sensatez a un lado, se dio la vuelta. Devolvió sus pasos hasta la playa, sin dejar de mirar a un lado y a otro, e hizo uso de su visión periférica para comprobar que no había rastro de Tommy.

Podía lograrlo. Podía sacar a Ellsberg del agua y aun así conseguir la victoria. Ser despiadada, pero también compasiva.

Se metió en el agua y aguantó el frío punzante. Nadó con determinación hacia el punto en el que Ells había desaparecido. Notaba que el agua le golpeaba en los oídos, pero poco a poco comprendió que era el sonido de su propio corazón. Cada latido marcaba la cuenta atrás, el sonido de Tommy acercándose.

Abrió los ojos bajo el agua. No veía el fondo, pero sí pudo distinguir una forma oscura que se agitaba: un chico con mocasines de cuero, arañando el agua en vano, como si estuviera atrapado en un pedazo de ámbar.

«Ellsberg, idiota, deberías haberlo sabido». Sebastian conocía perfectamente a sus concursantes. Sus fortalezas, sus miedos, sus debilidades. «Seguro que estaba al corriente de que no sabías nadar».

Se zambulló hacia el fondo.

Pataleó con fuerza envuelta por el agua. Con los brazos extendidos, se lanzó hacia Ellsberg y cerró los dedos sobre su chaqueta tupida: el chico era ya un peso muerto. Tiró de él, pero no conseguía acercarse a la superficie. Le ardían los pulmones. El agua se había convertido en una presencia, un monstruo al que le traía sin cuidado que ella ganara el Certamen, que viviera o que muriera. Tiró con más fuerza. Notaba cómo se le elongaban los músculos, cómo sus huesos parecían desencajarse de las articulaciones. Ellsberg forcejeaba y, con cada movimiento, conspiraba para hundirlos más.

Menudo imbécil. Este crío inútil los iba a matar a los dos.

Ellsberg se libró de la chaqueta.

Quedó suspendido un instante, como si fuera un cuerpo ingrávido, flotando con entusiasmo. Gillian lo agarró del brazo y de nuevo trató de alcanzar la luz. La presión la impulsaba hacia la superficie, ansiosa por respirar y por conseguir la victoria. Había luchado mucho para poder tener aquella oportunidad; se había pasado meses entrenando, demostrando ser más lista que todos los genios a los que se enfrentaba. Ellsberg no iba a detenerla. Ni por asomo.

Salieron a la superficie, jadeando. Ellsberg se aferraba a ella, como una foca ansiosa y torpe por alcanzar la playa. Con los músculos ardiendo, Gillian lo arrastró hasta la arena. Juntos se tambalearon hasta la orilla. El chico se desplomó de inmediato, tosiendo y escupiendo agua, pero Gillian siguió en pie: algo más poderoso que el agotamiento la empujaba de nuevo hacia la red.

—Lo siento —consiguió articular Ellsberg.

Aquellas palabras no le sirvieron de consuelo. Gillian se repetía una y otra vez que había hecho lo correcto. Se decía que ahora que Ellsberg estaba a salvo podría dejar de pensar en él. Pero el problema no era Ellsberg, sino alguien a quien no veía.

Volvió a agarrarse a la red. Ahora ya sabía cómo tenía que hacerlo. Enseguida coronó el ascenso y dejó atrás el entramado de cuerdas. Sin perder ni un segundo, echó a correr hacia la cueva. Luces multicolores parpadeaban en el fondo de profundas cavidades abiertas en la pared, convirtiendo el túnel en un torbellino psicodélico. El viento aullaba. Figuras indistinguibles se retorcían en la oscuridad. A pesar de todo, Gillian siguió corriendo. Los músculos le ardían, los pies le dolían, pero ella seguía corriendo.

Y entonces se detuvo.

El túnel se bifurcaba. Al final de cada ramal había una puerta lisa, sin ninguna marca: dos opciones idénticas. Nada indicaba que alguien hubiera pasado ya por allí: el suelo estaba impecable, salvo por algo que brillaba justo donde el camino se bifurcaba. Eran tres cajas con etiquetas absurdas:

RAL ANA

API SEÑE QUEPA

GARN SE NELDA

Anagramas. No eran difíciles, por lo que Gillian casi se sintió decepcionada. Buscó la respuesta en las letras y su gesto se agrió. Sebastian se creía muy ingenioso a la hora de poner apodos a los concursantes. Ellsberg, La rana. Tommy, El gran danés. Y a Gillian, a veces, la llamaba su «pequeña sepia», un pez camaleónico, capaz de ver el futuro incluso antes de nacer, según defendían algunos científicos. No soportaba que la llamaran así.

Se arrodilló y abrió la caja que le correspondía. Dentro había dos llaves maestras que se complementaban. La de la izquierda formaba un cuadrado con la tija. La de la derecha, un hueco que se enganchaba sobre ese cuadrado, aunque el espacio no permitía separarlas sin ser manipuladas. Llaves del Diablo. Un escalofrío la recorrió de arriba abajo, pero no a causa de la humedad que le calaba los huesos. Sebastian conocía sus puntos débiles. A Gillian siempre le había costado resolver los rompecabezas tridimensionales. La sacaban de quicio las piezas que costaban de encajar y desencajar. Pero enseguida descubrió dos cerraduras en el falso fondo de la caja y no tardó en adivinar que las llaves solo funcionarían si las giraba al mismo tiempo. Tras esos cierres debía de estar la respuesta que necesitaba. ¿Qué túnel debía elegir?

Se enderezó y ladeó la cabeza al oír algo a sus espaldas. Le pareció que eran voces, pero no conseguía distinguir lo que decían. Tommy ya debía de haber llegado a la playa. No le quedaba tiempo que perder.

Se concentró en el rompecabezas. Cerca del extremo de la tija, la llave izquierda (la que tenía la protuberancia) tenía una ranura lo

bastante estrecha como para encajar con las muescas de la llave derecha y permitirle el paso. Pero esa ranura quedaba fuera del cuadrado que atrapaba la otra llave. Había que mover una alrededor de la otra. Pero ¿cuál? ¿Y en qué dirección? Como la llave que daba más juego era la derecha, empezó por ahí. La giró hacia la ranura, pero los dientes de la llave izquierda eran tan estrechos que le impidieron el paso. Probó hacia el otro lado: igualmente inútil. El cuadrado de la izquierda estaba atrapado con metal grueso. ¿Cómo iba a separarlas?

Le temblaban las manos. Sabía que tendía a confiar demasiado en su instinto. Giraba las piezas, las forzaba, probaba una y otra vez con la esperanza de encontrar la solución. Al final lo lograba, pero el proceso era tan complicado que empleaba demasiado tiempo, suficiente para que un imperio se levantara y volviera a caer. No podía permitirse ese lujo. La idea de estar allí parada, sin reaccionar, la superaba. Tenía que pensar, que trazar un plan.

Una carcajada resonó en la playa. Las cuerdas crujieron: alguien había saltado sobre la red y había trepado hasta el lugar en el que Gillian seguía pasmada.

«Sigue con el rompecabezas, Gillian. Tú puedes. Demuéstraselo».

Siempre podía arriesgarse a escoger un túnel al azar, pero quizá ninguno fuera el correcto. Hizo girar poco a poco el rompecabezas en las manos. Sus ojos pardos recorrieron rápidamente la longitud de la llave. «Piensa en tres dimensiones, no en dos. Y ten en cuenta todos los detalles. Imagina cuál sería el resultado final». Y entonces sonrió. Allí estaba. Lejos de ser la solución, la ranura que había en la punta de la llave izquierda era solo una parada en el camino. En el

ojo de esa misma llave había otra hendidura que no había visto. Si desplazaba la llave derecha hasta allí, ambas se separarían.

Volvió a colocar la llave derecha en la ranura, pero la sostuvo en ángulo recto, sobre un eje «z» con respecto a la llave izquierda. Con ese movimiento, la abertura de la derecha pasó por encima de la ranura, y la llave que antes estaba en la derecha acabó en el lado izquierdo. Luego giró la llave de modo que el ojo quedara en la parte de arriba. Respirando despacio, la deslizó por encima de la otra, hacia su pecho. Los dientes pasaron por la ranura y entraron en la parte superior. Gillian movió la llave derecha en la dirección de las agujas del reloj. Cuando alcanzó la ranura, pudo sacarla. Las llaves complementarias se separaron en sus manos.

De pronto, unos pies descalzos avanzaron por la roca que tenía detrás.

Gillian introdujo las llaves en sus respectivas cerraduras. Y las hizo girar. El fondo falso de la caja se abrió de golpe. Contenía un papelito doblado. Lo leyó enseguida, sin sacarlo de su sitio.

DOS ERRORES.

El que mucho yerra, no es diestro.

El túnel de la izquierda, pues.

Dejó la caja y echó a correr a toda prisa por el túnel de la izquierda, con las trenzas golpeándole el rostro. Al llegar a la puerta, cedió sin resistencia. Al otro lado solo había oscuridad. Gillian no se detuvo, no titubeó. Cuando la puerta se cerró a sus espaldas, supo que no habría vuelta atrás. Notó la caricia de la primera cortina mientras corría, un velo de gasa que filtraba la luz. Se encontraría

con otras, cada una más tupida que la anterior. Las fue apartando con los músculos agotados. Atravesó lino, tul, franela y terciopelo. Oía voces; al principio apagadas, después más fuertes. Avanzaba, abriéndose paso con dificultad. Oyó gritos de alegría. El túnel estaba cada vez más iluminado.

Dejó atrás el pasadizo y el alboroto la engulló. Estaba en una carpa enorme, rodeada de gradas abarrotadas de gente. El público rugía. El aire olía a palomitas y a algodón de azúcar. En el centro, había un único círculo marcado en el suelo y, en medio, un hombre. Dominaba el espacio a pesar de su estatura. Era bajito, de piel tostada. Europeo, quizá español. Llevaba una levita morada, un chaleco negro muy elegante y unos pantalones de color naranja. En la cabeza, una boina negra, y en los pies, zapatos de punta. Resultaba exótico y familiar a la vez, como el tío bondadoso que regresa de un país lejano cargado de historias para fascinar a sus sobrinos. Era imposible no reconocerlo: su rostro y su nombre estaban por todas partes, en camisetas, bolsas de la compra, pancartas. el certamen extraordinaire de sebastian luna. Él coronaría al vencedor.

Pero Tommy estaba a su lado, sonriendo de oreja a oreja.

Gillian se quedó paralizada. Incluso más que bajo el agua helada. Le invadió una sensación de irrealidad, como si pilotara su cuerpo desde una sala de control situada en lo más hondo de su cerebro, ajena a todos sus sentimientos. Tiraba de un par de palancas para que sus piernas se movieran. Hacía que su cabeza girara a la derecha y a la izquierda, atraída por los vítores dedicados a otro. Avanzó hacia Sebastian y hacia Tommy. Se plantó delante de ellos,

esperando que Sebastian la viera. Pero él solo tenía ojos para el vencedor.

—¡Lo has logrado, muchacho! —El hombre resplandecía. Cuando te miraba, creías que no veía a nadie más en el mundo—. Sabía que podías hacerlo.

El micrófono que llevaba sujeto en la solapa propagaba sus palabras por toda la carpa, aunque era tan carismático que se diría que su voz viajaba kilómetros sin necesidad de ser amplificada.

Tommy estaba pletórico. No paraba de brincar. No acababa de creerse la suerte que había tenido —o, mejor dicho, lo hábil que había sido—. Gillian sabía exactamente lo que estaba sintiendo Tommy. Llevaba meses imaginando lo que experimentaría al ganar, ensayando cómo reaccionaría. Había fabricado la versión perfecta de ese momento y la había reproducido en su mente cada minuto del día... hasta hacía apenas diez segundos.

Sus labios se separaron, pero no supo qué decir. Vio los vaqueros, las camisetas, las Nike: todo de la talla de Tommy. El gigantesco cheque de un millón de dólares. Los abogados mostrando fotos y documentos, hablando de coches nuevos y de una casa de cinco dormitorios que estrenaría ese mismo día.

Los demás perdedores habían desaparecido: el equipo de Sebastian los había sacado del escenario con maestría. Gillian era la única derrotada que permanecía de pie en primera fila. Sumida en la derrota.

Por fin, Sebastian se fijó en ella. La miró como si fuera un hilo suelto que asomaba tras uno de sus botones. Hizo una mueca.

—Y aquí está la pequeña Gillian.

«La pequeña Gillian», como si fuera un adorno que había olvidado.

—Pero... —dijo ella.

Eso fue lo único que pudo decir: «Pero».

Sebastian la miró con ojos brillantes.

—Pero ¿qué?

—Me he parado para ayudar a Martin —dijo, con la voz quebrada —. No... no sabe nadar...

Sebastian se agachó. Era otra de sus señas de identidad: ponerse a la altura de los niños, un gesto que Gillian siempre había apreciado.

—Eso no es verdad —replicó.

En su mente, en algún lugar incluso más remoto que aquella sala de control imaginaria, algo se removió. Una sospecha oscura. Una verdad intuida que, sin embargo, había desoído para no afrontar lo desagradable que resultaba. Gillian sabía lo que iba a decir Sebastian incluso antes de que abriera la boca.

—Martin sabe nadar perfectamente.

El público había enmudecido. Se oyeron risas y algún que otro gemido compasivo. Y luego, por fin, una oleada de aplausos surgió desde el fondo de las gradas.

Martin Ellsberg adelantó a Gillian y se colocó al lado de Sebastian y de Tommy.

Le escocían los ojos. Una mezcla de rabia, vergüenza y decepción amenazaba con liberar sus lágrimas. Pero no pensaba llorar. No les iba a dar ese gusto.

Ellsberg no fue capaz de mirarla. El muy cabrón estaba demasiado avergonzado.

—Estaba trabajando para ti —escupió Gillian.

Sebastian negó con la cabeza.

—Esa no es la cuestión, pequeña. La cuestión es que has cometido dos errores.

«Dos errores».

—El primero ha sido detenerte. No te detengas nunca. No dejes de perseguir el premio cuando sabes que vas bien. Si titubeas, si dudas, ahí es cuando pierdes.

Lo dijo con tal convicción... Aquel hombre se había fabricado a sí mismo desde la nada y había levantado todo un imperio. Sabía de lo que hablaba. Y Gillian habría deseado no creerlo.

—Y tu segundo error ha sido ayudar a Martin —añadió.

—¿Se suponía que debía dejar que se ahogara?

No le gustó la furia temeraria que dejaba traslucir su voz. Pero a Sebastian le resbalaron sus palabras, no le afectaron lo más mínimo. Le colocó la mano en el hombro con un gesto tierno que a ella le pareció condescendiente.

—Se suponía que debías perseguir tu sueño —dijo—. Y tener claro que yo jamás permitiría que un niño sufriera ningún daño en mi Certamen.

Sebastian se irguió.

—Convicción —proclamó, dirigiéndose más al público que a ella—. Determinación.

Retiró la mano del hombro de Gillian y atrajo a Tommy hacia él. El chico estaba absorto en sus sueños cumplidos: tendría riqueza, privilegios y poder para el resto de sus días.

—Enseguida vi que Tomas Kundojjala tenía estas cualidades. Y supe que ganaría.

El público se levantó en masa y los vítores llenaron el recinto. El bullicio hinchó la carpa creando una atmósfera cada vez más sofocante y opresiva. Gillian no sabía qué hacer. No debía haber acabado así. La furia se apoderó de su pecho y la pasión ascendió por su garganta impidiéndole contener las palabras.

—¡Yo podría haber ganado! —gritó—. ¡Podría haber ganado!

Pero nadie la escuchó. Y, si alguien lo hizo, ya no importaba. Sebastian llamó sutilmente a sus ayudantes: personas de aspecto afable pero con manos firmes se llevaron a Gillian del círculo central, que ahora solo pertenecía a Tommy. Mientras los ayudantes de Sebastian escoltaban a Gillian, la familia del ganador irrumpió a toda prisa en la pista. Huían de su antigua vida, convencidos de que jamás tendrían que volver a ella.

«Has hecho lo correcto», se repetía Gillian con voz firme, incluso mientras la arrastraban de vuelta a la vida de la que no había conseguido escapar. «Salvar a Ellsberg ha sido lo correcto».

Pero lo que la atormentaba de verdad eran las palabras que había dicho en voz alta.

«Podría haber ganado».

2

4 DE SEPTIEMBRE DE 2018

Gillian Charles, 30 años

«Y a los que estáis atrapados en un atasco, os alegrará saber que el área de Los Ángeles ha caído hasta el sexto puesto en la lista de las ciudades más congestionadas del país».

Gillian intentó ignorar la radio y tamborileó con los dedos sobre el volante. Resopló para apartarse algunos rizos de la frente. Los coches avanzaban por la 101 con la lentitud de una serpiente somnolienta.

—Vamos... —murmuró, tratando de acallar la voz que le recordaba que la única culpable era ella.

Sabía perfectamente que el tráfico de Los Ángeles la estaba esperando cuando salió de casa a las cinco de la mañana. Pero quería vigilar a la señora Newton, una buscavidas que estaba de baja por una supuesta lesión en la espalda. Si la hubiera grabado haciendo algo inadecuado para su condición, la compañía de seguros la habría recompensado con un pastón. El asunto había resultado un fracaso, pero al menos aún podía conseguir los otros beneficios económicos que le reportaría ir en coche.

Sacó la mano por la ventanilla abierta: el aire acondicionado del Corolla estaba estropeado. Todo resultaba más pesado, más lento,

en esa atmósfera amarillenta. Había habido otro aviso oficial de contaminación por humo, pero las alertas de calidad del aire eran tan usuales como los embotellamientos. Jugueteó con la esquina levantada del vinilo que tenía pegado en la puerta, uno de los tres anuncios que exhibía su coche. Su trabajo publicitario le exigía hacer 50 kilómetros diarios para poder cobrar los 300 dólares, un recorrido controlado con una exactitud casi insultante por el GPS instalado por la empresa.

Por el rabillo del ojo vio que un hombre la miraba. Cabello blanco peinado hacia atrás, barba cuidada, traje llamativo. Conducía un BMW y parecía sacado de un anuncio de Rolex. Estuvo valorándolo: ¿atractivo o más bien grosero? Entonces se dio cuenta de que no la estaba cortejando. Se burlaba de los anuncios pegados en el exterior de su coche.

Sintió un escalofrío en la nuca. La ira le subía por la espina dorsal, una sensación que notaba aún más desde que se había cortado el pelo. El nuevo corte casi dejaba traslucir sus emociones, a la vista de quien supiera leerlas. Pero el del BMW no podía saber que había perdido los nervios. A ver, si se hubiese dado cuenta, tampoco es que le importase.

—¡Eh! —gritó por la ventanilla.

El hombre del BMW levantó la mirada, y Gillian le hizo un gesto con el dedo para mandarlo a la mierda. Él puso cara de haberse tragado un limón. Miró al frente y volvió a concentrarse en la fila inmóvil de coches.

Gillian se echó a reír. Los capullos siempre se comportan como capullos. Una ley en la que puedes confiar.

Siempre que podía, Gillian compaginaba varios trabajillos al mismo tiempo. Mientras examinaba la etiqueta con el precio de un collar de oro rosa, no perdía de vista al padre irresponsable que le estaba comprando un anillo de compromiso a su última joven adquisición. El collar era una fruslería sin importancia, de 18 quilates y una treintena de diamantes incrustados.

—Encantador —sugirió el dependiente sin apartar la mirada de Gillian.

O trataba de desnudarla con los ojos o se estaba preguntando si iba a robar la joya. Por supuesto, no iba a comprarla, al menos no con su dinero. Si se la quedaba, si le parecía lo bastante refinada, pagaría con el dinero de su clienta. Gillian era la *personal shopper* de Chantal, dueña de un pequeño imperio de cosméticos y una empresa de zumos que le daban lo suficiente como para tener esparcidas varias casas en diversas ciudades. El collar era muy moderno. Sencillo, exclusivo, y totalmente del gusto de Chantal. Gillian le pidió al dependiente que se lo envolviera, mientras aprovechaba para sacar algunas fotos del libidinoso ex de Bria con el móvil.

Bria vivía en el mismo edificio que Gillian. Era escandalosa y divertida, y cuando no se encargaba de la cafetería de la esquina, participaba en las competiciones para superatletas del Ninja Warrior. Había tenido tres hijos con su ex, Clay, pero todos vivían con ella a tiempo completo. Clay era piloto, y su horario y su sueldo no le permitían cargar con su prole. «Son tiempos duros para las aerolíneas. No puedo permitírmelo, cariño», era la excusa que le ponía siempre a Bria.

Clay pagó el ostentoso anillo de diamantes en efectivo. Hacía un rato, Gillian lo había visto entrar en un banco (uno que no figuraba en la lista de cuentas aportada por su abogado) y salir con una sonrisa de oreja a oreja. Debía de tener una caja de seguridad que no había declarado. Si era preciso, Gillian entraría en la sucursal para conseguir pruebas, pero confiaba en que con las fotos que le había hecho en la joyería, el imbécil cedería. Bria se merecía algo mejor que aquel hombre al que se había atado durante cinco años, aunque todos cometamos errores.

El salido de Clay se volvió hacia Gillian, pero ella le dio la espalda antes de que sus miradas pudieran cruzarse. Fijó la atención en una revista que el dependiente tenía tras el mostrador. La página visible mostraba un crucigrama que alguien ya había empezado. Antes de darse cuenta, ya había completado tres definiciones.

—Instinto —murmuró—. Arafat. Wham.

Notó un sabor amargo al pronunciar las palabras. Acababa de recaer en el vicio de los rompecabezas con solo una simple tentación. Y además en voz alta. El dependiente dio un paso al lado para tapar la revista, molesto de que fisgoneara en sus cosas. Pero su malestar no era comparable con el de Gillian.

Volvió a fijarse en la feliz pareja. La nueva novia de Clay irradiaba entusiasmo, colgada de su brazo, y él estaba prendido de su propio encanto. De repente, Gillian tuvo la certeza de que Clay saldría impune de todo aquello. Desestimarían las fotos y encontrarían una explicación plausible para justificar la existencia de la cuenta oculta; Clay volaría a otra ciudad y allí seduciría a otra incauta jovencita. Volvería a aparecer pulcro y peinado, con cara de ganador. Sonriendo como todos ellos.

Cargó el collar a la cuenta de Chantal y salió de la tienda a toda prisa, para evitar hacer algo de lo que pudiera arrepentirse.

Atrapada de nuevo en el tráfico, Gillian aprovechaba cada segundo. El móvil descansaba boca arriba en el asiento del copiloto, entre las bolsitas que contenían los artículos de lujo que había comprado para sus clientas. Una voz metálica salía del altavoz del teléfono. Bria sonaba más abatida de lo que Gillian había esperado.

—¿Estás segura? Es que... incluso tratándose de él...

—Es un cabrón, cariño. —Los coches avanzaban a paso de tortuga, con dificultad, obligándola a poner todos los sentidos en la conducción. En la 71 se había estrellado un camión hacía unas horas y, aunque ya lo habían retirado de la carretera, el atasco persistía—. Ha pagado el anillo en efectivo, como mínimo diez mil. He hablado con el dependiente; Clay ya había estado allí otras veces. Compró un reloj. Una tobillera para su hija. No sé qué trola le estará contando a su abogado, pero tiene más de lo que dice.

—Quizá haya alguna explicación.

Gillian notó una opresión en el pecho. Se había pasado el día siguiendo a ese cabrón, y Bria aún trataba de excusarlo.

—No hay ninguna. Solo piensa en él. Siempre ha sido así. Siento no poder hacer algo para que sea un hombre fiable y honesto, pero es que el carácter nos define a todos. Ojalá el mundo fuera distinto, de verdad.

Un silencio crepitante se instaló en la línea. Gillian se frotó la frente. Creía que sus esfuerzos le habrían dado una alegría a Bria, que por fin podría acorralar a su escurridizo exmarido. Pero a Bria no le resultaba fácil soltar ese lastre emocional. Descubrir que su antiguo amante era una rata era doloroso, no liberador.

Gillian creía que se le daba bien leer a la gente. Sin embargo, había días en los que ni siquiera estaba segura de tener algún talento.

Cuando la conversación ya parecía llegar a su fin, Gillian aparcó en su plaza. Sin vistas al mar, sin marquesina, un simple parking cubierto: era todo lo que podía permitirse.

—Oye, acabo de llegar —dijo—. Tengo que guardar unas cosas y darme una ducha. Luego me paso. Tomamos una cerveza y nos olvidamos de toda esta mierda.

—Suena bien. Pero asegúrate de llamar a la puerta, ¿vale? Los niños estarán abajo y...

—Tranquila, apenas notarás que estoy.

—Eres la mejor, Gil.

Gillian alargó la mano para recoger el móvil que había quedado oculto entre las muestras de la riqueza ajena. «¿La mejor en qué, en ir tirando?».

—Gracias —atinó a decir, y colgó.

Se quedó sentada en el coche, con una sensación de derrota. En la calle, una empleada de una empresa de mensajería cualquiera trataba de enderezar su bicicleta, rodeada de un mar de pancartas tiradas en el suelo: «ni una muerte más. sin justicia no hay paz». Hacía unas horas, había habido una manifestación en respuesta al asesinato de otro chico a manos de la policía. A Gillian le habría gustado participar, incluso sentía que era su deber hacerlo, pero el trabajo no podía esperar, o al menos eso se decía a sí misma. En realidad, no estaba segura de que nada fuera a cambiar. Alguien se apropiaría de la causa —alguien carismático, con gancho mediático—

y el movimiento acabaría convertido en el vehículo de su éxito. Había visto torcerse ya demasiadas campañas nobles.

Al final, su conciencia tomó el mando. Salió del coche y ayudó a la mensajera a enderezar la bici caída y a limpiarle el polvo. Tenía algunos rasguños, pero la mujer no parecía preocupada. Después de darle las gracias, se colgó la mochila al hombro y empezó a pedalear para hacer la próxima entrega de comida, de documentos o lo que fuera que tenía que llevar.

Consciente de la fortuna que había desembolsado por ese montón de caprichos, Gillian recuperó las bolsas y se las colgó de ambos brazos. Empujó la puerta para cerrarla con su culo plano y se alejó del coche sin cerrarlo con llave: llevaba consigo los bienes ajenos, así que ya no quedaba nada que proteger.

Cruzó la puerta de seguridad, como siempre apuntalada con un cono naranja, y se sacudió de encima la melancolía. Al fin y al cabo, tampoco había sido un mal día. Le habían pagado tres encargos. Y el día siguiente prometía: había reservado la mañana para repartir compras del supermercado. En Los Ángeles, siempre había perezosos dispuestos a pagar a alguien que les ahorrara todo ese jaleo de ir al súper. Y su casero le había hablado de un trabajillo en Fullerton: consistía en probar unos productos, unos cincuenta dólares fáciles. En todo caso, le daría otra oportunidad al negocio del Uber. Incluso esa misma noche, si lograba mantener los ojos abiertos.

Un árbol solitario la recibió en el patio interior. Subió las escaleras y recorrió el pasillo hasta llegar a su apartamento. El teléfono empezó a vibrar mientras intentaba coger las llaves sin que ningún paquete se le cayera. Consiguió sujetar el móvil con la oreja, pero

enseguida se arrepintió de haber contestado. La voz sombría de su hermana le taladró el oído.

—Así que sí contestas.

Hizo girar la llave y abrió la puerta de un empujón. Gillian entró en su piso diminuto, iluminado por el resplandor cálido de una lámpara de papel de arroz.

—Hola, hermana. Justo me pillas saliendo.

Dejó las bolsas sobre la mesa de la cocina. Una de ellas cayó encima de la copa de vino de la noche anterior, que solo se salvó de acabar en el suelo gracias a la rapidez de reflejos de Gillian. La dejó en el fregadero, junto a una pila de platos sucios y el envoltorio arrugado de la barrita que había devorado antes de que amaneciera.

Su hermana seguía impasible cada vez que Gillian fingía tener algo mejor que hacer.

—¿Has hablado hoy con mamá?

Gillian dejó las llaves sobre la encimera. Cogió un instante el montón de facturas que se habían acumulado junto al cactus enano, pero enseguida perdió el interés y las soltó de nuevo.

—La semana pasada le mandé un mensaje.

—Me refiero a llamarla, por teléfono, como una persona normal.

June hablaba como si fuera la única adulta allí. Siempre había sido así. Gillian había huido al otro extremo del país, pero nada había cambiado. Seguía siendo la oveja negra, la decepción.

Se acercó al sofá. Rodeó la mesita de noche que utilizaba como mesa de centro tratando de no tirar su portátil viejo cubierto de pegatinas. Le echó un vistazo al dormitorio, donde un colchón sin sábanas yacía sobre el somier, con un montón de ropa sucia de tres días encima. El piso era suyo y estaba orgullosa de ello, pero cada

vez que volvía a casa sentía una punzada en el pecho: vivía como una estudiante, y nunca había pisado la universidad.

—¿Es esto lo que querías? —Se dejó caer en el sofá de polipiel y empezó a tirar de los bordes deshilachados del gigantesco agujero abierto en el reposabrazos—. ¿Dar la lata?

Un suspiro teatral.

—En la clínica no han querido darle la receta.

Gillian se irguió de golpe.

—¿Cómo que no? Ya he mandado el cheque.

—El problema no es el cheque. Ya te lo dije la última vez. Los esteroides que toma... ahora los fabrica otra farmacéutica. En la última cita...

—Dales el cheque.

—Que no se trata del cheque, Gil. —Se oyó ruido de cazos, y una voz masculina preguntando por la cena. June, tan doméstica como siempre—. Mamá está enferma. No puedo estar haciendo de niñera y, al mismo tiempo, vigilar a papá las veinticuatro horas.

—Se supone que está limpio. No deberías tener que vigilarlo.

—Papá está limpio, pero eso no significa que no sea frágil. Hace de consejero. Habla con otros alcohólicos. Les está ayudando...

—¿Eso es buena idea? Me parece una forma fácil de recaer.

—No me metas en tus mierdas sin sentido. Si tienes problemas con papá, háblalo con él.

Gillian enarcó las cejas.

—¿Mierdas sin sentido?

—Llámalo por teléfono. O mejor aún, ven a verlo. Quédate un tiempo y carga con tu parte de la mochila familiar.

—Dallas está a 2.400 kilómetros.

—¿Y quién se mudó a California? No me vengas con excusas. Huiste en cuanto pudiste, y todo por esa estupidez de... —June se tragó la acusación y resopló—. Al menos podrías llamarlo.

—Para ya con papá.

—No me refiero a papá.

Un silencio dañino se impuso en la conversación.

—Sebastian te ayudaría —dijo June.

—Basta.

—Tiene dinero más que suficiente para...

—Basta. Cuando se trata de él, todo son condiciones ocultas, trampas y promesas vacías. —A los dieciocho, Gillian había huido del drama familiar y se había mudado a Los Ángeles. Pero la familia no era la única razón por la que había dejado Dallas—. Déjalo ya, ¿vale? Ahora mismo no puedo.

—Nunca podrás. Si quieres, engáñate a ti misma, pero a mí no me la cuelas.

Gillian intentó mantener la calma.

—Todo eso es una fantasía. Siempre lo ha sido. Es un adulto que practica juegos de niños. —Cogió el teléfono con fuerza, como si quisiera extraerle alguna oportunidad al plástico barato—. Tiene que haber otra cosa.

—¿Como qué?

—No lo sé. ¿Por qué me toca a mí? ¿Por qué soy yo la única que debe esforzarse en este asunto?

—¿La única? Yo que tú meditaría un poco esa respuesta. Yo me estoy responsabilizando de todo, pese a que nadie me lo ha pedido.

Gillian puso el teléfono en altavoz. A veces 2.400 kilómetros no son distancia suficiente. Soltó el móvil en el sofá y oyó a Todd, el

marido de June, echando a su hijo mayor de la cocina. De fondo, sonaba una melodía entrecortada: el pequeño, practicando en el teclado. *Para Elisa*. Gillian había tocado el violín y el piano de niña, una promesa en ambos instrumentos entre los ocho y los doce años. Se había imaginado dando giras por todo el mundo, disfrutando de los aplausos. Y cuando sustituyó la música por los rompecabezas, siguió soñando con un futuro sin límites, cargado de oportunidades que no dejaría escapar.

Si pudiera librarse de aquel peso. Si alguien se lo permitiera.

Fuera, el sol anaranjado rozaba ya el horizonte. Si esa noche quería sacar algo del *ridesharing* nocturno, tenía que ponerse en marcha.

—Llamaré a mamá —concluyó—. Quizá pueda encontrar alguna solución.

El tono de June cambió: sus cuerdas vocales se tensaron.

—Esto no es un rompecabezas, Gil.

—Encontraré alguna salida. —Gillian se incorporó y añadió—: Me tengo que ir.

Un chasquido resonó en la garganta de su hermana. La mentira se había quedado atascada allí y June era incapaz de tragársela.

—Seguro que harás lo que tengas que hacer.

—Adiós, June.

Pero su hermana ya había colgado.

3

Gillian iba cargada con una enorme caja de cartón, por eso no se fijó en el hombre al principio. Y quizá habría sido mejor que no lo hubiera hecho después.

Pese a que el acuerdo con Uber no le permitía hacer negocios durante los trayectos, Gillian vendía fulares de viscosa pintados a mano a ciertos pasajeros. Tenía buen ojo para detectar a las personas que apreciarían el que llevaba ella y se sentirían atraídas por su textura y por sus colores, por esa mezcla de exotismo lujoso pero asequible.

A veces Gillian fantaseaba y se imaginaba que alguna famosa sacaba uno de sus fulares de la caja, después de haberle comprado cinco o seis, y se lo ponía para lucirlo en un estreno, en el que hablaría con los *paparazzi* con una naturalidad irresistible. «¿Que quién me viste? Me alegro de que me hagas esa pregunta. Se trata de Gillian Charles. Tenéis que conseguiros uno».

Sus vecinas se pasaban la tarde tomando el fresco, sentadas en sillas de plástico frente a su casa o dando un paseo por el corredor que distribuía el acceso a todos los apartamentos. Kendra, que vivía al otro lado del patio, la contemplaba con aire burlón mientras Gillian se peleaba con su caja. Era una mujer alta, desgarbada, con la piel de ébano, los cabellos teñidos de un color entre rubio y rosado, y unos aires de grandeza que estaban fuera de lugar. Gobernaba el piso superior desde su trono de plástico verde, envuelta en una bata

de seda de color púrpura mientras se fumaba un cigarrillo con aire teatral.

—Así no vas a encontrar un maromo, Gil. —La voz de Kendra retumbó en el patio—. Aunque envolvieras ese cuerpecillo huesudo tuyo con toda la caja de pañuelos.

Gillian arrastró su mercancía hasta el otro lado del umbral y cerró la puerta tras ella sin hacer ruido.

—¿Y qué sabrás tú de hombres? Tu último escarceo fue con alguien de la otra acera.

—¿Escarceo? Me gusta esa palabra. ¿Qué significa?

—En tu caso... Digamos... que tuviste un lío con una amiga especial.

Kendra soltó una carcajada.

—De esas tengo unas cuantas. —Se puso seria—. De verdad, gracias por ayudarme con la policía. No sabía lo que esa me había metido en casa.

La gratitud de Kendra incomodó a Gillian. Se impulsó hacia la verja de hierro, con la esperanza de poder embutir la caja entre su cadera y los barrotes, pero lo hizo con tanta fuerza que casi saltó por encima de la valla.

—No te preocupes. No fue culpa tuya. Yo solo los ayudé a hacer lo correcto.

—La policía nunca intenta hacer lo correcto. Lo sabes muy bien. Sin ti, todas estaríamos de patitas en la calle. —Gillian seguía forcejeando—. ¿Has hablado con Reuben?

Consiguió colocar la caja encima de la barandilla y la deslizó hacia la escalera. Al alcanzar la esquina, se confió demasiado y los fulares estuvieron a punto de caer al patio.

—Sí.

—¿Y qué ha dicho sobre el alquiler?

Las escaleras planteaban un nuevo reto. Gillian rodeó la caja con ambos brazos y separó el bulto de la barandilla. No podía ver los peldaños.

—No sé lo que te habrá contado Reuben, pero no salimos juntos. Solo nos tomamos algo. Solo eso.

—Pero él habla contigo.

—Quiere meterse dentro de mis bragas. —Descendió con cautela —. Que no es lo mismo.

—Habla contigo. —Kendra se inclinó sobre la barandilla, repartiendo sabiduría, lo quisiera Gillian o no—. Si transforman esto en apartamentos de lujo, acabaremos todas en la calle.

—Reuben ni siquiera es el dueño. Solo es el administrador.

—Pero su tío es el propietario. Ese y los de EZ Autos de Long Beach. Son familia, y la familia siempre protege a los suyos.

Gillian tuvo el resuello suficiente para soltar una risa cínica.

—Hablo en serio, Gillian.

Ya solo quedaba el último escalón. Y luego el coche y, si jugaba bien sus cartas, una noche productiva. Pero el complejo estaba lleno de Kendras: madres solteras, camareras-actrices y gente desfavorecida que no podían reunir los dos meses de fianza necesarios para firmar un nuevo contrato de alquiler.

—Te estoy escuchando. Haré lo que pueda.

Al final, Gillian llegó abajo. Encontró el equilibrio perfecto y apretó el paso hacia la verja y el coche. Todo fue tal como quería durante medio segundo. El dinero y las oportunidades brillaban en el horizonte, al alcance de la mano: solo tenía que moverse con

rapidez. Y entonces tropezó y estuvo a punto de estamparse contra la caja de fulares. La mano firme de un hombre evitó que acabara aplastando literalmente sus sueños. De pronto, la caja estaba en brazos de aquel desconocido. Mientras Gillian recuperaba la compostura, turbada, él dejaba sus pertenencias en el suelo.

No era mucho más alto que ella. Se esforzaba por parecer apuesto y elegante, y en cierta medida lo lograba. Traje gris de tres piezas. Camisa increíblemente blanca con el cuello desabrochado, sin corbata, y pañuelo de lino blanco ribeteado en carmesí en el bolsillo de la chaqueta. Era un poco flacucho, pero el corte atlético del traje mejoraba el resultado. Llevaba una barba bien recortada. Tenía los ojos marrones, vivaces, y su piel morena resplandecía.

—¿Estás bien?

—Sí —acertó a responder. Su cerebro, frenético como nunca, desplegó todo un caleidoscopio de recuerdos. La euforia que había sentido al sortear las escaleras se apagó de inmediato.

—¿Tommy?

Él sonrió.

—Gillian Charles, la mejor, la más brillante. Estás estupenda.

Tommy tenía un aspecto fantástico. Seguro de sí mismo, con magnetismo. Y aunque ya era todo un adulto, una parte del chico que ella conoció aún seguía allí.

—¿Tienes un minuto? —Tommy levantó la barbilla hacia el apartamento que Gillian acababa de dejar atrás—. Quiero pedirte algo, y preferiría no hacerlo en público.

Llevaba casi veinte años sin verlo. Lo había dejado al otro lado del país, en Dallas, junto con todo lo que él representaba. Quería abrazarlo, pero también negarle la entrada. Toda aquella confusión,

sin embargo, carecía de importancia. Afuera la esperaba un abanico de oportunidades: una venta excelente o los contactos adecuados. Las palabras se formaron en su mente como una niebla espesa: «Tengo que irme, de verdad».

—Necesito tu ayuda —dijo Tommy.

Ahí estaba. «Ayuda». Gillian consideró la palabra como lo haría una exadicta con miedo a la recaída. Es posible que, a pesar del largo tiempo que había pasado, Tommy siguiera recordando ese rasgo de ella.

Lo estudió. Se fijó en su mano, que golpeaba su muslo una y otra vez, y también en su ojo derecho, que no seguía al izquierdo: aquel ojo vago de los días del Certamen ahora era artificial. Tommy Kundojjala había vivido mucho, pero ella seguía viendo al chico que había conocido. Veía al ganador, sí, pero también mucho más: lo recordaba riéndose de su imitación de Schwarzenegger, compartiendo sus M&M's, a pesar de ser contrincantes, contemplándola en la Sala de Deducciones, cuando comprendieron que uno de los dos empezaría el Certamen en último lugar.

Ella no era como su padre: tenía fuerza de voluntad. Podía escuchar a Tommy y aun así decirle que no.

Levantó la caja que reposaba en la acera y se la apoyó en la cadera.

—Vamos arriba.

4

Tommy merodeaba inquieto por aquel apartamento diminuto. Recorría con la mirada las paredes desnudas y las encimeras, como si buscara los cachivaches que cualquiera habría ido acumulando con el paso de los años. A Gillian no le gustaba especialmente rodearse de recuerdos y rara vez tenía visitas, al menos con la luz encendida. Aunque Tommy no era más alto que ella, de repente se sintió encogida en su propio espacio.

Tommy se tomó un momento para asimilarlo todo.

—Es bonito.

Lo dijo con el entusiasmo del que recibe un calendario de regalo. Solo la gente con dinero dedicaba cumplidos a su apartamento.

—¿Quieres algo? —le preguntó dejando la caja en el suelo—. Tengo agua, zumo o cerveza.

—Una cerveza me vendría de maravilla.

Gillian sacó dos Stellas de la nevera, el par que no se habían bebido la noche anterior con Kendra: le gustaba el sabor amargo del lúpulo, y tomar algo más sofisticado que una Coors. Destapó las botellas frías y le entregó una a su invitado, que estaba plantado en el espacio muerto que había entre la cocina y el salón. Tommy cogió la cerveza y fue a sentarse en el sofá, con las piernas cruzadas, dejando asomar unos calcetines morados. Bebió un trago largo, cerró los ojos y suspiró. Gillian lo observaba como si hubiera dejado entrar una pantera en su apartamento.

—Estás muy lejos de Dallas —dijo ella al fin.

La observación le arrancó una risa.

—Ya veo que no has cambiado.

—Vale, lo intentaré de nuevo. Te veo bien, parece que el negocio te va de maravilla. ¿Qué tal la vida? ¿Estás casado, con hijos? —Gillian le dio un sorbo a la cerveza—. ¿Es eso lo que querías oír?

—Miscellany. A Sebastian no le gusta llamarlo negocio.

—Me trae sin cuidado lo que le guste a Sebastian.

En los ojos de Tommy apareció una tensión que se apresuró a disimular. Dio otro trago largo, vaciando media botella.

—¿Alguna vez te arrepientes de haber entrado en el Certamen? —preguntó.

Gillian apretó el cuello de la botella.

—Nunca pienso en eso.

—Es una pena. Siempre creí que tendrías que haber ganado tú.

—No vayas por ahí; no voy a ponerme nostálgica.

Él asintió. «De acuerdo». Apuró la cerveza de un trago y dejó la botella en el suelo.

—¿Sabes lo que hemos conseguido desde entonces?

—¿Tomas Kundojjala, miembro de Miscellany desde los once años, empleado desde 2006? ¿MBA con distinción meritoria en Stanford? ¿Director de Marketing, presidente de Productos de Consumo, ahora director de Operaciones? Sí, sé que te ha ido bien.

—No hablo de mí, hablo de Miscellany.

Tommy la miraba como si cada emoción de Gillian le lacerara la piel. Ella disimuló la amargura con otro sorbo de cerveza.

—Sé que estáis en la lista Fortune 500. Que habéis abierto Bazares por todo el país. Que se habla de que os expandiréis

internacionalmente. Lo del saneamiento en Uganda, por ejemplo.

—No tienen sistema de alcantarillado: hay infecciones, malaria y un montón de enfermedades tratables, incluso evitables. Les ayudamos a diseñar prácticas higiénicas y a crear las instalaciones adecuadas.

—Pero queréis construir allí. Y montar más parques de juegos.

—Cada Bazar puede ofrecer una experiencia local distinta, pero también habría rompecabezas, sí.

—Como un virus, con su carga oculta —dijo Gillian, dejando la cerveza en la encimera. Ya no quería beber más, ni tampoco fingir indiferencia—. Muy noble todo.

—Los esfuerzos humanitarios son gratificantes, pero lo nuestro son los rompecabezas. No podemos cumplir una misión sin la otra. Los niños que visitan nuestros Bazares salen con más habilidades cognitivas, con una mayor capacidad emocional. Por no hablar de los contactos y las oportunidades que solo les puede proporcionar Miscellany. —Tras una breve pausa, Tommy recuperó su cerveza—. Ya sabes que nunca volvimos a organizar otro concurso.

—No debió de salir barato comprar una casa para ti y... ¿cuántos hermanos y hermanas? ¿Seis?

Él la miró, desafiándola con su ojo artificial.

—Mis padres te mandan saludos. Siempre les caíste bien.

Gillian estuvo a punto de recuperar su cerveza. No cabía duda de que estaba haciendo el ridículo.

—El público quería más —prosiguió Tommy—. Pero Sebastian no quiso desvirtuar el original. Así que, desde entonces, nos limitamos a los parques de juegos. No preparamos nada con la complejidad de lo que vivimos tú y yo. Son todo eventos más cortos, premios menos

espectaculares. Lo que adquieren de verdad es conocimiento, como dice Sebastian.

Parecía uno de esos científicos de Parque Jurásico, ensalzando las maravillas de su creación mientras sus criaturas devoraban a los invitados.

—Mira, no quiero ser maleducada, pero ¿qué tiene esto que ver conmigo?

Él esbozó una sonrisa tensa.

—Sigues tan impaciente como siempre. —Estrechó la botella húmeda con ambas manos—. Las circunstancias han cambiado y queremos organizar otro concurso. Lo van a llamar la Segunda Temporada.

El ADN de Gillian vibró al imaginar anagramas, cifras y rompecabezas. La decepción de lo ocurrido en el lago, los dos túneles, y la imagen de Sebastian juzgándola.

—Hemos estado seleccionando a niños en los Bazares de todo el país —explicó Tommy—. Sin darle demasiada publicidad. Ocho, el doble que la primera vez. Sebastian quiere hacerlo todo más grande. Veinte millones en premios, una casa de seis dormitorios en las instalaciones. Prácticas en la NASA, en Berkshire Hathaway, en Pfizer.

—Tommy...

Pero él no escuchaba.

—Se están aprovechando —dijo.

—Toda la operación está pensada para sacar un provecho. Joder, ¿has necesitado veinte años para darte cuenta de eso?

—Quiero decir que está todo amañado.

Tommy se había levantado del sofá. Ya no la miraba: caminaba de arriba abajo, recorriendo el pequeño salón cada vez más agitado.

—Somos demasiado grandes —prosiguió—. No puedo controlar cada detalle. Ya hay trescientas personas dedicadas solo a la Segunda Temporada. Antes entrevistaba a cada nuevo empleado. Teníamos un círculo de confianza y conocíamos bien Miscellany. Pero ahora se ha convertido en un monstruo, y sigue creciendo. He intentado advertir a la gente. Le expliqué los riesgos a Sebastian. Diocleciano, ¿lo recuerdas? El emperador que dividió Roma. El imperio era demasiado grande para gobernarlo, así que lo dividió en Oriente y Occidente. Intenté advertírselo a Sebastian, pero, claro, él conoce la historia. «Lo único que hizo Diocleciano fue debilitar Roma —me dijo—. Los visigodos la saquearon en menos de cien años». —Se le escapó una risa débil—. Eso es lo que le preocupa. Lo que puede ocurrir dentro de cien años. —Su ojo izquierdo se había enrojecido.

—No tiene sentido lo que dices —replicó Gillian.

—Los niños. Los niños que se han clasificado... —Estaba exasperado, como si Gillian tardara demasiado en comprender—. No todos, quizá los dos primeros sí fueron legítimos; pero el resto han sacado puntuaciones muy por encima de su media histórica. Alguien les está facilitando las respuestas. Quieren a esos niños en la Segunda Temporada.

«Alguien les está facilitando las respuestas». Agarraba la botella de cerveza como si fuera un puñal.

—He intentado advertir a los demás miembros del equipo ejecutivo, pero nadie me escucha. Les fascina tanto la idea de ser un conglomerado mundial del entretenimiento que ya no recuerdan por

qué empezamos todo esto. No entienden cuál es el verdadero propósito. Nuestros rompecabezas eran un reto: resolverlos significaba algo. —Tommy se dio cuenta de que Gillian lo miraba fijamente y aflojó los dedos en torno a la botella—. Sebastian siempre nos decía que había reglas.

—Yo diría más bien que a Sebastian le gustaba mucho hablar de reglas.

Tommy parecía encogerse bajo su mirada.

—Nunca le pedí nada a Ellsberg —se excusó—. Aquel día, en el lago. Nunca le pedí que te distrajera.

Al oír el nombre de la persona que la había traicionado, un abismo se abrió en su interior y el frágil equilibrio de su mundo se sacudió. Estuvo a punto de huir de nuevo a la cocina.

—Ya te lo he dicho. No quiero hablar de eso.

Tommy se quedó callado. Gillian quiso dejarlo sufrir, pero se apiadó de él. Parecía herido y roto, con aquel aire de animal herido que tan bien conocía ella. El de alguien a quien han traicionado las personas en las que más confiaba.

—Mira, estás alterado —dijo ella—. Quizá sea el estrés, o el desgaste de trabajar para Sebastian. Es natural que te afecte. Pero sigo sin entender qué tiene que ver todo eso conmigo.

Aquel hombre disponía de un imperio de entretenimiento y filantropía de mil millones de dólares y parecía perdido.

—Va a haber un reencuentro —dijo con una mueca.

De nuevo la invadió aquella sensación de vértigo.

—No me jodas... No. No.

—Pero no es por eso por lo que he venido.

—¿Qué te he dicho? ¿Qué acabo de decirte?

Tommy se acercó a ella, suplicante.

—El reencuentro es solo una excusa para llevarte allí. Para que valores la Segunda Temporada.

—Claro. —Gillian retrocedió hacia la puerta—. Mira, ha sido un placer verte. De verdad. Siempre me has caído bien, y jugaste limpio. Pero yo tengo mi vida aquí, y todo ese rollo sobre el pasado no va a pagarme el alquiler, así que...

—Quiero contratarte.

Se detuvo en seco. Se giró tan deprisa que Tommy levantó la botella vacía a modo de defensa.

—En serio —dijo—. Sin contrato, pero es un trabajo.

Ella lo miró entornando los ojos. Si se fijaba bien, encontraría la trampa.

—No pienso trabajar para Sebastian.

—No es para Sebastian. Bueno, no exactamente. Trabajarías directamente para mí. —Se acercó un poco más, con los brazos estirados a ambos lados, como para demostrarle que era inofensivo —. Aquí pasa algo raro, Gil.

—¿Pero tú por qué crees que me fui?

Bajo su escrutinio y con una cerveza encima, Tommy ya no parecía tan entero como antes. Llevaba la ropa arrugada y el sudor le perlaba la frente. Gillian tuvo la tentación de mitigar su malestar, como le ocurría con Bria o con Kendra. Pero Tommy no era un perrito abandonado. Con gente como él, perder el foco podía conducirte al desastre. Y, por muy desaliñado que estuviera, su mirada seguía siendo taimada. Había visto la caja de cartón. Había entrado en su humilde apartamento, en el barrio obrero de Pomona. Ambos se habían criado con los acertijos y ninguno había perdido el

hábito de practicar la observación. Ya habría sacado sus conclusiones.

No, aquella conversación no iba de favores. Era un pulso de ingenio con un contrincante experto.

—¿Cuánto me pagarías? —preguntó ella.

—Cincuenta mil.

Gillian se balanceó sobre los talones.

—¿Por qué tanto?

—Lo decía en serio. Siempre fuiste la más lista.

—Deja de lamerme el culo. ¿Por qué tanto?

Se pasó la lengua por la parte interna de la mejilla.

—Cincuenta es lo que cuesta un año del tratamiento de tu madre.

Gillian apretó la mandíbula y una ira arrolladora convirtió su cuerpo en un muro infranqueable. Durante las semanas previas al Certamen, las de las pruebas clasificatorias, los potenciales participantes compartían habitación. Dormían en literas y se susurraban secretos por la noche. En cuestión de días, de semanas, se forjaban y se rompían amistades, se formaban alianzas y surgían rivalidades. Por aquel entonces, su madre aún no estaba tan enferma, pero Gillian la quería con la misma intensidad. Tommy conocía lo suficiente como para usarlo ahora en su contra.

—Ha sido rastrero.

—No es caridad —insistió él.

—Has venido aquí con la intención de utilizarme —le dijo con dureza.

—No, yo nunca... —Se interrumpió al ver la expresión de Gillian. Su mirada fulminante, la rigidez de su postura, la furia que transmitía.

Tommy dejó la botella vacía sobre la mesa de la cocina, entre un montón de bolsas de la compra. Del bolsillo interior de la chaqueta, se sacó un tarjetero plateado y negro, con su nombre grabado en la tapa. Extrajo una tarjeta impecable, una de muchas, y la deslizó junto a la botella.

—Piénsatelo. La oferta es real. Es dinero de verdad. No he venido a engañarte para que trabajes en Miscellany ni para ayudar a Sebastian. He venido porque hay niños involucrados, Gillian, miles de niños que confían en lo que se supone que es Miscellany. Y yo ya no sé lo que somos.

Ella se hizo a un lado y le dejó el camino libre hasta la puerta. No era tonto: entendió la indirecta. Abrió y salió. Hacía una tarde cálida. Luego se giró hacia ella.

—Gracias por la cerveza —dijo.

Gillian le cerró la puerta en las narices.

5

Después de echar a Tommy, Gillian ya no tenía ganas de pasear a borrachos —y a los que pronto lo estarían—. Ya no le apetecía tomar más alcohol, pero sí necesitaba algo que la ayudara a relajarse. Desde que había dejado su empleo en el club de cannabis y se había quedado sin descuentos, apenas se permitía galletas o dulces con marihuana. Así que se descalzó, se quitó los calcetines y cogió la bolsa de M&M's que tenía guardada en un cajón. Los contempló un instante, consciente de la ironía, y luego se metió un puñado en la boca y los masticó mientras le echaba un poco de agua al cactus. Tenía forma de bola, pequeño y espinoso, y sacaba flores de colores muy de vez en cuando; una metáfora perfecta en la que se recreó unos instantes. Le encantaban las plantas, sobre todo las difíciles de querer.

¡A la mierda con Tommy y su intento de utilizarla! Menudo descaro, aparecer allí con su numerito sobre los niños, sobre la misión de Miscellany, como si lo de aquel circo de los rompecabezas hubiera sucedido la semana anterior. ¡Que habían pasado veinte años ya! Y encima sacar a relucir el dinero, la cantidad exacta que necesitaba para los tratamientos de su madre. Joder, eso sí que la había cabreado.

Entró descalza en el dormitorio y abrió una ventana para ventilarlo: el aire de Los Ángeles era húmedo pero respirable. Había empezado a bajar la temperatura. La sinfonía iracunda de bocinazos

y frenazos que entonaba la ciudad encajaba con su estado de ánimo, aunque no le gustase sentirse así. Combatió aquel alboroto con la música enlatada de su móvil: una versión suave de «My Girl», de The Temptations. Siguió comiendo M&M's mientras inspiraba por la nariz.

Pensó en lo que le había contado Tommy. Pensó en el dinero. No podía quitárselo de la cabeza. Era un señuelo, por supuesto. Pero allí donde había un señuelo, había alguien tirando del sedal en el otro extremo. Por mucho que Tommy lo hubiese negado, Sebastian tenía que estar detrás de todo aquello, y, tratándose de él, habría preparado más de un anzuelo. Cincuenta mil dólares, y, si eso no funcionaba, la tentación de una organización que estaba en apuros, un llamamiento al sentido de justicia de Gillian. Quería convencerse de que no le importaba, pero se había dejado el alma en aquel puto Certamen. Ella y sus compañeros habían resuelto todos y cada uno de los rompecabezas que se habían encontrado en el camino. Ninguno conocía las respuestas de antemano: se las habían ganado a pulso. Y ninguna de sus familias tenía medios para sobornar y comprar la victoria, como mucho un par de billetes arrugados escondidos en el cajón de los calcetines que ni siquiera alcanzaba para una propina ridícula. Gillian podría tragarse eso de que hubiera ricos imbéciles a los que la inteligencia les importaba una mierda, que solo buscaban la bendición de Sebastian. Su nombre y su recomendación abrían puertas en universidades o en Wall Street, en las elecciones. ¿De verdad había niñatos mimados, capullos engominados como Clay, que habían comprado a sus hijos una plaza en el Certamen? ¿Que habían dejado fuera a otra Gillian, a una chica

que necesitaba clasificarse para cambiar su vida, para cambiar la vida de su familia?

Gillian se dio cuenta de que llevaba un buen rato parada frente al armario, triturando M&M's con los dientes.

Vale. Sí le importaba.

A pesar de sus medios limitados, Gillian era una fanática de la ropa: chalecos de segunda mano, camisas Oxford, pantalones de gabardina. Aunque no era muy extenso, su armario expresaba la persona que era en el presente y al mismo tiempo ocultaba parte de la que había sido en el pasado. Detrás de la ropa, guardaba una caja que la acompañaba desde siempre. Un tumor que nunca se había atrevido a extirpar.

Se acabó los M&M's y se limpió las manos en los vaqueros. Luego sacó la caja del armario, la colocó sobre la cama y levantó con cuidado la tapa. No estaba demasiado llena: los recuerdos allí encerrados apenas ocupaban la mitad de su capacidad. Papeles cubiertos de polvo, recortes y fotos de sus días de los rompecabezas, de la época en que Gillian iba camino a la cima.

Incluso en sus momentos más bajos había evitado contemplar aquel lugar oscuro del apartamento. Había cargado con aquella caja de Dallas a Los Ángeles, de mudanza en mudanza, sin tocarla. Con los años había conseguido olvidarla de vez en cuando: semanas, incluso meses, en los que la aventurera oculta en su interior había sido simplemente desconocida. Pero al final flaqueaba y volvía a dominarla un ansia que a veces lograba sortear momentáneamente, pero nunca superar del todo. Y entonces todo afloraba de nuevo. Con internet al alcance de un clic, Gillian —a veces borracha, pero casi siempre sobria— seguía la pista de sus antiguos rivales, y del

hombre para quien habían competido todos. La caja, en cambio, era más difícil de alcanzar. A propósito.

Sus dedos levantaron la primera hoja del montón. Era el tipo de papel grueso que se usaba para los títulos, con un brillo metálico. Una caligrafía elaborada destacaba en la superficie:

Gracias a tu extraordinaria demostración
de habilidad e inteligencia, tú,

GILLIAN CHARLES

te has ganado el derecho a participar en
EL CERTAMEN EXTRAORDINAIRE DE SEBASTIAN LUNA.
Por favor, llama al número que figura más abajo para organizar
tu traslado a Dallas, Texas, antes del 1 de septiembre
de 2000 donde tú, y solo tú, serás admitida en el Bazar
y tendrás la oportunidad de ganar el premio definitivo.

Enhorabuena, Gillian Charles.

Te lo mereces.

Gillian dejó el diploma a un lado. Rebuscó en el revoltijo de objetos del interior de la caja, antaño tan esenciales como el café de la mañana y los huevos revueltos. Encontró sus prismáticos de bolsillo. Una calculadora de mano, con el número 7 ya borrado. Un rollo de cinta americana casi acabado, pegado a un walkie-talkie con la antena partida. Una caja de cerillas aplastada. Su navaja suiza Victorinox, con la hoja lo bastante afilada para rajar la piel. Papeles

viejos tatuados con traducciones en ASCII, Morse y Braille. Más trofeos y diplomas, pruebas de los concursos que había ganado en su testarudo camino hacia el Bazar. Y, bajo toda aquella ferretería del éxito, fotografías. Una instantánea con sus padres, en la que su madre se inclinaba hacia ella, todavía un bebé, y su padre aparecía consumido por la heroína. Una foto de 10×15 de unos años más tarde, con la imagen de la casa de Lemon Avenue, una coqueta construcción de ladrillo y madera que habían conseguido alquilar durante uno de los escasos periodos de empleo estable de su padre; en la puerta, June hacía botar un balón azul de la marca Champion, un tipo de juego despreocupado que Gillian ya no lograba asociar con su hermana.

Y, por fin, la foto.

Los encargados habían insistido en retratarlos, ansiosos por capturar a aquellos prodigios antes de que el concurso los devorara. En el fondo, algo borroso, se veía el Bazar original: una pesadilla victoriana de cuatro plantas. Delante, cuatro críos de entre diez y quince años. De alturas y complexiones diversas, géneros y etnias distintas, pero la misma expresión de excitación y cautela en el rostro. Y, apartado a un lado, con esa mirada de roedor a medio camino entre la burla y el desdén, Sebastian, con su chaleco naranja bien abotonado, sus anchos pantalones morados, y la gorra de repartidor que se quitaba en señal de respeto, como si acabara de salir de los años treinta.

Gillian contempló su propia imagen. Las trenzas recogidas hacia atrás, dejando al descubierto su frente abultada. Una sonrisa contenida. Cejas pobladas y orejas de elefante, o al menos eso le habían parecido siempre. La joven Gillian miraba a la cámara como

si supiera que iba a ganar. Porque lo sabía. Hasta el momento en que perdió.

Tommy estaba detrás de ella, a la izquierda. Tenía el mentón levantado, como para parecer más alto. Una raya impecable dividía sus cabellos engominados. Orejas grandes y cejas generosas, como Gillian, aunque, por lo demás, jugaba en otra liga. Tenía una sonrisa generosa que dejaba al descubierto sus dientes torcidos y rebosaba tanta alegría que parecía salirse de la foto. Tenía pinta de querer conquistar el mundo. Y lo conquistó.

Pensó en el hombre que acababa de estar en su apartamento. En la cerveza que se había tomado y en sus dedos, bailando por el cuello de la botella. El sudor, los nervios, sus idas y venidas por el salón. No había hecho nada malo, salvo ganar el Certamen. Había llegado a lo más alto de la escalera y ahora estaba cayendo. Era fácil verlo desde fuera y eso convertía a Gillian en la persona idónea para ayudarlo.

Al contemplar aquella foto, se arrepintió de haberlo echado de su casa. La dejó a un lado. Debajo de la fotografía había otro artefacto. Su viejo discman, todavía con un CD dentro. Sabía lo que contenía. A parte de la invitación en papel, era lo único que había conservado del Certamen.

Conectó el reproductor, y el CD empezó a girar. Se colocó los auriculares de espuma raída y escuchó a Sebastian entrevistándolos uno por uno, preguntándoles qué querían ser de mayores. Escuchó sus preguntas y las respuestas de los niños, sentada en el suelo. Leah: «No es asunto tuyo», una reacción que a Gillian seguía arrancándole una sonrisa. Tommy, el pelota, le dijo a Sebastian que quería ser como él. Y después llegó Ellsberg.

—No lo sé —respondió. Gillian podía imaginárselo. Tan joven, tan frágil y, al mismo tiempo, tan seguro de sí mismo.

—¿No lo sabes? —replicó Sebastian algo molesto—. ¿Cómo que no lo sabes?

—Bueno... —vaciló—. He pensado que me gustaría salir en obras de teatro.

Ellsberg había escrito una obra; se lo había confesado a Gillian justo antes de la entrevista. La historia hablaba de un niño con acento alemán que había recogido algunas ramas para fabricarse a un amigo, un amigo que cobraba vida y se parecía a su creador. Aquello suscitaba toda clase de problemas: identidades confundidas y enfrentamientos que podían haberse evitado. A Gillian le había parecido una idea extraña, pero incluso de niña le había impresionado la magnitud del asunto. Que Ellsberg escribiera toda una obra, que inventara una vida de la nada, le había impactado sobremanera.

Sebastian se rio. Una risa divertida, pero distante.

—¿Actor? Ya veo. ¿Y en qué obra actuarías? ¿Cuántos años piensas malgastar en eso?

Ellsberg entendió que había metido la pata.

—Bueno... O espía.

—Ah, ¿sí? —preguntó con interés genuino. La frialdad de Sebastian se había convertido en entusiasmo—. ¿Y qué harías?

—Podría descifrar códigos —respondió con más confianza—. O crearlos.

—Eso podrías hacerlo —concedió Sebastian—. Me imagino que podrías ser muy útil para el gobierno. Serías responsable de la seguridad nacional.

—Como un superhéroe —asintió el joven Ellsberg.

—No digas tonterías —corrigió Sebastian, tomando el control—. En realidad serías valioso en el plano práctico. —Soltó un murmullo mientras se inclinaba—. Tendrías a tu cargo miles, quizá millones de vidas.

Silencio. Al escuchar esa pausa, era fácil imaginar que aquellas palabras iban calando en el joven Ellsberg, que poco a poco se hacía cargo del enorme peso de tener tantas vidas en sus manos.

—Creo que lo sabes, Martin —prosiguió Sebastian—. ¿Qué vas a ser?

—Quiero ser espía —aseguró el chico, como si esa fuera la única respuesta posible—. Y seré el mejor espía que haya existido jamás.

Aquel día quien estuviera presenciando la entrevista se divirtió. Aquel muchacho avispado que siempre había sabido cuál era su destino estaba interactuando con Sebastian. Gillian pensó que Ellsberg lo deseaba de veras al ver cómo se aferraba a la idea. Al cabo de apenas unos días, ese muchacho había jugado con la vida de ella como si le perteneciera. Podía trazar una línea larga y cruel desde entonces hasta el presente.

Rebobinó y volvió a escuchar la pregunta y aquel silencio rotundo. La grabación dejaba mucho que desear, pero le pareció adivinar un suspiro. Con la perspectiva de los años, después de tantas horas oyendo maquillar verdades incómodas a buscavidas y estafadores, comprendía que aquella línea no era tan recta como había creído. Aquella pausa de Ellsberg quizá no había sido una epifanía, sino el instante en que había abandonado sus sueños. Ellsberg el actor se había metido en una caja polvorienta y ya no volvería a ver nunca la luz.

«¿Quién vas a ser?».

Sebastian no solo le había robado a Gillian el Certamen. También se había apoderado de Ellsberg, y lo había reemplazado por una criatura que se le parecía.

Gillian sacudió la cabeza. En su día, ya interrumpió su trayectoria para ayudar a un chico del concurso, y había visto cuál era el resultado. Como Charlie Brown con el balón. Sería una idiota si se dejaba engañar de nuevo. Además, tenía lo del acuerdo con Uber, de donde sacaba una pasta, y también los trapicheos. Y estaban Bria, Chantal y todos los demás, la vida que se había construido aquí.

Gillian volvió a meter el reproductor de CD en la caja, junto con la célebre foto. Extendió la mano para cerrar la tapa, pero se detuvo. Vio otra fotografía en el fondo. Gillian, después de superar la última prueba clasificatoria. Detrás de ella, estaba su madre, erguida, sin andador ni silla de ruedas, con su hija delante, mirando a la cámara con orgullo. El amor era tan palpable que a Gillian se le doblaron las rodillas.

Su madre siempre la había animado a perseguir sus sueños. No era culpa suya que aquellos sueños se hubieran roto. Le debía demasiado, y cincuenta mil dólares eran un buen comienzo.

Los niños de la foto la observaban. Qué jóvenes eran. Vio a la mensajera en bicicleta e imaginó una versión de sí misma a los cuarenta, pedaleando por calles heladas, repartiendo papeles condenados a acabar en la trituradora. Con la espalda dolorida y las rodillas destrozadas. Con sus esperanzas y sus sueños reducidos a polvo.

Una risa corta y hueca. ¿Volver solo por su madre? June lo sabía, la había calado bien. «Engáñate a ti misma, pero a mí no me la

cuelas».

Gillian cerró la caja, luego fue a la cocina y recuperó la tarjeta de visita de Tommy. Marcó el número y esperó. Cuando él contestó, habló antes de que pudiera decir nada.

—¿Cuándo nos vamos?

6

Entre la chaqueta de tweed azul marino, el maletín de piel y el aplomo con que se subió al jet, Tommy era la viva imagen del éxito que Estados Unidos animaba a sus hijos a perseguir. El piloto lo saludó al entrar, pero él estaba al teléfono y se limitó a asentir con educación. A pesar de que se moría de curiosidad, Gillian se controló lo suficiente para no quedarse boquiabierta y para construirse una apariencia de hastío e indiferencia como diciendo: «Ya vuelvo a estar aquí, en mi jet privado». Hacía años que no volaba, desde que había dejado Dallas para instalarse en Los Ángeles, y había sido un viaje largo y pesado, típico de la clase turista.

El interior del jet era todo de cuero, metal y madera. Gillian tenía la sensación de viajar en un coche deportivo europeo. Tres tripulantes atendían el avión, y había asientos enormes para dieciséis pasajeros. Ella y Tommy eran los únicos a bordo.

Se esperaba que en Dallas hiciese más fresco de lo habitual: los treinta grados típicos de un día de septiembre se quedarían en quince. Gillian se había puesto sus botas color burdeos, unos vaqueros blancos ajustados, una americana roja de solapas anchas y una corbata rosa que resaltaba sobre su camisa blanca almidonada. Era un atuendo pensado para infundirle confianza. Estaba a punto de meterse en la boca del lobo y la iba a necesitar.

El jet avanzó por la pista y se elevó hacia el cielo gris de Los Ángeles. Tommy abrió un portátil sin interrumpir la llamada. Gillian

oía retazos de la conversación. Él esquivaba las preguntas de quien debía de ser su mujer. ¿Dónde estaba? ¿A quién traía de vuelta y por qué? Tommy respondía con la fría sinceridad de los matrimonios veteranos. Evelina debía saber que aquel viaje era inevitable... ¿Qué creía que iba a pasar? Ninguno de los dos levantaba la voz, pero imperaban las preguntas envenenadas y el tono cortante de los matrimonios en crisis. Cerró la conversación con un rutinario «Yo también te quiero» y luego miró a Gillian, como si tuviera que darle explicaciones.

—Era Evelina, mi mujer —dijo, intentando sonreír—. Trabaja en Miscellany. Directora de Comunicación del parque. Así nos conocimos.

—Suena complicado. ¿Cómo mantenéis separados el trabajo y la vida personal?

El portátil de Tommy sonó: otra llamada. Se encajó un auricular en el oído, mientras el ordenador seguía reclamándolo, implacable.

—Ocurre todo lo contrario. No hay separación. Se supone que eso significa que no hay secretos.

—¿Se supone?

Pero ya estaba metido de lleno en la otra llamada, la primera de las muchas que recibió durante la hora siguiente. Revisar balances. Aprobar rompecabezas. Atender peticiones de políticos, famosos y periodistas.

—Siempre quieren hacer un rompecabezas —le decía a un empleado—. Los problemas son los mismos de siempre. —Pausa—. No me importa cuántos lados tenga: no podemos gestionar las piezas, y un rompecabezas incompleto es una pérdida de tiempo. —

Pausa—. No hace falta que digas que lo has rechazado tú. Diles que he sido yo.

Otra llamada, esta vez de voz. Tommy se levantó y se apoyó en el respaldo de su asiento, como si necesitara sostén.

—Por supuesto. Sí, claro que su hijo es especial. Y seguro que podemos meterlo en un Bazar local, o en cualquier otro que usted prefiera. —Pausa—. Como le he dicho, el Bazar de Miscellany ya no está abierto. —Otra pausa—. Tratándose de usted, por supuesto, lo consultaré con Sebastian. —Tommy bajó la cabeza y la fue moviendo, haciéndola rotar durante unos diez segundos—. Tal como sospechaba, Sebastian dice que es imposible de gestionar. Lo lamento.

Otra llamada más. Tommy volvió a sentarse, encorvado sobre el portátil. Como no era una videollamada, podía hacer varias cosas a la vez sin que su interlocutor lo notara.

—¿Eso es en Changzhou? —Pausa—. Chongqing, vale. ¿Y necesitan la carta de clasificación? —Pausa—. ¿Ya la tienen? —Tecleaba con rapidez mientras respondía—. No, tiene usted toda mi atención.

Gillian lo observaba. Se imaginó que ese jet era suyo, que era ella quien atendía las llamadas, quien resolvía problemas y creaba acertijos. Imaginó que era la mejor empleada de Sebastian, la más brillante.

Empezó a arrancarse las cutículas con saña. Todo aquello lo hacía por dinero, no por conseguir la aprobación de Sebastian.

Cuando terminó, Tommy parecía agotado. Se frotó los ojos y movió la mandíbula. Sus movimientos eran pesados, como si lo hubieran hundido en cemento. La sorprendió mirándolo.

—Jet lag —aclaró—. Llevo más horas trabajando que durmiendo.

—¿Y eso es lo que quieres que salve?

Él sonrió.

—Vale la pena. Confía en mí.

Tal vez pudiera confiar en Tommy. Pero Sebastian era otro cantar.

—¿Por qué yo? —le preguntó.

—¿Cómo?

—Si piensas que esos chicos hacen trampas, que alguien de dentro les pasa la información, debes de tener a un centenar de lameculos dispuestos a levantar piedras y torcer brazos. ¿Por qué me necesitas a mí?

—Porque te conozco.

—Qué va. Nadie me conoce.

La sonrisa que apenas se adivinaba en su rostro se desvaneció.

—Te marchaste de Dallas después del Certamen —dijo—. Y, desde entonces, ¿qué? Asistente personal, consejera en una línea de prevención del suicidio, conductora de Uber... Lo que sea para pagar el alquiler, me imagino. Dieciocho años, y ni un solo concurso, ni siquiera de segunda. Ni ajedrez, ni Bazares, ni rompecabezas. Ni un triste crucigrama. Pasaste de ser la joven promesa a chica de los recados. —Se fijó en la tensión de su rostro—. No te ofendas.

—Vete a la mierda.

—Lo que quiero decir es que no estás perdiendo, ni siquiera estás jugando.

La nuca de Gillian ardía como Chernóbil. Había olvidado lo que era estar bajo el microscopio.

Tommy prosiguió, con más suavidad:

—No estás conectada con el mundo de los acertijos, ni con Miscellany. Cortaste por lo sano, algo que el resto de nosotros nunca consiguió.

Una azafata avanzó por el pasillo cargada con una bandeja de comida y bebidas. Gillian cogió un cruasán. Tommy, dos refrescos light. Se bebió uno mientras Gillian comía.

—¿Ves a los demás? —preguntó ella.

—De vez en cuando. Los dos siguen en Miscellany. Leah llegará hoy.

Gillian se frotó la garganta. «Esto no hace más que empeorar».

—Con tanta gente implicada... Lo planteas como si fueran un montón. ¿Tienes sospechosos?

—El acceso a los rompecabezas de la Segunda Temporada es limitado. —Tommy le dio un trago al refresco—. Solo lo tienen unos pocos miembros del equipo ejecutivo, los creadores de acertijos, Sebastian, por supuesto, yo mismo y el jefe de Seguridad.

—¿Qué pasa con el jefe de Seguridad? Según mi experiencia, el que controla las cámaras es siempre el primero en meter la mano en la caja —dijo apuntándolo con el cruasán mordisqueado—. ¿Quién vigila a los vigilantes? ¿Sabes lo que quiero decir?

Tommy dio un largo trago.

—El jefe de seguridad es Ells.

Se le hizo un nudo en la garganta, pero pudo controlar la emoción.

—Es como yo, Gil —dijo Tommy, inclinándose hacia el pasillo para tratar de convencerla—. Ama lo que somos. Soy consciente de lo que pasó, y no lo defiendo, pero no puedo imaginármelo pasando respuestas a los chicos.

Ellsberg había apuñalado a Gillian por la espalda sin que le temblara ni un solo músculo, y apenas tenía trece años. ¿Qué contorsiones éticas no sería capaz de hacer de adulto? Pero estaba claro que Tommy no cambiaría de idea sin pruebas.

—¿Y Sebastian?

—¿Qué quieres decir?

—Es perfectamente capaz de hacer teatro. Presionar un poco a los niños está bien, pero si no consigue fabricar a un nuevo Banksy o a un Buffett, si en lugar de crear geniecillos los chavales fracasan a la hora de resolver los acertijos... eso lo dejará en mal lugar.

Tommy aplastó la primera lata y abrió la segunda. Gillian se preguntó cuántas debía de beberse al día.

—Sebastian jamás haría daño a los niños —aseguró—. Si descubre que el juego ha sido manipulado, si se le presentan pruebas, lo detendrá de inmediato. —«Sebastian jamás haría daño a los niños». Gillian consiguió detener la oleada de respuestas corrosivas que pugnaban por salir.

—¿Está al corriente de que voy?

—No se lo he dicho.

Ambos sabían que esa respuesta no significaba nada.

Gillian sopesó la situación que tenía por delante. Iba a enfrentarse a un director de operaciones exhausto, a la persona que la había traicionado y que estaba al mando de la seguridad, y al jefe supremo, un hombre que disfrutaba manipulando a la gente.

Tommy unió las manos, como si quisiera disipar las dudas que ella albergaba.

—Tú puedes hacer que Sebastian escuche —aseguró—. No es como piensas. No le resulta fácil, ahora que somos tan grandes. Está

aislado y diría que solo. Es un momento delicado. Estamos creciendo, hay mucho dinero en juego y no sabe en quién confiar. Si le dejas clara la situación, Sebastian tendrá que investigar, y así podremos arreglarlo. Volver a poner a los niños en primer lugar. Solo necesito que aportes tu granito de arena para arrancar el proceso. Haz lo que tan bien se te da: formular preguntas, conseguir que la gente hable. Tu capacidad para relacionarte abrirá puertas y tu boca hará el resto. —La miró a los ojos y se llevó la mano al corazón, escondido bajo su chaleco de lana—. Siempre fuiste una persona de trato fácil.

Gillian casi pudo oír la carcajada de su hermana.

Dicho esto, Tommy se levantó y se dirigió a la parte trasera del avión. Gillian oyó cómo cerraba la puerta del baño con pestillo.

¿Confiar en él? Apenas sabía nada del hombre en que se había convertido y, para ser sincera, quizá tampoco del niño que había sido. Habían compartido unas semanas intensas de las que habían salido siendo amigos, casi familia. Tommy siempre le había caído bien, y cuando se presentó en su casa lo había mirado directamente a los ojos con ganas de creerle. Pero en esos ojos —en el de verdad — también había visto angustia. Tommy quería conseguir cosas: riqueza, éxito, un control del que carecía. Y Gillian conocía a ese tipo de personas. Las que te aseguran algo y al minuto siguiente se dan la vuelta para hacer justo lo contrario, y siempre encuentran el modo de justificar el cambio.

Echó un vistazo al portátil de Tommy. ¿Confiar en él? No.

¿Confiar... y comprobar?

Se sentó en el asiento de Tommy. Había dejado el portátil desbloqueado, porque él, por supuesto, sí confiaba en ella. Escrutó

con la mirada los asuntos de los correos. Cada vez que aparecían las palabras «Segunda Temporada» o «concurso», leía el contenido. Encontró asuntos logísticos, correos sobre presupuestos. El asunto «RE: Acciones» le llamó la atención.

Oyó el ruido de la cadena del váter. Luego el grifo abierto.

Gillian leyó a toda prisa. Negociaciones en curso. Shale y Kone. Headman Ventures. A punto de salir a Bolsa. Información sensible. Vio un precio de salida y una valoración pública prevista que la dejaron pasmada. Bancos de inversión. Salida a Bolsa. Tommy no bromeaba cuando decía que había dinero sobre la mesa. Dinero a lo grande.

La puerta del baño se abrió. Cuando Tommy ya regresaba, Gillian saltó de nuevo a su asiento y se acomodó en él, mientras oía agitarse un frasco de pastillas en el bolsillo del pantalón de su antiguo amigo. Tommy se detuvo junto a su asiento.

—¿Ya tienes lo que querías?

Ella lo miró.

—No sé a qué te refieres.

—¿Tus preguntas? ¿Las he respondido todas?

Había tardado demasiado en regresar. Su pupila izquierda estaba dilatada, como si respirara por el ojo. El instinto de Gillian ya le había advertido: «Te lo dije», pero ella lo había dejado en Los Ángeles. De pronto todo encajaba; no era solo agotamiento. Tommy tenía un problema de adicción, lo único que le faltaba descubrir era a qué droga.

—¿Cuántos baños hay en este avión? —preguntó ella.

Tommy frunció el ceño.

—¿Cómo dices?

—Has tardado una eternidad. Creía que tendría que buscar otro váter volador.

—¿Quieres preguntarme algo en concreto, Gil? —le dijo. Su aire afable se había evaporado.

Cuando el padre de Gillian estaba al borde de una recaída, tenía aquella misma mirada. En los últimos días de su período de sobriedad, era presa de una visión terrible, como si viera venir a su yo borracho, como si estuviera atado a las vías y sintiera acercarse el tren. Aquellos momentos de lucidez solían ablandar el corazón de Gillian, la empujaban a perdonarlo. Perdonarlo antes de que recayera. Después empezaría a beber, a derribar muebles, a lamentarse por un éxito que se le escapaba. Y luego, desaparecería. La familia rezaba de nuevo para que volviera con vida, recorrían los hospitales para buscarlo. Una vez, Gillian incluso lo dio por muerto. Pero, poco a poco, después de que regresara, avergonzado y sin trabajo, prometiendo que lo dejaría, que nunca cogería otra botella, Gillian empezó a sentir algo diferente. Decepción. Decepción de que hubiera vuelto. Decepción de tener que soportar su cobardía de nuevo.

Tommy la miraba, expectante. Ella le regaló su mejor sonrisa.

—Estoy segura de que ya sé todo lo que necesito —dijo.

7

El Mercedes negro esperaba en la pista como un dóberman adiestrado. La conductora era de origen latino y llevaba traje negro, blusa blanca y unos zapatos cómodos. Una cicatriz le cruzaba la mejilla derecha. Parecía algo mayor que Gillian y llevaba el pelo muy corto. Se movió con una agilidad atlética cuando le abrió la puerta a su jefe, y Gillian, que había asistido a varias escuelas de judo, aunque fueran de poca monta, enseguida reconoció en ella a una luchadora. Como ocurría en tantos cómics, la chófer de Tommy era mucho más que una simple conductora.

Le lanzó una mirada a Gillian y la pilló observando su cicatriz.

—Señor Kundojjala —dijo, desviando de inmediato la atención hacia Tommy—. Espero que el viaje haya sido satisfactorio.

—Un éxito rotundo, Jackie —respondió él con una sonrisa—. Un éxito rotundo.

Jackie miró fijamente a Gillian: tenía los ojos negros y afilados como cuchillos. Transmitía ese tipo de hospitalidad tejana cargada de «Sí, cariño» y «Gracias» que camuflan la verdadera actitud que hay detrás: la de «¡Vete a la mierda!». A pesar de su falsa amabilidad felina, Jackie metió en el maletero la maleta maltrecha de Gillian, decorada con helechos en tonos azul y rosa pastel. A Gillian no le gustaba perder de vista sus escasas pertenencias, así que se quedó por allí cerca. No estaba del todo segura de lo que acababa de ver: una bolsa de papel para sándwiches saliendo del

equipaje de Tommy para meterse en el bolsillo de Jackie. La conductora miró por encima del hombro y Gillian se giró para evitar que sus miradas se cruzaran.

Condujeron hacia el norte. El paisaje había cambiado desde la última vez que Gillian había estado allí, muchos años atrás. Contemplaba aquel horizonte asfaltado, maravillada ante la cantidad de hormigón. Toneladas de fuerza de voluntad, dinero y ambición, todo invertido en crear algo de la nada. El sueño alimentado por extensiones infinitas de terreno y un bajo coste de vida, un auténtico paraíso para los emprendedores. Recordó el primer viaje que había hecho a las afueras, en el año 2000. En aquel entonces la zona apenas estaba desarrollada: cualquier lugar al norte de Plano era un páramo desolado. El trayecto desde el noroeste de Dallas le había parecido eterno. Viajaba al lado de June, las dos encajadas en el asiento trasero del viejo Honda Integra de tres puertas, zigzagueando por carreteras secundarias para evitar los peajes. En aquella época su madre aún podía conducir; el lupus que acabaría confinándola a una silla de ruedas apenas había empezado a manifestarse en forma de súbitas descargas en los dedos de los pies. Gillian solo recordaba una parada: un desvío hacia una de las populares heladerías Dairy Queen. June insistía en que el sabor Oreo Blizzard era «el mejor de todos», cuando todo el mundo sabía que la copa Peanut Butter le daba mil vueltas. La discusión continuó hasta que entraron en el local y repararon en el silencio que se impuso. En aquella época su madre era un bellezón. Tenía menos arrugas, una sonrisa radiante, una voz potente. Su belleza y su desbordante personalidad podían paralizar una sala. A juzgar por aquel mar de caras blancas, sin embargo, los clientes la miraban por otros

motivos. June y Gillian tenían un tono de piel tostado y el de su madre era bastante más oscuro. Los clientes del Dairy Queen seguían un patrón de comportamiento muy claro; miraban con descaro, y luego apartaban la vista de inmediato. No mirar era su nueva forma de mirar. Se llevaron sus helados al coche, pero Gillian salió de allí furiosa. Aquella gente la había hecho sentirse insegura y dudar de quién era. En casa, la situación tampoco es que fuese mucho mejor. Sus vecinos entornaban los ojos cuando ellas afirmaban ser negras. «Mestiza» era uno de los insultos más amables que recibía. De niña, el tema racial no le había resultado especialmente gratificante. Le parecía más fácil concentrarse en los rompecabezas: en ellos, la anulación y el resentimiento no eran las únicas salidas posibles.

Al ver los carteles publicitarios de los políticos exhibidos en la mediana de la autopista, Gillian reconsideró su primer pensamiento. Después de todo, las cosas no habían cambiado tanto en los últimos veinte años.

Tommy también miraba por la ventanilla, tamborileando sobre la pierna, sin apartar la mirada de las señales de la carretera. Se bebió de un trago un refresco energético que Jackie había sacado de una neverita instalada en el asiento delantero.

—Toma la siguiente salida. Necesito enseñarle algo a Gillian.

Al oír el comentario, Jackie levantó la vista hacia el retrovisor.

—Hay un evento... —empezó a decir.

—Soy muy consciente del calendario. Toma la salida, por favor.

Jackie le dedicó otra mirada, pero asintió.

Abandonaron la autopista y se perdieron por calles secundarias hasta llegar a un pequeño barrio residencial. Casas unifamiliares con

jardines delanteros diminutos, casi pegadas unas a otras, pero limpias de grafitis y sin rejas en las ventanas. Aparcaron en el fondo de una calle sin salida. La casa tenía un garaje donde cabía un solo coche y un felpudo raído, en el que aún podía leerse el mensaje de bienvenida.

Tommy insistió en que Gillian lo siguiera hasta el interior de la casa.

—Quiero que veas a qué me refiero —dijo—. Quiero que conozcas a los Navarro.

Los Navarro eran un matrimonio. El hombre tenía algo de sobrepeso y llevaba gafas y una barba irregular. Ella era más alta, de complexión sólida, como una levantadora de pesas; tenía un rostro triste y un tatuaje de dos gorriones idénticos asomaba por el cuello de su camiseta.

La señora Navarro habló incluso antes de que Tommy llegara al porche.

—Por favor. —Parecía agotada—. ¿Qué pasa ahora?

—Esta es Gillian —dijo Tommy, como si eso lo explicara todo—. Puede ayudarnos.

La mujer se volvió hacia su marido, pero él ya se había retirado al interior.

La casa estaba en silencio. No había ningún televisor encendido, solo una radio que emitía música clásica. Tommy le presentó a la pareja: Eddie y Katie. Los dos estaban de pie en la cocina, visiblemente incómodos. Gillian se fijó en un par de sándwiches a medio comer. Sobre la encimera había una bolsa de pan blanco y un tarro descomunal de mantequilla de cacahuete: tenían para el resto de sus días. Encima de la mesa se veía un juguete antiestrés y, en la

pared, un crucifijo. En la nevera, destacaba un imán con la imagen de mamá, papá y una niña de diez años.

—Perdón por venir sin avisar —dijo Tommy. Como no se sentó, Gillian tampoco lo hizo. Se sentía completamente fuera de lugar—. Pero estábamos por la zona.

Eddie volvió a acomodarse frente a la mesa. Tenía un sándwich en la mano, pero no comía. Katie estaba plantada entre los dos visitantes y el corazón de su hogar. Sus ojos decían que ya había pasado por eso.

—¿Podríamos hablar con Vanesa? —preguntó Tommy.

Katie volvió a mirar a Eddie. Él no contestó; se limitó a estrujar el pan con los dedos.

—Mi amiga Gillian estuvo en el Certamen —explicó Tommy—. El original. Espero que nos ayude. Tal vez si habla con Vanesa...

—¿Es policía? —preguntó Eddie.

Gillian soltó una carcajada que resonó en toda la casa.

—¡Qué va, por supuesto que no!

La respuesta incomodó a Eddie. Los ojos de Gillian se desviaron hacia el crucifijo.

—Si habláis con ella... —empezó a decir Katie, pero pareció quedarse sin aire—. Esta será la última vez. Después de esto, no volváis.

La madre de Gillian nunca había sido estricta. Era una mujer permisiva que había dejado que el destino marcara buena parte de la crianza de su hija, para bien o para mal. Gillian, sin embargo, había sido testigo del comportamiento de otros padres en el complejo de apartamentos en el que vivía. Bria, por ejemplo, tenía una hija rebelde que se había teñido el pelo y se había puesto

piercings en las orejas sin su consentimiento. Las discusiones se escuchaban a través de las paredes de papel: «Te odio». El rostro demacrado de Bria dejaba muy clara la situación.

Tommy, ajeno al trauma familiar, sonrió.

—Por supuesto —dijo—. No queremos molestar.

Eddie dejó su bocadillo.

—Lo que pasó con mi hija no estuvo bien. Dijiste que podrías arreglarlo.

Tommy asintió con una expresión grave y sincera.

—Lo haremos. Vamos a arreglarlo todo.

—¿Cuándo? Los abogados cuestan dinero. Nos habéis demandado.

—Yo... —La acusación dejó a Tommy sin palabras—. Vamos a arreglarlo.

Gillian no decía nada, pero estaba que echaba humo. Ya se había imaginado que en Dallas tendría que hacer algunas preguntas, y quizá revisar vídeos de las pruebas clasificatorias. No figuraba en sus planes involucrarse emocionalmente. Pero Tommy la había llevado hasta allí, y ahora estaban dentro de aquella casa y todos la miraban.

—Vamos —la instó Tommy—. Ya verás.

Katie acompañó a Gillian pasillo abajo. La habitación de Vanesa hablaba por sí sola: una estantería abarrotada de libros de consulta y diccionarios, un trofeo del Campeonato Regional de Deletreo de Dallas de 2017 y, colgado en la pared, un artículo enmarcado del periódico *The Morning News* en el que se informaba de que Vanesa había quedado en cuarto puesto en el Campeonato Mundial de Rompecabezas, en la categoría de menores de quince años. En

cuanto entró en el cuarto, Gillian tuvo un escalofrío. Y allí, en una esquina, bajo un póster de Sebastian con su gorra característica, estaba Vanesa, sentada en un puf, con la cabeza metida en un voluminoso libro sobre la llegada del hombre a la Luna. Llevaba una camiseta gris y morada con el logo de Miscellany, y su melena negra le tapaba la cara. Uno de sus ojos estaba enrojecido por la conjuntivitis. Tenía los nudillos en carne viva de tanto mordérselos. Cuando la miró, Gillian tuvo la sensación de estar delante de un espejo: fue como subirse a una máquina del tiempo y regresar a aquella casa de Lemon Avenue.

—Vanesa, esta es Gillian —dijo Katie con suavidad—. Conoce al señor Tommy.

Vanesa levantó la mirada, con los ojos llenos de esperanza.

—¿El señor Tommy está aquí?

—Sí. Pero quiere que hables con esta mujer.

Vanesa apretó la mandíbula como lo había hecho Eddie y, sin decir nada, volvió a sumergirse en su libro.

«Me cago en Tommy por traerme aquí», pensó Gillian. Incluso de niña, sabía detectar la manipulación. Recordó aquella vez, en quinto de primaria, cuando su madre, preocupada porque se pasaba la hora de la comida resolviendo acertijos, le pidió a una de las monitoras que la vigilara. En cuanto aquella mujer empezó a merodear por la mesa con aires de entrometida, Gillian lo supo.

A pesar de todo, al ver a aquella niña reducida a la nada, Gillian sintió un vínculo. Un vacío en el pecho que la dejó sin aliento. Se agachó para quedar a su altura, un truco que había aprendido hacía mucho tiempo.

—¿Te gusta el espacio? —preguntó.

Vanesa se encogió de hombros. «Vaya estupidez de pregunta».

—Veo que también te gustan los juegos. Apostaría a que se te dan bien. —Silencio—. ¿Has jugado a los juegos de Miscellany?

Vanesa suspiró con desgana.

—Sí.

—Yo también lo hacía cuando tenía tu edad.

—Genial.

Katie las observaba con atención, probablemente a punto de echar a Gillian de su casa. Quizá esa presión fue el empujón que necesitaba. ¿Sería capaz de llegar a esa niña en el tiempo que se tardaba en abrir una puerta?

Vanesa levantó la mirada: tenía los ojos de un color cambiante, entre gris y verde.

—Yo ya te había visto. El señor Tommy me enseñó una foto. Aparecías tú con otros niños. Llevabas trenzas. Te veías rara.

—Me veía rara, sí. Fue mi madre la que me peinó así.

—Mamá dice que tengo que peinarme todos los días. Es un rollo.

—Las madres son así.

Gillian intentó recordar cómo se sentía cuando trataba con adultos que no la comprendían.

—Yo no soportaba perder —confesó.

Vanesa aún apretó más la mandíbula.

—Mi madre siempre me repetía que lo divertido era resolver los acertijos —continuó Gillian—. Pero ella no lo entiende. Yo quería ser la primera. Todavía quiero serlo.

Katie suspiró a sus espaldas. Gillian recordó que su madre hacía exactamente lo mismo. Tenía aquella visión del mundo de que no

siempre puede tenerse todo, una visión que chocaba con el ardiente deseo de ganar de Gillian.

—Quedé segunda. —Las palabras de Vanesa la sacudieron—. Debería haber ganado yo. ¡Hicieron trampa!

Aquellas palabras le recordaron al Tommy de la niñez. A la Gillian joven e ingenua.

—¿Por qué crees eso?

—Porque yo era la mejor —respondió con la barbilla alzada y las aletas de la nariz agitadas—. Quedé primera en Tetris y primera en la prueba de fútbol combinada con deletreo. Ese otro niño ni siquiera sabía en qué portería meter los balones, pero yo lo conseguí a la primera. Y luego, en el *escape room*, él simplemente... sabía todas las respuestas y a mí ni siquiera me dieron la oportunidad. Pasó a la Segunda Temporada. Básicamente va a ganarlo todo.

Y entonces se vino abajo. Hundió la cara entre las manos.

—El señor Tommy dijo que yo debería haber ganado. Y algunos de los otros niños también lo dijeron, incluso mi amigo Zane dice que yo debería haber ganado. —Elevó la voz—. Se lo dije a mamá y a papá, pero no me escuchan. No lo entienden porque son estúpidos. ¡Son estúpidos y nunca me escuchan!

Gillian se quedó helada. No debería estar en aquella casa, ni con esa niña. No era la persona adecuada para arreglar aquella situación.

—Siento mucho que perdieras —dijo en voz baja.

Vanesa casi saltó de rabia.

—¡Yo no perdí! —gritó—. Él hizo trampa.

Katie apoyó una mano sobre el hombro de Gillian y ejerció una presión poco amistosa.

—Será mejor que se vaya.

Vanesa bajó la cabeza y fijó la mirada en su libro, con los ojos empañados en lágrimas.

Gillian salió de la habitación lo más rápido que pudo. Se despidió de Vanesa con un murmullo y regresó con prisa a la cocina, donde Tommy se estaba zampando un sándwich de mantequilla de cacahuete con avidez. Tenía migas por todo el traje. Al verla, sonrió con un entusiasmo excesivo.

—¿Cómo ha ido todo?

—Vamos a Miscellany, Tommy —respondió Gillian con la voz áspera como el papel de lija—. Ya.

Tommy dejó de sonreír. Se sacudió las migas de la chaqueta, se puso en pie y le dio las gracias a Eddie por su tiempo. Antes de irse, le aseguró que se pondría en contacto con ellos muy pronto. Katie no salió de la habitación de Vanesa y Eddie se limitó a darle otro bocado a su sándwich, sin acompañarlos a la puerta.

Una vez en el coche, Jackie arrancó y se reincorporó a la autopista. Gillian hervía de rabia. Tommy se frotaba los brazos, como un anciano aterido.

—¿Por qué me has traído aquí? —preguntó Gillian.

—Te lo dije. —Tommy no la miró—. Alguien está haciendo trampas. Vanesa y su familia recibieron una oferta: un infiltrado les prometió venderles las respuestas. Y ellos la rechazaron. —Sacudió la cabeza—. ¿Puedes creerlo?

—Todo esto ha sido una representación, ¿verdad? Me traes aquí, me enseñas a la niña que quedó segunda... Si ese era tu mejor truco, has perdido facultades.

—Gillian, no todo gira a tu alrededor.

—Vete a la mierda. ¿No crees que eres parte del problema? Esa niña te idolatra. ¿Qué le estás metiendo en la cabeza?

—Me preocupo por Vanesa. Ella quería llegar a la Copa del Mundo. Quería ir a la Luna. Son sueños que Miscellany se supone que debe alimentar. No hay que arrebatárselos.

Gillian recordó a la niña con su libro sobre el espacio, recordó su mirada mientras reproducía las pruebas en su mente. «Porque yo era la mejor».

—Y, sin embargo, estáis demandando a la familia.

—Los demanda Miscellany, la empresa. El departamento legal, los abogados... —Bufó—. Siempre los abogados. Se hicieron un lío con todo esto. Yo podría haber hecho que desapareciera.

—Pero ¿los Navarro tienen pruebas? ¿Un correo? ¿Un nombre? ¿Una cara?

—Ellos lo saben, Gillian. No necesitan pruebas. —Parecía molesto, como si a ella le estuviera costando entenderlo—. Has hablado con Vanesa. Puedes comprenderlo. Entre lo que tú descubras y esa niña, Sebastian tendrá que verlo. Todo va a cambiar.

De niños, Tommy podía convencer a Gillian de cualquier cosa. La engatusaba, la desafiaba, la sobornaba con sus M&M's y su sonrisa. Ella había bajado una cuesta en monopatín con los ojos vendados solo porque Tommy la había convencido de que sería divertido. Se había tirado por la ventana del primer piso del Bazar porque Tommy aseguraba que era un método más rápido que usar las escaleras. Ese chico era una fuerza de la naturaleza, y puede que incluso tuviera razón. Pero al pensar en los Navarro, al ver el cráter humeante que Miscellany había dejado en esa familia, Gillian se dio cuenta de algo: Tommy nunca consideraba los costes.

8

Miscellany estaba en una zona de barrios periféricos que se extendía entre Dallas y Oklahoma, un continuo de agrupaciones de casas de cinco dormitorios, centros comerciales y farmacias abiertas las veinticuatro horas. Los conejos saltaban entre las ruedas de los coches y los estorninos se lanzaban como locos a por los animales espachurrados. Finalmente, vieron aparecer los carteles:

SALIDA DE LA VIDA NORMAL. ESTÁS A 16 KILÓMETROS
DE MISCELLANY Y LA MARAVILLA. EL ÚNICO LÍMITE:
TU IMAGINACIÓN. SALIDA 70.
MISCELLANY Y EL BAZAR. PRÓXIMA SALIDA.

Había otros parques temáticos, por supuesto. Six Flags no quedaba lejos; la montaña rusa de madera y acero conocida como El Gigante de Texas dominaba el horizonte. Al lado estaba Hurricane Harbor, que prometía piscinas de olas y toboganes acuáticos. Y para aquellos que, como Gillian, no podían permitirse los grandes parques, estaba Sandy Lake, con su minigolf y sus recreativos ya un poco anticuados. Además del precio, los otros parques tenían otro problema: no le planteaban ningún desafío. Uno se ataba a una silla, se tumbaba sobre una esterilla, y la mecánica y la gravedad hacían el resto. Gillian quería un reto que la espoleara, que la hiciera pensar. Necesitaba pensar que podía ganar. De pequeña, el único lugar que

le había ofrecido lo que buscaba fueron los Bazares de Sebastian, fue Miscellany.

¿Por qué *Miscellany*? «No inspira grandeza», había sido la crítica de un Bill Gates poco impresionado. Sebastian podía ser muchas cosas, pero no se dejaba intimidar por la sombra de los titanes globales. «Miscellany sugiere la posibilidad de muchas cosas», le gustaba responder. Su parque no ofrecía lo habitual, lo aburrido, sino lo inusual, lo extraño, lo excéntrico. Lo atípico. En los Bazares uno encontraba eso: algo insólito, extraño y excéntrico. Un mundo de ideas interrelacionadas sin principio ni fin, perfecto para Sebastian.

De pronto, a Gillian se le pasó el bajón que arrastraba desde la visita a los Navarro. Un cóctel de entusiasmo y temor empezó a correrle por las venas. Estaba tan tensa que si Tommy le hubiera dado un golpecito en el brazo, probablemente se le habría roto en mil pedazos.

Un muro de piedra, envejecida a propósito, serpenteaba alrededor del recinto, ofreciendo solo unas pocas tentaciones; Sebastian era un *showman* al que le gustaba desvelar sus cartas poco a poco. Lo único que veías desde la calle eran hectáreas de aparcamiento. Los carteles anunciaban que la entrada estaba más adelante, pero a Gillian no le parecía que fuesen en esa dirección.

—¿Podemos entrar por la puerta principal? —preguntó.

Tommy levantó la mirada del portátil. Estaba más calmado: había canalizado todo su nerviosismo en el trabajo. Jackie ladeó la cabeza, a la espera de recibir instrucciones de alguien que importara.

—Es un paseo largo —respondió Tommy—. Y me pareció que no te gustaría el espectáculo.

—Necesito ver lo que ve todo el mundo. Déjame disfrutar del espectáculo completo.

Tommy se encogió de hombros.

—Llévanos por el acceso público, Jackie.

La conductora se pasó la lengua por la cicatriz de la mejilla, pero puso el intermitente y se dirigió hacia la puerta principal. Cruzaron el aparcamiento, esquivando a las familias que se apeaban de sus todoterrenos y autocares escolares con matrículas de Michigan, Nueva York y Florida.

En cuanto aparcaron, Gillian hizo todo lo posible por bajarse del coche aparentando calma. Tommy hizo lo mismo. Había dejado el portátil en el vehículo y ahora se dedicaba a teclear mensajes en el móvil. Echó a andar sin decir una palabra, dejando a Gillian atrás.

Jackie se quedó apoyada contra el coche, como si fuera de su propiedad.

—¿No vienes? —preguntó Gillian.

—No forma parte de mi trabajo.

—¿Y cuál es tu trabajo exactamente?

Jackie esbozó una sonrisa.

—Evitar que se meta en problemas.

Joder, esa mujer estaba encantada consigo misma.

—Hasta luego —replicó Gillian.

Jackie le devolvió un saludo burlón, llevándose el dedo índice a la ceja.

Un largo paseo de ladrillo rojo serpenteaba hacia la intrincada reja de hierro que daba acceso al recinto de Miscellany. El recorrido estaba pensado para que los visitantes pasaran todo el tiempo posible admirando las excentricidades que Sebastian había

seleccionado con tanto esmero: setos recortados en forma de elefantes majestuosos y ballenas azules gigantescas, farolas de gas falsas que evocaban un Londres dickensiano exento de enfermedades y pobreza crónica.

En el horizonte, once agujas góticas se alzaban imponentes, demasiado ambiciosas para quedar ocultas tras los muros: eran las torres del Bazar original, el corazón del parque y el escenario del único y legendario Certamen. El lugar en el que Gillian había sido víctima de la humillación. Cuando trató de recordarlo, cuando intentó imaginar su interior, solo vio oscuridad.

Unas vocecillas casi inaudibles le susurraban desde un rincón recóndito de su mente. Estaba haciendo justo lo que Sebastian quería. Una vez dentro del recinto, ya no distinguiría entre arriba y abajo, entre lo que era correcto y lo que no. Pero sofocó aquellas dudas. Había abandonado aquel lugar por voluntad propia y regresaba a él de la misma manera. Cumpliría con su cometido y se marcharía con la mente intacta. Ya no era una niña. Y Sebastian no era más que un hombre.

La explanada de la entrada se acercaba. Justo donde terminaban los muros, comenzaban las puertas enrejadas, flanqueadas por menhires colosales en los que había grabados objetos aparentemente inocuos: paraguas, manzanas, botellas de leche. Gillian pudo ver, por fin, a los empleados de Miscellany: los coloridos taquilleros vestidos como charlatanes de feria de la época victoriana y los músicos callejeros con gaitas y organillos. Solo los guardias de seguridad llevaban pantalones modernos y camisas abotonadas, aunque sus cortas capas de lona también tenían un aire teatral.

La aventura, la maravilla y el misterio flotaban en el aire. Era una atmósfera diseñada para embelesar a los niños y recordar a los adultos el asombro que alguna vez los había cautivado. Y aunque Gillian aún no podía ver el interior del parque, casi podía oler el algodón de azúcar, el protector solar y el sudor de los turistas.

Miscellany era un hervidero de gente: estaba abarrotado hasta los topes y las colas eran interminables. Gillian sentía el sofoco y la angustia, como la de una rata encerrada en un laberinto. El parque estaba diseñado para arrastrar a los incautos hasta todas y cada una de las atracciones y sacarles hasta el último céntimo. Sin embargo, bajo ese cinismo, Gillian recordó el lugar que veían sus ojos de niña, la oportunidad, el brillo que despedía todo, la multitud apretujada y ese medio segundo fugaz en el que se abría un espacio por el que su cuerpo menudo lograba colarse para ver lo que los demás no podían. Recordaba la emoción que sentía cada vez que se encontraba con un rompecabezas nuevo. El pulso acelerado, la atracción del desafío y el deseo de ser la primera, la más lista, tal como había dicho Vanesa: se trataba de ser la mejor.

Tommy avanzaba en piloto automático, absorto en su teléfono, ajeno a la experiencia. Se saltó las colas y los controles, y pasó por los torniquetes como si nada, bajo la mirada fugaz del personal de seguridad. Nadie los detuvo, ni siquiera les pidieron que redujeran el paso.

Al otro lado de los controles, Miscellany se desplegaba con todo su esplendor. Remolinos de césped y jardines multicolor se enroscaban a ambos lados de un sinuoso sendero de ladrillos color cereza. Una marcha musical alegre e inspiradora llenaba el ambiente, procedente de altavoces invisibles. Banderas con imágenes de Sebastian

ondeaban en lo alto de postes interminables. Gillian se detuvo en seco y observó las diferentes versiones con atención: el rostro juvenil e imperturbable de Sebastian que los había esperado en el aparcamiento de su primer Bazar; la versión barbuda que hacía sonar la campana de apertura en la Bolsa de Nueva York; otra imagen dándole la mano a Will Shortz; y, por supuesto, una foto de Sebastian con sus niños. El Certamen. La misma dichosa foto que Gillian tenía enterrada en su caja, en Los Ángeles.

Tommy se metió el móvil en el bolsillo y se detuvo a su lado. El sempiterno goloso le ofreció un chicle. Los dos mascaban como unos críos, mientras la imagen de Sebastian contemplaba atenta sus versiones más jóvenes.

—Tenía unos dientes enormes por aquel entonces —observó Tommy.

—Has mejorado con los años.

—Me los arreglé.

—Te han quedado estupendos.

Tommy la miró mientras ella seguía contemplando la imagen.

—Luego se hará una foto oficial —comentó—. Para los concursantes.

—Paso. —La prensa la bombardearía con preguntas sobre su pasado, su vida amorosa, dónde había estado los últimos dieciocho años... Preferiría soportar una endodoncia. Además, había otro tema —. No le he dicho a mi familia que estoy aquí.

—Mentirle a la familia... Eso sí que lo entiendo.

Sebastian ondeaba una bandera, observándolos imperturbable.

—Va a hablar —dijo Tommy—. En unos diez minutos.

Gillian tuvo una sospecha. Sebastian lo sabía. Sabía que ella estaba allí.

—¿No suele hacerlo?

—Casi nunca. Muy pocas veces habla en el parque. El acto fue organizado a última hora. Algo relacionado con el Reencuentro. Me acabo de enterar.

En la bandera, Sebastian parecía mayor. Tenía arrugas en la frente y alrededor de la boca, signos de la edad que no se habían molestado en retocar con Photoshop. Señales de sabiduría. O de debilidad.

No era más que un hombre.

Gillian miró a Tommy de reojo.

—¿Dónde está?

9

Se acercaron al primer punto emblemático de Miscellany. Una enorme esfera geodésica flotaba como una pequeña luna sobre un escenario, donde criaturas históricas y míticas jugaban al escondite. Goblins salvajes se asomaban entre la hiedra de piedra y un ojo ciclópeo y ardiente fulminaba a todo el mundo desde la parte central. Había símbolos de Sumeria, Grecia y China imperial, por nombrar solo algunos. En el pasado, unos animadores recorrían el escenario desafiando a los visitantes a resolver acertijos a cambio de baratijas. Gillian seguía sus movimientos con ojos de acero, siempre atenta a pistas y señales. Entonces el escenario era un portal que conducía a un lugar mágico, una vía de escape tentadora.

El cielo encapotado apenas había disuadido a los visitantes: la multitud se agolpaba formando un grupo de al menos una docena de hileras. En los laterales de la plaza, había apostados carritos que vendían palomitas de maíz con sabores, perritos calientes e incluso el famoso pastel de queso conocido como «sopa paraguaya». Los visitantes avanzaban como leminos, apretujados unos contra otros. Gillian se preguntó cuántos le habrían comprado uno de sus fulares.

Con una leve señal de Tommy, un guardia de seguridad les abrió camino hasta el borde del escenario. Una vez allí, su amigo la cogió por el brazo y le dijo:

—Tengo que subir ahí arriba.

—¿En serio? —replicó Gillian.

—Ya te lo dije —respondió, casi como lo habría hecho el Tommy de diez años: confiado, rozando la arrogancia—. Creo en lo que hacemos.

Podría haber sido aquel niño de sonrisa elástica, pero de cerca pudo ver las ojeras.

Gillian se encogió de hombros. «Haz lo que quieras».

—No olvides la fiesta de esta noche —añadió Tommy—. A las 19:30 en el Pabellón. Todos estarán allí. Es el momento perfecto para hacer preguntas.

—¿Y qué hago mientras tanto?

Se sacó una pulsera azul del bolsillo y se la lanzó. Gillian la atrapó por los pelos.

—Te alojas en el Leonardo —dijo él—. Es el mejor hotel del parque. La pulsera te da acceso a la habitación, entre otras cosas. Intenta usarla con cabeza.

—Como un cura con la colecta del domingo.

Tommy esbozó una sonrisa. Se quedó paralizado, como si fuera a decir algo más. Y, de repente, un recuerdo se abrió paso en la mente de Gillian: la expresión de preocupación con que la había mirado aquella vez en la Sala de Deducciones, moviendo los labios. De eso hacía ya dieciocho años. Tampoco entonces había entendido lo que intentaba decirle.

Tommy dio media vuelta y desapareció entre la multitud.

Por un instante, Gillian tuvo la sensación de ir a la deriva. Qué rápido se había vuelto a acostumbrar a la compañía de su amigo. Aquello la inquietaba. Ojalá se hubiera ido, se dijo: él y sus problemas eran una distracción. Pensaría con más claridad sin él.

Se quedó allí, en silencio, observando lo que la rodeaba. Si había algo que iba mal en aquel parque, quizá el origen estuviera allí, en los visitantes. Desde luego, parecían eufóricos, ebrios de drama e impaciencia. Gillian descubrió en todos ellos una adoración casi universal y se sorprendió de que Sebastian no la explotara más a menudo. ¿Acaso sospechaba que sentirse adorado como un héroe podía cambiar su personalidad o solo quería que todos creyeran que no le importaba?

De pronto se oyó una oleada de vítores: Sebastian había aparecido en escena.

Saltó al escenario con una sonrisa de oreja a oreja y los brazos abiertos de par en par. Llevaba un traje de tres piezas a cuadros verdes, unos zapatos marrones y blancos, y una corbata de color rojizo. Ocultaba el muñón de su pulgar derecho con unos guantes de piel de vaca. Su rostro era exactamente como el que aparecía en las banderas, aunque con un aspecto más joven de lo que Gillian había esperado. Cuando sonreía, daba la sensación de que se estaba riendo de un chiste privado. Parecía sano, en plena forma.

De repente, Gillian se encontraba en medio de una multitud enloquecida. Todo el mundo aplaudía con desenfreno. En lugar de haber subido un par de escalones, se diría que Sebastian acababa de descubrir la cura para el cáncer. Coreaban su nombre y agitaban los puños en el aire. Era una situación surrealista.

Otros personajes fueron subiendo al escenario. Media docena de ejecutivos de aspecto impecable, todos vestidos con trajes parecidos al de Sebastian. Una mujer menuda y sofisticada, de pelo rubio cobrizo y cejas oscuras, iba enfundada en un vestido púrpura, con una americana a juego colgada al hombro. Y, por último, Tommy,

elegante y seguro de sí mismo, saludando a la multitud; El Ganador, casi tan famoso como el propio Sebastian.

Gillian observó a Tommy y a la mujer. Había tensión entre ellos. Ella lo ignoraba, y la sonrisa de mil vatios de Tommy flaqueaba. Gillian dedujo que debía de ser Evelina, la directora de Comunicaciones del parque y la otra mitad de la poderosa pareja Kundojjala. Todos se dirigieron hacia las sillas dispuestas en el fondo del escenario y esperaron de pie a que su general pasara revista. Gillian notó que los demás ejecutivos miraban a Tommy con cierta cautela. Su amigo recuperó la sonrisa, pero con menos entusiasmo que al principio.

Sebastian se acercó al borde del escenario y se arrodilló para estrechar la mano de la gente del público, incluida la de un Elvis de aspecto paraguayo. Los padres alzaban a sus hijos para que pudiera tocarlos. Le ofrecían bolígrafos y libros de su biografía no autorizada para que los firmase. Él les acariciaba la cabeza con una sonrisa y firmaba los libros. Gillian intentó recordar qué se sentía al bañarse en la magnanimidad de Sebastian, pero solo pudo notar los codazos afilados de la multitud.

No parecía que la hubiera visto. Pero Sebastian lo veía todo.

Al final, se volvió hacia su equipo. Saludó a los suyos, haciendo gestos que insinuaban halagos y chistes privados. Se entretuvo un poco con Evelina, intercambiando algo más que cortesías. A Tommy le apretó el brazo y, después de una mirada penetrante, le hizo una pregunta. Tommy respondió con una expresión distante, como si no hubiera oído bien sus palabras. Aun así, Sebastian volvió a apretarle el brazo y prosiguió con la ceremonia, después de haber animado a sus tropas.

Se dirigió al atril, hecho a su medida.

—Bienvenidos, amigos míos —dijo con una sonrisa cálida—. Me alegro de que todos hayáis podido venir. Hoy es un día especial. Muy especial. Si no fuera por los niños, por vuestros hijos, nada de lo que hacemos en Miscellany sería posible. Cada niño que cruza las puertas para explorar nuestro parque es único. Un legado de más de treinta años nos avala. Treinta años de niños que han superado sus propios límites para descubrir quiénes pueden llegar a ser. Y hace tiempo, más del que me gustaría admitir, creamos una oportunidad muy particular para que un grupo de niños con talento hiciera ese descubrimiento. El Certamen Extraordinaire.

La multitud rugió. Gillian permaneció en silencio. Observó a las personas alineadas detrás de Sebastian: todas aplaudían y sonreían. Tommy la localizó entre la multitud todavía con la sonrisa torcida. Gillian no podía asegurarlo, pero le pareció que Evelina también la había estado observando.

Sebastian esperó a que el público se calmara.

—Aquí, en Miscellany —dijo—, no nos gusta vivir en el pasado.

Gillian miró las banderas ondeantes con el rabillo del ojo.

—Pero sería una tontería ignorar el éxito que tuvimos. Sería irresponsable no reconocer que nuestros logros pasados construyen la esperanza para el futuro.

Hizo una pausa y sonrió con picardía.

—Quizá podamos celebrar pasado y presente al mismo tiempo.

Un murmullo emocionado recorrió la multitud. Incluso Gillian sonrió sin proponérselo. «Qué cabrón».

Sebastian se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó una hoja doblada de papel de color crema. La desplegó tomándose

su tiempo para crear dramatismo.

—Muchos de vosotros pertenecéis al Círculo de Sebastian, nuestro club infantil más popular. Los que sois socios tenéis acceso exclusivo a acertijos y a información privilegiada sobre Miscellany. Pero hoy, tres miembros del club de entre diez y quince años serán invitados a participar en un pequeño juego. ¿Y para qué jugar si no hay premio? En Miscellany encontraréis entretenimientos por todas partes, cada uno con sus propias recompensas. Algunas veces nuestros premios son monetarios, otras os proporcionarán reconocimiento y, en algunos casos —solo en algunos casos—, consisten en la mera satisfacción del trabajo bien hecho. Pero en el juego de hoy creo que podemos ofrecer algo mejor. Podemos construir vuestro futuro con un poco de ayuda del pasado. Los que hayáis estado atentos a las noticias quizá ya sepáis algo sobre el Reencuentro.

Gillian se tensó como la cuerda de un arco. La multitud que la rodeaba estalló en vítores, ajena a la situación.

—Todos nuestros antiguos concursantes están en la ciudad para celebrar lo que fuimos y lo que seremos. Todos están en las instalaciones de Miscellany y un par de ellos incluso se encuentran aquí mismo, entre nosotros.

Tommy evitaba mirarla. Los vítores continuaron.

—El ganador del juego de hoy (junto con el padre, la madre o el tutor al que elija) podrá disfrutar de una visita privada a Miscellany, guiada personalmente por un antiguo concursante. Comeréis juntos. Subiréis a las atracciones. Resolveréis acertijos en equipo. Y, al final del día, lo ayudaréis a crear un nuevo acertijo, uno que utilizaremos en los Bazares de todo el país.

Más aplausos. Sebastian esbozó una sonrisa, como si la entusiasta reacción del público lo hubiera pillado por sorpresa. Pero él nunca dejaba nada al azar.

Pronunció tres nombres. Los seleccionados gritaron de alegría y se abrieron paso hacia el escenario, seguidos de sus tutores. Eran un niño de piel oscura, con un diente roto y mucha confianza en sí mismo; una niña rubia, pecosa, con los brazos y las piernas cubiertos de heridas de costras arrancadas; y una niñita negra con trenzas.

La hoja helada del cuchillo del *déjà vu* se hundió en las entrañas de Gillian.

Un trío de ayudantes corrió al escenario cargado con tres sillitas mullidas. Un cuarto se acercó a Sebastian con tres bolsas de terciopelo cerradas con un cordón dorado. Las bolsas eran irregulares y tenían la medida de un pomelo. Sebastian se dispuso a sacar las pelusas que pudiera haber pegadas a cada una y frunció el ceño al encontrar un hilo suelto. Tan quisquilloso como siempre.

Los tres niños se sentaron en sus tronos respectivos. Las cámaras enfocaron sus caras, que aparecieron en las enormes pantallas que colgaban del arco del escenario. Sus tutores merodeaban alrededor, impacientes por firmar los formularios digitales en las tablets que les iban entregando.

Sebastian cogió el micrófono del atril y retrocedió hasta las sillas.

—Aquí, en Miscellany —empezó a decir—, ofrecemos innumerables formas de ejercitar la mente humana. Los niños son brillantes, así de simple, y a menudo los retos que afrontan no son los adecuados. Nuestros acertijos, nuestros juegos, los espolean intelectualmente. La inteligencia es una llave que abre las puertas del éxito. Muchos

de los niños que han crecido con Miscellany, niños de procedencias y credos diversos, ahora son capitanes de la industria, dirigen gobiernos, equipos de la NBA. Los acertijos me salvaron de una vida de pobreza y me permitieron desarrollar y demostrar mi inteligencia. Me desafiaron, además de entretenerme. Por eso he dedicado mi vida a ofrecer esas mismas herramientas a los jóvenes de hoy, a potenciar su intelecto con los acertijos. Los hay de muchos tipos: adivinanzas, enigmas... —Sonreía como un niño en una tienda de caramelos—. Rompecabezas mecánicos.

Gillian sintió un escalofrío.

El ayudante abrió una de las bolsas y depositó un objeto en la mano extendida de Sebastian.

Era un rompecabezas geométrico reflectante, compuesto por muchos bloques pequeños de formas irregulares. En aquel momento, el mecanismo se parecía más a un edificio de Frank Gehry que a un cubo: era un revoltijo de piezas rectangulares.

Sebastian sostuvo el objeto frente al niño del diente roto.

—Esto es un tres por tres. ¿Sabes lo que es?

Los niños llevaban micrófonos. El chico contestó, ofendido:

—Un cubo de Rubik.

—Ese es uno de sus nombres, desde luego —respondió Sebastian —. Puede que sea el más importante entre los cubos de velocidad. Pero este es de una variedad especial. Fíjate: todas las piezas son del mismo color.

Hizo girar el dispositivo en su mano.

—Esto es un «cubo de espejos». Su mecánica es similar a la del cubo de Rubik, pero su naturaleza monocromática hace que el color

sea irrelevante. El rompecabezas solo se resuelve cuando es devuelto a su estado de cubo.

Los dedos de uñas mordidas del chico se estiraron hacia el objeto, pero Sebastian lo retiró.

—Por supuesto, tiene solución. Si eres lo bastante paciente para encontrarla.

Gillian tensó los músculos de la cara. Quería subirse al escenario y apartar a los niños de un empujón. Ella podía resolver aquel rompecabezas. Sebastian lo sabía. Tal vez sus manos fueran más lentas que aquellos deditos mugrientos que se movían nerviosos en el escenario, pero su mente contenía más algoritmos resolutivos y sabía reconocer patrones que aquellos niños ni siquiera podían imaginar. Se asustó al ver la facilidad con que se despertaron sus antiguas ansias de competición.

En el escenario, los otros concursantes recibieron sus cubos de espejos. Cada cara de tres por tres estaba mezclada de la misma forma aparentemente caótica. Cada niño partiría de la misma posición desordenada.

—Cuando suene la señal —anunció Sebastian—, podéis empezar.

Dejó el micrófono a un lado. Sus ojos recorrieron la multitud, feroces como los de un oso. Su mirada se movía tan deprisa que Gillian no podía asegurar si la había visto. Pero él sabía que estaba allí. Tenía que saberlo.

Sebastian volvió a acercarse el micrófono a los labios, sonriente.

—¿Estamos listos?

Un grito entusiasta respondió a su pregunta. Alzó el brazo en el aire, lo sostuvo allí un segundo y después lo bajó de golpe, como un verdugo. Una bocina estridente sonó y el Certamen comenzó.

Los mecanismos de los cubos sonaban mientras los niños hacían girar las piezas. La multitud se quedó en silencio, escuchando el ritmo de los cubos en movimiento. Aunque esos cubos de tres por tres eran monocromáticos, la estrategia era la misma, sustituyendo color por forma. Roux, Petrus, Fridrich: métodos bien conocidos. Ese rompecabezas no habría supuesto ningún reto para los antiguos concursantes. Si Sebastian hubiera querido poner realmente a prueba a aquellos niños, habría elegido cubos más complejos, les habría vendado los ojos, o les habría obligado a resolver el rompecabezas con los pies. Pero aquellos niños eran aficionados: su forma de trabajar los delataba. Si hubieran sido expertos, lo habrían resuelto en menos de diez segundos.

Gillian se imaginó a sí misma en su lugar, escrutando el obstinado entramado de las piezas, viendo el azul de sus ojos reflejado en los espejos fracturados —esa mirada que muchos decían que era intensa, pero que, en su opinión, se parecía más a la de un ciervo cegado por los faros—. Se veía haciendo girar el cubo, moviendo no solo las piezas, sino también el mecanismo entero, sin detenerse ni un segundo. Ellsberg siempre había sido un apasionado de ese tipo de rompecabezas. Le encantaba desmontar las soluciones conocidas y encajar los componentes de formas nuevas e ingeniosas. A aquella pequeña serpiente le chiflaban las estructuras.

Gillian se obligó a respirar profundamente. Aquellos niños no eran ella, ni tampoco Ellsberg. Estaban allí para impresionar, para calmar una compulsión y saciar sus ansias de éxito. Tenían sus razones y sus métodos propios.

Diente Roto atacaba su cubo con la técnica capa por capa. Probablemente ya había resuelto más de un cubo en su vida —seguro que había visto vídeos en internet o había recibido consejos de amigos—. Ya tenía una capa resuelta, todas las piezas de la misma forma y altura; pero la primera era la más fácil. Empezaba a perder velocidad y aún no había pasado a resolver la segunda capa. Necesitaría aplicar un algoritmo, una serie de giros diseñados para mantener intacta la primera cara. Con el método que estaba empleando conseguiría resolver el cubo, pero sería el último en hacerlo.

Trenzas hizo un movimiento que entusiasmó a Gillian: estaba empleando la técnica Fridrich, su favorita. Era relativamente fácil de aprender y mucho más rápida que la capa por capa básica. La niña avanzaba con rapidez hacia la resolución de las dos primeras capas. Gillian se sorprendió sonriendo, y paró de inmediato. Aquella niña tenía el gesto y las cualidades adecuadas. Podría ser un peón en alguno de los grandes montajes de Sebastian.

La tercera concursante, Costras, utilizaba un método que Gillian no reconocía. Sus manos se movían más rápido que las de los otros dos concursantes. Derecha, izquierda, arriba. Curiosamente, nunca abajo. A diferencia de sus rivales, ya tenía los bordes orientados. Estaba completamente absorta. Entre los dientes, le asomaba la punta de la lengua, de un color casi púrpura debido a la presión. Sus manos no se apartaban jamás del cubo.

Era eso lo que Sebastian buscaba: intensidad, determinación, una concentración que no diera cabida a nada más. Él seguía a un lado del escenario, con las manos a la espalda y una sonrisa amable. Su

mirada iba de un niño a otro, pero a Gillian no le pasó por alto que la detuvo más tiempo en Costras.

El juego continuaba. Diente Roto estaba claramente fuera. Ya había deshecho la cara resuelta, pero estaba retrocediendo. Trenzas, por su parte, también había bajado el ritmo. Seguía con el método Fridrich, pero había dividido la última capa en etapas: primero los bordes y después las esquinas. Era un enfoque totalmente legítimo, pero no el más rápido.

A su derecha, Costras ya tenía las dos primeras capas terminadas. Diente Roto soltó un taco y Sebastian frunció el ceño.

Los ojos de Trenzas se iluminaron cuando vio claros los últimos movimientos.

«Vamos, puedes hacerlo», pensó Gillian.

—¡Listo! —gritó Costras.

Y todo terminó. Costras alzó el cubo resuelto en el aire, como si fuera el corazón palpitante que le había arrancado de una bestia derrotada. Su madre aplaudía a sus espaldas, libre de la preocupación que había ensombrecido su cara. La niña estaba eufórica y recibió la ovación de toda la multitud con una expresión salvaje. Era evidente que le encantaba atraer aquella atención. Gillian recordó que a ella también le gustaba.

Los rivales derrotados quedaron relegados a otro territorio. Diente Roto arrojó su cubo sin resolver al público. Gillian intentaba no mirar demasiado a Trenzas: la niña se mantenía firme, quizá demasiado. Estuvo diez segundos más resolviendo su cubo y no paró hasta dejarlo tan perfecto como el de Costras. Su madre se acercó a ella con cautela y suspendió la mano sobre el hombro de su hija, sin llegar a tocarla. Gillian notó que había una historia ahí, el legado de

una niña tan concentrada que incluso el amor de una madre suponía una distracción. Aunque tal vez Gillian estuviera proyectando su propio pasado tortuoso en aquella relación. Pero eso era lo que hacía Miscellany: te daba la vuelta del revés y te vaciaba los bolsillos. Salías de allí sin saber quién eras.

Sebastian se acercó desde el fondo del escenario. El aplauso apagado de sus manos enguantadas era metódico. Fue directo hacia Costras, como si temiera que una horda de magnates llegara en helicóptero para arrebatársela. El orgullo iluminaba su rostro. Había encontrado aquella joya en bruto, él y nadie más que él. Ignoró por completo a Diente Roto y a su padre, que abandonaron airados el escenario. A Trenzas le dedicó solo una mirada fugaz, un detalle sutil que pocos captarían, excepto Gillian. La niña se levantó, dejó el cubo resuelto en la silla, y salió en silencio del escenario cogida de la mano de su madre. No era fácil interpretar la mirada que Sebastian le lanzó: simpatía, tal vez respeto. O quizá decepción, por no haber podido aplicar sus habilidades con la suficiente rapidez. A Gillian, sin embargo, le parecía más probable otra cosa: satisfacción. Sebastian ya sabía que Trenzas fracasaría. La realidad solo le había dado la razón.

Gillian se giró para marcharse. No podía soportar la contemplación de otra celebración, especialmente una que parecía montada solo para ella. La multitud se precipitó hacia delante, ansiosa por acercarse al sol. No consiguió abrirse paso entre la gente antes de que Sebastian empezara a hablar.

—Un aplauso para nuestra pequeña e inteligente ganadora —dijo.

Todo el mundo estalló en gritos y vítores. Gillian luchaba por escapar del embate de los fans enloquecidos.

—Lo has resuelto de forma espectacular —dijo Sebastian con un tono conspirador, como si él y Costras fueran un par de aficionados a los rompecabezas compartiendo sus secretos—. Recuérdame que te enseñe una solución con dos movimientos menos.

Gillian frunció el ceño y trató de abrirse paso con más fuerza. La voz de Sebastian se elevó a sus espaldas.

—Pero pasemos al premio —gritó—. Os prometí una mirada al futuro, y eso es justo lo que habéis visto. Pero también os prometí una visita al pasado. ¡Y aquí está, entre nosotros!

Gillian se encogió.

—Estoy seguro de que todos la recordáis. Era rápida, ingeniosa, mejor que la media con los juegos de palabras. Sorprendentemente competente, se podría decir. —Soltó una risita engreída—. Nunca se contuvo. No tenía miedo de tomar lo que quería.

La multitud la aprisionaba. Gillian se puso roja. No podía liberarse. No sabía qué haría cuando Sebastian pronunciara su nombre.

—¡Damas y caballeros, den la bienvenida al escenario a... Leah Nev!

Su rostro ardiendo se heló de golpe. La fuerza abandonó sus brazos. Tenía náuseas. Había vuelto a caer en otra de las trampas de Sebastian. Había creído que todo aquello estaba dedicado a ella.

Gillian alcanzó el borde de la multitud y consiguió escapar. No se volvió ni una sola vez. Cerró los oídos a los vítores del público, a la empalagosa gratitud de Sebastian. Se alejó del escenario, de Sebastian y de los fantasmas burlones de su pasado.

Había dedicado años a forjar defensas, a levantar muros de distancia y tiempo, y en cuestión de segundos se habían

desmoronado. Tanto tiempo contándose mentiras y seguía siendo la misma niña tonta de las trenzas.

10

Gillian estaba sentada en la barra, dando buena cuenta de un helado de menta con virutas de chocolate. Era un local al aire libre, rodeado por un semicírculo de taburetes, y como el día era gris, tenía el mostrador de fórmica para ella sola. El helado estaba bueno. Era de un color verde fosforito y las virutas de chocolate amargo parecían perdigones. Se lamió el rastro pegajoso que le bajaba por los nudillos, balanceó los pies en el aire y, por un instante, volvió a sentirse como una niña.

Qué idiota. Aquel viaje no era una terapia, ni una nueva oportunidad para competir. Había dejado que el espectáculo se le metiera bajo la piel, que Sebastian la manipulara. Seguía siendo tan astuto como de costumbre. Seguro de sí mismo, capaz de manejar a adultos y niños con la misma facilidad. Los años le habían sentado bien; la pincelada de canas y las líneas de expresión le daban un aire distinguido. Era como un puto whisky añejo: más fuerte ahora que en los días del Certamen.

Qué tonta había sido al pensar que podría ayudar a Vanesa. Gillian estaba tan atrapada por la órbita de Sebastian como lo estaba Vanesa por la de Tommy. Le cabreaba que Tommy no viera el paralelismo.

Aquella noche se celebraría la fiesta. Bien. Así podría demostrarle a Sebastian de lo que era capaz. Entrevistaría a los más implicados en la Segunda Temporada: al equipo ejecutivo, a los concursantes

más destacados... y quizá a Evelina. Los seduciría y persuadiría hasta que le revelaran sus secretos. Descubriría algo tangible y convertiría la promesa del rompecabezas en una recompensa real..., una que Sebastian no pudiera arrebatarle.

¿Cumpliría Tommy su palabra? Su comportamiento la inquietaba. Estaba raro: las drogas tenían que ver, seguro, pero quizá había algo más. ¿Era posible que la estuviera utilizando? ¿Necesitaba más ayuda de lo que admitía? Por un momento, deseó que realmente hubieran recreado el Certamen: tres semanas encerrados en una habitación para volver a conocer cada tic, cada mirada del otro. No tenía claro que Tommy estuviera de su lado. Tal vez pretendía utilizarla para ganar algún tipo de juego que ella no podía ver aún.

Su madre siempre veía lo mejor de las personas. La verdad es que no era mala idea guiarse por la generosidad. Con eso en mente, sacó el móvil y le envió un mensaje a Tommy. Esperó los tres puntitos que nunca aparecieron. Cualquier otra persona habría tratado de distraerse: jugando con el teléfono, charlando con amigos o planeando escapadas a la playa o a la montaña. Gillian contempló la multitud y se preguntó cómo lograban calmar su mente. ¿Por qué no estaban más estresados? ¿Cómo podían pasear por la vida y relajarse, sin más?

Un hombre alto interrumpió sus pensamientos. Destacaba entre la multitud: frente prominente, cabello rubio ralo y un hematoma morado del tamaño de un continente que se extendía por uno de los lados del cráneo. Parecía mayor de treinta e iba vestido sin gracia, con una americana azul marino, pantalones de pinzas color beige y unos náuticos desgastados. Caminaba con los hombros encorvados y

el cuello echado hacia delante, como un pavo protegiendo un corazón de papel maché. El puto Martin Ellsberg.

Gillian se bajó del taburete sin pensarlo. Estaba decidida a tener unas palabras con él. ¿Acaso pensaba merodear por el parque y esperar a que ella apareciera para atacarla por sorpresa? ¡Como si no conociera sus trucos de memoria! Se limpió el chocolate de la comisura de los labios y se le acercó por detrás, pensando en cómo saludarlo. «¡Cuánto tiempo sin verte!». O quizá algo más directo, como un rodillazo en la entrepierna. Ellsberg le ahorró el trabajo. Se detuvo en medio de la multitud y se metió las manos en los bolsillos dejando que una sonrisita amarga se dibujara en su cara. Esperó mientras ella se le acercaba.

—En la esquina noreste hay una tienda en la que usan hojas de menta de verdad —dijo, cuando tuvo a Gillian a pocos pasos—. En este local usan extracto de menta.

Después de todos esos años, todavía seguía aferrado a su acento alemán.

—Siempre has sido un pijo —replicó ella, rodeándolo con cautela —. Aunque pareces más salido de un mercadillo que de una tienda de Armani.

—Me gusta la comodidad —respondió él, siguiéndola con la mirada mientras se movía—. ¿Por qué estás aquí, Gillian?

—Vaya, menudo recibimiento le das a una vieja amiga.

Él sonrió de oreja a oreja.

—Todavía me guardas rencor, ¿eh? Después de todo este tiempo.

—Pasaste de mí. Como si fuera un puto lastre.

—Richard Nixon superaba los agravios más rápido que tú. Olvídalo ya, te prometo que serás más feliz. —Se había detenido a un lado,

como si tuviera miedo de mirarla de frente—. Te lo pregunto otra vez: ¿por qué estás aquí? No estabas invitada.

—Me temo que te falta información. Me pidieron que viniera.

—Yo no te lo pedí.

—Mi querido Ellsberg, ¿y a mí qué coño me importa lo que tú quieras? Me invitó Tommy.

Ellsberg meditó su respuesta. Cuando habló, su acento era un poco menos germánico.

—Da lo mismo. Estás aprovechándote.

—¿Aprovechándome? ¿De qué, exactamente? ¿De un parque temático multimillonario? ¿Del magnate que lo dirige? Tommy es un hombre adulto. Si no te gusta su decisión, discútelo con él.

—Las mujeres vais a la vuestra, ¿no? Igual que antes.

Ese cabrón arrogante. Tenía que bajarle los humos.

—Te estoy haciendo un favor, ¿sabes? Tu nuevo concurso está jodido.

Ellsberg seguía impasible, con la cabeza erguida y la compostura intacta.

—Ya veo que Tommy ha sido poco claro con los hechos, así que escúchame bien: no hay ninguna prueba de que en este evento haya habido irregularidades, pero en cambio hay muchos indicios de que Tommy está agotado. Ya no estamos en los ochenta. Los excesos ya no tienen el mismo prestigio. Trabaja demasiado y se implica mucho en los detalles. Fíjate en ese reencuentro: le aconsejé que no viajara a Los Ángeles en su avión privado. Y, desde luego, le aconsejé que no se involucrara contigo.

Gillian lo miró. El tío estaba ahí, de pie, tieso como un palo. Era evidente que su presencia lo alteraba, y mucho. Estaba tratando de

ocultar algo. ¿El consumo de drogas de Tommy? ¿O se trataba de alguna irregularidad de la Segunda Temporada? Fuera lo que fuese, no quería que ella estuviera allí. Otra buena razón para quedarse.

—¿Por qué te preocupas tanto por mí, Ells? —Se acercó a él, desafiante—. ¿Me estás siguiendo? ¿Es ese tu trabajo como jefe de Seguridad de todo este tinglado? ¿Cuidar de los antiguos niñitos de Sebastian?

No le gustó que estuviera tan cerca. Retrocedió un paso.

—Sebastian no tiene que cuidar de nosotros, Gillian. Nosotros no huimos.

Esas palabras le dolieron.

—No tienes ni idea de lo que es este lugar —continuó él—. Llevas dieciocho años sin poner los pies aquí. Esto te viene grande. —Levantó la barbilla por encima de la multitud—. La salida más cercana está por allí. Vuelve a Los Ángeles, huye a París, a Roma, o al Yukón, me da igual. El jet te llevará a cualquier sitio..., pero no te quedes aquí.

De niña, Gillian había compartido con él sus fantasías de ser como Jack London y huir a Alaska. Ellsberg parecía encantado de echarle en cara esa aspiración frustrada.

—Tommy me está pagando para investigar la Segunda Temporada —dijo ella.

Ellsberg cerró los ojos, como si la noticia le revolviera el estómago. Por un momento, Gillian creyó que lo había cogido por sorpresa.

—Tommy está arruinado.

Si aquello hubiera sido Los Ángeles, Gillian habría jurado que la tierra se había sacudido bajo sus pies.

—¿Qué?

—Ha sido suspendido de empleo y sueldo. Sus gastos, sus inversiones personales... Digamos que no tiene acceso a fondos. Y eso incluye también su nómina de la empresa, la American Express corporativa. No puede contratarte, y todavía menos pagarte.

Gillian se quedó allí plantada, delante de Ellsberg, mientras la noticia la ahogaba, tal como se había ahogado él tantos años atrás. Ahora era Ellsberg quien se acercaba.

—Tengo entendido que Tommy te ha alojado en el Leonardo. Cuesta un dineral. He permitido que te quedes. —Tocó la pulsera que llevaba en la muñeca y esperó un segundo—. Disfruta de la vida en Miscellany, al menos por una noche. Aprovecha lo que el parque tiene para ofrecerte. Y mañana... El jet estará listo.

Había volado hasta allí persiguiendo un fantasma. Otra promesa de Miscellany, etérea como el algodón de azúcar.

Ellsberg retrocedió. Le había dado la vuelta a la situación una vez más.

—Me ha gustado ponernos al día —dijo—. Y estás muy guapa. Muy rollo tienda de segunda mano de Los Ángeles.

Y luego se marchó.

Había pasado años imaginando las burlas y los dardos envenenados que arrojaría a la puntiaguda cabeza de Ellsberg. Las acusaciones con las que lo hundiría. Sacaría a la luz sus maquinaciones y saltaría de alegría al restregarle por la cara su traición. Pero, al final, él había ganado la partida y ella se había quedado con un sabor amargo en la boca. Tommy y Ellsberg se la habían vuelto a jugar. Esta vez, Tommy había sido el anzuelo y Ellsberg le había hundido la cabeza bajo el agua.

Se contempló a sí misma. La americana, los pantalones. Iba vestida como si fuera a ir a algún club nocturno exclusivo, cuando a su alrededor solo veía gente con sudadera y chándal. Estaba jugando a un juego equivocado. Se había subido al avión con un modelito caro, como si pudiera deslumbrar a la gente de Miscellany. Venderles unos cuantos fulares. Esas personas nada tenían que ver con los niños ricos de Highland Park a los que solía dejar en evidencia camino del concurso. Ese público nunca se dejaría engatusar por el brillo y el artificio, al menos en forma de ropa moderna y cuatro réplicas ingeniosas. Y ella lo sabía. Siempre lo había sabido. Una oleada de rabia la invadió hasta llenar por completo su metro sesenta y ocho de altura.

A la mierda Ellsberg. Y también Tommy.

A la mierda Sebastian.

Llevaba buscándose la vida desde los dieciocho años. Trabajando a destajo para conseguir la ropa que llevaba puesta. Había llegado hasta allí, y pensaba encontrar la manera de sacar provecho de todo aquello. No había terminado, aún no estaba derrotada.

Salió en busca del hotel. Ya no se preguntaba cómo lograba relajarse la gente que la rodeaba. Relajarse era una debilidad ociosa, un lujo para perdedores.

Gillian estaba allí para ganar.

11

El sol asomó entre las nubes mientras Gillian se dirigía al hotel, un edificio impresionante que recordaba al tornillo aéreo de Leonardo da Vinci. Tenía un vestíbulo majestuoso, con suelo de baldosas pulidas, y un personal tan atractivo que parecía sacado de una revista. Aquella atmósfera resplandeciente le recordó a la época en que trató de escribir sobre viajes e hizo una escapada improvisada a Las Vegas. Se pasó el día recorriendo los lugares más elegantes del Strip, la zona de los hoteles y los casinos más lujosos: el Wynn, el Bellagio... Entró en establecimientos preciosos —aunque ninguno tan espectacular como ese—, llenos de flores e impregnados del olor a jazmín artificial tan típico de los casinos. Se paseó entre las mesas de dados, pero no podía permitirse la entrada mínima de veinticinco dólares. Para asistir a los espectáculos gratuitos había que reservar antes una costosa habitación. Y, por si todo eso fuera poco, los juegos de azar le recordaban demasiado a los de ingenio. Al final se dio cuenta de que no tenía nada interesante que contar sobre Las Vegas y regresó a Los Ángeles con cien dólares menos en el bolsillo: los que se había gastado en gasolina.

Aquel hotel también estaba diseñado para sacarte hasta el último céntimo. Todas las caras bonitas sonreían en beneficio de la empresa.

Gillian pasó su pulsera por el lector de recepción y, en cuestión de segundos, el personal obtuvo todos sus datos. Le asignaron una

habitación en el extremo superior de la estructura helicoidal, «justo por debajo del ático». El ascensor enseguida dejó atrás los pisos inferiores, pero Gillian apenas notó la aceleración. Observó el reflejo insustancial de su silueta en el latón bruñido de las paredes.

Su habitación era blanca y moderna. Tenía espejos de cuerpo entero y un televisor con una pantalla del grosor de una cuchilla. Una cubeta llena de cervezas frías descansaba en el lavabo; las había de todas las marcas locales de Los Ángeles, sus preferidas. Echó un vistazo a las cervezas y luego a la pulsera que se ajustaba a su muñeca. ¿Qué sabía de ella aquel dispositivo y, sobre todo, a quién se lo estaba contando?

La voz de Ellsberg resonó en su cabeza: «He permitido que te quedes».

Cogió una cerveza y un abridor y se dirigió al escritorio. Dejó la botella a un lado y se fijó en el portátil, un modelo elegante, infinitamente más ligero y potente que su trasto viejo. En la pantalla había pegada una nota: «Para ti». La arrugó y la tiró. Se acercó a la ventana para contemplar las vistas. La sección de las habitaciones se proyectaba sobre el vacío, a cientos de metros del suelo. Apropiado. Muy apropiado.

Tommy no contestó al teléfono. Gillian le dejó un mensaje, pidiéndole que la llamara. Después se quedó mirando el móvil, pensando en escribir a su madre.

«Hola, sé que siempre quieres que vaya a visitarte, así que...».

No. Borrar.

«Hola, ¿cómo ha ido el día? ¡Sorpresa! Estoy en la ciudad. Aunque el trabajo me tiene bastante ocupada, así que...».

Debería ir a la residencia. Dejar que su madre la abrazara, permitirse el sentimiento de ser abrazada. Pero entonces tendría que explicar por qué estaba allí. Soportar las preguntas. «Pero ¿te pagan?». El torrente del fracaso la ahogaría de nuevo. Y derrumbarse, recaer, sería casi inevitable. Se quedaría durante una breve temporada, que acabaría convirtiéndose en meses. Dormiría en el sofá de June y llevaría a sus hijos a clase de piano. Le diría a cualquier hombre con el que quisiera acostarse: «¿En tu casa o en tu casa?». Y entonces tendría que reconstruir su vida allí... o algo peor. Él no la dejaría en paz si se quedaba a vivir en Dallas. Bastante difícil era ya evitar su nombre en Los Ángeles; en Texas sentiría el calor de su presencia las veinticuatro horas. No podía orbitar tan cerca del sol. Visitarlo ya era muy duro.

Por un momento, Gillian estuvo a punto de echarse a llorar. Casi oía la risa gloriosa de su madre. La veía sonreír de oreja a oreja. Aquella mujer la amaba profundamente y lo único que recibía a cambio era decepción.

Gillian borró el mensaje.

Se recompuso y sacó su viejo portátil, dejando de lado el ordenador perfecto que le había regalado Miscellany. El trabajo la estabilizaría. Tal vez se hubiera mantenido alejada de los juegos, pero en los últimos años había destapado una buena cantidad de trapos sucios. Perseguir estafadores de seguros y padres que no pagaban la pensión le había permitido adquirir ciertas habilidades. Y ahora las utilizaría para cazar a Miscellany: investigaría hasta descubrir qué valoraba realmente esa gente, cómo se movía, qué protegía. Cuando entendiera esos patrones, localizaría sus puntos débiles y los utilizaría a su favor.

¿Suponía eso un chantaje? No estaba del todo segura.

Se conectó al wifi y empezó a buscar información. No encontró nada sobre la Segunda Temporada, pero sí una avalancha de artículos sobre Sebastian y su imperio. Funcionarios estatales de todo el país promoviendo exenciones fiscales, garantizando empleos y millones en ingresos turísticos. Una gran foto de Tommy cortando la cinta en un nuevo bazar en Henderson, Nevada. En general, la cobertura era elogiosa, salvo por un artículo. Hacía apenas unas semanas, una familia había presentado una demanda contra Miscellany, alegando negligencia, fraude y publicidad engañosa. La noticia no aparecía en los grandes medios, sino en un periódico digital menor con el desafortunado nombre de *Daily Miscellany*. La web citaba a la familia Navarro y a su hija Vanesa: «Miscellany y Sebastian han engañado a los concursantes haciéndoles creer que, si se esfuerzan al máximo, tendrán la oportunidad de ganar un premio multimillonario que les cambiará la vida». Los Navarro insistían en que los juegos del parque estaban amañados: los vencedores solo ganaban porque tenían información privilegiada.

La demanda de los Navarro no era colectiva. No había testigos que corroboraran su versión. Por el momento, el departamento de prensa de Miscellany no había respondido nada. No era ningún escándalo, solo el coste de hacer negocios.

Gillian también buscó información sobre sus antiguos competidores.

Leah Nev. Una abogada de artistas y productores que se promocionaba tanto a sí misma como a sus clientes. Era de origen navajo y llevaba una larga cabellera que se alisaba o se rizaba según la ocasión, alternando la actitud cercana de California y el aire

desafiante de la Costa Este. Estaba conectada a ambos mundos y metía las narices en todas partes. Además, presentaba un espacio de media hora en la emisora Z100, en Nueva York; «What's Hot», se llamaba. La fama y la fortuna van siempre de la mano. Había publicado fotos en las que aparecía con Meryl Streep y Kerry Washington. Solo había tenido un bache, hacía dos años: ingresó brevemente en un centro de tratamiento en Orange County, por «agotamiento». Titular: «Antigua prodigio de los rompecabezas no logra resolver su pesadilla con la adicción». Su padre había tenido problemas similares y se había limitado a trabajar en empleos precarios, compitiendo con adolescentes por un puesto mal pagado. Esos períodos de rehabilitación, sin embargo, estaban a la orden del día en el mundo del espectáculo.

Martin Ellsberg. Prácticamente no había nada sobre él en internet. Había hecho algunas preguntas sobre biometría en un foro de seguridad y había intentado vender una bicicleta estática. No es que faltara información, sino que estaba oculta. Ese cabrón seguía escondiéndose, como siempre.

Y luego buscó más cosas sobre Tommy. Fotos suyas sonriendo, enfundado en su traje, a veces con corbata, otras sin. Todo indicaba que no le faltaba de nada: en cada historia que Gillian abría se lo veía devorando la vida, siempre prosperando. Le entraban ganas de vomitar con solo leerlas. En internet no encontraría nada sobre Tomas Kundojjala que no hubiera visto ya con sus propios ojos. Los artículos promocionales colgados por Miscellany y el par de imágenes en las que aparecía estrechando manos no contaban la historia completa.

El chicle que masticaba ya no sabía a nada. ¿Era Tommy el verdadero problema? Cuando apareció en el escenario, todos sus compañeros ejecutivos se pusieron nerviosos, incluida su esposa. Su temperamento oscilaba entre la desesperación y la euforia. Gillian cada vez tenía más claro que, como mínimo, tomaba cocaína. Su comportamiento en casa de los Navarro había sido preocupante; estaba desquiciado, tan desconectado de la situación que decidió prepararse un sándwich de mantequilla de cacahuete mientras la familia se desmoronaba a su alrededor. Y la guinda: a pesar de las apariencias, Ellsberg decía que estaba arruinado. Tommy era un tren descarrilado.

Pero...

Él no vivía como un hombre pobre. Viajaba en avión privado, se movía en un coche de lujo con chófer propio. Y su comportamiento tampoco le resultaba tan extraño. Su preocupación por Vanesa parecía auténtica. Tal vez su entusiasmo repentino lo explicara la intensidad inevitable de su carácter competitivo, y las drogas no fueran más que algo consustancial a esa naturaleza. La tensión que había apreciado en el escenario quizá fuera solo fruto de la envidia, de la ambición frustrada de sus colegas. Gillian había crecido compitiendo y recordaba a más de un niño llorando desconsolado o teniendo auténticas rabietas después de saber que había perdido. Los adultos solo fingían manejar la derrota con más gracia.

Cerró el portátil. Era tentador perseguir a ese animal herido. Comprenderlo, quizá curarlo. Pero su madre necesitaba dinero. Gillian no podía convertir aquello en algo sobre Tommy, o los chicos, o Miscellany, ni siquiera en algo que tenía que ver con ella. Si era incapaz de dejar a un lado sus emociones, debía regresar a casa

enseguida. Su equipaje estaba sobre un estante plegable, junto a la puerta. No lo había ni deshecho.

En su maleta, destacaba el candado naranja chillón de siempre, con la eterna combinación: 2871. Su primera respuesta del Certamen, la que había pronunciado en la Sala de Deducciones. Los dados cuyo peso debías multiplicar para obtener el código de la entrada. Los dígitos seguían frescos en su memoria.

Tommy iba último en esa prueba. Ella había conseguido salir de la sala antes que él, limpiamente. Se habían mirado un instante y habían compartido un momento de empatía, pero el juego había sido justo. Sin trampas.

Sabía que no debía convertir aquel viaje en algo sobre Miscellany, ni sobre ella misma. Pero, qué demonios, lo iba a hacer igualmente.

«Miéntete a ti misma, Gillian».

La webcam del portátil de Miscellany la miraba con su ojo muerto desde la mesa de la habitación. ¿Qué pensarían al otro lado de la lente? ¿Estaba yendo todo según el plan? ¿Creían que la tenían justo donde querían?

Se sacó el chicle de la boca y lo aplastó con gusto contra el ojo frío y electrónico del portátil.

12

El pabellón que albergaba el salón de baile se alzaba sobre una colina cubierta de hierba, no muy lejos de la entrada. La música flotaba en el aire. Sonaba una melodía ligera y elegante, como si Laurence Welk fuera a aparecer en cualquier momento, bajo una lluvia de burbujas. Se exigía etiqueta, pero Gillian vio todo tipo de atuendos. Asistían concursantes, gente importante, benefactores, gente del sector, niños de la fundación Make-A-Wish, algunos miembros selectos de la prensa, un jugador de los Dallas Cowboys, dos de los Dallas Mavericks y hasta un ganador del Premio Nobel. Había de todo, desde camisetas deportivas gigantescas hasta vestidos de Alexander McQueen. A Sebastian le gustaba que la gente se expresara. Y si tenías un estilo motero con un toque chic, o llevabas unos pantalones deportivos con una blusa transparente y una americana... mejor que mejor.

Gillian había estado tentada de romper moldes: los atuendos desafiantes eran lo suyo. Pero al final optó por ponerse el holgado mono con estampados verdes y naranjas, y unas sencillas sandalias marrones. Tenía un aspecto elegante pero informal, relajado. Por dentro, sin embargo, temblaba como un flan. Todos sus peores miedos se habían dado cita en ese pabellón. Esta vez, sin embargo, no pensaba huir.

Pasó el control de seguridad: soportó detectores de metales, cacheos y algunas miradas lascivas, pero nadie cuestionó sus

credenciales. El interior de la sala estaba organizado a la manera tradicional: un gran escenario, una pista de baile y barras en los laterales. Lo dispuesto en el perímetro ya no era tan habitual: mesas de blackjack y póker, y también varios juegos de feria que daban fe de la eterna pasión lúdica de Sebastian.

El lugar era un hervidero, como si de pronto hubieran decidido celebrar la Super Bowl en septiembre. Tanto alboroto la ponía nerviosa. Aun así, se zambulló entre la multitud y permitió que todos la miraran de arriba abajo. Actuaba como si ese escrutinio le fuera indiferente, pero sentía las miradas, e imaginaba los juicios emitidos en forma de susurros. Después de unos sesenta segundos inquietantes, abandonó el centro de la pista y fue retrocediendo hacia la periferia. Se apostó detrás de una de las mesas de aperitivos, a la sombra de una escultura de hielo que representaba a Teseo y el Minotauro. Le dio un mordisco a una tartaleta con crema fresca y vigiló a los depredadores de la sala.

Vio a Leah Nev en el confesionario, hablándole desenfadada a la cámara, con su sombrero Panamá y una copa de champán en la mano: un vagabundo elegante, habría dicho Gillian para describir su estilo. También localizó a Ellsberg, con un traje marrón y una corbata roja, irradiando incomodidad, como el vendedor de zapatos más fracasado del mundo. Pero de Tommy y Sebastian no había ni rastro. La ausencia de Tommy era imperdonable: con cada hora que pasaba, su propuesta olía más a trampa. En cuanto a Sebastian... No cabía duda de que el maestro de ceremonias aparecería tarde o temprano. Aquel era su circo.

No hubo reencuentros efusivos ni abrazos grupales. Los concursantes parecían imanes cargados con la misma polaridad:

mantenían las distancias, como el día en que se habían conocido. Entonces la cautela los había mantenido a raya: se evaluaron mutuamente, cada uno convencido de que ganaría, tratando de identificar cuál de los rivales iba a llevarse el segundo puesto. Hasta que no descubrieron intereses comunes —idiomas, matemáticas, caramelos, juegos de mesa clásicos como Operación y Trampa para ratones—, no bajaron la guardia. Habían superado momentos parecidos en sus orígenes y eso los unía, pero también los enfrentaba: «Puede que seamos parecidos, pero soy mejor que tú. Voy a superarte. Escaparé. Y, por supuesto, no te daré pistas, ni tendré piedad. Si sé que el himno nacional austríaco es "Land der Berge, Land am Strome", no voy a tararear unos compases antes de que tú susurres "Edelweiss"». Los que se desviaban de ese credo del «yo primero» pagaban el precio. Que se lo dijeran a Gillian: de no haber retrocedido para salvar a Ellsberg, habría ganado el puto concurso.

Contempló a los antiguos concursantes mientras se acechaban entre sonrisas, y tuvo la sensación de que el Certamen nunca había terminado. Seguían compitiendo por las recompensas de Sebastian: por su atención, por su dinero..., o por ambas cosas a la vez. Seguían participando en su juego de ganadores y perdedores, en el que los papeles podían invertirse en cualquier momento.

Ellsberg la localizó enseguida y se le acercó despacio, con el recuerdo de su última conversación fresco en la memoria.

—Tan glamurosa como siempre, por lo que veo —dijo inclinando la cabeza.

Se había criado en un parque de caravanas en Alabama. De entre todas las personas, él debería entenderla.

—Que no tenga un Mercedes no significa que deba vestirme como una arrastrada.

Ellsberg insinuó una sonrisa.

—Me sorprende que te hayan dejado entrar. ¿Y si robas la cubertería?

—Nadie está mirando, Ellsberg. Puedes decir tranquilamente «los cubiertos».

—Siempre hay alguien mirando. —Su sonrisa desapareció. Escaneó a los invitados, como si alguno fuera a morderle—. Quizá puedas beneficiarte. Con la publicidad de esta noche, seguro que mejorará tu perfil en Los Ángeles.

—¿Qué quieres decir?

—Me refiero a las redes sociales. Gillian Charles, la hija pródiga que ha regresado. Seguro que tu fama redescubierta está disparando las cifras de la retransmisión en directo.

Señaló una plataforma elevada en la que estaban sentadas dos jovencitas, con sus portátiles y sus cámaras. Charlaban sin parar, captando cada rincón de la sala con sus móviles.

June siempre estaba conectada. Publicaba fotos de barbacoas familiares y actuaciones musicales como mínimo dos o tres veces al día. ¡A saber la de veces que habría consultado sus redes sociales esa misma noche!

—Pareces decepcionada —dijo Ellsberg—. ¿Le habías prometido una exclusiva a alguien?

—No lo saben —murmuró ella.

Su sonrisa burlona se desvaneció.

—¿Tu madre?

—Ni June tampoco. No les he dicho que he vuelto. Me pareció más sencillo así.

El silencio de Ellsberg fue como una acusación. Sorprendentemente, no le lanzó ninguna pulla.

—Jonas tuvo un derrame cerebral.

Él rara vez hablaba de su padre. Gillian recordaba historias sobre competiciones domésticas por zapatos y mantas, para ganarse el derecho a dormir dentro de la caravana. Ellsberg continuó con ligereza, como si hablara de los herbicidas más eficaces.

—Ya hace doce años, si no recuerdo mal —dijo—. Intentó coger una tónica. Lo encontraron en el suelo, con el vaso de whisky bien agarrado. Murió antes de que amaneciera.

Ellsberg se encogió de hombros. *C'est la vie*.

—Mamá todavía vive en esa parcela. Tiene cabras. Voy a visitarla de vez en cuando, pero le echa de menos, y yo no sé qué decirle. —Hizo una pausa—. Él me acompañó a sacarme el carné de conducir. Al condado de Jefferson, en las tripas de ese monstruo burocrático. Cuando salí con el permiso provisional en la mano, me dijo: «Al menos has conseguido eso». Esa fue la última vez que hablamos.

Ella lo observó con atención.

—¿Estás tratando de decirme algo? ¿Que tengo que valorar el tiempo que me queda con mi familia?

Ellsberg parecía haberse ofendido.

—Jonas podría estar allí mismo, en el otro lado de esta sala, atragantándose con una aceituna, y yo no daría un solo paso.

Cuando Gillian decidió encerrar Miscellany en una caja, hizo lo mismo con cada recuerdo de aquella época. Se permitió olvidar.

Todos los concursantes llevaban consigo una carga emocional incluso antes de que Sebastian les pusiera más peso encima.

Gillian se dirigió a la barra y, para su sorpresa, Ellsberg la siguió. Para evitar que se le mancharan los dientes, se decidió por un vino blanco, un Chardonnay. Ellsberg pidió una cerveza y bebió directamente de la botella. Empezaron a andar. Gillian sostenía su copa, escaneando rostros en busca del de Tommy. La búsqueda fue infructuosa y también la consulta de su móvil. Ellsberg la observaba, pero se abstuvo de hacer comentarios.

Entre la multitud, identificó a Evelina, impecablemente vestida. Aquel traje rojo le quedaba perfecto. Llevaba tacones de aguja y el pelo recogido. Era bajita, pero llenaba la sala con su personalidad. Charlaba con algunos tipos importantes que Gillian no reconocía, en su mayoría hombres que bebían cada una de sus palabras.

—Está espectacular —dijo Gillian.

Ellsberg chasqueó los labios, como si hubiera despertado de un letargo milenario.

—Hay una especie de setas llamadas ángeles destructores. Resultan impresionantes en su hábitat natural, pero créeme, son tóxicas. Si te las comes, las consecuencias son graves: vómitos, diarrea y al final la muerte.

—Conozco esa seta. Es completamente blanca.

Gillian le dedicó una mirada coqueta, batiendo las pestañas. Él soportó la burla en silencio. Aun así, era interesante que pareciera desconfiar de Evelina. Otra razón más para asegurarse un momento con la reina de las relaciones públicas. Y con cualquiera vinculado a la Segunda Temporada.

—¿Alguno de los nuevos concursantes está aquí? —preguntó.

Ellsberg la miró de reojo.

—No. Como te he dicho, todavía no se ha anunciado.

—¿Has visto las clasificaciones? —Él no dijo nada—. ¿Qué te parecen en comparación con nosotros? —insistió.

Un gruñido.

—Desde luego, se creen muy listos.

Gillian rio.

—No te caen bien.

—Este grupo tiene tutores. Y asisten a cursos preparatorios para ingresar en Miscellany. Nosotros no tuvimos esas ventajas.

—Entonces, ¿tienen dinero?

Él le sostuvo la mirada.

—No voy a participar en este interrogatorio estilo Colombo.

Ella sonrió con inocencia.

—¿Quién es Colombo?

Ellsberg le devolvió una sonrisa forzada, y Gillian se preocupó. Esas conversaciones con él... Tras sus primeros intercambios, Gillian descubrió que disfrutaba de su ingenio seco. Y eso la incomodaba. Aquel viaje se estaba convirtiendo en todo lo que había temido: despertar fantasmas del pasado.

En el escenario, la banda terminó su repertorio y empezó a recoger sus instrumentos. Un esbirro de Sebastian salió de entre bastidores y colocó un micrófono en el centro. Gillian fijó la mirada en el lugar desde el que Sebastian hablaría y se sintió como una noble ante la guillotina.

Y entonces lo comprendió: Sebastian querría que todos subieran allí. Los cuatro caballos de exhibición. Su establo de talento cultivado.

«No —pensó con amargura—. Dos caballos. Dos caballos, un semental rebelde y una yegua arisca».

Un maestro de ceremonias subió al escenario. Golpeteó el micrófono con el dedo.

—Atención todo el mundo. Atención.

El tipo hablaba con el acento relajado y coloquial de Nueva Jersey. Era el polo opuesto de Sebastian, que sin duda lo había elegido para aplacar a la audiencia.

—Necesito que dejéis los vasos, bajéis un poco el tono de la conversación y prestéis atención al gran jefe.

A sus espaldas, otros ayudantes se dedicaban a preparar el siguiente número. Dos mesas. Cuatro sillas. Gillian miró a Ellsberg y le preguntó en el tono más agradable del que fue capaz:

—¿Qué pretende?

Le pareció adivinar una sonrisa en sus labios.

—Me parece que tendremos que subir al escenario.

Gillian se reprendió a sí misma. ¿De verdad esperaba que precisamente esa gente le entregara las respuestas en bandeja de plata? Si creían que estaba atrapada, se relajarían. Entrar en la jaula: esa era la forma de conseguir información, la palanca que necesitaba contra Miscellany.

Trató de reactivar su ingenuidad infantil, aquella certeza absoluta de que conseguiría la victoria, pero lo único que encontró fue frialdad y nervios.

Sebastian eligió ese momento para aparecer. No, más que aparecer, desveló su presencia, como si hubiera estado en la fiesta desde el principio. Salió de un salto de entre bambalinas. Ese día llevaba un traje azul de tres piezas, con una gorra plana y un

chaleco en tonos azules y grises. Esperó con impaciencia a que el maestro de ceremonias bajara el micrófono hasta su altura.

Gillian recordó la primera vez que había visto a Sebastian. Había hablado en el teatro Majestic, en el centro de la ciudad, ante un público abarrotado. Gillian había ganado dos entradas y, por primera vez en su vida, y puede que la última, su padre había estado lo bastante sobrio como para acompañarla como tutor. Se sentaron en el piso superior y aguardaron en la penumbra. Sebastian los había hecho esperar: diez minutos, luego veinte. De pronto, las luces se encendieron y él apareció sentado en el borde del escenario, balanceando los pies, como si hubiera estado allí todo el tiempo. Magia.

En aquel momento, Gillian había deseado ser él con todas sus fuerzas. Desde el primer instante supo que era diferente. Con los otros adultos, todo giraba en torno a los límites y los miedos: no vayas allí, no toques eso... Pero Sebastian no era así. Había contemplado el mar de rostros, localizado a Gillian en el fondo y fruncido los labios solo para ella. Como si supiera que todos los demás estaban equivocados. No entendían nada. Y si Sebastian podía resistirse al trastorno del miedo, si podía conservar su verdadera esencia y evitar ser devorado por las charlas sobre hipotecas e impuestos, por ese lenguaje muerto que usaban todos los demás adultos, entonces Gillian también podía. Se aferraría a él. Se quedaría cerca e imitaría sus movimientos, y así podría tener todo lo que él tenía, y más. Sebastian le mostraría el camino.

Mientras lo miraba, volvió a sentir aquel anhelo, como un veneno que le contaminaba la sangre.

En el escenario, Sebastian juntó las manos, una sobre la otra.

—Qué noche más maravillosa —dijo.

Aplausos. Como si fuera la primera vez que alguien organizaba una fiesta.

—La gente suele cometer un error —continuó—. Da por sentado que celebramos estas fiestas en honor a Miscellany. O, peor aún, en el mío. Pero nada podría estar más lejos de la verdad. Celebramos estos eventos, reunimos a nuestros amigos y familia, para honrar a los jóvenes que cada día se arriesgan por mejorar, por hacer del mundo un lugar mejor. Lo importante no soy yo, son los niños.

Gillian estuvo a punto de vomitar.

—Pero, por supuesto, esta noche no se trata de un concurso cualquiera. Se trata del Certamen Extraordinaire. ¿Lo recuerdan?

El público mordió el anzuelo y estalló en vítores. Sebastian sonrió con indulgencia.

—Ha pasado muchísimo tiempo desde que todas esas personas se encontraron juntas en una misma sala. Los niños que ya no son niños, y que, sin embargo, siguen siendo mi familia. Los he echado de menos, y estoy feliz de volver a tenerlos bajo nuestro techo.

Hizo una pausa y se tomó su tiempo para contemplarlos a todos. Gillian bajó los ojos, pero aun así sintió que la mirada de Sebastian le quemaba la piel.

—Sería una falta de respeto no celebrar el regreso de los concursantes y un insulto a su talento no aprovechar esta oportunidad tan especial. Así que...

Se detuvo el tiempo suficiente para que Gillian levantara la vista. Los ojos de Sebastian estaban cargados de electricidad.

—Juguemos a un pequeño juego.

Extendió el brazo hacia un lado, señalando las escaleras que subían al escenario. Ellsberg se volvió hacia Gillian con una expresión desafiante: «Después de ti». De pronto, Gillian vio al niño que fingía ahogarse, alargando una mano mientras preparaba la otra para apuñalarla por la espalda.

Si creían que había bajado la guardia y ya no estaba atenta, harían su jugada.

Gillian subió las escaleras.

13

Un miembro del personal la acompañó hasta su mesa mientras el maestro de ceremonias entretenía al público con su cháchara. Gillian se sentó enfrente de Leah. Y Ellsberg —¡oh, sorpresa!—, frente a Evelina.

—Lamentablemente, Tommy no ha podido acompañarnos esta noche —explicó el maestro de ceremonias—. Pero, en su lugar, tenemos la suerte de contar con su esposa, la encantadora Evelina Kundojjala. Un aplauso, por favor.

Los invitados obedecieron. La sonrisa que Evelina esbozó como respuesta no dejó traslucir lo que sentía al interpretar el papel de esposa devota, siendo una mujer que ostentaba un puesto directivo en una empresa de la lista Fortune 500.

En cuanto a Leah, seguía completamente entregada a la multitud. No pareció darse cuenta de la presencia de su antigua rival hasta que Gillian dijo su nombre en voz alta. Parpadeó y se giró muy despacio, y luego la miró con desconcierto hasta que por fin la reconoció.

—Oh, Dios mío. —Una sonrisa radiante le iluminó la cara—. ¡Gilly! ¿Qué haces aquí?

No paraban de hacerle la misma pregunta, como si estuviera invadiendo territorio ajeno.

—Tommy me invitó —respondió Gillian.

Leah era como una bolsa de caramelos: pura dulzura.

—Qué sorpresa tan maravillosa.

Llevaba un vestido Courtney color burdeos, con una falda de varias capas, y un collar tipo lazo excesivamente recargado. Realmente un cambio camaleónico respecto a la Leah del Certamen. De niña había sido rebelde, con tendencia al enfado, llena de aristas, y eso llamaba la atención. La gótica. La chica del heavy metal. Criada por una abuela permisiva que probablemente le dejaba beber vino a los catorce. En aquella época, a Gillian le daba mucho miedo acercarse a Leah: su inteligencia y su carisma la intimidaban. Fue Leah quien la acogió: se maquillaban juntas, charlaban de sus enamoramientos, compartían fotos tontas. Habían sido muy íntimas... hasta que dejaron de serlo.

Desde entonces, Gillian la había visto en sus entrevistas. Leah tenía una voz ronca, como si le hubiera robado las cuerdas vocales a Joe Cocker y luego se hubiera fumado un cartón de Newport para rematarlo.

Un camarero les llevó las bebidas, que ya estaban predeterminadas. Champán para Leah, Chardonnay para Gillian. Bebió un sorbo. Era curioso que ahora pudieran tomar lo que les apeteciera. De niñas no había golosinas ni refrescos: el juego era demasiado serio para admitir bebidas azucaradas y patatas fritas. De ahí que los M&M's de Tommy resultaran tan satisfactorios: no solo estaban buenos, sino que además iban contra las normas.

En un momento de silencio, Gillian se sorprendió buscando a Sebastian en el escenario. Seguía siendo todo un *showman*: tras dejar caer su misteriosa insinuación, había desaparecido entre bastidores. Pero debía de estar cerca, observando.

El maestro de ceremonias volvió a reclamar la atención del público.

—El juego será... —anunció— el de las fichas negras y blancas.

Gillian soltó una carcajada. El público, en cambio, era un mar de expresiones confusas.

El maestro de ceremonias se inclinó hacia el micro.

—Es decir, las damas.

Damas. Menos glamuroso que el ajedrez. Un juego que prácticamente estaba resuelto: hacía años que los ordenadores habían mapeado todas las jugadas posibles hasta terminar siempre en tablas. Pero había variantes poco convencionales, y ninguno de los cuatro habían jugado lo suficiente como para calcular treinta movimientos por adelantado. Así que la partida se la llevaría el que supiera detectar los errores del adversario y aprovecharlos. El objetivo no era la perfección absoluta, sino ser más perfecto que el rival.

Un miembro del personal, con un cuello largo y delgado, colocó un tablero vacío y un cronómetro digital entre Leah y Gillian. La presencia del cronómetro indicaba que jugarían con restricción de tiempo: tres minutos por jugada como máximo. Después les tendió una gorra plana llena de fichas y dejó que Gillian sacara una a ciegas. Le tocó el rojo, o sea que Leah se quedaba con el blanco. Finalmente, el hombre presentó una pila de tarjetas que imponían restricciones de movimientos y dictaban la disposición inicial de las piezas. Era una buena noticia jugar con reloj y restricciones: en esas condiciones los jugadores arriesgaban más y era menos probable que la partida terminara en tablas. El estilo atrevido y temerario de Gillian encajaba perfectamente con ese tipo de partida.

Podía ganar.

Leah sacó una tarjeta. En el reverso había un número: el cuatro. Gillian sacó otra: una lista de seis posibles jugadas de inicio. Deberían jugar la que indicaba la tarjeta de Leah: la cuarta.

Las jugadas: 11-15 (rojo), 23-19 (blanco), 8-11 (rojo). Los números representaban las casillas oscuras del tablero: de la 1 a la 4 de izquierda a derecha en la primera fila, la siguiente fila de la 5 a la 8, y así sucesivamente. Según la tarjeta, Gillian empezaba moviendo en diagonal de la 11 a la 15, una apertura conocida por los profesionales como *Old Faithful*. Así podía ocupar el centro del tablero con autoridad, mostrando fuerza. Habría elegido ese mismo movimiento libremente.

Al otro lado de la mesa, Leah le daba sorbos a su champán, indiferente a los detalles de la partida. Siempre había tenido una actitud muy relajada, y Gillian tal vez la había idolatrado un poco. Recordaba las tardes que habían pasado juntas, jugando al ajedrez con reloj, tumbando las piezas cada vez que se comían una, riéndose. Gillian había perdido más partidas de las que había ganado, pero no le importaba. Aquello no formaba parte del Certamen, solo era una forma de divertirse en los momentos libres, lejos de Sebastian y su sonrisa calculadora. Sin embargo, con el tiempo, Leah había convertido la amistad y la adoración de Gillian en una excusa para imponerse. Leah, la adulta, señalaba las carencias de la educación de la pequeña Gillian, criticando sus soluciones. «Deberías haber estudiado tus jeroglíficos, Gilly». Aquel menosprecio lo había estropeado todo.

Leah la miró fijamente.

—La última vez que te vi fue en la Sala de los Azulejos —dijo—. Pisé aquella placa para que tú pudieras escapar.

—Y yo tiré de la palanca desde fuera para que tú también pudieras hacerlo —replicó Gillian.

Leah hizo una mueca. «Lo mismo da, que da lo mismo».

Gillian se recordó a sí misma que ya tenía treinta años, no doce. El objetivo era conseguir información, no ganar.

—¿Qué te pasó? —preguntó Gillian—. Después del reto Bébeme.

—Estuve vomitando una semana, con problemas gastrointestinales. Los médicos estaban preocupados por mi hígado... Miscellany tuvo suerte de que no los demandáramos.

—Y ahora eres abogada. Y luchas contra las gastroenteritis desde dentro.

—Tampoco es para tanto. Entré en la Universidad de Oklahoma con una beca de deportes. —Le dio un trago más generoso al champán—. El derecho es solo otra de esas cosas que decían que yo no podría hacer.

En la mesa de al lado, Evelina se reía de una broma de Ellsberg. A pesar de lo que le había dicho, parecían bastante cercanos. Aquella complicidad se clavó en el pecho de Gillian como una garra, perforándole los pulmones. Ella podría haber estado perfectamente en aquella mesa, disfrutando de la continuidad amistosa de una competición que había tenido lugar hacía décadas. Ellsberg podría haberla hecho reír a ella, podría estar disfrutando de su compañía.

No. No era ese el camino. Lo que debía hacer era jugar con él, ganarle.

—Bien, amigos —anunció el maestro de ceremonias.

Gillian apartó la mirada de la pareja vecina y la devolvió al tablero.

—¡Adelante! —gritó el maestro de ceremonias—. ¡Ya podéis empezar!

Leah comenzó con el movimiento 22-17. Combinado con la disposición inicial de las fichas, era un desafío por el control del centro. Gillian se inquietó: era exactamente el tipo de avance que ella prefería. ¿Qué haría si Leah se imponía y desbarataba su estrategia?

La gente que no la conocía podía dejarse engañar por Leah. Veía en ella a una famosa superficial, representante de la diversidad, más preocupada por las apariencias y las fiestas que por temas más sustanciales. Pero Leah había estado en el Certamen. Y nadie entraba simplemente resolviendo el crucigrama de la revista de un vuelo comercial. Solo se clasificaba quien era espabilado e inteligente, y a menudo ocultaba ambos rasgos. Leah era como las palomitas: unos pocos minutos de diversión insustancial. No te dabas cuenta de sus capacidades hasta que levantabas la mirada de un rompecabezas visual, cerrabas los ojos en busca de la solución, y descubrías que ella ya había cruzado la meta.

Por ejemplo, Leah preguntó, muy sonriente:

—¿Cuánto te paga Tommy?

Gillian dejó los dedos suspendidos sobre el tablero, como si aún no supiera por qué jugada decidirse.

—¿Quién dice que me esté pagando?

—Resolución inversa. Saber qué buscas antes de empezar a buscar. Tommy (y que conste que le quiero) es un idealista. Los idealistas hablan demasiado. Estás aquí para investigar la acusación de los Navarro.

Leah quería minimizar los riesgos para la compañía. Era el puño de hierro de Sebastian envuelto en lentejuelas y encaje.

Gillian respondió con el movimiento 11-16. No estaba dispuesta a cederle el centro sin luchar.

—¿Y a quién iba a investigar? —preguntó Gillian—. ¿A ti?

Leah soltó una carcajada.

—Ojalá. Pero no, yo no les di las respuestas a ninguno de esos chicos. Ni siquiera creo que hubiera podido hacerlo. En aquella época, al terminar un rompecabezas me sentía inteligente. Y eso me gustaba. ¿A ti no?

Gillian habría querido responderle con sarcasmo, pero con el vino había entrado en un estado meditativo. Echaba de menos competir, demostrar su valía.

—Era una buena sensación —admitió.

Leah avanzó, atacando por el flanco izquierdo y dejando una pieza expuesta en el proceso. Las reglas obligaban a Gillian a saltar y comérsela, aunque no le gustara. Seguro que Leah no había abandonado la pieza por accidente. Pero, al no tener otra opción, Gillian hizo el salto... y cayó de lleno en el contraataque de su contrincante, que encadenó otro salto y, tras un intercambio rápido, preparó un doble salto devastador. En cuestión de segundos, Leah había acumulado una sustanciosa colección de trofeos rojos.

Se había abierto paso a la fuerza, había despejado el terreno y había conseguido libertad de movimiento. Todo lo que Gillian pretendía.

El ritmo de la partida bajó. Gillian cada vez agotaba más el tiempo asignado en cada jugada y la multitud de la fiesta se iba dispersando, menos interesada. Aun con cronómetro, seguían siendo

damas. Un camarero apareció con una bandeja de aperitivos y Gillian ocultó su frustración con la comida: atrapó al vuelo un canapé envuelto en beicon. Ellsberg, en la mesa de al lado, también se volvió para coger uno y aprovechó la maniobra para estudiar la partida de Gillian. Ella lo ignoró, comiendo con furia, concentrada en su oponente.

—Imagina que la Segunda Temporada estuviera amañada —dijo Gillian—. Tú lo sabrías, ¿verdad?

Era una pregunta demasiado obvia para ser una trampa. Leah sonrió, como si supiera exactamente a qué estaba jugando Gillian, sin sentirse amenazada.

—Te diré lo que pienso. —Alzó su copa de champán y la balanceó con desenfado—. Si tu escándalo fuera real, solo habría tres personas implicadas, incluyéndome a mí.

—Ah, ¿sí?

—Los creadores de acertijos están descartados —explicó Leah—. Todos teletrabajan, todo es digital. Hay una sola oficina virtual, completamente controlada: de allí no sale nada. Revisamos el espacio de trabajo y los correos personales de todo el que tiene acceso a los rompecabezas... Ni siquiera saben si se aprueban.

—¿Y quién dirige las pruebas clasificatorias? —preguntó Gillian.

—Operaciones. Cuando preparan un juego, trabajan en equipos y nadie tiene el acceso al rompecabezas completo ni a la solución. Tendrían que confabularse entre ellos. Y no sé cómo podrían hacerlo con la cantidad de gente que los vigila constantemente.

En la mesa de al lado, Evelina y Ellsberg estaban en silencio, absortos en sus jugadas y sus contraataques.

—¿Has dicho tres sospechosos? —insistió Gillian.

—Usamos unas tablets especiales. El departamento legal, Tommy y Sebastian tienen una cada uno. Se supone que es imposible hackearlas. El departamento de Relaciones Públicas se muere por conseguir una, pero de momento Evelina no tiene acceso.

A Leah le encantaba escucharse a sí misma. Apenas miraba el tablero.

—La verdad, la única persona con la que tenemos problemas es Sebastian —continuó—. Los de informática lo pillaron mandándole partes de un rompecabezas a Tommy, en un mensaje sin cifrar. Sebastian dijo que era más fácil así. Le rogaron que dejara de hacerlo, y supongo que les hizo caso. Pero ¿quién puede controlar al jefe?

Gillian retiró una pieza de la fila trasera a regañadientes. Leah parecía perdida en los detalles de la cultura corporativa, pero respondió al instante, atacando con rapidez. Estaba mucho más atenta al juego de lo que aparentaba. Gillian, de nuevo obligada, saltó por encima de una ficha blanca expuesta. Leah sonrió con suficiencia, moviendo casi antes de que Gillian apartara los dedos de su pieza.

Control era la palabra clave, y Leah lo tenía. Gillian tenía las manos atadas. La partida estaba determinada. Tanto tiempo creyendo que podía vencer a todos los presentes, y nada más empezar se había topado con una trituradora. El sudor le corría por el cuello. Se le encendieron las mejillas. Todos parecían demasiado cerca, especialmente Leah y Ellsberg, que no paraban de observarla. Incluso Evelina, ajena a aquel círculo, sabía cómo iba a terminar la partida. Mierda, Gillian, ¿en qué estabas pensando? ¿Subirte a un escenario para participar en una puta partida de damas? ¿Fingir que

todavía eras una de las niñas de aquel Certamen y terminar como Vanesa, como tú hace dieciocho años?

Clavó la mirada en el tablero e imaginó que lo tiraba por los aires, con mesa y todo. Que abandonaba el escenario hecha una furia, los mandaba a todos a la mierda y luego... ¿qué? ¿Les demostraba que había vuelto a perder? ¿Que había huido de nuevo?

Cerró los ojos. El tablero seguía allí, los fosfenos grabados en su retina. El juego la perseguía, fuera adonde fuera.

Y entonces lo comprendió. La adrenalina corría por sus venas, el vello se le erizaba. Posición, no posesión. Tal vez Leah tuviera más fichas rojas en su colección, pero el tablero contaba otra historia. La partida aún era incipiente, pero sus piezas estaban demasiado adelantadas y eso limitaba sus movimientos.

El juego dentro del juego. Leah la estaba forzando a entrar en su estrategia, le estaba tendiendo una trampa, tanto en el tablero como fuera. Pero estaba tan confiada que se había expuesto demasiado.

—¿Gilly?

Gillian abrió los ojos. La abogada la miraba desde el otro lado de la mesa, impaciente, deseando acabar con aquello.

Bien. «Terminemos con esto».

Gillian empujó una ficha hacia delante y reactivó la partida. Intercambiaron movimientos y sacrificaron fichas, mientras Leah avanzaba con una agresividad constante.

Los siguientes intercambios fueron veloces, como relámpagos, y culminaron con captura de piezas por parte de ambas contrincantes.

—Toda esta tontería de la Segunda Temporada —dijo Leah, con la mano suspendida sobre una ficha blanca—. No puedo permitir que

andes haciendo preguntas sobre un evento que ni siquiera se ha anunciado. ¿Entiendes la delicadeza del asunto?

Retiró otra pieza de la fila de atrás. No debería haberla movido.

Gillian veía el final de la partida. Le costó contener las ganas de echarse hacia atrás y soltar una carcajada. Respondió con calma, descendiendo por el flanco derecho. Parecía un movimiento funcional, no estratégico.

—Yo solo quiero que me paguen, Leah. Nada más.

Su rival pasó de fiscal a antigua amiga con una facilidad aterradora.

—Soy consciente de la situación financiera de Tommy. Y estoy segura de que podemos llegar a un acuerdo. Seguro que si hablo con los del departamento de Contabilidad, soltarán algo de nuestro presupuesto de consultoría. Quizá te paguen un estipendio por los servicios prestados, bla, bla, bla.

Un estipendio sonaba a dinero suficiente.

—Podría ser interesante —respondió Gillian con cautela.

La abogada sonrió, convencida de que tenía a Gillian contra las cuerdas. Volvió a centrar su atención en el tablero y, por primera vez, se detuvo. Alargó la mano, titubeó y optó por una jugada defensiva, protegiendo una pieza situada en el lado de Gillian. Se había dado cuenta de que quizá había ido demasiado lejos, en más de un sentido.

Aplausos del público. Evelina había perdido. Fue educada, pero solo intercambió un leve apretón de manos con Ellsberg. Él, en cambio, parecía encantado. Gillian deseaba que hubiera otra ronda, para poder desafiarlo directamente.

Ni ella ni Leah intercambiaron una palabra más. Sus movimientos se convirtieron en intercambios rápidos: Gillian por fin había empezado a presionar. Lo que el tablero mostraba era la historia de una victoria de Leah: Gillian avanzaría hacia un doble salto, cuatro jugadas más tarde haría otro, y Leah obtendría la primera dama coronada de la partida.

Quizá Gillian se equivocaba. Quizá nunca había sido buena en los juegos. Por eso había perdido el Certamen, por eso había abandonado. Se estaba engañando a sí misma. Era una perdedora.

Pero Leah tampoco estaba contenta. Ahora que se había concentrado en el juego, se dio cuenta de la verdad.

Con la confianza renovada, Gillian movió. Bajo su mano, la ficha roja saltó a la izquierda y luego a la derecha. Doble captura de piezas de Leah.

Todo quedó en suspenso. Leah miró el tablero sin dar crédito, mientras Gillian retiraba las fichas.

—Ha sido bastante ingenioso —admitió Leah.

La jugada. La partida. La conversación. ¡A saber a qué se refería!

Leah capturó resignada la ficha de Gillian con su dama coronada, como dictaban las reglas. Y Gillian se comió su dama.

Ya no tenía sentido continuar. Leah detuvo el cronómetro y levantó la mano para avisar a un empleado. Ambas se pusieron de pie. La Leah derrotada era todo sonrisas y abrazos. Le susurró a Gillian:

—¿Un consejo?

Gillian podía permitirse ser magnánima. Se encogió de hombros.

—Siéntate en la barra —dijo Leah—. Tómate unas copas y disfruta de la noche, te lo has ganado. Pero mañana ve a verle. Deja que Sebastian haga su numerito. Sonríe, dile lo que quiere oír, juega a su

juego. Luego coge tu dinero y vete donde quieras. De lo contrario, se repetirá la historia, Gilly: él te presionará y tú te vendrás abajo y saldrás corriendo. Y tú vales más que eso.

Tanto la Leah dura como la sofisticada disfrutaban dando lecciones.

—Te lo agradezco.

Leah le sonrió. Como si fueran tan amigas.

—¿Sabes? Aquel día, en el Certamen, no lo dudé ni un momento. Sabía que tirarías de aquella palanca.

Gillian le devolvió la sonrisa.

—De haber estado tú en mi lugar y yo en el tuyo, yo jamás habría confiado en ti.

Más aplausos del público. El maestro de ceremonias llamó a Evelina y a Ellsberg para que subieran de nuevo al escenario. Los cuatro se adelantaron para recibir las felicitaciones. Gillian se decía que aquello no había sido más que un juego bobo. Jugar a las damas era un pasatiempo para ancianos, ni siquiera era un juego comparable al ajedrez. Y, sin embargo, sintió un escalofrío. Tenía la sensación de medir tres metros, de haber resucitado hecha de mármol y acero. No había perdido su don. Todavía podía vencer a cualquiera. Por supuesto, aquel intercambio de preguntas y respuestas con Leah había resultado un arma de doble filo: solo había tres personas con acceso a la Segunda Temporada, y una de ellas era precisamente el hombre que la había arrastrado hasta allí. El osado intercambio de correos de Sebastian tal vez fuera una pista que seguir, pero para eso tendría que hablar con él, algo que Gillian deseaba evitar a toda costa.

En cuanto los cuatro estuvieron alineados, cada uno recibió un sobre sellado. El maestro de ceremonias los instó, casi relamiéndose:

—¡Vamos, abridlos!

Gillian desgarró el suyo con el dedo. Ellsberg, a su izquierda, lo abría con suma delicadeza, como si se tratara de una pieza de museo. ¿Qué contenía? ¿Pegatinas de Miscellany? ¿Pases gratuitos para el parque? Se rio mientras volcaba el contenido en la palma de la mano. Una tarjeta roja, con letras doradas.

dos.

Miró a su izquierda. Leah sostenía una tarjeta similar con un número distinto: cuatro.

—Mierda —soltó, comprendiendo las implicaciones.

Gillian tuvo un escalofrío.

Los otros dos mostraron sus números. Ellsberg, uno. Evelina, tres.

—Uno, dos, tres, cuatro —dijo el maestro de ceremonias, más pagado de sí mismo que nunca—. Evelina, por supuesto, representa al director de Operaciones, ¿verdad?

El hombre se volvió hacia las bambalinas. Y, cómo no, Sebastian apareció, molesto: probablemente su intención había sido salir de una nube de humo. En lugar de eso, llegó caminando, como un consejero delegado cualquiera, con una sonrisa más diabólica que la del propio Satanás. Le arrebató el micrófono al presentador y lo apartó con un gesto.

—¿Qué me decís, amigos? Ha estado bien, ¿verdad?

Gillian sintió el peso emocional de tener a Sebastian tan cerca después de tanto tiempo. El gran hombre, sin embargo, no le prestó especial atención, ajeno a los nuevos satélites que orbitaban a su alrededor.

—Pero ¿la habéis sentido? —dijo—. ¿La emoción? Por un momento, ha sido como un rayo. Inteligencia, inspiración. Ha pasado demasiado tiempo, creo que todos podemos estar de acuerdo en eso.

Por un instante, el público no lo siguió. Hubo expresiones de desconcierto. Gillian miró de reojo a los demás y no halló confusión alguna en sus rostros. Sabían lo que venía a continuación. Contempló el número que tenía en las manos y se preguntó qué se le había pasado por alto.

—La verdad es que no debería hacer esto —dijo Sebastian—. Íbamos a anunciarlo mañana, pero creo que, esta noche...

Paseó la mirada por la fila y, con una expresión expectante, la detuvo en Leah, como si buscara su permiso. Ella se encogió de hombros, indulgente: «Ya que has llegado hasta aquí...».

Con un brillo diabólico en los ojos, Sebastian extendió los brazos y exclamó:

—¡Dentro de tres días, aquí, en este recinto, reabriremos el Bazar original!

Dejó que el público asimilara sus palabras. Se oyeron susurros y preguntas amontonándose sobre otras preguntas.

Gillian sintió un escalofrío.

—¿Y por qué?, os preguntaréis. —Sebastian reprimió una sonrisa. Estaba serio. Y, con el tono cálido y sincero típico de las conversaciones junto al fuego, dijo—: Siempre me he resistido a la idea de celebrar otro concurso. No podía faltar al respeto a los concursantes originales: a su compromiso, a su ejecución. Pero creo que el mundo lo necesita. Lo que podemos ofrecer a una nueva generación es demasiado grande como para negárselo.

Estaba a punto de anunciar la Segunda Temporada. Gillian era presa del pánico. Se había perdido algo.

—Así que nos encontramos con un dilema: ¿cómo reconciliar estas dos ideas incompatibles? —Hizo una pausa, como si esperara que alguno de los asistentes pudiera darle la respuesta—. Permitiendo que los concursantes originales nos inspiren de nuevo.

Gillian sintió un impulso irrefrenable de salir corriendo del edificio.

—Los números que tienen en las manos son posiciones de salida —anunció—. Dentro de tres días, celebraremos el pasado. El Reencuentro, una reinterpretación del primer Certamen Extraodinaire: con nuevos desafíos y con la participación de todos los concursantes originales.

Qué cabrón.

El público ya no pudo contenerse. Una oleada de murmullos exaltados recorrió la sala. Lo que acababan de saber era demasiado impactante para contenerse.

Ellsberg, a la derecha de Gillian, soltó otro de sus suspiros.

—Ya me temía yo que no podríamos disuadirlo de esta idea. Será un espectáculo descomunal. —La miró de reojo—. Parece que al final te vas a quedar.

Sebastian observaba a su público desde el centro del escenario. Bajó la cabeza, con esa expresión suya en la mirada. La misma que Gillian había visto en su rostro dieciocho años atrás, cuando comprendió con horror que había perdido el Certamen. La irritación que sintió ante las emociones de aquella niña, la decepción por su actuación. La forma en que Gillian había huido de Dallas y de todo lo que había sido su vida hasta entonces. Todo regresó de golpe. Aún podía manipularla, hacerla sentir pequeña e insignificante. Era justo

la trampa que tanto había temido: regresar a Miscellany para revivir el pasado, para intentar alcanzar de nuevo ese premio imposible. Se tambaleó. Por el alcohol, por la noticia.

Y, cómo no, por su puro instinto primario:

esta vez quizá ganaría.

14

Gillian durmió vestida, encima de las sábanas. Se envolvió el pelo con uno de sus fulares, pero ese fue su único ritual antes de meterse en la cama. Cuando el teléfono la despertó, los recuerdos de la noche anterior la golpearon. Decepción, y luego el regusto amargo del arrepentimiento. No tenía resaca, pero no lograba sacudirse la sensación de haber bajado demasiado la guardia, de haber mostrado sus cartas. Tal vez el alcohol no le hubiera nublado los sentidos, pero los antiguos concursantes sí. Los concursantes... y Sebastian.

Deseó que el que llamaba fuera Tommy. Así podría irse antes de que fuera demasiado tarde.

No era él.

—Hola —dijo Mitch—. ¿Cómo estás?

Mitch era el director de la residencia donde estaba su madre. Parecía nervioso. Hablaba más alto de lo normal, con ese tono que empleaba siempre con las mujeres. Gillian rodó por la cama y se levantó. Fue a descorrer las cortinas, con la esperanza de que la luz del día la espabilara. Se quedó plantada ante el cristal, frotándose los ojos. Muchos pisos más abajo, los huéspedes se movían como figuras diminutas, apenas visibles, reducidas a los destellos que el sol arrancaba de sus gafas y las pantallas de sus móviles. Brillaban. Flotaban libres, sin ataduras. Envidió su libertad.

—Bien, bien. Por ahí, ganándome la vida —dijo, dejándole claro que estaba trabajando, por si dudaba de su capacidad para pagar o quería alargar la llamada para charlar—. ¿Necesitas algo?

—Sí. Quería decírtelo a ti primero. —Se oyó un ruido, como si se mordiera las uñas—. La van a dar de alta.

De pronto, el cristal parecía frágil. Gillian dio la espalda a la ventana.

—Eso no es posible.

—Ya te dije que se había quedado sin cobertura médica. ¿No recibiste la carta?

Debió de llegar a casa de June. Y su hermana probablemente se lo había mencionado.

—¿Y qué pasa con el cheque?

—Es insuficiente. Eso es lo que intento explicarte. Está todo en la carta.

—Mira. Ahora mismo estoy trabajando. Es complicado, pero podría ganar bastante dinero.

—¿Cuánto?

En el avión, e incluso al cruzar las puertas de Miscellany, se había repetido a sí misma que podía irse en cualquier momento.

—Lo suficiente para cubrir todo el año.

—¿Lo tienes ya?

—Pronto. Solo necesito un poco de tiempo.

Estaba hablando por hablar. Pero si lograba convencer a Mitch de que suspendiera por un tiempo el desalojo de su madre, podría volver a Los Ángeles. Allí conocía a gente con dinero. Sus clientas como *personal shopper*. Chantal.

—Ya he firmado los papeles —dijo él. Parecía sentirse algo culpable—. Tiene treinta días. Traté de conseguir más, pero...

—¿Treinta días? Mitch, ¿adónde se supone que va a ir? Necesita atención especializada.

—Ojalá pudiera ayudarte, de verdad. A los dueños solo les importa lo que ganan por cama ocupada. No conocen a tu madre: para ellos, no es más que una fuente de dinero.

—Eso es absurdo. La última vez que estuvo allí, June me dijo que mamá tenía moretones. Que se cayó en el baño... No la vigiláis y, en lugar de arreglar el problema, la estáis echando.

—No es decisión mía. ¿Qué quieres que haga?

—Quiero que no la eches. Hay opciones, podemos pedir una prórroga.

—Gillian, ya estoy en la cuerda floja. Necesito este trabajo. Tengo que pagar el piso, el coche... No puedo volver a casa de mis padres, en Fayetteville. Quiero decir... Me caes bien, de verdad. Ojalá...

Estaba harta de Mitch y de sus juegos. Harta de tener la sensación de fallarle a su madre, la mujer que se lo había dado todo, la única luz en un paisaje oscuro e infernal.

—Vale, vale. Lo entiendo.

—Me siento fatal.

—Lo entiendo —repitió con suavidad—. Treinta días.

Podía oír su respiración al otro lado de la línea. Siempre hablaba de ponerse en forma.

—Oye..., si no consigues solucionarlo, quizá podría hacer algunas llamadas. Buscar otros lugares...

—No te preocupes. Ya has hecho bastante. —Tragó saliva—. Esto es problema mío. Ya se me ocurrirá algo.

—¿Seguro? ¿No necesitas que...?

—Sí. No, lo tengo controlado.

Mitch jugueteó con el teléfono.

—¿Vamos hablando? Si consigues el dinero, puedo parar el papeleo.

—Claro. Sí. Gracias por avisar.

Colgó. Aguzó el oído, en busca del tic-tac de algún reloj, las voces de los huéspedes o cualquier señal de que el mundo seguía funcionando, pero no oyó nada. La habitación estaba insonorizada, en absoluto silencio. Sebastian no había escatimado en gastos en sus hoteles. Como en todos los ámbitos de su vida.

El Diablo le susurró al oído: «Sabes muy bien quién tiene el dinero».

Se había repetido que nunca volvería. Qué tontería: siempre había sabido que lo haría.

Su equipaje seguía esperando sobre el soporte plegable. Deshizo la maleta y sustituyó el glamur del salón de baile por un look cómodo y desenfadado de parque temático. Se quitó el mono enterizo arrugado y se puso una camiseta blanca y roja de Atari, unos tejanos cortos, una sudadera atada a la cintura y unas Converse azules. Le encantaba arreglarse tanto como la que más, pero en aquel momento necesitaba sentirse libre y ligera. Enfrentarse a Sebastian era un juego y, como todos los juegos, más que estilo requería agilidad.

Metió muy pocas cosas en la bolsa de tela: unas gafas de sol, un bolígrafo, una libreta —su cerebro funcionaba mejor cuando escribía a mano— y un libro, por si necesitaba sentarse a escuchar conversaciones sin ser molestada. Y su lengua afilada.

Se colgó la bolsa del hombro y salió a buscar a Sebastian.

15

Mientras bajaba en el ascensor, Gillian se instaló la aplicación de Miscellany en el móvil. El icono de carga era un emoji de Sebastian, sonriéndole con suficiencia. Entró en el sistema de seguridad de la cuenta resolviendo un problema de lógica, cuya solución añadiría una clave de acceso adicional. El problema era sencillo: una cuadrícula con pilotos, paracaidistas y tiempos de salto. «Buford ha saltado 300 metros más alto que Margaritte. El paracaidista que ha saltado desde 4.500 metros es Paul». Para conseguir la solución había que emparejar a cada saltador con su piloto y la altitud correspondiente. Era el tipo de rompecabezas que Gillian podía resolver con los ojos cerrados, pero aun así disfrutó del proceso. Encontró la solución en un santiamén y, al terminar, tenía la mente más afilada que una cuchilla.

Entraría y saldría. Solo tenía que conseguir la información que necesitaba de Sebastian, evitando caer en sus tentaciones y sus rodeos. Estaba acostumbrada a trabajar por objetivos. Podía hacerlo.

Cuando salió al exterior, casi todo el mundo iba con la gorra puesta y la chaqueta al hombro. El sol brillaba con fuerza, blanqueando el paisaje. El típico clima de Texas: podía cambiar en un segundo. Gillian se sumergió en una marea humana y descubrió que la experiencia era menos desagradable de lo que había esperado. El sol le calentaba la piel. El murmullo de las conversaciones la envolvía: charlas banales sobre partidos de béisbol

y películas. Podía fingir que era libre de explorar el parque, que podía ir a cualquier lugar y hacer cualquier cosa. Pasó por debajo de unas vías elevadas justo cuando una locomotora antropomorfizada pasaba cargada de niños chillando. Atravesó la zona infantil, con sus acertijos visuales y sus palíndromos, y vio los carteles de colores brillantes de la Agencia de Detectives Juvenil, una aventura interactiva de Miscellany. El lugar era menos de lo que Gillian recordaba, pero también más. Había toques excéntricos pensados para atraer a los clientes.

Las torres de una casa victoriana aparecieron amenazantes ante ella. Gillian enseguida reconoció el edificio: una horrible mezcla de estilos y estructuras de color turquesa. Frisos recargados, aleros expuestos, chimeneas torcidas, buhardillas estrechas y largas galerías valladas. Una imponente verja de hierro forjado separaba la propiedad del resto del parque: el Bazar original, escenario del Certamen. A pesar del calor, Gillian sintió un escalofrío. Aquel monstruo se alzaba cuatro plantas por encima del suelo y se hundía cientos de metros bajo tierra. Lo habían cerrado poco después del Certamen, con la promesa de no reabrirlo jamás. Hasta ahora.

Contempló el edificio. Sebastian era de carne y hueso, alguien contra quien podía luchar. El Bazar y todo lo que albergaba, en cambio, eran un fantasma.

Cuando se dio la vuelta, por un instante le pareció verla. Su corte de pelo inconfundible, sus ojos fríos como el acero: Jackie. Un parpadeo, y no había más que gente tecleando en sus móviles, con sus rostros anónimos e inexpresivos, cargando con bolsas de productos del parque. A pesar de las miradas airadas, Gillian se quedó inmóvil, con los ojos fijos en aquel punto. Permaneció allí

durante sesenta segundos eternos que solo sirvieron para que le pisaran los pies. Todavía aturdida, decidió reemprender el camino.

A medida que se acercaba al final del parque, el número de atracciones iba disminuyendo. Una barbería prometía cortes de pelo «al estilo Sebastian». Los baños ofrecían alivio a las víctimas de los vasos de refresco de casi tres litros. Cada cinco metros, se topaba con otro clásico de los megaparques de atracciones. Sebastian siempre decía que quería algo grande, pero que haría las cosas de forma distinta a los demás magnates. Su parque sería más grande, pero mejor. Gillian miró alrededor y vio restaurantes de chefs famosos, tiendas de productos de promoción de la empresa, espectáculos no incluidos en el precio de la entrada. Y, mirara donde mirara, siempre aparecía algo con la cara de Sebastian. Todo clichés de los parques temáticos de primer nivel.

En el horizonte, una estructura se elevaba por encima del paisaje: la sede de Miscellany. Vigas de acero gigantescas y postes de roble reciclado enmarcaban una enorme fachada de cristal. Intérpretes, empleados y personal técnico salían y entraban por unas puertas enormes. El sonido de conversaciones lo llenaba todo; no era tanto el runrún de voces sosegadas, sino el intercambio entusiasta de opiniones que podría darse en el taller de Papá Noel. Los trabajadores de Miscellany eran un grupo diligente y exultante: la «familia», en la jerga de la empresa.

Gillian entró en el edificio: el interior era más grande que un hangar. El suelo de hormigón pulido alcanzaba la superficie de un campo de fútbol, marcado por los millones de huellas que habían dejado los zapatos del ejército de Sebastian. De no ser por las

barreras de seguridad y los guardias armados, habría sido la fantasía perfecta de una revista de diseño de interiores.

«Si hubiera ganado el Certamen, ¿trabajaría aquí?», se preguntó Gillian. ¿Habría podido morderse la lengua lo suficiente, o al menos mesurar sus comentarios, para lograr pasar de niña asombrada a trabajadora modelo? ¿Vivirían su madre y June en el recinto, y comprarían en tiendas de la marca Miscellany? ¿Habría estado Gillian en el escenario junto a Sebastian, estrechándole la mano?

A la mierda con eso. Sería Sebastian quien le estrecharía la mano a ella.

En el control de seguridad, había un escáner corporal y el inevitable lector sin contacto. Le registraron la bolsa y desnudaron digitalmente su cuerpo. Gillian se irritó, preguntándose si todos recibían el mismo trato. En cualquier caso, parecía que el guardia la estaba esperando: la llamó por su nombre. Sebastian la aguardaba en su despacho, un refugio con el irritante nombre de El Nido. «Tercer piso, la puerta verde del final del pasillo. Luego suba hasta arriba».

Gillian encontró el ascensor y subió junto a un grupo de caras desconocidas que hablaban de la nueva experiencia de realidad aumentada y de el *escape room* exclusiva que se estaba montando en el nuevo restaurante del parque. Nadie hablaba de concursos amañados. Todo parecía perfecto.

Al llegar a la tercera planta, Gillian avanzó sola por un espacio más parecido a un laboratorio que a una oficina. Había muestras de colores, bocetos a lápiz, un juego de Boggle, una torre gigante de Jenga y una pizarra blanca cubierta de jeroglíficos. Vio a unas pocas personas con traje, pero la mayoría iban en bermudas y chanclas. El

código de vestimenta mínimo de Miscellany: «Debes llevar algo puesto». Todos parecían felices y relajados, como si no trabajaran por dinero. Iban a Miscellany porque querían estar allí.

En la pared del fondo de la planta, vio una puerta verde desgastada. Desentonaba: era más propia de una vieja casa de madera que de un moderno edificio de acero y cristal. Sin embargo, allí estaba, soltando trocitos de pintura seca sobre el suelo. Al lado había un lector de seguridad, cuyo ojo de caimán no dejaba de parpadear. Acercó la pulsera y, tras el clic, cruzó la puerta y subió por una escalera de caracol. La estructura de madera crujía y el techo era tan bajo que no le permitía ver lo que le esperaba más arriba. Los peldaños multicolores de la escalera la alejaron de las oficinas mientras los apliques de las paredes parpadeaban con suavidad. Casi esperó oír sonar un órgano. Tenía la sensación de estar dentro de una iglesia.

Por fin llegó arriba. La puerta estaba entreabierta. La empujó y entró en una sala abarrotada de estanterías de madera y muebles artesanales. La luz natural se colaba a través de claraboyas y un espejo de cuerpo entero se erguía vigilante al otro lado. La habitación carecía de fotografías: un monumento al credo de Sebastian de no mirar nunca atrás. Había montones de papeles por todas partes, pero también un monitor enorme sujeto a un brazo giratorio, encima de un diminuto escritorio de persiana. Sebastian estaba sentado allí, de espaldas, en una silla tan pequeña que parecía hecha para un niño. Llevaba un traje verde oliva de tres piezas. Se había quitado los guantes y se masajeaba el muñón del pulgar derecho con el índice, concentrado en una colección de documentos.

En algún lugar sonaba un reloj. Sebastian no se volvió. No la reconoció.

Gillian estaba harta. De la larga peregrinación, de aquel refugio excéntrico y de la indiferencia calculada de Sebastian. Y también del peso acumulado durante casi dos décadas, un peso que se había instalado en sus hombros sin que ella hiciera nada para evitarlo. El deseo de destrozar a Sebastian por una vida de manipulación competía con su necesidad de parecer imperturbable, de vencerlo en su propio juego.

Sebastian levantó la cabeza; seguramente había visto su reflejo en la pantalla.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—¿Por qué, qué? —respondió él, con aire travieso, como si hablara con otra alma inocente y crédula.

—¿Por qué lo has hecho? Traerme de vuelta. Ocultar a Tommy.

—No soy su guardián. Las cosas no funcionan así. —Se dio la vuelta y alargó un brazo por encima del respaldo de la silla. Sus ojos brillaban con malicia—. Me alegro de verte.

—No cambies de tema.

—Siempre estabas enfadada. Esperaba que, después de nuestra época juntos, hubieras superado esa emoción.

—Que te jodan.

—Lo entiendo, claro. Llegar tan lejos... Debe de ser duro.

—No estoy enfadada —respondió, viendo su propio rostro iracundo reflejado en el espejo. Se apartó de su imagen—. Estás jugando. Intentando retenerme aquí.

—No sé dónde está Tommy. Es libre de perseguir sus propios intereses, como cualquier ser humano.

—Ganó tu concurso. No es cualquiera. —El ímpetu que la había llevado hasta allí se desvaneció. De pronto, no se sentía preparada. Deseó haberse puesto algo más profesional para irrumpir en el santuario interior de Sebastian, pero enseguida se arrepintió de haberlo pensado.

Sebastian levantó una enorme taza de encima del escritorio. Tenía grabada una inscripción en latín.

EXIGUUM CORPUS, SED COR MIHI CORPORE MAIUS;
SUM VERSUTA DOLIS, ARGUTO CALLIDA SENSU;
ET FERA SUM SAPIENS, SAPIENS FERA SI QUA VOCATUR.

Gillian conocía la respuesta al acertijo, pero se mordió la lengua. Sebastian la observaba por encima de la taza. Bebió un sorbo, despacio, y volvió a dejarla sobre la mesa, asegurándose de que Gillian pudiera ver la inscripción.

—¿Qué cuento te ha soltado Tommy para traerte hasta aquí? —preguntó.

—¿Perdona?

—Tú no has venido por el Reencuentro. Nosotros no te invitamos.

—Eso no paro de oírlo. Muy halagador, la verdad.

—Tampoco habrías aceptado. Lo sabía perfectamente. Tommy tuvo que lanzarte el anzuelo, apelar a tu intelecto. No ibas a abandonar tu imperio de fulares y compras por menos que eso.

—Ya empezamos.

—No seas tonta. No lo digo con mala intención. Y no me negarás que es cierto.

Se sorprendió a sí misma mordisqueándose las uñas, un gesto que Sebastian interpretaría como una debilidad. Señaló la taza del acertijo.

—¿Es para mí?

Sebastian puso cara de ver la taza por primera vez.

—¿Recuerdas el latín?

—No me vengas con esa mierda.

Al soltar ese taco, sintió una extraña descarga de adrenalina. Siempre había sido una niña con él, nunca habían tenido una conversación como adultos. Como iguales. Sebastian giró la taza y cruzó los brazos.

—¿Y bien?

—«Pequeño es mi cuerpo, pero grande es mi sabiduría. Soy versado en el engaño, astuto y perspicaz. Y soy una bestia sabia, si alguna bestia puede considerarse sabia».

Él se tomó un segundo para valorar su respuesta.

—Básicamente, esa es la traducción.

Ella se cruzó de brazos.

—Vulpes. El zorro.

Él aplaudió y no pudo ahogar una sonrisa.

—Exacto.

—Sigue describiéndote bien.

Sebastian asintió con la cabeza: era su particular forma de hacer una reverencia. Estaba satisfecho consigo mismo y con ella.

—Hoy son tantos los que se limitan a aprenderse el texto —comentó—. Como si el objetivo fuera la mera memorización.

—¿Acaso los chavales saben quién es Symphosius? ¿No pueden simplemente buscar la respuesta en Google?

—Eso es un problema. Pero intentamos diseñar los acertijos de tal forma que depender en exceso de internet los lleve por caminos equivocados. Queremos enseñarles a confiar en su propio pensamiento crítico, no en el de otros.

Gillian lo había estado escuchando. Dejando que la adoctrinara.

—A menos que ese «otro» seas tú.

Sebastian la observaba mientras ella deambulaba por la estancia, entreteniéndose en los instrumentos extraños que se iba encontrando a cada paso: un teodolito, una plomada de latón, un reloj de péndulo barroco colgado en la pared. Gillian inhaló y sus pulmones se hincharon con el olor a pergamino polvoriento. Aquella habitación era una trampa y tentaba a la suerte con cada segundo que permanecía allí.

—Tommy me dijo que se estaban haciendo trampas —soltó.

Sebastian ni pestañeó.

—La Segunda Temporada. Hay una demanda ridícula. Los abogados no me dejan hablar de los detalles. Pero no tiene fundamento. Es un caso de codicia de manual. —Cogió los guantes, pero no se los puso—. Pero Tommy no te trajo hasta aquí solo por eso, ¿verdad?

—Estaba alterado.

—Se encuentra en una posición vulnerable. Ha perdido autoridad. Ya no tiene poder de decisión. Ni puede acceder a las cuentas de gastos. En realidad, ni siquiera debería haber podido tomar el jet para ir a Los Ángeles.

Gillian había creído que los problemas financieros de Tommy eran culpa suya. Pero quizá parte de sus dificultades fueran como las

pruebas de Job, y Sebastian hubiera actuado a la vez de Dios y de Lucifer.

—«Extiende la mano y destruye todo lo que tiene» —citó Gillian—. Suena como el Antiguo Testamento, ¿no?

—No exageres. Somos una familia, y cuidaremos de Tommy. Pero tiene que dejar de hacer esas acusaciones públicamente.

—Se lo has quitado todo. Lo has dejado solo.

—Ningún hijo de Miscellany ha estado nunca solo. Ni en el presente ni en el pasado.

Acomodó la taza y el teclado con precisión.

—¿Cuánto iba a pagarte?

El elefante en la habitación. Trompeteando para que todos lo oyeran.

—Estaba haciéndole un favor.

—Un favor puede ser recompensado —replicó él, vigilándola por el rabillo del ojo—. La gasolina no es gratis. El alquiler, tampoco.

Gillian se volvió hacia la pared, observando el vaivén del péndulo del reloj, atrapado en su recorrido inalterable.

—Quizá podamos ayudarnos mutuamente —propuso Sebastian.

No debía responder de inmediato; si lo hacía, él impondría todas las reglas.

—No lo creo.

—Me preocupa Tommy. Él es el futuro, y yo ya no puedo con todo. Pero tú estás aquí y eres lista.

—Acabas de describir a tu mano derecha.

—Necesito a alguien en quien poder confiar, Gillian.

—Pensé que habías encontrado a esa persona hace dieciocho años.

El reloj seguía avanzando.

—El Rencuentro es dentro de dos días —dijo él—. Necesito que la situación esté controlada para entonces. Ayúdame a resolver el problema. Piénsalo: estarías cobrando por resolver un problema.

Él la miró. Los zorros son cazadores oportunistas. Se comen cualquier presa que sea lo bastante estúpida como para adentrarse en su territorio.

—Yo no soy barata —contestó Gillian.

—Bill Gates paga a su gente mil quinientos al día. Yo te daré tres mil. Seis mil por dos días de trabajo, por si tienes las matemáticas un poco oxidadas.

Era una cantidad mucho menor que la que le había ofrecido Tommy. La decepción debió de reflejarse en su cara.

—Dime tú la cifra —dijo Sebastian—. Estoy seguro de que serás justa.

—Vete a la mierda.

—Gillian. Dime la cifra.

Ella vaciló. ¿Podía pedirle toda la cantidad? ¿A qué precio sería ella la que le debiera algo a Sebastian, en lugar de al revés?

—Diez mil.

—Hecho.

Lo dijo como quien accede a comprar servilletas nuevas. O una lámpara para el salón. Tendría que haber pedido más.

—Os quiero a los dos en el Bazar a la hora establecida —indicó Sebastian—. Presentables. Antes de empezar habrá un evento con la prensa, y Tommy no puede aparecer hecho un pordiosero. Quiero un traje de tres piezas. Gris quizá. Si tiene que ser de rayas, que sean discretas. Por supuesto, me fío de tu gusto por la moda.

Gillian se recordó a sí misma que aquello solo era temporal. Encontrar a Tommy. Llevarlo a la reunión. Cobrar los diez mil, asegurar el futuro de su madre y volar lo más lejos posible de allí.

—Llevaré a Tommy a tu juego.

—Y tú también estarás. Los dos competiréis.

—No me presiones.

—Nunca he dejado de hacerlo.

Sintió que se tambaleaba. Caminó hacia la puerta.

Sebastian apoyó la barbilla en la mano.

—¿Me mantendrás informado? Dos días son mucho tiempo. Quiero actualizaciones.

Ella se detuvo en lo alto de la escalera.

—No voy a subir aquí cada vez que te aburras.

—Por supuesto. Este problema concierne a Seguridad. Le rendirás cuentas a Martin.

Gillian tuvo la sensación de tragar lodo frío. Como si estuviera otra vez bajo el lago, viendo que la brillante superficie se alejaba.

—No es necesario.

—Si quieres cobrar, sí lo es.

Se imaginó a Ellsberg evaluando cada uno de sus movimientos, esperando para abrir el suelo bajo sus pies.

—Genial —dijo—. Buena suerte con Tommy. Espero leer todos los detalles sobre el escándalo en la prensa.

Bajó un escalón, pero Sebastian soltó una carcajada.

—No seas tan dramática.

Se volvió hacia el ordenador, aunque sin mirar la pantalla. El muñón de su pulgar repiqueteaba contra la taza.

—Al menos mantén a Martin al tanto.

—¿No es capaz de espiarme por su cuenta?

Sebastian removió el contenido de su taza sin morder el anzuelo.

—No pienso rendirle cuentas a Ellsberg —dijo ella.

Él saboreó sus palabras, ladeando la cabeza.

—¿Se lo dirás tú? —preguntó Gillian.

—No te preocupes, Martin cooperará. Siempre lo hace.

Sebastian extendió la mano.

—¿Estamos de acuerdo?

Gillian lo miró como si acabara de ofrecerle un miembro cercenado.

—Confiamos el uno en el otro, ¿no?

Él retiró la mano y soltó una carcajada.

—Gillian Charles. Has mejorado con los años.

Al oír ese comentario se sonrojó, orgullosa. El corazón le latía con fuerza y las sinapsis le ardían. Estaba disfrutando con todo aquello. Le gustaba medir su ingenio con Sebastian.

En el fondo de su mente, una vocecilla le advirtió: «Es justo lo que él quiere».

Le dio la espalda y bajó las escaleras a toda velocidad.

16

Gillian se llevó el teléfono a la oreja y escuchó el fantasma electrónico del buzón de voz de Tommy. El remordimiento la perseguía por los pasillos de Miscellany, construidos con deseos y sueños de humo. Habían pasado dieciocho años desde la última vez que había visto a Sebastian en carne y hueso. Casi dos décadas en las que lo había convertido en una especie de elegante hombre del saco. Era ingenioso, poderoso e inteligente, pero seguía siendo simplemente un hombre. Y, aun así, le había bastado con un día: menos de veinticuatro horas en el parque y ya estaba trabajando para él.

—Bohemio de mierda —murmuró.

No ocurrió nada. Ningún rayo la fulminó desde la torre más excéntrica de Miscellany.

El Reencuentro. Madre mía, otro concurso. Justo el tipo de juego amañado que se había jurado haber dejado atrás. Con la partida de damas lo había visto claro: los juegos de Sebastian eran un espejismo, solo conducían a la decepción.

Pero ¿y si...? ¿Y si competía en el Reencuentro y ganaba? Se quedaría con su dinero, con su juego, con todo lo que merecía.

Joder. ¿Qué demonios le pasaba?

La locución del buzón de voz de Tommy llegó a su fin.

—Tommy —dijo—. Necesito que me llames. Me da igual si estás en unas minivacaciones, si te has largado de este mundo, lo que

sea. Sebastian me ha encargado que te busque, y créeme, eso no te conviene.

Se detuvo en el cruce de dos pasadizos. Su mirada asustó a los empleados. Contuvo la rabia.

—Creo... —le dijo al buzón de voz—. Creo que me trajiste aquí para ayudarte, de una forma u otra. Puedo hacerlo. Lo de los Navarro... Eso no está bien, cualquiera puede verlo. Quizá Miscellany debería hacer más. Puede hacer más. Pero siempre hay alguien que pierde, así es como funciona el juego. Yo lo sé muy bien. Tú, Leah, Ells... todos lo visteis. Yo me largué, me rendí. ¿Crees que estoy orgullosa de eso? ¿Y ahora qué? ¿Te has unido a la tendencia de premiar a todo el mundo, incluso a los que no ganan? Tommy, será mejor que espabiles, porque el tiempo corre. Sebastian no va a esperar, y yo tampoco.

Joder. Parecía la encargada de entregar las notificaciones judiciales de Sebastian. Se frotó el cuello.

—No conviertas esto en un juego. Si no quieres llamarlo, no lo llames, me parece bien. Pero llámame a mí. Vamos a resolver esto.

Colgó.

Era evidente que la estaba esquivando. Bien. Gillian era capaz de seguirle el rastro a cualquiera. Tommy llevaba dieciocho años sin tener que tomar decisiones vitales, mientras que el día a día de Gillian dependía de hacer el trabajo con rapidez y diligencia, si no quería acabar en la calle. Diez mil dólares por llevar a Tommy al Reencuentro: mucho más fácil que perseguir las paranoias de Tommy. Un salvavidas para su madre, suficiente para mantenerla a flote mientras Gillian encontraba una solución más definitiva.

Mejor así, pensó. Mejor ver a Tommy como una recompensa que como un amigo necesitado.

Fue en busca de su despacho. Incluso en aquella utopía igualitaria, había privilegiados y marginados. Cubículos en el centro, despachos junto a las ventanas. A Gillian no le gustaba firmar autógrafos, pero, después de hacer un garabato, una joven de pelo multicolor y un piercing en la nariz le señaló una oficina cercana. La asistente ejecutiva de Tommy, Jessyca, no lo había visto en todo el día. El maldito Tommy nunca estaba cuando lo necesitabas. Jessyca parecía aburrida y le enseñó su último tatuaje: un diseño con caballitos de mar y plumas, el tipo de manifestación artística que cabría esperar después de una borrachera monumental. Durante dos segundos, Gillian creyó que aquella chica quería tocarle el pelo, pero enseguida comprendió que señalaba los dominios de Tommy.

Sorprendentemente, su despacho era uno de los feudos más pequeños. El interior era de una austeridad escandinava, pero con una atmósfera de directivo tecnológico: un escritorio de cristal donde trabajar de pie, con un monitor panorámico y algunos cables sueltos, pero sin ningún portátil; un set de Lego de Miscellany, pegado para que no se desarmara; dos sillas sin respaldo para las visitas y un sofá tan grande que podría flotar en el mar. Gillian se situó tras el escritorio, rodeada de figuras Funko Pop y un cubo de Rubik de tres por tres sin resolver. Cuando levantó uno de los Funkos hasta la altura de los ojos, se dio cuenta de que era una reproducción del propio Tommy. Bajo el monitor, había otro que representaba una versión cabezona de Sebastian.

No vio ni papeles ni notas. Ni siquiera huellas dactilares en el cristal. Le echó un vistazo a la papelera: solo un vaso de café vacío.

Gillian decidió cambiar de escenario y salió de la sede central. Entrevistó a dependientes, artistas y trabajadores que mantenían la compañía en funcionamiento. La mayoría conocía a Tommy, pero ninguno lo había visto últimamente. Tuvo más suerte en el Centro de Transporte, un edificio de oficinas de un color gris verdoso situado junto al aparcamiento. Les pidió un cigarrillo a los conductores fuera de servicio, pero todos vapeaban. Aun así, habló con algunos sobre su rutina y sobre cómo funcionaban las cosas desde dentro. Su condición de compañera de gremio le abrió puertas, y los conductores compartieron historias de clientes borrachos y recogidas clandestinas de «acompañantes», y se lamentaron de las horas que pasaban limpiando vómito y orina de los asientos traseros. Los detalles valiosos fueron escasos. Gillian solo descubrió que la única que conducía para Tommy era Jackie; los demás, nunca lo hacían. En ocasiones lo habían visto salir del aparcamiento en un Uber o una compañía similar, convencido de que pasaba desapercibido, pero cuando la cara de uno aparece en los carteles del parque, nunca es anónimo. En cuanto a Jackie, no estaba allí, y, a pesar de la camaradería entre compañeros, nadie se ofreció a decirle dónde encontrarla.

Harta de charlas vacías y respuestas a medias, Gillian se marchó. ¿Por qué Tommy se escabullía en un Prius cuando tenía acceso a su propio coche privado y a una conductora que parecía dispuesta a encubrir su adicción a las drogas?

Tenía hambre, así que se detuvo en Enigma’s Sweet Treats, una tienda de dulces tradicionales en la que también se vendían rompecabezas comestibles y caramelos en forma de anillos entrelazados. Ignoró toda la parafernalia y eligió su clásico: M&M’s

de cacahuete. Mientras esperaba en la cola, se fijó en las personas que la precedían. ¿No sería increíble encontrar a Tommy justo allí, satisfaciendo el mismo antojo?

En el pasado, Tommy tenía hábitos más inocentes. Le había puesto esos mismos caramelos en la mano en el sofocante pasillo de madera, mientras esperaban juntos fuera de la primera sala del Certamen. Lo recordaba sonriéndole, como si le estuviera entregando las respuestas. Ella le había devuelto la sonrisa, pensando que se los comería delante de sus narices en cuanto ganara. Entonces la puerta se abrió, y los dos entraron corriendo en la Sala de Deducciones.

Ella y Tommy fueron los últimos en salir de allí. Gillian había empezado a trabajar en su rompecabezas con calma, pero cuando Ellsberg salió y Leah lo siguió, se vino abajo. No era lo bastante buena. Era demasiado joven, demasiado inmadura. No sabía lo que no sabía, y aquellos niños brillantes —aquellos niños que eran mejores que ella— iban a derrotarla. Vale, los concursantes se divertían entre pruebas, pero no eran amigos, no de verdad. ¿Cómo podían serlo y a la vez querer ganar el Certamen?

Gillian recordaba que Tommy había mantenido la calma, tan frío como un helado de menta. A lo sumo iba a clasificarse en el tercer puesto, y aun así trabajaba en su rompecabezas como si no tuviera importancia. Colocaba los dados en la balanza y contaba el número de marcas hacia abajo o hacia arriba, aunque el significado de sus acciones seguía siendo incierto. La miraba de vez en cuando, como preocupado por ella. Los dulces, la simpatía... ¿A qué estaba jugando?

El rompecabezas se desmoronaba ante sus ojos. Fragmentado. Las respuestas eran barras de acero que se negaban a doblegarse. Su respiración era cada vez más agitada. Le ardía el rostro y el cuello le abrasaba.

«Respira, chica —oía que decía su madre dentro de su cabeza—. Respira. Tú puedes hacerlo».

Y había respirado, había cerrado los ojos y aceptado que quizá sería la última en salir de la sala. Antes de derrotar a los demás, tenía que derrotarse a sí misma. Matar al monstruo de su propia ansiedad.

Entonces abrió los ojos, releyó la pista y la respuesta encajó como un Tetris. Marcas hacia arriba, dados bien colocados; marcas hacia abajo, dados mal colocados. La gran X sobre la balanza indicaba multiplicación: el código de la cerradura era el producto. Joder, claro.

Y lo curioso era que su primer instinto había sido expresarle su emoción a Tommy. Un instinto estúpido. Pero él ya la estaba mirando, moviendo los labios.

¿Qué había dicho? Plantada en aquella tienda, con los M&M's de cacahuete en la mano, no estaba segura. Sintió pánico, entonces y ahora. El pánico de haberle dado la respuesta a Tommy sin querer.

—¿Señorita?

Al regresar al presente, descubrió que la cola de la caja había desaparecido. El dependiente la miraba extrañado: ¿estaba distraída, superada por las emociones o completamente loca? Gillian metió la mano en la bolsa en busca del monedero, pero el dependiente la detuvo y señaló la pulsera que llevaba en la muñeca. Claro. Pasó el plástico azul por encima del lector de la caja. El aparato pitó y el dependiente le dio las gracias, deseándole un día muy Miscellany.

Gillian se detuvo en el umbral de la tienda, observando el solitario grillete que llevaba en la muñeca. La pulsera era una llave: permitía el acceso a fondos. Y también era un rastreador. Miscellany recogía datos de cada cuerpo caliente. Así podía hacer más dinero. Incluso Tommy llevaba una: el director de Operaciones no era inmune a la recopilación de datos. Cada teléfono, cada reloj y cada montura de gafas transmitía y recibía información. ¿Qué más debía de hacer aquella pulsera?

Gillian sabía dónde averiguarlo.

17

Salió de la tienda y buscó una puerta anodina que flanqueaba la entrada del parque. Llamó varias veces hasta que un tipo larguirucho vestido con el uniforme marrón de seguridad se le acercó por detrás, con malas pulgas.

—Oiga, señora, esta es una puerta para personal autorizado.

—Lo sé. Por eso estoy llamando.

Él se ajustó las gafas.

—Si necesita hablar con Atención al Cliente...

—En realidad, necesito a Ellsberg.

A ese tipo solo le faltaba un sombrero y una estrella de sheriff.

—Señora...

—Señorita. Y no necesito la dulzura tejana.

Eso no le gustó nada. Se puso rojo como un tomate y se llevó la mano a la radio. Gillian no estaba siendo delicada, ni siquiera educada, pero tampoco tenía por qué. Si armaba un escándalo, lo traerían más rápido. No debía de andar lejos. Y, en efecto, detrás del guardia, apareció Ellsberg, con el pelo revuelto y los pantalones arrugados, como si se hubiera tomado un cóctel de café y bebidas energéticas pero no le hubiese hecho efecto. Cuando el guardia de seguridad apenas había tenido tiempo de soltar diez palabras por la radio, Ellsberg ya estaba allí, diciéndole que se retirara.

—Ya me encargo yo, Connor. Gracias.

La mirada de Connor abandonó a Gillian para clavarse en su jefe; la cara del vigilante decía claramente: «Échala a patadas». Pero ya era un veterano. Enseguida se olvidó de aquel asunto que superaba su responsabilidad y reanudó la ronda.

Ellsberg se tomó un momento para alisarse el pelo. Gillian trató de imaginarse manteniendo con Ellsberg el mismo tipo de conversación ligera e ingeniosa que la noche anterior. Se veía incapaz, tanto como de trabajar sentada en un despacho de nueve a cinco. Sin embargo, competir con él de nuevo... Ese era un tipo de relación que sí podía concebir.

—He oído que has estado en El Nido —dijo.

Claro, ya estaba al tanto de todo. Gillian se comió un M&M's.

—¿Has hablado con Sebastian? —preguntó él.

—No, ¡qué va! Me he bajado las bragas y le he dicho que me hiciera suya. ¡Pues claro que he hablado con él!

—¿Y de qué habéis hablado?

Gillian le respondió con la boca llena de un amasijo de chocolate y cacahuetes.

—De cosas.

Ellsberg puso mala cara.

—Cuando la CNN le pidió una entrevista, mandó a Tommy en su lugar. Y organizó una videollamada con *Teen Vogue* desde una sala de conferencias. Nadie pone los pies en su santuario.

Ella se pasó la lengua por los dientes, dulces por el caramelo.

—Si Sebastian quiere contratarte para alguno de esos proyectos que tanto le alimentan el ego, que sepas que no serías la primera concursante a la que se lo pide —dijo—. Si has venido con la idea peregrina de reconciliarte con tu pasado, te deseo suerte. Ojalá este

viaje cure las heridas que todavía tienes abiertas. Pero no te metas en mi vida, por muy especial que sea el trabajo que te haya encargado.

—¿Especial? Lo único que quiere es encontrar a Tommy. ¿Le digo que su jefe de Seguridad no consigue rastrear su pulsera de acceso? —Vio que la expresión de Ellsberg se tensaba—. Así es como has estado siguiéndome, ¿no?

—Eres como un grano en el culo.

—¿Tengo razón sobre la pulsera de acceso?

—Un puto grano en el culo.

Gruñó. Gillian seguía comiendo. Al final, Ellsberg se tragó su irritación.

—Aparta.

Ella se hizo a un lado, y Ellsberg usó su pulsera para desbloquear la puerta de acceso restringido. Al oír sus resoplidos, Gillian estuvo a punto de echarse a reír. Era un gustazo ganarle en su propio terreno, una sensación parecida a la que te provoca el alcohol: euforia con náuseas. Quería sentir esa excitación. Lo necesitaba.

Ellsberg la condujo por un laberinto de techos bajos, un lugar anodino. Al verles entrar, un par de guardias se enderezaron. Estaban visiblemente cansados e iban sin la chaqueta del uniforme. Hileras de monitores mostraban la actividad de todo el parque. Había bolígrafos, pósits, una cafetera de lujo, una máquina de refrescos, teléfonos de sobremesa, radios e incluso papeles. Ellsberg se había reservado un espacio reducido en la parte trasera. Se sentó, desbloqueó su ordenador y dejó que Gillian se colocara a su lado. La pantalla mostraba un mapa aéreo del parque. Ellsberg

escribió el nombre de Tommy y un rango horario: la última semana. Un gusanito morado y difuminado recorrió el mapa.

—Son pulseras RFID, de identificación por radiofrecuencia —explicó Ellsberg—. Podemos rastrearlo en un área de unos cientos de metros con respecto a un lector, y los hay por todas partes.

Parecía orgulloso, no avergonzado. A Gillian le incomodó mirar los monitores: estadísticas en tiempo real sobre la localización de los huéspedes. Tiempos de espera en las atracciones. Ocupación de zonas de restauración y baños. Dio la vuelta a la pulsera que llevaba en la muñeca. Lo sabían todo. Mucho más de lo que los visitantes imaginaban. Trató de focalizarse en que ese conocimiento la llevaría hasta Tommy.

Se inclinó y tocó el borde superior de la pantalla central.

—Se detiene aquí —observó.

Ellsberg le apartó el dedo.

—Es el Paseo Marítimo —contestó—, pero eso ha sido hace unas horas.

—Quizá se le haya caído la pulsera.

—No siempre la lleva puesta, y tiene duplicados anónimos, a pesar de todos mis esfuerzos por evitarlo.

—¿Y fuera del parque?

—No hay GPS. Fuera del recinto es invisible. Podría estar haciéndose pasar por un hípster en Bishop Arts. O haber subido a la Reunion Tower. Podría estar en la Luna si pudiese llegar.

—Hay que encontrarlo.

—Buena observación. Me la anotaré junto a «la Tierra es redonda».

Ellsberg se había vuelto más pretencioso con los años. Su ego era del tamaño de un globo. Gillian tenía ganas de pinchárselo con un alfiler.

—¿Sabías que se sube a úberes en el aparcamiento?

—¿Úberes? —Ellsberg parecía sorprendido—. ¿Por qué haría eso?

—Tú eres el jefe de Seguridad; creía que lo sabías todo.

—Tommy ya es adulto. No sigo el rastro de todo el mundo.

Gillian lo miró de arriba abajo.

—Eres tú la que has venido a buscarme —arguyó él.

Aun así, su cara lo decía todo: no soportaba no haber sabido que Tommy usaba Uber. Gillian era incapaz de ocultar su expresión de satisfacción.

Con la última ubicación conocida de Tommy en mente, los dos abandonaron la sala de seguridad. Una vez fuera, Ellsberg echó a andar a toda prisa, creciéndose con cada paso, confiando en el poder que le confería su conocimiento del parque.

Respiró hondo.

—Dado el trabajo que te han encargado, quizá la mejor estrategia sea unir recursos. Compartir lo que sabemos.

Tanto la salud como la situación de la madre de Gillian eran precarias: no tenía tiempo para emplear días o semanas en infiltrarse en la organización. Ellsberg era uno de los concursantes y también ejecutivo de Miscellany. Tenía contactos.

—¿Alguna teoría? —preguntó ella.

—Le gusta mucho el Paseo Marítimo. Sigue jugando, a pesar de su posición. Es muy posible que podamos encontrarlo allí.

—¿Para qué te necesito?

—Tengo potestad para detenerlo en el recinto del parque, si llegara el caso.

Gillian no le preguntó por qué la necesitaba él. No le convenía que dudara de su utilidad.

—Cobraré lo que me toca, lo encuentre quien lo encuentre.

Ellsberg esbozó una sonrisa.

—Cuanto antes cobres, antes dejarás de ser un problema.

Se dirigieron hacia el corazón del parque. Mientras andaban, Gillian contemplaba la multitud: los visitantes parecían más pudientes que en su época: ropa de marca, Ray-Bans, zapatillas caras. Mucho dinero lubricando la maquinaria de Miscellany.

—Has dicho que Tommy usaba Uber —dijo Ellsberg—. ¿Cómo lo has sabido?

Ella le habló de su época en el Centro de Transporte. Después de un paseo por los dominios de Ellsberg —Gran Hermano acechando a los huéspedes desde el aparcamiento hasta la sala de acertijos—, entendió mejor por qué Tommy rechazaba las limusinas que ponían a su disposición.

—Sabes por qué se complica así la vida, ¿verdad? —dijo ella.

Un gruñido de desaprobación anticipó la respuesta.

—Sabe que localizamos los vehículos de la compañía y no quiere que rastreen su ubicación.

Gillian asintió. Como buen especialista en rompecabezas, Ellsberg estaba más molesto por que Gillian hubiera descubierto la respuesta antes que él que por que Tommy lo hubiese superado en ingenio. Casi pateaba el suelo de pura frustración.

—¿Has mirado en su casa? —preguntó ella—. ¿No estará tirado en el sofá, viendo la tele?

—Evelina insiste en que no ha vuelto a casa.

—Podría estar mintiendo.

—Kuthodaw es un vecindario privado. La gente que vive allí no tolera que alteren su tranquilidad.

Como si Tommy y su riqueza funcionaran como una nación soberana. Bueno, su supuesta riqueza.

—Todavía seguimos hablando de coches y casas. ¿No dijiste que Tommy estaba arruinado?

—¿Prestabas atención? —La voz de Ellsberg estaba teñida con la frustración de un maestro hastiado—. Tommy no tiene nada a su nombre. Todo lo que gana pertenece a Miscellany. Nosotros somos los dueños de la casa, del jet, de los coches. Tommy y su familia se ganaron el derecho a usarlos.

Recordó a Sebastian en El Nido: «Ha perdido autoridad. Ya no tiene poder de decisión. Ni puede acceder a las cuentas de gastos». Gillian, la niña enfadada que había perdido el Certamen, había visto lo que quería ver: a Tommy reclamando un botín pirata inconmensurable. Pero ¿de verdad hacía eso? ¿Prefería el cheque gigante a tener dinero en mano? ¿Los coches y la casa registrados a nombre de quién?

Los premios del Certamen eran un botín, pero también unos grilletes.

—Así que Miscellany mueve los hilos. Entonces usa tu autoridad. Registra su casa.

Él enarcó una ceja, con ese gesto teatral que tan bien dominaba.

—¿Sabes?, es esa audacia lo que había olvidado. La idea de que nada ni nadie quedan fuera de tus límites.

—Querías que te ayudara con Tommy. Lo estoy haciendo. ¿A qué le tienes tanto miedo?

—No sabes cómo funcionan las cosas aquí. —La mancha de nacimiento de Ellsberg se tiñó de rojo—. Tienes cuentas pendientes y eso siempre es peligroso.

Cuanto más se enfadaba, más arrastraba las palabras, más se exageraba su acento de Birmingham.

—Miscellany está trabajando para el mundo. Todo lo que Sebastian hizo por nosotros, lo hacemos ahora por el planeta. No son solo rompecabezas y acertijos. Es desarrollo cognitivo, coordinación, más confianza y mayor autoestima.

—Lo sé. He leído la página web.

—Tú nunca creíste en él, ni en la misión.

—Yo creía en mí. En mi misión. Y tú antes eras igual.

Ellsberg frunció los labios. Estaba claro que lo había alterado. Se frotó la frente, como si Gillian se la hubiese perforado con un láser.

Ya se oía el alboroto que reinaba en el Paseo Marítimo. Gillian observó a los visitantes, que se agolpaban en los juegos: lanzamiento de aros, dardos, máquinas recreativas como la NBA Jam y la Gauntlet. Recordó sus días en NickelRama, el viejo salón recreativo de Garland: echaba monedas en cada ranura encendida, con un enorme vaso de refresco al lado. Aquellos recuerdos ayudaron a calmar su enfado. Ellsberg también se relajó; al menos ya no se agitaba como si le escociera la ropa interior.

—Solías ser bastante buena en estos juegos —dijo él—. Si no recuerdo mal.

—Sigamos buscando. A ver si alguno traiciona a sus compañeros por una camiseta gratis.

—Si ese comentario va por mí, las camisetas no eran gratis. Costaban veinte dólares y tuve que pedir un adelanto de mi paga.

Gillian se rio muy a su pesar. Lo que la atrajo de Ellsberg cuando lo conoció fue su sarcasmo seco, como si estuviera descubriendo a una persona secreta que nadie más conocía. Pero luego Sebastian y el Certamen dejaron al descubierto otra de sus caras, y ella se marchó, deseando no haber conocido ninguna de ellas.

Ellsberg se sacó un bolígrafo del bolsillo y lo clicó distraídamente. Un reflejo infantil que despertó recuerdos más amables.

—¿Sigues fracasando con los crucigramas? —le preguntó ella.

—Me defiendo bastante bien, gracias.

—Nunca acababas ninguno. —Le tendió la mano abierta—. Vamos. Dame.

Con aire teatral, Ellsberg le entregó un folleto arrugado que llevaba metido en el bolsillo trasero. Anunciaba las actividades diarias de Miscellany e incluía un crucigrama en la contraportada, de esos con un acertijo escondido. Gillian inspeccionó el diseño y comprobó los avances de Ellsberg.

—Está en español.

—Sebastian lo habla con fluidez. Como sus alumnos más brillantes.

—No he dicho que no pudiera leerlo.

Ellsberg había hecho un trabajo bastante decente. El crucigrama estaba casi completo, salvo por un bloque en la esquina.

—«Balsa hinchable» es lancha —anotó ella con rapidez, como si la cronometraran—. Lo que significa que «instrucción en una receta» es remover, no girar.

Él se inclinó hacia delante.

—Mierda. Esa me la sabía.

—Las eternas palabras del que queda segundo.

Paseó la mirada por las casillas. De nuevo, sintió que el corazón se le aceleraba, como si la hubiesen sacudido con una descarga. Ellsberg alargó el brazo por encima del hombro de Gillian para señalar el cinco vertical.

—Eso es «principio».

—Ya lo sé —saltó ella—. ¿No acabo de corregir remover?

Estibar. Libidinoso. Espada. Juntos rellenaron todas las casillas y descubrieron la solución al acertijo, las letras marcadas que componían tanto la pregunta como la respuesta.

—Ríos, pero no agua. Ciudades, pero no edificios. Bosque, pero no árboles. —Ellsberg gruñó—. ¿Un mapa? ¿Quién monta en estas estupideces?

—Quizá deberías pedir el traslado al departamento de crucigramas.

—No podría joderla más de lo que ya lo he hecho.

—Martin —dijo Gillian imitando a la perfección la voz de Sebastian —. Ese lenguaje no es propio de ti.

Ambos se echaron a reír y, de pronto, Ellsberg pareció unos cuantos años más joven. Por un momento, Gillian se olvidó de todo, y disfrutó de la alegría compartida de resolver un rompecabezas.

Al llegar al final del Paseo Marítimo, Ellsberg se detuvo bajo una serie de escaleras de cuerda, junto a una papelera que, curiosamente, estaba libre de chicles y grafitis. Escudriñó con la mirada el contenido visible, con las manos en los bolsillos. No encontró nada. Se quedó inmóvil y, con cierta aprensión, alzó la cabeza. Una pulsera naranja colgaba de la cuerda más cercana.

Ellsberg desenganchó el localizador dejando escapar un suspiro. Contempló la pulsera como si lo hubiese decepcionado.

Gillian se preguntó si su reacción era auténtica. Ellsberg parecía preocupado. Como si la ausencia de Tommy significara algo más que una mala evaluación. En los días del Certamen, Ellsberg siempre se había comportado de forma extraña con Tommy. Se reía demasiado rápido de sus bromas, saltaba demasiado deprisa ante sus desplantes. Tenían una relación volátil de amor-odio. Gillian siempre se había preguntado qué sentía él por dentro, y qué emoción lo dominaba.

Ellsberg trataba de ahogar las palabras que se agolpaban en su garganta, hasta que al final las escupió:

—Tommy tiene un problema con las drogas —dijo.

—Cocaína como mínimo. Ya lo sé.

Frunció el ceño como solo él sabía hacerlo.

—Sabía que lo sabías.

—Perdóname si no me pongo en modo mejor amiga. —Los niños correteaban por las cuerdas tendidas sobre sus cabezas. Se veían felices—. ¿Desde cuándo?

—No lo sé a ciencia cierta, pero ha ido a peor este último año. —Titubeó, como si tratara de calibrar dónde trazar la línea que no debía cruzar—. Encontré pañuelos ensangrentados. Y un cuaderno de notas donde se insinuaba la dosis de las inyecciones.

—¿Y no dijiste nada?

—Por supuesto que hablé con él. Pero siempre tenía una explicación: que si el estrés, que si la fatiga. —Ellsberg suspiró—. Los del reparto de *Stranger Things* vinieron para un evento en

Halloween... Tommy no era él mismo. Estaba muy irritable. De hecho, empujó al actor que hace de sheriff, el grandullón.

El octubre pasado. Casi un año adelgazando y pinchándose, cubriendo su cuerpo de moretones y marcas de aguja, y nadie lo había frenado, ni sus amigos, ni su mujer. Pero entonces, ¿dónde estaba Gillian, la chica que lo veía todo?

—¿Quién más lo sabe? —preguntó ella.

—Sospecho que Jackie Álvarez encubre su adicción, y tal vez más gente.

—La vi sacar unas bolsitas de su equipaje. Sé que está implicada.

Ellsberg no respondió.

—¿Ya la has interrogado?

—A ver, que yo interrogue a Jackie, sobre todo acerca de la adicción de Tommy, sería políticamente delicado.

—¿Por qué? Es su chófer.

Ellsberg se molestó.

—No sé de dónde sacas tus informaciones, pero, como siempre, estás equivocada. Jackie trabaja en el departamento de Protección Personal y responde directamente ante Sebastian.

—¿Protección de quién? ¿De Tommy?

—De todos los directivos. Y sus familias.

Eso explicaba la hostilidad con la que Jackie la había tratado desde el principio.

—¿Y qué hay de Evelina? ¿Qué sabe?

—¿Sobre las drogas? Nunca le he sacado el tema. Pero es una mujer lista.

—Vaya... Podría intentar salirse un poco de su papel profesional.

—No te pongas así. No me refería a eso. Se dedica a las relaciones públicas. Con ella es muy difícil saber la verdad.

Gillian recordó a Tommy en el avión: la tensión que se palpaba cuando hablaba con su esposa. El caso es que Evelina no era solo su esposa, sino también otra jugadora en el tablero corporativo.

—¿Está trabajando en la Segunda Temporada?

Ellsberg vaciló.

—Sí, pero eso no es nada raro. Está implicada en el lanzamiento de todo lo que tiene que ver con la cara pública de la empresa. —Frunció el ceño—. No seguirás creyéndote esa tontería de las trampas, ¿verdad?

La idea la tentaba: investigar Miscellany al lado de Ellsberg, espoleándose el uno al otro para resolver un misterio, como habían hecho con el crucigrama. Pero, dejando a un lado esa tregua momentánea, Gillian no confiaba en Ells. Tenía el rostro afilado como el de un ave rapaz, e iba con el cuerpo inclinado hacia delante, acechando respuestas. La preocupación estampada en su mandíbula parecía real, pero, aunque fuera sincero, eso no garantizaba la pureza de su motivación.

En Los Ángeles, Gillian había tratado con muchos clientes —amigos— preocupados por el comportamiento errático de un ser querido. A veces, cliente y ser querido estaban unidos por un contrato, y la violación de una cláusula moral activaba un pago millonario. Para Ellsberg, la amistad y la lealtad no eran más que herramientas. Tendría que tenerlo presente, ahora más que nunca.

—Estoy tratando de resolver un rompecabezas, Ellsberg. ¿Recuerdas los rompecabezas?

Él se enderezó, como si Gillian lo hubiera abofeteado. Se quedó allí, pensativo, con un aire a lo Katharine Hepburn, hasta que dio con una respuesta.

—A Evelina no le va a gustar —dijo—, pero enviaré a un guardia a la propiedad. Si Tommy está en casa, te avisaré.

—Me suena a que no vas a mover un puto dedo.

—Siempre puedo mandar que te escolten fuera del parque. Entonces ya podrías despedirte de tu dinero.

Gillian levantó la vista hacia las escaleras de cuerda que colgaban sobre sus cabezas, tratando de perderse en el cielo, de trazar un rumbo entre los nubarrones oscuros de la vida. Lo irónico era que el cielo estaba azul y las nubes eran blancas: un cuadro de postal. Los niños reían felices y despreocupados. Una de las niñas trepaba hacia arriba, con una camiseta de la NASA. Era todo codos y rodillas, y parecía pasárselo en grande.

—Está bien —accedió Gillian—. Esperaré en el hotel.

Él la miró sin dar crédito.

—¿Así, sin más?

—Tú mismo lo has dicho. Tampoco me han pagado.

Ellsberg permaneció inmóvil, mirándola, como si pudiera olfatear las mentiras en el aire.

—Perfecto. Te digo algo.

Dicho eso, se marchó camino de las oficinas centrales, echando miradas por encima del hombro de vez en cuando para comprobar si Gillian seguía allí, como si fuera un puma que fuera a atacarlo si no mantenía el contacto visual. Aquel desgraciado flacucho le tenía miedo.

Gillian sonrió.

Genial.

18

Evelina y Tommy vivían en Kuthodaw, una urbanización que Miscellany había planificado a conciencia para alojar a los empleados del parque. Su nombre, de origen birmano, significaba «colección de tablillas de piedra con inscripciones budistas». Las casas eran villas diáfanas, con jardines, fuentes y serpenteantes caminos de acceso para los vehículos, y estaban en régimen de alquiler estrictamente vacacional. Un guardia de seguridad con camisa blanca y una placa termoadhesiva vigilaba la urbanización, completamente vallada. Por suerte, Gillian había sobornado a uno de los aparcacoches del Leonardo. Como tenía a un conocido en el Kessler, le ofreció entradas para el concierto de Leon Bridges. El empleado del hotel la metió en un coche, mientras ella viajaba agazapada en el asiento trasero. En la entrada, el guardia le indicó que pasara con un gesto. En cuanto estuvieron fuera de peligro, Gillian y el chófer se despidieron haciendo chocar los puños. Ella se apeó y el coche se alejó por donde había venido.

No estaba dispuesta a esperar en el hotel.

No había tráfico, pero sí un montón de vehículos aparcados en aquellos caminos lujosos. El vecindario parecía de otra época. El césped era tan verde que costaba de creer que fuera auténtico. Se oía el murmullo delicado de los aspersores automáticos, y risas lejanas se filtraban desde las casas idénticas. Era muy distinto al barrio donde Gillian había crecido, en el noroeste de Dallas, con los

aviones de Love Field tronando sobre su cabeza. En su barrio, las pandillas y las drogas estaban al orden del día, pero los vecinos vivían siempre alerta. Eran mayoritariamente afroamericanos, dispuestos a velar por los suyos. Su padre formaba parte de aquella comunidad, pensó Gillian, y si alguien había considerado a su madre como una traidora por casarse con un chico blanco, nunca lo expresó en su presencia. Cuando su padre se emborrachó y perdió su trabajo en El Fénix, la familia tuvo que mudarse. Gillian se preguntó si su antigua casa seguía en pie.

Se acercó a la casa de los Kundojjala. Todo estaba en silencio. Era una villa de estilo colonial español, con muros color marfil, macetas azules y tejado de terracota. Fuera, en la calle, había aparcado un Civic rojo que desentonaba entre los BMW y los Teslas.

Gillian se empeñó en odiar aquel lugar. Se imaginó viviendo en Kuthodaw, donde todo era idéntico, donde tendría que luchar por seguir fiel a sí misma. Incluso cabía la posibilidad de que la gente llegara a convencerse de que era blanca, razón suficiente para rechazar aquel Malibú tejano. Pero por mucho que lo intentaba, seguía deseándolo, y con un anhelo que no podía negar. Quería conducir el Lexus cuando el Jaguar no arrancara. Dejar que sus amigos se quedaran a dormir en la segunda habitación de invitados. La riqueza ofrecía la oportunidad de olvidar el mundo injusto. El dinero quizá no comprara la felicidad, pero te permitía alquilar un estado de amnesia.

Mientras permanecía allí, fantaseando con otras opciones de vida, un hombre alto y rubio salió de la casa, escribiendo un mensaje en el móvil mientras mantenía una llamada. Su voz se oía con toda claridad: «La mesa para la cena está reservada a las ocho, no a las

siete. El coche debería ser un Escalade negro: que no me vuelvan a endosar un Expedition blanco». Llevaba una bolsa de la compra colgada del brazo y un recibo en la mano. Gillian lo tomó por un asistente personal. Pobre pringado; pasarse el día orquestando hasta la más mínima banalidad de la vida de otro, una labor interminable e ingrata. Gillian recordó que la lista de deseos y necesidades de Chantal la esperaba en Los Ángeles. Podía empatizar con el rubio, incluso le caía bien, sobre todo después de que dejara la puerta principal sin cerrar.

En cuanto se hubo marchado, ella tomó el camino de la entrada y entró en la casa.

El interior de la vivienda de los Kundojjala estaba perfectamente ordenado y tenía un aspecto muy adulto. Un recibidor abierto con suelo embaldosado y, en un nivel inferior, un amplio salón repleto de sofás blancos y mesitas color arena. Encimeras de cuarzo y un fregadero de granja sobredimensionado. Mucho cristal. Aguzó el oído por si había más ocupantes, pero solo oyó sus pasos apagados y su respiración nerviosa. Si la descubrían allí, sola, fuera o no una amiga de antaño, estaba jodida. Si alguien la había visto entrar y llamaba a la policía, los disparos llegarían antes que las preguntas. Se movió deprisa.

Encontró el despacho en el otro extremo de ese interior impecable. Era la única habitación mínimamente desordenada. Más cables esparcidos encima de otro escritorio austero, pero ni rastro del portátil ni de Tommy: allí solo había un monitor largo y delgado. Vio algunos libros alineados en la pared, todos relatos de detectives privados y de personas descarriadas. Dashiell Hammett, Elmore Leonard, Margaret Millar. Gillian hojeó los libros, pero no encontró

ninguna prueba incriminatoria entre las páginas, solo una foto de Tommy y Evelina en ropa de playa en una fiesta hawaiana; sonreían con tanto ahínco que parecía que se les iba a romper la cara.

Volvió al escritorio. Abrió una caja de latón bruñido: dentro encontró el tapón de un bolígrafo, un paquete casi vacío de caramelos y varios blocs de notas adhesivas de colores. La primera estaba repleta de garabatos, una serie de números sin sentido. Al darle la vuelta apareció una lista. «Álbum de fotos. Tarjetas. Autorizaciones para acceder a cuentas de correo electrónico. EK. Calcetines (2)». Y tachados: «Marco de fotos. Regalos para el equipo». Una lista improductiva guardada en una caja olvidada.

Autorizaciones para acceder a cuentas de correo electrónico. EK. ¿Evelina Kundojjala?

Gillian se dirigió hacia el garaje. Allí había tres coches: un Tesla, un BMW y un Audi. Abrió las guanteras y los maleteros, pero solo encontró rascadores de hielo y cables de arranque. Los cuentakilómetros de cada vehículo marcaban menos de quince mil. Aquellos coches nunca iban a ninguna parte. Eran un atrezo caro.

Se sentó en el Audi, acomodada tras un volante de fibra de carbono, e intentó ponerse en la piel de Tommy. Aquel hombre tenía todo lo que siempre había deseado. Los signos externos de la riqueza, acceso al poder, y además diseñaba rompecabezas, creaba entretenimiento para niños ilusionados de todo el mundo. Y, aun así, era un desgraciado. Iba hasta las cejas de cocaína y vivía convencido de que el sistema se le había vuelto en contra.

Cuando caías en una trampa que habías diseñado tú mismo, ¿a quién acudías?

Gillian volvió a entrar en la casa y se acercó a las ventanas que daban al jardín trasero. Desde allí se veía el campo de golf, justo al otro lado de una piscina infinita. Oía una música procedente de unos altavoces que no lograba localizar. Parecía una escena montada, una casa preparada para alguien que no eran sus ocupantes.

—¿A que es una vista increíble?

Gillian se volvió. Una mujer pelirroja la miraba plantada en medio de la cocina, muy sonriente. Blusa de color burdeos, corbata negra y unas gafas de sol enormes. Evelina Kundojjala avanzó para estrecharle la mano: no era alta, pero su presencia lo llenaba todo. Casi se diría que las moléculas de oxígeno que la rodeaban vibraban. Le dio la mano con firmeza.

—Gillian Charles. He oído hablar mucho de ti. —Llevaba las uñas pintadas de un rosa champán, y las cutículas, impecables. Su dicción era clara y precisa, como si el inglés no fuese su lengua materna, y quizá no lo fuera. Se quitó las gafas de sol y las dejó sobre la encimera de la cocina, junto con el bolso—. Voy a prepararme un *espresso* doble. ¿Quieres algo?

Actuaba como si Gillian fuese una invitada esperada. Ella aceptó el juego.

—Lo mismo, gracias.

Evelina se llevó su sonrisa y su aura hasta una enorme cafetera *espresso*. Cogió el tarro de café molido, leche de almendra y una tacita delicada. Sus dedos finos danzaban sobre los mandos de la máquina, que retumbaba y escupía vapor. No perdía de vista el móvil, pendiente de todos los detalles con su mirada afilada, como hacía su marido.

—A Tommy le encanta el café —la oyó decir, a pesar del ruido—. Esta máquina es automática. Nos consiguió una manual, de Budapest, pero nunca la usamos. Era demasiado complicada.

Gillian reparó en la inscripción en latín que había escrita en la taza de café. Reprimió una sonrisa al imaginar los carteles en las tiendas de recuerdos del parque. «tazas con acertijos a solo 30 dólares».

En cuanto la máquina escupió su *espresso*, Evelina cogió su taza y su platito y se los llevó al salón, frente a los ventanales. Los dejó en la enorme mesa de centro y se sentó en el sofá blanco, con un movimiento fluido. Gillian la siguió y se acomodó en el sillón de cuero más cercano a la puerta. Evelina sonrió y la miró como si la hubiera hecho aparecer de la nada.

—Bueno, háblame de ti.

Era serena y fría. Tan peligrosa como cualquiera de los concursantes.

—¿De mí?

—Doy por hecho que Stephen te ha dejado pasar. Es un maestro juzgando a la gente.

Los ojos de Evelina eran afilados. La observaban, quizá para ver cómo reaccionaba.

—La puerta estaba abierta, sí.

Su sonrisa no flaqueó.

—Hace mucho que quiero conocerte. Jugadora. Campeona de ajedrez... y de damas. Incluso tocabas el violonchelo.

—El violín.

—Da igual. Ninguna otra mujer llegó tan lejos en el Certamen. Es increíble.

—El primer puesto habría estado mejor.

—Pero entonces apareció Tommy. —Evelina alzó la taza, sopló y le dio un sorbo—. ¿Nunca culpaste a mi marido? —Se acomodó con la ligereza de un ave. Sus ojos de porcelana negra reflejaban el escrutinio de Gillian—. ¿O no has venido a hablar de él?

¿A qué Tommy debía de amar Evelina? ¿Al prodigio, al adicto o al amigo de la infancia de Gillian? Ella se removió en el sillón.

—Tu marido ha desaparecido. Tenemos asuntos pendientes.

—Si me estás preguntando si está aquí, debo decirte que no. No lo he visto desde ayer.

—¿Cómo estaba? Parece... estresado.

Evelina dejó la taza y se recogió un mechón de pelo rojo tras la oreja. Su sonrisa perdió brillo.

—El trabajo es muy exigente. Tommy está sometido a mucha presión.

—¿Te refieres a la Segunda Temporada?

Su anfitriona titubeó.

—No debería hablar de eso.

Evelina jugaba a hacerse la interesante. O necesitaba a una amiga, o su juego escondía algo más. En cualquier caso, el duelo de ingenio era agradable. Medirse con alguien sin el lastre de la historia del Certamen.

—Tommy me dijo una cosa —apuntó Gillian—. Que la Segunda Temporada estaba amañada.

Una pausa. Evelina pensando.

—Se crean resentimientos —dijo—. Tú estuviste en el concurso original, seguro que lo entiendes. Están compitiendo, y solo hay un ganador, ningún premio por haber participado. Color, credo, origen... no significan nada. Pero hace falta inteligencia para clasificarse: esto

no es caridad. A veces los chicos que fracasan lo llevan mal. Y la plataforma será enorme. Enorme. Vamos a retransmitir todo el evento. Twitch, YouTube, ESPN. Hay millones en juego, para Miscellany y para las familias.

Parecía un anuncio publicitario, como si Gillian no supiera cómo funcionaba la vida.

—¿Te refieres a la salida a Bolsa?

Evelina se quedó helada.

—¿Qué?

—Cuando haces recados para los ricos, te aprendes los nombres. Estás tratando con al menos dos bancos de inversión.

La sonrisa de Evelina se convirtió en una mueca.

—Es increíble. Nada de esto ha salido en la prensa.

—Ya sabes, somos aficionados a los rompecabezas desde niños. Lo resolvemos todo.

—Ya lo veo. —Evelina le dio un sorbo al café para recomponerse —. Estamos bien. Como ves, no necesitamos dinero. —Alargó el brazo desplegando la mano hacia la finca—. Yo dirijo la rama benéfica del Círculo de Sebastian: sé lo que es la verdadera necesidad. Y, sin la inversión, serán esas personas las que más sufran: los que venden entradas, los que atienden las atracciones. Los niños.

¿Estaba Evelina al corriente del precario estado de sus finanzas? Gillian podía imaginársela mintiendo para evitar una verdad incómoda. Convenciéndose a sí misma tanto como a los demás.

Evelina bebió otro sorbo.

—La Segunda Temporada es una parte fundamental para que el sueño funcione. Y fue Tommy quien presentó el concepto de la

reactivación al equipo ejecutivo. Es su criatura.

—¿Tommy convenció a Sebastian para hacer la Segunda Temporada?

—Sí, claro. Por eso cuando esos padres se quejan, se lo toma como algo personal. Es muy emocional. Ya lo conoces. Es intenso.

«Terca» era la palabra que usaba su madre para describirla. Gillian no hacía los deberes cuando se trataba de estudiar banderas de señales y pesos atómicos. La habían castigado por discutir con los profesores sobre quién construyó las pirámides, quién descubrió América. Su madre se había pasado horas reunida con sus maestros. Vivir con competidores —competidores de élite— debía de ser una pesadilla. Los altibajos, el funesto torbellino de la constante autocrítica. A veces Gillian apenas se soportaba a sí misma. Liberar a su madre de aquella carga emocional justificaba que se hubiese mudado a medio país de distancia.

Gillian cambió de tema.

—Yo iba a llamarlo encantador.

—Es encantador, ¿verdad? —De pronto, el ánimo de Evelina se desinfló. Sus ojos se movían por la habitación, sin mirar a su invitada —. A veces desaparece.

Ese era el trauma familiar que Gillian recordaba.

—¿Sabes adónde va?

Evelina negó con la cabeza.

—¿Has rastreado su teléfono? —preguntó Gillian—. ¿Uber? ¿Tarjetas de crédito?

Se encogió de hombros, con impotencia.

—Es una opción que no nos gusta. La de rastrear a los demás. ¿Como si fuéramos propiedad del otro? Ahora suena ingenuo, lo sé.

La pulsera que Gillian llevaba en la muñeca era una evidencia irónica. Pero Evelina siguió.

—Lo triste es esto: que incluso cuando está aquí, no lo está. —Golpeteó el platito con la uña y esbozó una sonrisa vulnerable—. Está en tratamiento. Un programa en Tucson, y no es barato. Hacen senderismo y yoga.

—¿Está en un programa ahora?

—Lo estuvo. Duró seis semanas. Un período sabático. Cuando volvió, creí que estaba mejor. Quería que estuviera mejor.

Gillian recordó a su madre, jurando una y otra vez que no iba a sacrificar la vida por su padre. Pero nunca abandonaba aquella cocina abarrotada, se quedaba pegada al teléfono, aquel maldito fijo clavado a la pared como un crucifijo.

—Hablo por experiencia —dijo Gillian—: quedarse en el mismo sitio, con la misma gente, es difícil. Los adictos se acomodan, recaen. No son capaces de ver lo que están haciendo a los demás.

Evelina asintió con los ojos empañados. Debía de ser un alivio hablar con alguien que entendía la situación. Una mujer que se está ahogando se agarra a cualquier mano tendida.

Usar la empatía para manipular: Sebastian estaría orgulloso. La idea resultaba inquietante.

—Debo irme. —Gillian se puso en pie de repente—. Si ves a Tommy, ¿me lo dirás?

Evelina bebió un sorbo más de café y asintió. Se secó los ojos.

—No recuerdo haber visto ningún coche. ¿Quieres que llame a nuestro chófer?

Todas las alarmas de Gillian se dispararon.

—¿A Jackie?

—Ah, ya la conoces.

Por lo visto, a Evelina no le preocupaba tener a una tigresa como mascota.

—Yo me andaría con ojo con ella —dijo Gillian.

Evelina levantó el mentón, dejando al descubierto su cuello pálido. Las lágrimas y el rímel corrido le daban un aspecto parecido al de un mapache glamuroso.

—Lleva en Miscellany desde siempre.

—Me preocupa que esté encubriendo a Tommy, incluso suministrándole producto. Lo ayuda a esconder su adicción.

—No, es todo lo contrario. Le pedí a Jackie que cuidara de Tommy. Las drogas que consume, la cocaína... Ya lo he dicho: cocaína. Si lo pillan con eso, ¿te lo imaginas? También guarda jeringuillas en casa. Jeringuillas, Gillian.

—¿Estás segura?

—Tan segura como que existen la noche y el día. Jackie es una roca. Es el referente absoluto. Ella es la única razón por la que esto funciona.

Gillian había creído que Ellsberg era un amigo, hasta el momento en que entró en aquella carpa y se plantó al lado de Sebastian. La gente lista era la peor. Tomaban decisiones en un segundo y luego se convencían de que eran los hechos los que guiaban sus conclusiones.

—Iré andando —dijo Gillian.

Fueron juntas hasta la puerta principal. Evelina había recuperado la sonrisa.

—He oído que competirás en el Reencuentro. ¿Otra vez al ruedo?

—El jurado aún no lo ha decidido.

Evelina se rio.

—A mí no me engañas. Te mueres por competir.

Gillian no pudo negarlo: la mentira se le habría reflejado en la cara, y Evelina era muy perspicaz. Al verla con la espalda arqueada y las facciones afiladas, Gillian no pudo sino pensar en una navaja automática: ahora inofensiva y al segundo siguiente letal.

Sentía un cúmulo de emociones. Respeto, envidia. La vida de aquella mujer: eso era lo que Gillian quería. No su aspecto, ni el matrimonio de cuento imposible. Quería su influencia, la capacidad de marcar la diferencia. Pero estaba empezando a confundirse. A mezclar lo profesional con lo personal.

Evelina la detuvo en los escalones de la entrada.

—¿Crees que podrás encontrar a Tommy antes del Reencuentro? Dos días no es mucho.

—Como te he dicho, soy aficionada a los rompecabezas desde niña. Lo resolvemos todo. Y estoy muy motivada.

Evelina la miraba con la misma expresión que Gillian había visto en sus ojos cuando le había mencionado la salida a Bolsa. Pero enseguida parpadeó y volvió a sonreír.

—Bueno, si necesitas mi ayuda para gestionar las intrigas de Miscellany, no dudes en pedírmela. Se me da bien tratar con la gente de aquí. Se comportan de otra forma cuando creen estar entre amigos. Dejan caer las máscaras.

Aquella mujer, en efecto, era una navaja automática.

—Habrías dado la talla en el Certamen.

—Ay, cariño —dijo Evelina, posando la mano en el brazo de Gillian —. Yo habría ganado.

Jackie Álvarez estaba aparcando el omnipresente Mercedes negro cuando Gillian dejaba atrás el jardín. En cuanto detuvo el coche, salió disparada del vehículo y lo rodeó como un misil. Llevaba su traje oscuro y su camisa blanca abotonada hasta el cuello, sin corbata. Muy profesional.

—¿Qué haces aquí, sepia?

El apodo la perseguía a todas partes.

—¿Dónde has oído ese nombre?

Todo ocurrió muy deprisa. Jackie se le acercó con tres zancadas, la agarró de la muñeca y la atrajo hacia sí. Pilló a Gillian totalmente desprevenida. Había hecho judo de pequeña, pero su cuerpo de treintañera alimentado a base de burritos de microondas no estaba preparado para un combate.

—Te he preguntado qué haces aquí.

Jackie le estrechó la muñeca con fuerza. El dolor era insoportable. Un relámpago le subió por el brazo y, sin poder evitarlo, las lágrimas le anegaron los ojos.

—Me estás haciendo daño. —La voz de Gillian temblaba—. Suéltame.

—Yo misma me responderé. —Los dedos de Jackie eran como un torno. Los cerraba con la presión exacta para doblarle las rodillas—. Estás aquí para hacer todo lo que Miscellany quiera.

Gillian no dijo nada. Su respiración era agitada.

—Los Kundojjala son especiales —dijo Jackie—. Pero la gente intenta aprovecharse de ellos. Sobre todo de Evelina. Es una persona sociable, confiada, y no me gusta ver cómo abusan de esa confianza. Ha hecho mucho por mí. ¿Me oyes, sepia? Es una persona importante.

Jackie apretó más fuerte y Gillian dejó escapar un gemido involuntario.

—Vale, vale.

—La próxima vez que quieras venir, me lo pides primero. ¿Entendido?

El viento levantó la americana de Jackie. Había una pistola en la cartuchera que llevaba sujeta a un costado. Gillian no esperó a que apretara más.

—Entendido.

Jackie la soltó y Gillian se apartó de inmediato, frotándose la muñeca.

De niña, siempre había pensado que sería de esas personas que jamás se doblegan ante los abusones. Sacaría pecho. Usaría las palabras como su mejor arma. Aunque los malos intentaran hacerla papilla, nunca se rendiría. Sería como el acero, como los diamantes.

Se alejó de Jackie, con la muñeca al pecho, haciendo lo imposible por contener las lágrimas.

19

Gillian se presionó la toalla contra la muñeca y oyó crujir el hielo que había envuelto dentro de la tela. Tras el encontronazo con Jackie, se retiró a la habitación del hotel y se examinó en el espejo del baño, levantando los brazos como una cirujana recién salida del quirófano. El costado derecho era como un tronco, y desde el antebrazo hasta la palma, como una caña: no sentía la muñeca. Contemplarlo resultaba perturbador y al tocar la hinchazón esponjosa casi vomitó. Así que dejó de mirar.

Se sentó al escritorio y se fijó en el portátil de Miscellany. La cámara estaba impecable: alguien había retirado el chicle o quizá había sustituido el aparato por uno nuevo. No tenía ningún interés en meterse en el caballo de Troya de Miscellany, así que cogió papel y bolígrafo. El bolígrafo pesaba y el papel tenía el membrete de Miscellany. Hizo una lista, y la fue tachando.

~~Llamarle (otra vez)~~
~~Despacho~~
~~Casa~~
~~El parque~~
~~Evelina~~
~~Seguimiento de la pulsera~~

Y, al final:

A la mierda, me rindo.

Se había convencido de que dominaba la situación. De que era la persona más fuerte del parque. Y entonces apareció Evelina con esa cara, la misma que ponían June y su madre cuando tenían las emociones a flor de piel después de aguantar las sacudidas emocionales de Gillian. No era de extrañar que no estuviera preparada para la emboscada de Jackie. Aunque lo cierto era que, por mucho que se hubiera entrenado, no habría podido evitar aquella paliza.

En Los Ángeles, Gillian no se dedicaba a buscar a gente. Los parásitos a los que había seguido eran viejos conocidos, blancos fáciles que no sospechaban que los vigilaba. Gillian no era una cazarrecompensas: en los rompecabezas que resolvía, las soluciones no se daban a la fuga. Estaba fuera de su elemento, esa era la verdad. Lejos de Dallas, había creído que era un tiburón, pero resultó que siempre había nadado en una piscinita. Aquí la acechaban depredadores de verdad: se movían rápido, las apuestas eran despiadadas, y la violencia, inminente. ¡Y ella creyéndose Sherlock Holmes! Qué idiota.

Se recostó. Inspiró y espiró, dejando que la oleada de pánico se disipara.

Por supuesto que habría estado bien ser la más lista y la más fuerte. Pero eso nunca había sido cierto. En los tiempos del Certamen, había trabajado más que nadie. Se arrojaba contra los problemas hasta romperlos. En los años posteriores, se había ablandado, había sustituido la verdad por el mito, se había creído su propio cuento. Gillian, la niña prodigio nata. Gillian, la políglota natural. ¿Y ahora pataleaba cuando Miscellany destrozaba el mito?

Venga ya, vete a llorarle a otro. La Gillian de Los Ángeles era más perseverante que esa llorona. Más valiente.

Se quitó la toalla. Flexionó los dedos de la mano derecha y se estremeció. Maldita zorra. En combate cuerpo a cuerpo, Jackie sabía lo que se hacía. Si repitiesen el encuentro una docena de veces, el resultado sería siempre el mismo. Vale, Gillian no era tan dura. Si volvían a encontrarse, ella atacaría primero usando sus propias armas: la perseverancia y la lengua.

Miró alrededor. Sus ojos se posaron en el abrecartas del hotel, enfundado en cuero cosido a mano. Algo afilado tampoco le iría mal.

Gillian sacó ese cuchillo fino y lo empuñó con el filo hacia abajo. Hizo un doble gesto de apuñalamiento. Se imaginó de nuevo en la calle, contra Jackie. ¿Y ahora quién es la puta sepia? Gillian no se daría por vencida. Nunca lo haría.

Dejó la hoja a un lado, sobre la mesa. Volvió a mirar la lista. Y tachó «A la mierda, me rindo» con una línea firme.

20

El teléfono del escritorio la arrancó del sueño. Una mujer con una voz helada le habló desde la recepción:

—Lamento despertarla, señora Charles. Tiene una visita.

Gillian se frotó la cara, aún medio dormida. Enseguida pensó en Tommy: se lo imaginó abajo, con el sombrero en la mano. Estaría dispuesta a comprarle uno solo para ver cómo lo sujetaba con arrepentimiento.

—Ah, ¿sí? ¿Quién es?

Cuando la recepcionista le respondió, Gillian se despejó de repente.

—Tengo que arreglarme —dijo—. Dígale que bajo en media hora.

La recepcionista le dijo algo amable y colgó.

Gillian se quedó mirando fijamente la pared.

June parecía incómoda. Estaba sentada de lado, en la silla, picoteando los huevos revueltos del bufé del desayuno con las púas del tenedor. Llevaba puesta ropa práctica y miraba de reojo a los turistas que cruzaban el vestíbulo en bañador y camiseta de tirantes. Gillian vestía un pantalón negro, una blusa blanca y unos pendientes largos que no recordaba haber metido en la maleta. De pronto se dio cuenta de que se había puesto un conjunto conservador, anticipándose al encuentro con su hermana sin saberlo. No se veían

cara a cara desde niñas. Gillian tenía los dedos en carne viva de tanto hurgarse las cutículas.

—¿Cómo está Todd? —Cortó un trozo de salchicha, procurando no comer con los dedos—. ¿Sigue con ese sitio de tacos?

—De pizzas. —June echó kétchup sobre los huevos—. Lo tiene desde hace cinco años.

—Vaya.

Se oía el tintineo de los cubiertos a su alrededor. Los camareros iban de un extremo a otro de la sala, rellenando vasos de agua y tazas de café. En la mesa de las dos hermanas, en cambio, reinaba una calma eclesiástica. June, sin inmutarse por aquel silencio, se limitaba a observar el lugar: la moqueta con estampados de mapas de distintas épocas y lugares, el techo de espejos deformantes. Nada parecía merecer su aprobación.

—Me pagan —se adelantó Gillian.

—¿En un sitio como este? —Otra dosis de inspección crítica—. Está claro que pueden permitírselo.

El camarero les preguntó si querían más café. Ambas respondieron que no.

—Te he estado llamando. —Los ojos de June se posaron en el móvil maltrecho que Gillian había dejado junto a su plato—. Te vi en internet. Mamá tuvo que enterarse de que estabas aquí por el Canal 5.

Gillian había borrado los mensajes de June sin ni siquiera escucharlos.

—No presto atención a los medios de comunicación. He estado trabajando.

—¿Y no podías llamar?

—¿En serio vamos a ir por ahí? ¿Ahora?

June se cruzó de piernas. Era la viva estampa de la incomodidad.

—Ayer no le dieron las pastillas a mamá.

Gillian dejó caer el tenedor.

—¿Cómo que no?

—Dijeron que ya no tenía derecho. Con efecto inmediato.

Ese mentiroso de Mitch.

—No pueden hacer eso.

—Entonces tendrás que hablar con ellos. Arreglarlo como la otra vez.

—Aquello fue algo puntual. Me hicieron un favor, y ya fue bastante irregular. No puedo pedírselo otra vez.

—No le han administrado el tratamiento, Gil.

—Ya te he oído. No hace falta que me lo repitas.

—Quizá sí. —June levantó la taza de café y la olisqueó. Arrugó la nariz, pero bebió—. Allí saben quién eres. La mujer del teléfono dijo que Mitch ya había hablado contigo.

Gillian se recostó en la silla. A veces el problema con June no era tanto la propia June, sino el hecho de que representaba las decepciones de toda la familia: era la punta del iceberg de las frustraciones de los Charles.

—Me dieron treinta días. Voy a solucionarlo.

Su hermana la miró fijamente y esperó.

—El seguro no cubría la pensión completa —prosiguió Gillian—. La van a dar de alta.

—¿Y a eso le llamas tú solucionarlo?

—¿Qué quieres que haga?

—Lo que te he dicho muchas veces: conoces a gente. Ponemos la tele y allí estás, con ese hombre del Certamen. El alemán.

—Es de Alabama. Y no estábamos juntos.

—Era una fiesta. Te vi con Míster Rompecabezas, codo con codo con el gobernador, y ahora vienes diciendo que no puedes pagar una clínica de mala muerte junto a la I-30.

Todas las preocupaciones sobre su madre y sobre su incapacidad para ayudarla afloraron de nuevo a la superficie. Estaba frustrada, enfadada consigo misma por no haber resuelto el problema antes de que June interviniera.

—Han subido las tarifas dos veces —explicó Gillian—. Están preparando la propiedad para venderla: la ciudad quiere el terreno para construir el centro de convenciones. Y solo pasé cerca del gobernador: ni siquiera sabe cómo me llamo.

—Pues entonces habla con tu amigo Míster Rompecabezas.

Gillian se tomó un momento antes de contestar. Clavó el tenedor en un trozo de salchicha, pero no se lo comió.

—No puedo pedirle un préstamo, así, sin más.

—Has dicho que te pagaban.

—Me pagarán cuando termine. Y es posible que el dinero solo alcance para costear unos meses en un centro nuevo, pero ¿después qué? Esa era la residencia más barata que encontramos. Cualquier otra costará más. En unos meses estará en la calle.

—Entonces quédate aquí. Gánate la vida. Trabaja para Sebastian.

—No sabes cuánto he luchado para evitar eso.

—Estabas obsesionada con ese concurso. Creía que era eso lo que querías.

—No lo entiendes.

—No, no lo entiendo. Parece que te da igual. Viajas hasta aquí y no vienes a visitarnos. No llamas. Y cuando conduzco hasta el fin del mundo para pedirte ayuda, me sueltas: «Es que es muy duro ser lista».

Su hermana hizo una pausa y, al ver que sus palabras no habían logrado el golpe de gracia esperado, arremetió de nuevo.

—¿Y lo demás? ¿Lo de conducir, los fulares, ese trabajo de compras?

Gillian siempre había hablado de sus chapuzas como si fueran un éxito rotundo. Tener que admitir lo contrario era degradante.

—Esos trabajos solo pagan las facturas —dijo en voz baja—. Y a duras penas.

Al principio June no respondió. Estaba de perfil, tamborileando sobre la taza de café. Cuando por fin se volvió hacia Gillian, parecía arrepentida.

—Antes te he mentido. Todd no es el dueño de la pizzería: es encargado de noche. Está pendiente de un empleo en Home Depot; pronto hará la segunda entrevista. Allí tiene más posibilidades de ascender, pero pagan menos. Nosotros tampoco llegamos a fin de mes.

June había mostrado su lado vulnerable, algo que ninguno de los Charles, salvo su madre, hacía de buen grado. Aquel esfuerzo era lo único que hacía tolerable su siguiente pregunta.

—¿Y papá?

—¿Quieres cargarlo con esto? Está en rehabilitación. Cobra de la Seguridad Social. Y de su trabajo como recepcionista. Duerme en la habitación de invitados.

Gillian negó con la cabeza.

—Ya sabes que nunca le dieron una oportunidad —insistió June—. El desempleo bajó, sí, pero ¿dónde está su sueldo? Intentó montar su propio negocio de electricidad. Los permisos, las inspecciones... Todo ese dinero... y ningún banco quiso concederle un préstamo. Era bueno para tirar cableado, pero no para llevar la caja.

—Hablas como él. Pones sus mismas excusas. Papá tuvo muchas oportunidades; ¡mírale! Pero nos dejó a mamá, a ti y a mí con un montón de facturas médicas. Vale, le tocaron malas cartas. Pero ¡a mí también!

Se miraron fijamente.

—Si mamá no recibe ese tratamiento, no volverá a caminar —dijo June—. Y, lo que es peor, puede que la enfermedad avance. Sus riñones podrían fallar. Necesitaría diálisis.

—Ya sé cuáles son las consecuencias, June.

—¿Y qué hará? ¿Crees que vivirá conmigo, compartiendo habitación con papá? Sin medicación, morirá ahí.

—Lo sé, June.

Su hermana por fin se volvió del todo.

—Entiendo que hay cosas que no quieres hacer. Pero todos debemos tomar decisiones difíciles. Yo podría haber sido bailarina. Y tal vez mi querido marido sea profesor universitario en otra vida. Pero, en esta, me paso el día haciendo gráficas, aguantando la mierda de los médicos. Todd sirve pizzas y llega a casa oliendo a grasa. Y mamá está enferma, y puede que se muera. ¿Quieres resolver rompecabezas? Pues resuelve este. La respuesta te está mirando directamente a la cara.

June hundió el tenedor en los huevos y no dijo ni una palabra más.

No hacía falta.

21

Después de desayunar, Gillian se metió en el ascensor y subió sola a su habitación. Hizo todo el trayecto en silencio, castigándose. Ojalá aquel ascensor se detuviera en algún piso y entrara alguien, cualquiera.

La June de carne y hueso resultaba mucho más insoportable que su versión online. Gillian la tenía justo enfrente, atrayéndola hacia la rueda de hámster que llevaba toda una vida tratando de evitar. Cuando era niña, su hermana nunca se entretenía resolviendo rompecabezas. «Menudo aburrimiento», decía. June prefería la acción: se le daban bien el baloncesto, la danza, el voleibol, todo lo que involucrara músculos y sudor. Ambas hermanas eran igualmente cabezotas, pero no podían ser más distintas a la hora de aplicar sus habilidades. Y lo más frustrante era que June sí había sabido usar su ingenio y su lengua para humillar a Gillian.

Su madre necesitaba la medicación. Era cuestión de días, quizá de horas, que acabara literalmente tirada en la calle. La misma mujer que había recorrido un estado tras otro para acompañar a su hija a sus concursos, encogida durante horas en un coche helado, siempre manteniendo la calma ante los arranques de euforia o de rabia de su hija. El tiempo para improvisar una solución había expirado mucho antes de que Gillian pusiera un pie en el jet de Tommy. Se había pasado la vida persiguiendo sueños, a su manera. Se había alejado de su madre, de su familia, como si no la dejaran avanzar, y, en Los

Ángeles, iba de un lado a otro complaciendo a desconocidos, a personas que tal vez la consideraran más interesante que una actriz fracasada, pero solo un poco más. Ya no podía permitirse reconsiderar esas decisiones: ya estaban tomadas, consumadas. Había llegado su momento. Por fin estaba en posición de ayudar. Sebastian tenía dinero y la quería en el equipo. Y ella solo tenía que aceptar lo que le ofrecía y comportarse como una adulta de una puta vez.

En los días del Certamen, la duda la atormentaba. Junto al lago, al lado de los chicos, había tenido miedo; todos lo habían tenido. Pero Gillian saltó. Porque era así como se ganaba.

Salió del ascensor con la cabeza bien alta. Se cruzó con una camarera que la saludó con un «buenos días» y una sonrisa. Probablemente aquella chica debía tomar decisiones difíciles a diario.

«Es que es muy duro ser lista».

Hora de saltar, joder.

Su teléfono vibró. El nombre de Tommy iluminó la pantalla.

Gillian se quedó mirándola, sin dar crédito. Al cabo de una eternidad, después del cuarto tono, respondió.

—¿Dónde estás?

—La fiesta parecía elegante. —La voz de Tommy sonaba como siempre—. Veo que te llevas bien con Ellsberg.

Gillian se volvió. No había nadie, ni siquiera la camarera.

—¿Sabes cuánta gente te está buscando?

—Lo sé. Por eso me quedaré donde estoy, gracias.

Gillian seguía buscándolo con la mirada, como si fuera a descubrirlo detrás de una maceta o escondido en un conducto del techo.

—No puedo ayudarte si no me dejas.

—Eso suena a Sebastian. He oído que estuviste en El Nido. Entrañable.

—Que te jodan. Fuiste tú quien viniste a buscarme, ¿recuerdas? Tú me trajiste aquí. Me hiciste promesas.

Lo oía respirar con pesadez a través del auricular. Había ruido de fondo. Bullicio y chasquidos, como si estuviera en un restaurante.

—¿De qué lado estás? —preguntó.

—¿De qué lado estoy? —repitió Gillian—. Deben de ser las drogas las que hablan. Y sí, sé que te estás metiendo. Eres tan sutil como una *drag queen*.

—¿Eso es lo que te han dicho?

—¿Quiénes?

—Evelina y el equipo ejecutivo. Ellos saben lo de la Segunda Temporada. Lo saben, siempre lo han sabido. Cuando vine a buscarte creía que el problema eran las preguntas amañadas, pero resulta que son las mentiras. Saben cómo viven los Navarro, saben que podrían ganar el caso, y van a aplastarlos. Pregúntales. Pregúntales por lo de Target Practice. Todos lo han visto. Evelina lo ha visto. Allí, en mi cama, bajo las mismas sábanas que yo. Miente. Sabe lo de Target Practice.

Hablaba con el auricular pegado a los labios. Parecía febril, sudoroso, como si quisiera arrastrarse a través de la línea.

Gillian pensó en el niño que compartía sus M&M's con una sonrisa.

—Oye —le dijo—, viniste a buscarme a Los Ángeles. Me necesitas. Déjame ayudarte.

—¿Ayudarme? No, gracias, no necesito ese tipo de ayuda. Tú investiga la Segunda Temporada, tal como te dije. Habla con los

Navarro. Viven en aquella casa tan bonita, con un coche y un trabajo y una vida decente que construyeron desde abajo, pero que es segura y está llena de amor.

»¿Acaso necesitaban algo antes de que llegáramos nosotros y les dijéramos que su vida no era suficiente? Sí, les dijimos que no era suficiente y que no podían seguir así. Gillian, ¿te imaginas que alguien entrara en tu casa, en la de tu madre, y le ofreciera una oportunidad única para su familia, para que todo mejorara, para que su hija fuera excepcional, asegurándole que era el único modo de conseguirlo? ¿Diciéndole que sería todo lo que siempre había querido, que su hija sería importante? Y luego, al final de ese camino prometedor, resulta que esa olla de oro en realidad era una mentira, una mentira que lo envenenaba todo. Vanesa, su hija, tiene nueve años y es brillante. Lee libros en francés y en chino, y hace cálculos mentales como si fuera un ordenador. Juega al ajedrez y programa, o al menos lo hacía, pero desde que perdió la clasificatoria, todo eso se esfumó como por arte de magia. Se ha encerrado en sí misma, escondida en su habitación, y ya no lee.

»¿Entiendes lo que le hicieron, Gillian? Le inocularon algo en el sistema. La envenenaron con sus mentiras y ahora no quieren asumir la responsabilidad. Esa familia ha decidido plantarles cara, pero van apañados, porque se trata de Miscellany, con su ejército de inversores, sus opciones bursátiles y sus campañas publicitarias; son todos millonarios en ciernes.

»Los Navarro viven acosados por un montón de abogados, y Leah y sus secuaces insinúan no solo..., no solo que la familia no conseguirá la olla de oro, sino que también perderá lo que tenían antes. El coche, el trabajo y aquella bonita casa llena de amor

pasarán a ser propiedad de Miscellany. Da igual que acabes en el primer o en el segundo puesto. Si participas en el juego, Gillian, ya has perdido.

Escuchaba su respiración forzada.

—Me estás asustando.

—¿Asustando? Yo estoy acojonado.

El miedo de Tommy era contagioso. Le pareció que la camarera con la que se había cruzado hacía solo un instante se estaba entreteniendo en el pasillo. ¿Entreteniéndose por qué, exactamente? ¿Sería los ojos y los oídos de Sebastian? ¿De Ellsberg? ¿De Jackie? ¿Acaso no la habían seguido ya en otras ocasiones? ¿Jackie, entre la multitud, o en la casa? La paranoia de Tommy era fácil de entender: vivía sobresaltado por amenazas en todos los frentes, sin saber si se encontraba a un paso de ponerse a salvo o de caer en un pozo en lo más profundo de la selva.

Tommy gritó el nombre de Gillian y ella volvió a acercarse el teléfono a la oreja.

—Dime dónde estás. Salgamos de este puto país de las maravillas, Tommy. Vayamos a Grapevine, a Euless. A algún sitio donde nadie nos vigile. Encontremos un bar cutre en un centro comercial cualquiera y allí me cuentas lo que quieras contarme. Ahora mismo. ¿Qué me dices?

El ruido de fondo había cambiado. Un silbido agudo. Y detrás, una voz más clara, alguien que se dirigía a él. Una voz femenina que sabía su nombre. «Tommy, lo que tú quieres es que...».

—¿Quién es? —preguntó Gillian.

Colgó.

22

Antes de aventurarse en el parque, Gillian se cambió: se quitó la ropa recatada y se puso su conjunto deportivo con la camiseta de Atari. No había metido muchas prendas en la maleta, y la combinación de pantalón y blusa le picaba, por dentro y por fuera. Y, para ser práctica, cogió también un cárdigan gris. El tiempo estaba cambiando y se avecinaba un frente frío.

De camino a las oficinas centrales de Miscellany, Gillian repasó mentalmente la conversación telefónica que había mantenido con Tommy. Target Practice. ¿Qué demonios era Target Practice? Probablemente otro de sus delirios con todo un mundo de fantasía esperando al final. Su amigo irradiaba locura. Era apasionado, sí, pero pasión no equivalía a verdad. Gillian había querido presionarlo para obtener respuestas, pero cuando volvió a llamarlo, le saltó el buzón de voz.

La frustración la acosaba. Tommy sabía sus movimientos. La había estado vigilando la noche de la fiesta en el Pabellón y sabía que había ido a visitar a Sebastian. La observaba, respiraba el mismo aire que ella. Gillian estaba segura de que podría encontrarlo si dispusiese de algo más de tiempo. Pero aún podía oler el café quemado en su propio aliento y notaba el rastro de los huevos del desayuno del hotel en las muelas. Su madre solía insistir en que desayunaran las tres juntas cada día, sin importar el caos que

reinara. Algunas mañanas, ella era la única que daba conversación. Su perseverancia era tenaz, por muy duro que resultara.

Como había dicho June, tenía la respuesta justo delante.

Al llegar a las oficinas centrales, Gillian se enteró de que Sebastian había ido a recortar los setos que había junto al Bazar: a juzgar por cómo le dieron la noticia, cualquiera diría que el director general jugaba a ser jardinero todos los días. Así que tuvo que hacer otro viaje para ver al rey. De camino, las agujas del Bazar desaparecían y luego volvían a asomar, cada vez más grandes cuanto más se acercaba a su destino. Cuando por fin alcanzó la entrada, se encontró con una multitud de niños y adultos apiñados contra la verja. Tenían la cara encajada entre los barrotes y los móviles en alto, con la esperanza de poder captar alguna imagen del arquitecto del parque. Gillian se abrió paso entre la muchedumbre y se acercó a la entrada custodiada. Pegó con cautela la pulsera a un lector, que le permitió el acceso bajo la atenta mirada de los guardias. Se metió las manos en los bolsillos y empezó a andar en línea recta, ignorando el sendero en zigzag y los murmullos conspirativos de la multitud. El Bazar se alzaba imponente, como si Sebastian lo hubiera construido solo para ese momento, para ella.

Un puñado de jardineros trabajaba en la finca. Algunos iban a lomos de cortacéspedes, pero la mayoría utilizaba herramientas manuales y mucha paciencia. Era una labor silenciosa y, aunque el cielo estaba encapotado, los hombres sudaban. Gillian cogió unas botellas de agua de una carretilla cercana y las repartió. Uno de los hombres tuvo la amabilidad de indicarle dónde estaba Sebastian.

Míster Rompecabezas trabajaba al pie del Bazar, arrodillado bajo un poste inclinado. Estaba enfrascado colocando piedras grandes

como patatas en un hueco abierto en la base del poste. Llevaba una camisa de franela con las mangas remangadas y un delantal de jardinero con varias herramientas en los bolsillos, además de su eterna boina y unas gafas de sol estilo Janis Joplin. Estaba de espaldas y, cuando Gillian se le acercó, él no se movió. Esta vez parecía realmente ajeno a su presencia.

—¿Sebastian?

Él se volvió y la miró por encima de las gafas, frunciendo el ceño. Su expresión no se relajó lo más mínimo cuando la vio. Al acercarse más a él, Gillian se dio cuenta de que iba desaliñado. Estaba agotado, como si no hubiera dormido. Tenía las axilas manchadas de sudor, y los cabellos que asomaban por debajo de la gorra, empapados. Gillian no recordaba haberlo visto transpirar nunca.

—No me dijiste que habías hablado con él —dijo Sebastian.

Gillian abandonó el sendero y la tierra reseca crujió bajo sus pies.

—¿Con quién?

—Con Tommy. Me he enterado por terceros de que has sabido de él. Habla contigo y con los Navarro. Con todos menos con nosotros.

Gillian se detuvo en seco.

—¿Y tú cómo sabes eso?

—Porque he hecho lo que deberías haber hecho tú: centrarme en el problema.

—¿Cómo has sabido que he hablado con Tommy?

—Alguien del equipo de Seguridad debe de habérmelo contado. No te lo tomes a mal, necesito que te encargues del asunto lo antes posible. Estamos en crisis. La situación en la que Tommy nos ha metido es desastrosa y no puedo ni imaginar el alcance de sus consecuencias. ¿Sabes que contactó con su camello desde un

portátil de la empresa? Ha escrito correos explícitos. Si la prensa lo descubre, se va a dar un festín.

Sebastian se detuvo para enderezar la señal, pero el poste volvió a inclinarse.

—¿Los de Seguridad le pincharon el teléfono? ¿Y el portátil?

—No hizo falta pinchar nada. —El hombre inspiró hondo—. ¿Eres consciente del comportamiento que ha tenido Tommy? ¿Con esas familias?

—¿Los Navarro?

—Lo de los Navarro no es nada —replicó—. El mes pasado organizamos un misterio al estilo Sherlock Holmes: mandamos cartas manuscritas a una docena de niños de entre diez y quince años que iban a visitar el parque. Ya sabes, todos pequeños Watsons aficionados. Eran niños con habilidades distintas, y a cada uno se le propuso un reto diferente. Incluso mandamos un ejemplar en braille. Tommy escribió todas y cada una de las cartas. Dijo que era una distracción agradable. Yo pensé que..., bueno, yo deseaba que organizar aquel misterio lo ayudara.

Alzó una mano, como si Gillian pensara interrumpirlo.

—Tommy estaba eufórico, frenético. Corría por el parque con los niños, sudoroso, sin decir nada coherente. Se quitó la chaqueta (la de Brooks Brothers), la corbata y se desabrochó la camisa, y luego se paseó por Miscellany como si lo hubieran echado de un bar. Los padres estaban allí. Gillian, te lo juro, reveló algunas de las respuestas.

Gillian podía imaginárselo. Tommy, colocado, hiperactivo, y lo bastante pasado de vueltas como para perder la compostura. Pero

Sebastian hablaba demasiado deprisa. Pasaba por alto sus objeciones.

—¿Sabes? Tommy me mencionó algo. El enigma de Target Practice. Hubo un concursante que dio una respuesta que se había eliminado. Como si conociera una versión anterior.

—Eso son paranoias de Tommy. La cocaína provoca esas reacciones, ¿no? Tommy se traga todos esos rollos que los padres de los que perdieron cuelgan en Twitter, o donde sea que los lea. Y siempre son los padres. Los adultos, el orgullo de la especie. ¿Y te sorprende que haya quien ponga trabas a lo que hacemos? ¿Que haya gente que quiera hundirnos? Salen en la Fox, con sus gorras rojas, despotricando contra nuestros valores liberales. No podemos controlar a los padres. Algunos votan por la bandera y la tradición estadounidense, y les da miedo lo que creen que representamos. Siempre nos andamos con ojo con ellos, cuidamos mucho la imagen pública, y entonces llega Tommy y amenaza con hacerlo saltar todo por los aires.

Sebastian seguía metiendo piedras en el agujero. Gillian quería intervenir, manchar ese cuadro que él estaba pintando. Pero no podía. No había llegado hasta allí para debatir sobre Target Practice, ni sobre los sueños de Sebastian.

—Mi madre está enferma —dijo.

Sebastian dejó las piedras. Se volvió y apoyó un codo en la rodilla.

—¿El lupus de Stephanie?

—Ahora está peor que antes. Se pasa la mayor parte del tiempo en una silla.

Sebastian se quitó las gafas de sol y se las guardó en un bolsillo del delantal.

—¿Me estás pidiendo ayuda?

—Necesito que la trasladen a un centro nuevo. Y tiene que ser ya. Eso requiere contactos y dinero. Te lo devolvería.

Fue como si Sebastian cogiera las piedras y se las arrojara directamente al pecho: Gillian no soportaba estar allí plantada, pidiéndole eso.

—Podrías haber dicho algo cuando se puso enferma —dijo él—. Podrías haberme pedido ayuda.

—¿Y que me arrastraras aquí de vuelta? Perdí. Quedé segunda. Dejaste muy claro que era una decepción.

—Siempre te has tomado las críticas demasiado a pecho. Podrías haber perseverado. Ellsberg se quedó. Y Tommy, con todos sus defectos, también.

—¿Y qué querías de mí? ¿Que fuera un simple muñeco de adorno, escupiendo frases ingeniosas?

—¡Por supuesto que no! Podrías haber diseñado rompecabezas y enigmas. Parques enteros. —Seguía mirándola. Como si fuera el acertijo más fácil de resolver del mundo.

—Tal vez yo no quisiera eso —repuso ella.

—Tonterías. Ahí fuera estás malviviendo, sacando fotos a padres desastrosos, haciendo cosas que cualquier chaval podría hacer con su móvil. ¿Y para qué? ¿Eso es luchar por una buena causa? Aquí podrías hacer el bien. De personas con tu mente solo hay una entre un millón. Eres un unicornio. Un Pegaso.

Quiso mostrarle su enfado cuando Sebastian disparó esas pullas contra la vida que llevaba en Los Ángeles. Pero la idea de tener que volver a la caza del todopoderoso dólar la aterraba. El hecho de tener treinta años y ser incapaz de sobrevivir la aterraba. Saber que

la mujer que más la había querido estaba sufriendo, que se encontraba a un paso de acabar en la calle, y que ella no podía evitarlo, la aterraba.

—Quieres que vuelva —resolvió Gillian—. ¿Es eso? ¿Que si no vuelvo no vas a ayudarme?

—Yo no he dicho eso.

—Es lo que querías decir.

Sebastian se sacudió los restos de tierra de los guantes y se incorporó. La miró a la cara. Gillian se veía reflejada en sus ojos. Sebastian era la versión de lo que ella podría haber sido. De lo que todavía podía ser.

—¿Sabes dónde está Tommy?

—Estoy tratando de encontrarlo. Dame un poco más de tiempo y...

—¿Un poco más de tiempo? —Se quitó los guantes y se adelantó un paso, invadiendo su espacio—. ¿Mañana compites?

El Sebastian jardinero desapareció para dejar paso al hombre capaz de vender arena en el Sáhara.

—Es que no me dedico a resolver rompecabezas —replicó ella. Su protesta sonó débil, incluso para sus propios oídos—. Ya n o.

—Resuelves rompecabezas cada día. Convences a la gente para que haga lo que necesitas que haga. Las personas son el rompecabezas definitivo. Y se pueden resolver. —Se metió los guantes bajo el brazo—. Te necesito. También necesito a Tommy, pero te necesito más a ti. Eres más fuerte que él. Pero en el pasado te contuviste y te fuiste. No puedo permitirme que eso vuelva a pasar. Mañana por la noche es el gran juego. El Certamen Extraordinaire – Redux. Los rompecabezas son el equilibrio perfecto

entre lo desconocido y lo conocido. Y lo conocido es la familia. Todos los niños, Ellsberg, Tommy, Leah, tú.

Sebastian estaba en modo ultimátum. Era mucho menos sutil de lo que se había mostrado en El Nido. La miraba fijamente mientras ella trataba de asimilar la realidad de sus palabras. Lo último que deseaba Gillian era que le pidiera eso.

—Podría contratarte ahora mismo —dijo—. Hoy. Estamos poniendo al día el Bazar de Londres. Y el año que viene, el de París. Tenemos posibilidades de abrir uno en Brasil. No tienes que quedarte aquí, si te resulta demasiado duro. Acepta la misión, acepta Miscellany y vete adonde quieras. Tommy era bueno hablando, pero se pierde en los detalles. Tú vas al grano. Lo he visto y lo recuerdo bien.

Aquello era mucho más que competir en el Reencuentro. Muchísimo más. Gillian miró el Bazar de reojo; casi podía sentir el agua viscosa del tanque, el recuerdo de su fracaso escondido bajo tierra. Sebastian parecía satisfecho de dejarla mirar, aunque solo fuera para que recordara que en otro tiempo había acudido a Miscellany por voluntad propia.

—Si se sabe lo de Tommy —dijo—, si lo atrapan quebrantando la ley, nuestra integridad quedará en entredicho y sufriremos un duro golpe. Ya no estaremos en disposición de construir la siguiente generación, sino que tendremos que atrincherarnos para salvar el pellejo. No habrá más expansión. No habrá más contrataciones. Y desde luego no voy a tomarme en serio a conductores de Uber treintañeros como posibles próximos consejeros delegados. Llevamos tiempo buscando inversión. Todo se irá al garete. A mí no me afectará, por supuesto: a la larga estaré bien. El problema será

la gente de Miscellany. Miles de personas. Crecemos o morimos. Si no logramos salir adelante ahora, todo esto podría desvanecerse.

Gillian lo miró de reojo. Su sola presencia lo energizaba, el alma perdida que él creía poder salvar. Sebastian tenía fe en su misión, creía que luchaba por los niños. Y podía hacer desaparecer todos los problemas de Gillian.

Su voz se suavizó.

—Con Tommy y contigo —dijo—, puede existir un Miscellany que ayude a tu madre.

Madre mía. En realidad, Gillian lo estaba considerando.

Sebastian ya había jugado bastante a ser jardinero por aquel día. Se metió los guantes en el bolsillo.

—Haremos lo que estamos destinados a hacer —resolvió—. Los dos competiréis. Los dos lo haréis bien. Eres lista, tienes avidez, y recordarás lo que te he enseñado. Espero una competición muy reñida. Aunque, si soy sincero, deseo que esta vez el desenlace sea distinto.

Echó a andar por el sendero y, al pasar a su lado, le dio una palmada en el hombro. Podía permitirse ser magnánimo. Había conseguido lo que quería. Y ella no lo había detenido.

—Esto es lo tuyo, Gillian —dijo—. Nunca te sientas mal por ello.

23

Gillian estuvo unas pocas horas visitando de nuevo los mismos lugares de siempre. El Paseo Marítimo, el Centro de Transporte. Llamó a Evelina. Prefería no ir a visitarla para no molestar a los aparcacoches, se dijo; por supuesto, nada tenía que ver con el terror que le tenía a Jackie. La charla con Evelina fue agradable —«¿Has conocido a nuestro gato? Lo llamamos "Chudo", "Chodovishche", "La bestia"»—. Todavía no había visto a su marido.

Por último, pasó por las oficinas centrales de Miscellany. La tarde estaba llegando a su fin y el sol luchaba por abrirse paso entre las nubes. Gillian se sentó en la silla de Tommy; era la reina fugaz de aquel palacio austero y tenía un aspecto tan imponente que nadie se hubiera atrevido a cuestionar su autoridad. Gobernaba el despacho que podría haber sido suyo. Que quizá aún podía serlo.

Recordó a Sebastian mirándola: «Te necesito».

Era una idea hipnótica y peligrosa.

Hacía solo un año, Gillian estaba entregada al servicio de Uber, y se ponía a trabajar a las cuatro o cuatro y media de la madrugada, lo bastante temprano como para coincidir con los fiesteros épicos de la noche anterior. Una noche, un coche que iba en dirección contraria rozó su vehículo cerca de la autopista de Hollywood. Su Corolla perdió un retrovisor y un panel frontal que luego reemplazó, pero que nunca llegó a pintar. Después del accidente se sintió eufórica: la había sacudido aquella descarga que había sentido en

los días del Certamen. Ir por el mundo sin haber pegado ojo, arriesgándose como no lo había hecho en años. Una estupidez. Una rutina autoimpuesta que casi la mata. Dejó de conducir por un tiempo, se juró que no volvería a retomarlo, hasta que el estado penoso de sus finanzas la obligó. Otra promesa incumplida.

¿La movía la necesidad o las ansias de vivir emociones fuertes?

Miscellany le brindaba todo un abanico de posibilidades. Ocupar un puesto de autoridad, señalar los puntos donde la empresa se había quedado estancada. Enfocarse en nuevas oportunidades y nuevos tipos de niños... quizá más parecidos a ella. Medirse con Sebastian, sostenerle la mirada sin pestañear. Tommy jugó el juego, o al menos lo intentó. Ellsberg y Leah, también. ¿Por qué no podía ella hacer lo mismo?

Al fin y al cabo, ¿qué más daba? Tenía que ser fuerte por su madre. No hacer uso de sus capacidades era traicionar todo lo que su madre había sacrificado por ella.

Gillian paseó la mirada por el despacho. Aquel espacio, por espartano que fuese, decía mucho de Tommy. Era evidente que no se sentía a gusto allí. No le gustaban las oficinas centrales. El señor Deslumbrante había ganado el Certamen Extraordinaire. Había aprovechado ese éxito para conseguir un puesto de directivo en una de las empresas más poderosas del país, se había casado con una mujer increíble, había esparcido su predicamento entre mentes afines, moldeando corazones y pensamientos, y había diseñado la supuesta rampa hacia un nuevo mañana. Se había ganado el derecho a sentarse en cualquier sitio menos en El Nido. Aun así, en algún momento de aquella misión redentora, su fe ciega flaqueó y Tommy acabó recurriendo a la cocaína, encarnando el estereotipo

del ejecutivo blanco. Miró alrededor en busca de convencidos de la causa como él, pero lo único que encontró fue una legión de sanguijuelas y lameculos corporativos. Había perdido el rumbo, se había extraviado en una corporación demasiado grande, demasiado rara, demasiado ajena. Al final, tuvo que huir de Miscellany y acudió a Gillian porque ya no le quedaba nadie en quien confiar. Estaba desilusionado y era infeliz.

Gillian reprodujo mentalmente la llamada de Tommy. Ruidos de fondo, gente alrededor, y el tintineo de platos y tazas. Quizá estaba en un restaurante, pero el silbido agudo le hizo pensar en un *espresso*, en la máquina con la que Evelina había peleado en la casa de los Kundojjala. La casa vacía de los Kundojjala.

En la llamada, se oía la voz de una mujer. Una voz íntima. Familiar.

Era indudable que Tommy tenía una pareja increíble. Gillian la había conocido. Era inteligente, divertida y guapa. Pero, a lo largo de la historia, han sido muchos los hombres que han forjado su éxito junto a mujeres poderosas para luego tirarlo todo por la borda por culpa de otro estereotipo distinto.

Su amigo siempre había tenido vicios. Primero los caramelos, después la cafeína. ¿Y ahora? Tommy era un hombre listo, pero seguía siendo un hombre. Y los hombres son predecibles cuando no son felices.

Se inclinó y miró dentro de la papelera. Rescató un vaso de cartón.

A Tommy le encantaba el café, sí, pero ¿con quién lo tomaba?

En el vaso había impresas dos fotos en blanco y negro de una taza. Una vista de frente, otra vista de perfil. La etiqueta con el nombre del sitio: Mugshot.

Su móvil le indicó que solo había tres locales con ese nombre.

El Mugshot se escondía bajo el paso elevado donde se cruzan las autopistas DNT y Sam Rayburn, al norte de Dallas. A pesar de las indicaciones del GPS, el chófer tuvo que dar un par de vueltas antes de encontrarlo. La llevó hasta allí uno de los empleados del Centro de Transporte; un favor, le dijo el chico, aunque Gillian se ofreció a interceder por él para que por fin le concedieran el cambio de turno que hacía siglos que solicitaba.

La cafetería tenía un aire hípster, pero era acogedora, y aunque tardaron una eternidad en servirle el capuchino, sabía genial. Gillian se sentó en la barra y esperó a que la camarera estuviera lo bastante aburrida como para tener ganas de charlar. Llevaba el pelo teñido de color rosa y naranja, y los antebrazos cubiertos con tatuajes de telarañas y cuervos. A Gillian le gustó su estilo, y así se lo dijo. Después del cumplido y la propuesta de entradas gratis para el parque de Miscellany, la chica se mostró dispuesta a identificar una foto de Tommy y Evelina en un evento benéfico. Sin embargo, no era Evelina la mujer que recordaba haber visto.

—No, qué va. La chica que iba con él llevaba el pelo teñido de varios colores. No era tan perfecta. Esta parece un poco estirada, de las que no se andan con tonterías. La otra tenía un piercing en la nariz y tatuajes (un trabajo de aficionado, caballitos de mar y mierdas así). Viene por aquí muy a menudo.

«Caballitos de mar y mierdas así». La voz que se oía de fondo. La voz que Tommy escuchaba cada día, fuera de su despacho, cuando

los dos trabajaban codo con codo. Gillian tendría que haberlo visto antes.

Llamó a las oficinas centrales haciéndose pasar por Jessyca, la asistente ejecutiva, y preguntó por un portátil que se había entregado a nombre del señor Kundojjala. Dijo que el dispositivo debía de haberse enviado a su domicilio y preguntó si tenían la dirección bien anotada. Un técnico informático sobrecargado de trabajo le aseguró que no le constaba ningún portátil, pero cuando Gillian-Jessyca empezó a ametrallarlo con preguntas, acabó soltando la dirección.

Gillian se dirigió hacia el sur de la ciudad, hacia Addison. Jessyca vivía en una elegante casa adosada de ladrillo visto, a pocos minutos a pie de una zona de bares y restaurantes. Había un Lexus aparcado en la acera. Gillian no quería juzgar a nadie, pero también había trabajado como secretaria y sabía que el sueldo no daba ni para un adosado ni para un Lexus. La vivienda estaba en la planta baja y tenía las persianas levantadas. Gillian pegó la cara al cristal, pero las luces estaban apagadas y no vio ningún movimiento en el interior.

Después fue a visitar la oficina de ventas. El «gerente» era un veinteañero y Gillian le ofreció unas entradas para los Mavericks que no tenía, aunque estaba convencida de que podría conseguirlas a través de Sebastian. El sonido de una caja registradora resonaba en su cabeza: su deuda aumentaba con cada palabra que pronunciaba. El muchacho prometió llamarla si veía a Jessyca o a su amigo.

Se sentía más relajada desde que había salido del parque, así que decidió quedarse por la zona. Al otro lado de la calle había una pizzería completamente vacía. No quisieron venderle una cerveza sin pedir nada de comida, así que pagó por una porción de pizza y una

cerveza rubia, y se sentó junto a la ventana. Mataba el tiempo jugando a juegos de palabras en el móvil, mientras le daba sorbos a la botella.

Su madre le mandó un mensaje. Siempre probaba primero con un mensaje. «Vosotros, los jóvenes, preferís mensajes».

«Vosotros, los jóvenes».

Gillian la llamó.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó antes de que su madre tuviera siquiera tiempo de saludar.

—No me quejo. —Su típica frase—. ¿Y tú, cariño? He oído que estás en la ciudad. Aunque no me he enterado de mucho por tu hermana.

—Sí. Quería llamarte. Han sido días ajetreados. —Ahogó la culpa con un trago de cerveza.

—No tienes que explicarme nada. Te vimos en las noticias. June me contó que te sentaste con el gobernador.

—No me senté...

—Me dijo que has vuelto a trabajar con Sebastian. Me alegro tanto de que hayas superado todo eso. Siempre me pregunté por qué no te dedicaste a los rompecabezas y los juegos. Se te dan tan bien. Podrías ser como uno de esos presentadores de concursos. Como La Rueda de la Fortuna. O aquel de Carmen Sandiego que tanto te gustaba. Ya sabes que algunos de esos presentadores acaban teniendo su propio programa.

Su madre tenía la voz un poco ronca. Había mucho ruido de fondo. La clínica siempre estaba llena y las paredes eran muy delgadas.

—Estoy intentando sacarte de ahí.

—Oh, no te preocupes por mí. No me quejo. Grace, la mujer de la habitación de al lado, sí que se queja. Su hija se mudó a su casa, pero ahora tiene un bebé. Y el marido no trabaja.

Gillian ya había oído hablar de esa mujer la última vez. Sabía más de los desconocidos que rodeaban a su madre que de su propia familia.

—Mamá, hablé con Mitch. He vuelto a Miscellany por una razón. —Se dio cuenta de que estaba alzando la voz. Los dos colgados del mostrador estaban tan aburridos que se habían puesto a escuchar—. No sé qué te habrá contado June, pero voy a arreglarlo. Vamos a sacarte de ahí y te llevaremos a un sitio bonito.

—Estoy bien. Aquí tienen esos sándwiches de pollo que tanto me gustan. Y llenan las máquinas de Coca-Cola Light. Sé que no debería beber Coca-Cola, pero algún vicio hay que tener.

Gillian agachó la cabeza. A su alrededor el cielo se derrumbaba, y ella era incapaz de sostenerlo.

—Voy a ir a verte.

—No hace falta. Estás muy al norte. El tráfico será terrible. Ya sabes que esos camiones con remolque siempre acaban cruzados en medio de la carretera. ¿Por qué tiene que haber tantos trastos de esos?

Gillian se apretó los ojos con los dedos.

—No lo sé, mamá.

Su madre hizo una pausa.

—¿Estás durmiendo bien?

—Estoy bien. De fábula.

—Eso es lo que dice siempre tu padre. —La siguiente pregunta era inevitable—. ¿Has hablado con él?

Gillian cogió la cerveza.

—No desde hace tiempo.

—Te echa de menos, Gil. Ya sabes que se arrepiente.

—Sí.

Se imaginó a su madre con la mirada perdida en el cielo en busca de respuestas. Nunca había sido una persona religiosa. Más bien era de esas que consultan las cartas y buscan consuelo en los cristales. Estaba convencida de que la energía del universo proveería. Y Gillian formaba parte de esa energía: era un cristal fracturado que su madre nunca dejó de cuidar.

Al otro lado de la calle, una pareja paseaba de la mano. Ella era una rubia con mechas azuladas y rosas, tatuajes, un pendiente en la nariz y una sonrisa embobada, y él, un hombre con americana, la camisa por fuera de los pantalones, el pelo revuelto, y unos andares relajados que Gillian no le había visto jamás.

—Tengo que irme. —Apartó la cerveza y la pizza mientras se bajaba del taburete—. Te llamaré más tarde.

—Oh. —La decepción que teñía su voz era palmaria—. Sé que estás ocupada. Te dejo. Llámame luego y cuéntame uno de esos rompecabezas que estás resolviendo. Siempre me encantó escucharlos.

Gillian ya estaba en la puerta.

—Te sacaré de ahí.

—Te quiero, Gillian.

Su madre colgó. Gillian se tragó el regusto amargo de la cerveza y la pena.

La encantadora pareja no la vio cruzar la calle a toda prisa. Gillian se acercó por el lado ciego de Tommy, aunque él estaba tan

embobado con Jessyca que no la habría visto, aunque lo hubiese embestido con un camión. Tuvo que gritar su nombre dos veces para que se volviera. Tommy murmuró algo en la oreja de Jessyca y se detuvo, mientras ella seguía andando más aprisa, con una expresión preocupada.

—¿Esa es tu novia? —le preguntó señalando su trasero, que se alejaba calle abajo—. ¿Por eso no me devuelves las llamadas?

—Estábamos cenando. —Tommy se metió las manos en los bolsillos, avergonzado por haber sido descubierto—. Hay un restaurante hawaiano fantástico a la vuelta de la esquina. El *sushi* es buenísimo. Conozco al chef. Te lo podría presentar.

Gillian se detuvo. Lo tenía lo bastante cerca como para empujarlo y tirarlo al suelo. Tommy no parecía exaltado. Estaba tranquilo: la calma de quien sabe que sus mentiras han quedado al descubierto.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Gillian.

—Ya te lo he dicho: estábamos cenando.

—¿En serio? Qué enternecedor. ¿Has invitado también a Evelina?

Tommy hizo un gesto con la mano, quitándole importancia.

—A Evelina no le importa.

—Qué curioso. A mí me pareció que sí le preocupaba tu comportamiento.

Se rio con amargura.

—El negocio de relaciones públicas es complicado. Repites algo el tiempo suficiente y acabas por creértelo. Ya se lo advertí: es muy fácil perder el norte en este trabajo. Me habría gustado que me escuchara, pero no sé cómo hablar con ella. Es como si ya no estuviera allí. Como si se hubiera ido.

—¿Así que has encontrado a otra? —Jessyca ya había entrado en casa—. ¿Por eso me trajiste aquí? ¿Para que descubriera tu aventura? Joder, Tommy, podías haber contratado a un abogado de divorcios. Claro, supongo que yo te salía más barata.

—No es eso. —Negó con la cabeza, enérgicamente—. Te hice venir por una razón.

—Ya no sé si me importa. —Se sorprendió al oír la ira que impregnaba su propia voz—. Ya vuelvo a estar metida en todo esto, otra vez. Interpreto el papel secundario, otra vez. No sabes lo mucho que me está afectando. Yo... —Se contuvo. Si seguía hablando, ya no podría parar—. Todo el mundo te busca. Quieres divorciarte de tu mujer... Bueno, es una mujer impresionante, seguro que estará bien. Y Ellsberg solo obedece. El problema es Sebastian. Ya lo conoces. Necesita que esto se haga, y que se haga según su guion. Y para ello tienes que participar en el Reencuentro. Así podrás coger tu dinero y marcharte con tu novia de la mano y la puesta de sol de fondo. ¿Quieres nuevos retos? Pues vete. ¿Quieres pasar más tiempo con tu familia o crear una nueva? Miscellany escribirá la nota de prensa. Pero antes tienes que hacer esto y luego buscar ayuda. Acepta el final del cuento, o algo que se le parezca, porque te aseguro que no hay historia posible en la que el niño prodigio de Sebastian no se presente al Reencuentro y se vaya con su puta amante para ponerse de coca hasta las cejas.

Era como si se hubieran intercambiado los papeles: Tommy era una roca y Gillian estaba fuera de sí. Él negaba con la cabeza mientras ella le soltaba su diatriba.

—¿No es eso lo que está pasando? —preguntó.

—No son las drogas.

—Entonces, ¿asustaste a un montón de niños de diez años por diversión?

Tommy dejó escapar un suspiro entrecortado.

—¿Te lo contó Sebastian?

—Olvídate de Sebastian. Te vi en casa de los Navarro —respondió ella.

Se mordió el interior del labio.

—¿Mencionó lo de Target Practice?

Resultaba asombrosa su absoluta falta de conciencia. Perseguía conspiraciones mientras la madre de Gillian comía pollo recalentado en la puta antesala del cielo, un antro que ni siquiera se podían costear. Su madre, postrada en la cama con una enfermedad incurable, y el médico (un ayudante, en realidad) solo iba a visitarla a lo sumo una vez por semana.

Tommy prosiguió, como si tal cosa.

—Todo esto es por culpa de Evelina —dijo—, que te ha metido esas historias en la cabeza.

—¿Ahora resulta que Evelina ya no es de fiar? Eso sí que es distorsionar la realidad. Ríete de Sebastian.

—Me están siguiendo —dijo él.

—Si fuera tu mujer, la verías a la legua: es espectacular.

—No me refiero a Evelina. Me refiero a Jackie.

Gillian resistió el impulso de volver la cabeza. No daba crédito. Tommy con sus patrañas, tratando de pintar a Jackie como la mala. Como si intuyera el miedo de Gillian y quisiera aprovecharse de su debilidad.

—Nadie te está siguiendo.

Pero él la ignoró.

—¿Por qué estás aquí? ¿Quién te ha enviado?

—Nadie.

—Pero alguien te está pagando, ¿no? ¿Evelina? ¿Leah? Te han prometido algo.

Gillian sintió una oleada de culpa que ahogó de inmediato.

—Eres tú quien me invitó a venir. Quien me prometió dinero.

Se quedó callado un instante al oír la acusación.

—Estoy trabajando en ello. Ahora mismo tengo un problema de liquidez. Pero nunca me olvidaría de tu madre. En el Certamen nos traía madalenas de arándanos caseras. Porque éramos niños, no porque hubiéramos salido victoriosos en algún juego de Miscellany. Es una vergüenza que la estés usando como excusa para hacer el trabajo sucio.

Si la hubiera arrollado con un coche, no le habría hecho más daño.

—¿Cómo te atreves?

—La chica que yo conocía habría luchado. No habría aceptado un no por respuesta.

—¡Esa chica murió! —rugió Gillian, desbordada por la frustración —. ¡Murió aquel día! ¿Qué esperabas? ¿Que siguiera siendo siempre la que quedó en segundo puesto? ¿Allí adonde fuera? ¿La que perdió? Tuve que encontrar una salida, una estrategia que te recomiendo adoptar cuanto antes, si no quieres volverte loco. Pero ¿tú te has oído, Tommy? ¿Tu mujer va contra ti? ¿Tu chófer? Lo que debería preocuparte es que te pille algún fan con su móvil: en cuanto esto salte a las redes, estarás jodido. Miscellany te va a crucificar. Vas a perderlo todo. La casa, los coches, a Evelina, a esa chica que ahora parece quererte tanto, pero que a saber qué pensará de ti cuando vea tu imagen por todas partes, esposado,

convertido en carnaza para internet. Has abusado de los recursos de Miscellany, te has metido cocaína como para matar a un caballo, y luego te pusiste a jugar con un puñado de críos en el parque temático de tu empresa. No eres un hombre blanco rico, Tommy. Después de esto, no volverás a tener un trabajo de verdad. Acabarás conduciendo coches y vendiendo corbatas para ganarte la vida.

Por un momento, lo vio tan alterado que temió que echara a correr. Pero, en lugar de eso, Tommy se cruzó de brazos y frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir con «has abusado»?

—Sebastian dijo que le escribiste un email a tu camello. Desde un portátil de la empresa.

—Usé mi propio portátil. Es de mi propiedad.

—Es internet, Tommy. Están vigilando tus cuentas. No importa qué ordenador uses.

—Sebastian está... —Tommy se interrumpió. Vaciló un instante, como si retrocediera en el tiempo a través de la tormenta de su propia mente—. Entonces lo sabe todo. —Escrutó la calle con la mirada—. No podemos quedarnos aquí.

—¿De qué hablas?

—Sabe que estamos aquí.

—Por el amor de Dios, ¿te estás oyendo? No tiene ni idea de dónde estás. Créeme.

—Esto es cosa suya. Te engañó para que vinieras.

—¡Estoy aquí porque te he buscado! —gritó ella—. Vamos a lo esencial: estoy aquí porque Miscellany me paga, sin más. Si crees que estás librando una cruzada moral, mejor que te lo replantees.

Tommy la observaba, visiblemente furioso. Ella respiró hondo.

—Vamos, recapacita —dijo Gillian—. Preséntate al Reencuentro. Todavía tienes opciones. Salidas elegantes. Te vi en el avión, te vi jugar. Esto no es más que un negocio, Tommy.

Él se frotó la cara. Lanzó una mirada por encima del hombro, como si alguien le dictara lo que debía decir desde detrás. Cuanto más tardaba en responder, más se calmaba. Hasta que su ira se desvaneció.

—Cometí un error trayéndote de vuelta.

—Solo quería decir que...

—No, tienes razón. —Hablaba con una serenidad inquietante—. Estaré en el Reencuentro. Pero no te necesito. Lo que yo quería era que me dijeras que estaba haciendo lo correcto. Debería haber visto que Sebastian acabaría convenciéndote a ti también. Otra vez. —Se metió las manos en los bolsillos, como si ya hubiera tomado una decisión—. Deberías volver a casa.

—¿Qué estás haciendo, Tommy?

—Como tú misma has dicho, soy el niño de oro de Sebastian. El número dos del cuarto conglomerado de entretenimiento más importante del mundo. Imagíname entrando en el Departamento de Justicia. No habría nada que les gustara más que un denunciante corporativo de mi nivel. Y, pienses lo que pienses de mi adicción, he sabido ocultarla durante mucho tiempo. El día de la entrevista, llevaré un traje a medida. Me habré afeitado. No soy rubio ni tengo los ojos azules, pero represento a la segunda población inmigrante más numerosa después de la mexicana. Puedo influir no solo en las corporaciones, sino también en las elecciones. Que Miscellany me ignore si se atreve. Le saldrá caro.

La miró fijamente, sin pestañear. Gillian respiraba con agitación, casi sudando. Desde que había salido de la pizzería, e incluso quizá desde mucho antes, no había tenido el control en ningún momento. Iba a la deriva, y ni siquiera sabía cómo había llegado hasta allí.

Lo miró a los ojos.

—Pensaba que creías en Sebastian.

Él seguía allí, de pie. De pronto era el Tommy de siempre. Seguro de sí mismo. Victorioso.

—Y yo pensaba que tú no.

Y, dicho eso, rodeó a Gillian y entró en la casa.

24

Un conejo mordisqueaba la hierba que crecía junto a los escalones desvencijados de la casa de June. Estaba tranquilamente sentado sobre las patas traseras, contemplándolos mientras bajaban del coche. Todd, el marido de June, dio una patada al aire para espantarlo, pero el animal siguió comiendo, imperturbable.

—Todd —dijo su madre, acomodándose en la silla de ruedas destartalada—. No te va a hacer ningún daño.

Gillian se mantuvo al margen. En teoría, debería haberse sentido bien. Había encontrado a Tommy y había conseguido que se comprometiera a presentarse en el Reencuentro. Y, además, su madre había podido salir un día de aquella clínica. Se la veía feliz, arropada por la familia. El entusiasmo que transmitía su risa, cada uno de sus gestos, debería haber bastado para que Gillian se sintiera en paz consigo misma.

«Pensaba que creías en Sebastian».

«Y yo pensaba que tú no».

Se quedó mirando los ojos negros e inexpresivos del conejo. Todo lo que creía cierto hacía una semana había resultado falso. Nunca volvería a Miscellany. Nunca competiría. Nunca trabajaría para Sebastian. Todo eran promesas surgidas del resentimiento, y lo mejor era dejarlas atrás. Eso era lo que se repetía a sí misma.

Todd tuvo que acercarse a menos de un metro del conejo para que el animal desapareciera detrás de la esquina.

—Hay demasiados —murmuró. Se rascó la cabeza y casi se le cayó el sombrerito de ala corta que llevaba puesto—. Son una plaga.

—June —dijo su madre, alzando un brazo hacia la hermana de Gillian—. ¿No puedes controlarlo?

—No me mires a mí —replicó ella, forcejeando con una bolsa de playa llena de medicamentos, una almohadilla térmica y tres botellas de litro de Coca-Cola Light—. Esos putos conejos han arrasado mi huerto. Lo que yo querría es que los coches se cargaran unos cuantos más.

La casa de June estaba en Carrollton: tenía tres habitaciones, un baño y muchas reparaciones pendientes. Instalaron a la madre en el viejo sillón de su padre, y luego Gillian disfrutó del obligado tour turístico, como la extraña que era. El interior era agradable, pero algo pequeño: apenas había espacio para la familia de su hermana, y mucho menos para alojar a invitados. Cortinas translúcidas, manchas de humedad y demasiadas fotos. Desde la ventana trasera se veía un roble enorme, un garaje para un solo coche y un jardín estrecho que se extendía unos quince metros. Era un hogar, sí, pero saltaba a la vista que June andaba corta de recursos.

Su madre se acomodó con su bebida. Los dos hijos de June balbucearon un saludo tímido antes de refugiarse en la habitación que compartían. De su padre, ni rastro, ni mención. En la tele, el típico final decepcionante de la temporada de los Rangers. La madre y Todd empezaron a debatir sobre qué fallaba en el equipo: desde la dirección hasta los lanzadores, todo. Gillian se quedó en la cocina, contemplando cómo funcionaba aquella familia sin ella.

June colgó las llaves en un gancho, junto a la nevera, y se movió de un lado a otro, preparando algo para picar: patatas fritas, un

poco de macarrones con queso y una bandeja de crudités protegida bajo un plástico.

—Fuera de casa no ganan nunca —dijo la madre, señalando la tele, como si la prueba estuviera ahí mismo.

Todd sacudió la mano con desdén.

—Anoche ganaron contra los A's. Calhoun mandó la bola a otro condado.

—¿Y de qué sirve eso? —replicó ella—. A estas alturas, de muy poco, la verdad.

Resultaba curioso oírla hablar de los jugadores con tanta dureza: su madre nunca había sido tan tajante con sus hijos. Siempre había sido más bien blandita.

June se acercó a Gillian y se apoyó en la pared con los brazos cruzados, observando discutir a su madre y a su marido, como si fueran un par de ojeadores sin trabajo.

—He preparado pastel de carne para cenar —dijo—. Comeremos sobre las cinco y media.

—No puedo quedarme hasta tan tarde. Tengo que volver.

June la miró de reojo.

—Yo he tenido que cambiar el turno.

—Y yo he venido hasta aquí. No me han traído en avión para pasar tiempo en familia. Estoy trabajando. El Reencuentro es esta noche.

—Si te vas antes de la cena, se lo dices tú —contestó June—. No voy a poner excusas por ti.

Gillian apretó los dientes. Había hecho aquel viaje porque se lo debía a su familia. Sí, quería a su madre, pero el papel que desempeñaba era otro: ella era la esperanza de todos, la que

resolvía los problemas. ¿Qué lugar ocupaba allí? La lucha que se libraba en su interior debió de reflejarse en su cara, porque June suavizó el tono.

—Cenaremos antes —resolvió—. Es sábado, no habrá atascos. Todd puede dejar a mamá en la clínica y tú estarás de vuelta antes de las siete.

Su madre seguía discutiendo con su yerno sobre los bateadores designados, más animada de lo que lo estaba desde hacía meses.

Gillian puso cara pensativa, como si lo estuviera considerando. Luego, sin dejar de mirar a su hermana, lanzó un comentario al salón:

—Yo diría que Andrus está acabado.

Todd reaccionó como si le hubieran pinchado con un alfiler.

—¿Acabado? ¿Como defensa? Pero ¿qué dices?

La madre negó con la cabeza, decepcionada.

—Ay, hija, no digas eso.

Gillian relajó la expresión y se zambulló en la conversación, sonriendo de oreja a oreja, mirando a su hermana. Puso una mano en el hombro de su madre, para que supiera que estaba allí.

June andaba trajinando de arriba abajo como lo hacen las madres. Recogía los platos vacíos mientras regañaba a sus hijos, que jugaban al Uno con su abuela, encadenando cartas +2 con entusiasmo. Gillian la siguió hasta la cocina. June dejó los platos en el fregadero, sacó dos copas de vino y le tendió una a su hermana. Gillian frunció la nariz, pero la aceptó por cortesía. June se plantó delante del horno, vigilando el pastel de carne como si pudiera

desintegrarse en cualquier momento. No solía alejarse demasiado de la cocina: su taza favorita estaba siempre detrás del microondas, tenía un par de libros apilados sobre la nevera y una tablet barata, en la que sonaba rap de los ochenta, apoyada junto al fregadero. Era evidente que la cocina era su territorio, y allí se sentía a gusto. Tarareaba y, de vez en cuando, bebía un sorbo de vino.

—Ahora vendrá papá —dijo.

Gillian la miró fijamente, mientras su hermana seguía sin apartar la vista del horno, con aire inocente. Prefirió seguir callada, por si acaso.

—Está mejor —prosiguió—. Le haría ilusión que lo reconocieras.

—No le debo nada.

—¿Por qué contigo todo tiene que ser una negociación? Solo te pido un poco de humanidad. Si mamá ha podido perdonarlo, ¿por qué tú no?

—No me eches la bronca. Si tú quieres tenerlo en casa, perfecto. Si mamá lo acepta, que Dios la bendiga. Pero respeta mis decisiones. Tú no lo necesitabas como yo.

—¿A la niña de papá se le rompió el corazón? ¡Venga ya! Los demás seguimos adelante.

—Él me dejó. Tuve que coger el autobús más de una vez. ¿Recuerdas aquel día que se emborrachó y tuve que ir andando desde el centro de convenciones? Por suerte, uno de los supervisores me vio y me acompañó a casa, aunque mejor no hablar del riesgo que corrí subiéndome al coche de un desconocido. —Se dio cuenta de que June lo había olvidado—. Tú eras mayor, más autosuficiente. Yo no. Así que no me digas cómo tengo que sentirme.

June apuró el vino de un trago y volvió a servirse otra copa.

—Si vinieras más a menudo, sería más sencillo. Lo verías más.

—Claro. Estamos a una barbacoa de ser una familia feliz.

June se encogió de hombros sin pretenderlo. Gillian siempre era un cóctel Molotov: impredecible y más propensa a herir a los inocentes. Inclinó la copa para mover el vino.

—Puede que me quede.

Una risa seca.

—Y Santa Claus bajará de culo por esa chimenea.

—Lo digo en serio.

Su hermana se desplazó lo justo para observarla de reojo. Dio otro trago de vino y dijo:

—Nos las arreglaremos pase lo que pase.

No era exactamente lo que Gillian esperaba oír. Aun así, June se apartó de la encimera y, con una media sonrisa, hizo chocar su copa contra la de Gillian.

—Tómate el vino. Y al menos saluda a papá antes de irte.

June abandonó la cocina para ver la partida de cartas que estaban jugando en el salón y Gillian se quedó con la sensación de que su hermana había vuelto a ganarle la partida.

Se oía ruido de platos cuando Gillian se despidió. Saludó a Todd, que cambiaba de canal desde su sillón, y luego se inclinó para abrazar a su madre.

—¿Ya te vas? —le susurró al oído, con tristeza en la voz.

—La vida de una celebridad —dijo June desde la cocina—. No puede hacer esperar a las cámaras.

Gillian le estrechó la mano a su madre. Sus huesos parecían hojas secas bajo aquella piel grisácea. Sus cabellos, antaño negros, tenían ahora el color de la lana de acero. Y la medicación le había hinchado las mejillas. Aun así, su sonrisa seguía ahí, brillante, inquebrantable. Gillian se preguntó cómo podía continuar siendo tan positiva. Estaba hecha de otra pasta, era de otra especie. Creía en la energía de los cristales y en la reencarnación y, aunque votaba a los demócratas, no estaba segura de que una mujer estuviera preparada para gobernar el país. No era nada práctica, pero siempre había creído en su hija. La fe que tenía en ella era sincera y seguía brillando a pesar del caos y el desastre que había imperado en la vida de Gillian. Eso no lo olvidaría jamás.

—¿Quieres que te traiga algo de Miscellany?

—Una chaqueta estaría bien. En la clínica hace frío: ponen el aire demasiado fuerte.

—Una chaqueta. Hecho.

—Algo con brillo. Los martes jugamos al póquer y quiero darles envidia a las viejas.

Gillian volvió a abrazarla. Habría cambiado el tiempo y el espacio con tal de hacerle la vida más fácil a aquella mujer.

—Déjalas secas, mamá. —Le guiñó un ojo.

Una vez en la puerta, también abrazó a June. Fue un abrazo más cálido que el que se habían dado en el hotel.

—Gracias por todo.

—De nada —dijo.

Cuando Gillian se disponía a marcharse, su hermana la miró preocupada, como si pensara que estaba a punto de meterse en problemas. Pero lo único que dijo fue:

—Conduce con cuidado.

Fuera, el calor seguía reverberando sobre las aceras agrietadas. Gillian esperó su Uber con los brazos cruzados. Mientras aguardaba junto al bordillo, un Saturn verde y sucio se detuvo frente a ella. Llevaba un atrapasueños negro y dorado colgado del retrovisor. Su padre iba al volante.

Gillian le echó un vistazo al móvil: el coche que había pedido llegaría en dos minutos.

Su padre se apeó del vehículo con dificultad. Estaba pálido, mucho. Seguía llevando el pelo largo y todavía mantenía su color castaño, con algún que otro hilo de plata. Y bajo la nariz prominente, aquel bigote setentero. La expresión de perro apaleado que ya tenía en su juventud se había acentuado con el tiempo. Las arrugas más profundas las tenía bajo los ojos, todavía del mismo marrón polvoriento, como si hubieran ardido durante demasiado tiempo. Llevaba una camisa azul holgada y unos pantalones de lino. El padre que recordaba Gillian era un tipo pálido y sudoroso, pero el hombre que tenía delante estaba reseco como un tallo de maíz chamuscado. Se quedó plantado junto al coche, visiblemente incómodo, tocándose los puños de la camisa, luego los lóbulos de las orejas y finalmente el pelo. Hubo un tiempo en que era el alcohol lo que tiraba del tren de Wallace Charles. Ahora tal vez solo fueran los nervios. Pero ya había estado sobrio otras veces... y siempre había encontrado la forma de descarrilar de nuevo.

—Vuelvo al trabajo —dijo Gillian, alzando el mentón.

Él asintió. Miró las llaves que tenía en las manos, sujetas con un trozo de alambre.

—Llevo dos años limpio. Y antes que eso estuve bien otros cinco.

—Genial. ¿Cuánto piensas durar esta vez?

Él levantó la cabeza. Las ojeras parecían moretones. Lo hacían más viejo. Un recuerdo la asaltó: el olor de su colonia cuando la abrazaba. Brut, la del frasco verde. El regalo infalible de cada Día del Padre.

—Tú querías que mantuviera la distancia, y así lo he hecho —dijo él—. Pero, si me lo permitieras, me gustaría disculparme.

—Has dicho muchas palabras, y ninguna de ellas es «lo siento».

—Lo siento.

—Genial. Ya es demasiado tarde.

Un Prius blanco dobló la esquina. El conductor avanzaba despacio, buscando a su pasajera.

Su padre se le acercó. Podría haberle tocado el brazo si hubiera querido.

—Haré lo que tú quieras, Gilly. Lo que quieras.

Ella bajó del bordillo y avanzó unos pasos. Levantó el brazo, como si fuera a parar un taxi. Respiraba con pesadez. Apretaba la mandíbula tan fuerte que le crujieron los dientes.

—Siempre hacéis lo mismo —dijo—. Pasáis por encima de la gente, hacéis lo que os da la gana, y cuando ya tenéis lo que queríais, entonces os disculpáis.

El Prius la identificó. Aceleró suavemente hasta detenerse a su lado. Gillian no esperó a que el coche parara del todo: abrió la puerta y se subió al asiento trasero.

—June ha preparado un pastel de carne —dijo, mientras se acomodaba—. Te lo comes y das las gracias.

Cerró de un portazo. El coche arrancó, dejando a su padre solo. Gillian se apoyó contra la puerta y se negó a mirar atrás. Lo dejó

contemplando cómo sus hijas se alejaban de él y de sus errores.

Al cabo de pocos minutos, su móvil vibró. Era June.

«¿Qué le has dicho?».

Gillian se quedó un instante pensativa. Escribió: «Lo que tenía que decirle». El pulgar se quedó suspendido sobre la tecla de Enviar, inmóvil. Dejó caer la cabeza hacia atrás y contempló el techo del coche. Pensó en su hermana, allí, en aquella casa diminuta, preocupándose por todo, incluso por ella, la hermana inconstante, la que nunca había conseguido poner la vida en orden desde aquel día en el Bazar. June era la confiable, la que siempre hacía lo que había que hacer.

Gillian borró el mensaje y escribió otro: «Le he dicho que el pastel de carne estaba buenísimo. Y que debía dar las gracias».

Pulsó Enviar y se metió el móvil en el bolsillo.

25

La rueda de prensa era puro teatro. Se celebraba en un edificio adyacente al Bazar, uno de los más antiguos. Tenía estética de búnker de la Guerra Fría, con techos bajos y paredes de bloques de cemento amarillos. Gillian lidiaba con las preguntas en su camerino, el que Miscellany le había asignado. Estaba sentada en su silla de directora, inclinada hacia delante, sudando bajo los focos, mientras soportaba una retahíla de preguntas tan insulsas como inevitables. «¿Dónde has estado? ¿Cómo te sientes al volver? ¿Quién es el concursante más listo?».

Respondía como si las preguntas fueran para otra persona: alguien famoso, hueco, distante. Sus respuestas eran automáticas, y su risa, forzada. Se pasó la mayor parte del tiempo contando los segundos para que aquella tortura terminara... y sin saber si Tommy cumpliría con su palabra. Le preocupaba cómo estaría su madre. Le preocupaba el Rencuentro.

Los recuerdos no le daban tregua. Los acertijos se sucedían uno tras otro en su camino. Veía muros que escalar, puertas que abrir. Y luego a sí misma, encorvada sobre una caja de madera con un mecanismo secreto, con los dedos crispados, el cuello dolorido, tratando de descubrir cómo abrirla y liberar lo que escondía dentro. Sudaba, atascada, mientras los demás la dejaban atrás. Sin hacer trampas, sin emplear trucos. Simplemente ella no era lo bastante buena.

Si volvía a perder, eso la destrozaría. Si ganaba, estaría de vuelta. No lograba imaginar nada más allá de esos dos finales. Todo lo que venía después era oscuridad.

Las entrevistas terminaron y dejó atrás a la prensa. Gillian se cambió de ropa: se quitó el conjunto pensado para la prensa y se puso ropa cómoda de deporte. En algún momento, la risa de Leah resonó en el pasillo. Gillian asomó la cabeza, pero no vio a Tommy por ninguna parte.

El agente de prensa que le habían asignado la acompañó hasta el Bazar, hasta el perímetro de seguridad. La velada iba a ser festiva: farolillos de papel iluminaban el paseo, y el aire olía a piano y a cóctel. Pero no se permitía que las cámaras entraran dentro. Ni los cónyuges, ni los acompañantes: solo los concursantes originales y un puñado de empleados para el evento. Había famosos y peces gordos del sector hablando en la extensión de césped, pero el protocolo y una seguridad férrea impedían que pasaran más allá. Dos guardias de expresión imperturbable le metieron la cartera y el móvil en una bolsa y comprobaron que la mujer del permiso de conducir de California fuera ella. La miraron con cierto recelo, como si no acabaran de creerse que fuera la niña de doce años de antaño. A decir verdad, Gillian sentía lo mismo.

La acompañaron hasta un pequeño vestíbulo de dos plantas. El interior no era como lo recordaba. El mismo papel pintado oscuro en las paredes, la misma lámpara de araña, la misma consola antigua... Los muebles, sin embargo, estaban dispuestos de otro modo, como si alguien hubiera organizado la habitación a partir de fotos inconexas. Los demás también parecían desconcertados.

Todos los concursantes estaban allí. Mucha licra, ropa deportiva de marca. Gillian llevaba unos pantalones anchos, un top ajustado y una camiseta ligera que se había comprado de rebajas en Forever 21. Sus rivales la miraban. Leah le guiñó un ojo con descaro. Ellsberg la saludó llevándose un dedo a la sien, como quien parodia un saludo militar. Y, apartado del grupo, el premio de Gillian. El hombre que ya había ganado una vez: Tommy.

Llevaba una camiseta técnica de poliéster y pantalones negros de nailon. Se había peinado y parecía relajado, pero seguía teniendo la mirada de un veterano de guerra.

Gillian acortó la distancia que los separaba.

—Veo que has encontrado el sitio.

Él la evaluó de arriba abajo. Su ojo natural, transparente; el otro, en cambio, parecía observarla con desconfianza.

—Hablas igual que Ellsberg —dijo—. Se te ha pegado enseguida.

Su último encuentro en plena calle seguía vivo: la tensión aún flotaba entre los dos. Pero Tommy estaba allí y, de pronto, Gillian cayó en la cuenta: se había ganado los diez mil de Sebastian. Si cumplía su parte, su madre tendría una prórroga. De pronto se sintió eufórica, algo parecido a lo que había experimentado cuando aquel jet despegó del aeropuerto de Los Ángeles. Pero, como entonces, la sensación se disipó enseguida. Diez mil dólares no eran más que una tirita. Un puñado de aspirinas.

—He hecho tus preguntas —dijo—. Evelina, Leah, Ells. Ninguno cree que se haya hecho trampa.

El silencio de Tommy fue como una acusación. Como si pensara que ni siquiera lo había intentado.

Gillian se sintió algo culpable.

—Mira —dijo—, si me dieras acceso a las grabaciones de las pruebas clasificat...

—Tendrás tu dinero, Gillian. Después.

—Yo no he dicho que...

—Después de que gane —la atajó él con la espalda erguida.

—Pareces muy seguro.

—Ya he pasado por esto antes.

«Te voy a dar una paliza», pensó ella. Fue un impulso inmediato e inevitable. Tras solo una semana, el fuego competitivo ardía de nuevo. Si se quedaba, lo sentiría día tras día.

Miró a Tommy. No encontró ni rastro del buen humor de antaño, ni una sonrisa, ni el ofrecimiento de un caramelo. Había deseado aquello de muchas formas —ganar la recompensa, reescribir el pasado—, pero sabía que no era sano, ni para él ni para ella. Intentó intercambiar una mirada, pero él la evitó. Y Leah y Ellsberg también. Aquella noche no había amigos: solo rivales. Iban a competir entre ellos y también consigo mismos. ¿Podían recuperar lo que los había llevado tan lejos de jóvenes? ¿Eran aún lo bastante buenos para ganar?

Por un instante, Gillian quiso convencerlos a todos de que no compitieran. De que se detuvieran. Aquello solo serviría para abrir viejas heridas.

Pero Sebastian eligió ese momento para aparecer en lo alto de las escaleras. Llevaba un traje color frambuesa y una boina burdeos. Se detuvo en el primer peldaño con aire teatral, para que todos pudieran admirarlo. Sonrió desde arriba. Gillian casi podía leerle el pensamiento. Allí estaban otra vez. Sus cuatro hijos, listos para el reto.

Y, de pronto, todas sus dudas se esfumaron. Quería competir. Quería competir y aplastarlos a todos, uno detrás de otro. Sebastian debió de notarlo. Gillian vio brillar la chispa de la astucia en sus ojos y, por un segundo, creyó que bajaría deslizándose por la barandilla de la escalera. Pero aquel hombre rozaba los sesenta, así que se limitó a bajar los escalones con la gracia de un bailarín de claqué.

—Me alegra que hayáis venido —dijo al llegar al último peldaño—. Vais a disfrutar de esta noche.

Se acercó a la puertecita que había al final del pasillo y, tal como había hecho en el primer concurso, extrajo una llave dorada y la introdujo en la cerradura. Los concursantes se alinearon tras él, respetando el orden establecido por las puntuaciones que habían obtenido en la partida de damas.

Cuando la puerta se abrió, Sebastian se hizo a un lado y extendió un brazo. «Después de vosotros».

Y eso fue todo. Sin fanfarrias, sin discursos. Una puerta abierta y lo que fuera que hubiese al otro lado. A pesar de sus reservas, Gillian estaba entusiasmada.

Cruzaron el umbral. Ellsberg primero, Gillian justo detrás. Se detuvieron en un pasillo corto, con una cortina al fondo.

—Todos habéis firmado la exención de responsabilidad —dijo Sebastian, desde el otro lado de la puerta—. Ahora las autorizaciones son digitales; me temo que mis abogados ya no pueden con tanto papeleo. Pero recordad: en este universo, toda diversión conlleva siempre cierto peligro. Id con cuidado. Confiad en vuestro ingenio. Confiad en lo que habéis aprendido. —Hizo una pausa—. O tal vez no.

Sonrió. Y cerró la puerta con firmeza.

—Capullo —murmuró Leah.

Todos se rieron, nerviosos. Y entonces Ellsberg corrió la cortina.

Al otro lado apareció un mundo nuevo. No era la escenografía de antaño. En la sala había cuatro atriles de madera recubiertos de pan de oro y adornados con figuras talladas de esfinges y dragones. Cada atril tenía el nombre de uno de los concursantes grabado en la parte superior, además de una hoja de papel, un tintero y una pluma. En la pared del fondo, aguardaban cuatro puertas. Sin pomos. Solo una ranura fina en cada una.

La nostalgia y la historia que Gillian había vivido allí mismo la clavaron al suelo. Leah, en cambio, corrió a su puesto, seguida de Ellsberg. Gillian por fin arrancó, soltando un taco. Tommy fue el último en alcanzar su atril. El silencio de la sala se rompió con el roce de las plumas sobre el papel. Aún sentían las ansias de ganar. El acertijo de Gillian, quizá exclusivo para ella o tal vez idéntico al de los demás, era un rompecabezas lógico. Le bastó un vistazo para darse cuenta de que el tema estaba diseñado para incomodarla. Después de la semana que había pasado, no obstante, no había rompecabezas capaz de tumbarla.

Al llegar a su Toyota Corolla, Gillian descubre seis notas bajo el limpiaparabrisas. Tres antiguos pasajeros —Brad, Matt y George— quieren comprarle uno de sus fulares.

Nota 1: A George no le gusta el rojo.

Nota 2: El que quiere el fular amarillo no vive en Pasadena.

Nota 3: Uno de ellos pagará 20 dólares por el fular rojo.

Nota 4: El que quiere el azul pagará más que George.

Nota 5: El cliente de Burbank tiene menos de 30 dólares.

Nota 6: El de Inglewood pagará más que Brad.

No era más que un calentamiento. Para resolver un rompecabezas lógico solo había que tener la mente adecuada para saber descomponerlo. Gillian trazó rápidamente la cuadrícula y analizó todas las notas una a una. La 1 y la 4 asignaban el fular amarillo a George. La 2 y la 6 situaban a Brad en Pasadena. El resto encajó enseguida. Gillian sonreía mientras resolvía el problema. Dios, ¡qué bien se sentía! Esa era justo la sensación que había perseguido durante años, pero nunca había sabido cómo reproducirla sin pasar por Sebastian ni por Miscellany. Quizá después de todo este tiempo había encontrado el camino.

Tommy trabajaba en silencio, a su derecha. Su calma debería haberla tranquilizado —era buena señal, tanto para él como para su cuenta bancaria—, pero ¿por qué, de todos los momentos posibles, tenía que recomponerse justo entonces?

Tommy no levantó la vista. Y cuando terminó, salió de la sala y dejó a los demás atrás.

Gillian resolvió su rompecabezas a toda prisa. Cuando introdujo la respuesta en la puerta que le correspondía, se abrió de golpe y ella echó a correr por un pasillo largo y mal iluminado que se iba estrechando a medida que avanzaba. Al final, veía moverse unas sombras alargadas detrás de una puerta giratoria de cristal traslúcido. La empujó. El mecanismo empezó a girar, pero la atrapó en su interior. Gillian dio seis vueltas, bastante segura de que el habitáculo descendía mientras giraba. Cuando por fin se abrió un hueco, entró en una sala que parecía un tablero de ajedrez: todo eran cuadrados blancos y negros. Le pareció que en la estancia había distintos niveles y también paredes, pero el patrón uniforme

dificultaba la percepción de los contornos. Tampoco pudo distinguir ninguna salida.

Una oleada de pánico le heló la piel, pero respiró hondo. Aquello era un rompecabezas. Tenía solución. No todo el mundo podía verla, y precisamente eso le daba fuerzas. Su perseverancia formaba parte de su valía. Sebastian valoraba tanto el proceso como las respuestas.

Se arrodilló en el suelo y empezó a gatear. El contacto con las baldosas la ayudaba a concentrarse. Además, eso la libró de caer en el agujero que se abría cerca de la pared del fondo. Descubrió una escalera con el mismo patrón blanco y negro que la sala, y la bajó con cuidado, cerrando los ojos para no desorientarse. Al llegar abajo encontró más baldosas blancas y negras, pero solo junto a la escalera. Siguió avanzando y entró en una biblioteca inmensa, con las paredes cubiertas de estanterías, desde el suelo hasta el techo.

Había una única salida: una gran puerta de teca maciza, ajada por el tiempo. Gillian trató de hacer girar el pomo, pero estaba cerrada con llave. Debajo del pomo, los creadores de acertijos habían instalado un lector de tarjetas que desentonaba con el entorno. Era evidente que debía de haber una tarjeta o algo parecido en alguna parte. Solo podía estar entre los libros de la sala. Había cientos.

Una larga mesa de biblioteca ocupaba el centro de la estancia. Una sola silla. Y un único folio.

> Un buen libro es la clave de tu educación de muchas maneras, un hecho que conocemos desde los tiempos ROMANOS. Un buen libro puede llegar a ti en cualquier momento, incluso cuando estés a punto de visitar el cementerio, nadie lo puede negar. Encuentra el libro correcto para abrir tu futuro. Quizá empieza con la biografía del PAPA GUERRERO.

Debajo, unas cuantas palabras revueltas.

Ni se molestó en buscar un libro sobre el Papa Guerrero —es decir, Julio II—. En lugar de eso, unió «Julio» a «romanos». Romano Julio. Julio César. Tendría que descifrar el batiburrillo de palabras mediante el sistema César. Por supuesto, el enigma debía de esconder algo más que simples pistas para el cifrado; no se esperaba que los concursantes probaran todas las posibles combinaciones a pico y pala. El propio acertijo les proporcionaría la clave. Y allí estaba, en la primera frase. «Un buen libro es la clave». La expresión «un buen libro» aparecía dos veces. Sospechoso.

Gillian repasó mentalmente sus libros favoritos: si Sebastian conocía su música y su cerveza preferidas, también estaría al tanto de sus lecturas. Tradujo aquellos títulos en números e intentó descodificarlos, pero enseguida comprendió que no tenía la clave correcta. Ningún título encajaba. Frío, frío.

Un buen libro.

«De muchas maneras». Pensó en combinaciones. Seis combinaciones para un cambio de seis, o jugadas difíciles del Craps, un juego de dados: el cuatro, el seis, el ocho o el diez. Y de nuevo, nada. Frustrada, golpeó la mesa. Los demás iban resolviendo sus rompecabezas, avanzando hacia el final.

¿Cómo encajaría no acabar siquiera en segundo lugar?

Estudió el rompecabezas. En este tipo de acertijos, las respuestas tienen su propio ritmo, y suele ser distinto al del texto principal. Leyó las palabras en voz alta. Se detuvo en la frase «nadie lo puede negar». Una elección extraña; le recordó a una canción. ¿«Porque es un muchacho excelente»? No, tenía que ser una frase que se relacionara con el resto del texto.

Cuando, de repente, se le ocurrió la respuesta, estuvo a punto de darse una bofetada. ¡Qué idiota!

«Nadie» y «cementerio». Nadie Owens, el protagonista de *El libro del cementerio*.

El libro del cementerio se convirtió en una serie de números, cada uno de los cuales indicaba la posición que ocupaba la letra correspondiente en el alfabeto. Esos números eran los desplazamientos del texto cifrado. Y así desveló la solución.

SEGUNDO LIBRO PRUEBAS APETITO INCENDIO.

El segundo libro de *Los Juegos del Hambre: En llamas*.

Gillian se acercó a la pared donde los libros estaban ordenados alfabéticamente por su autor. Encontró un ejemplar encuadernado en piel de *En llamas* y lo hojeó hasta que vio caer una fina tarjeta magnética. No sabía cuánto tiempo había pasado, pero registrar toda la biblioteca habría llevado horas, quizá días.

Pasó la tarjeta por el lector negro que había bajo el pomo. La cerradura chasqueó y Gillian cruzó la puerta para enfrentarse al siguiente rompecabezas.

Y, una vez más, Gillian salió en segundo lugar.

Los siguientes acertijos fueron brutales. Más textos desordenados y cifrados con el sistema Vigenère. Una partida de ajedrez. Un muro de escalada con una única vía rápida, revelada en pistas anteriores. Antónimos, sinónimos y anagramas; relacionar banderas con países, superar pruebas de conocimiento y de velocidad; y ella acabó

sudada, cubierta de arañazos y magulladuras, llevada al límite. Le encantaba. Las dudas y los miedos habían desaparecido de su mente. Podía ganar. Ganaría.

Sabía que Tommy iba justo por delante. Se habían visto en el *escape room* ambientada en un casino. Gillian por fin había podido usar su pista del Craps para descubrir la frase de salida entre las múltiples posibilidades. Tommy, estacionado en otra mesa, conseguía una respuesta del crupier de blackjack. Había salido por la puerta un minuto antes que ella, o quizá minuto y medio.

Gillian había recuperado la confianza. Esta vez lo atraparía. Ellsberg podía ahogarse en el Nilo. Ella no se distraería con nada.

El pasillo empezó a inclinarse, hasta llegar a unas escaleras que la conducían cada vez más abajo, hacia las profundidades subterráneas del Bazar. Un escalofrío le recorrió la espalda. Podía haber todo tipo de misterios acechando en la oscuridad, pero Gillian conocía a Sebastian. Hasta entonces todos los rompecabezas que habían ido resolviendo eran de nueva creación: se había transformado el Bazar para ofrecer nuevos retos a los concursantes. Sin embargo, por mucho que Sebastian hablara de forjar el futuro con nuevas ideas, tenía debilidad por el pasado. Así que, como era de esperar, las escaleras se nivelaron. Unas líneas de neón azul recorrían el suelo, en busca de un punto negro lejano, y un rugido apagado resonaba en el pasadizo. El ruido le resultaba familiar. Gillian no se atrevió a aflojar el paso. A pesar de que estaba exhausta, corrió a lo largo del túnel, mirando por encima del hombro para asegurarse de que no la seguían. Pero sabía que el verdadero peligro estaba por llegar.

Y entonces sucedió. El túnel se interrumpió de repente: el borde irregular se asomaba al vacío. La garganta de hormigón

desembocaba en una caverna gigante iluminada por luces LED que colgaban de las estalactitas, como una telaraña luminosa. Chorros de agua caían a un lago turbio desde tuberías interrumpidas, a varios metros por encima de la superficie. Al otro lado, una playa de arena. No era una reproducción exacta del original, pero se acercaba bastante. Gillian podía oírlo en su cabeza: «No lo conseguiste, ¿recuerdas? No pudiste hacerlo». Mano dura. Primero la golpeaba con la verdad y luego la aliviaba con el bálsamo del desafío. «¿O quizá no estás a la altura?».

Gillian se permitió sentir solo cinco segundos de rabia. Luego retrocedió, cerró los puños y se lanzó al vacío.

Cayó. El tiempo se ralentizó lo suficiente como para comprender que podía morir allí mismo. No se había molestado en buscar una alternativa. Una escalera. Otro túnel. No, fiel a su estilo, se había lanzado de cabeza al vacío. ¿Qué sentido tendría su vida si solo había regresado al escenario de su vergüenza para morir en una de las ruedas de hámster de Sebastian? No tenía respuesta.

El agua borró todo pensamiento de su mente. El frío la atravesó. El aire se escapó de sus pulmones cuando el agua helada la comprimió. Se hundió, sin saber dónde estaba la superficie y donde el fondo. Su cuerpo quería agitarse, pero ella se obligó a pensar y empezó a repetir el mantra una y otra vez.

«Vas a ganar, Gillian».

«Vas a ganar».

Se relajó. Dejó que su cuerpo se enderezara por sí solo: el aire que le quedaba en los pulmones tiraba de ella, ansioso por alcanzar la superficie. Echó la cabeza hacia atrás, apartó el agua con los brazos y empezó a sacudir los pies con furia. Las profundidades

negras quedaron atrás, sustituidas por un azul casi caribeño. Sacó la cabeza fuera de la superficie y respiró el precioso aire. Esta vez no había ningún Ellsberg fingiendo ahogarse para distraerla. Solo oía el rugido furioso del agua que caía en la laguna. Aquel lugar era un laberinto de líquido y trampas. Gillian veía correr el agua por las tuberías de PVC que surcaban la caverna, maravillándose de lo lejos que podía llegar Sebastian.

Y entonces lo vio.

Tommy.

Aún llevaba puesta la ropa de entrenamiento, ahora pegada a su cuerpo como una segunda piel. La succión de una de las tuberías lo había arrastrado: la mitad superior de su cuerpo asomaba por encima del nivel del agua, pero sus piernas estaban ocultas en algún punto del conducto. Apenas cabía en el tubo: el polímero transparente le aplastaba la cara. Un grito se le atascó en la garganta cuando lo vio, un lamento desesperado, como si le hubieran roto el tobillo con un golpe brutal. Sin saber cómo, seguía a flote mientras contemplaba la mirada sin vida de Tommy Kundojjala. Parecía sorprendido. El hombre que siempre lo había previsto todo, incluso de niño. Esa era la única vez que lo habían pillado por sorpresa. Y también la última.

Gillian gritó pidiendo ayuda, aun sabiendo que ya era demasiado tarde.

26

La policía estaba por todas partes. Habían invadido Miscellany con sus caras frías y su actitud de indiferencia. Gillian se mantenía en guardia. No debería hablar con la policía, pero Tommy había muerto. Los tenía justo delante, haciéndole preguntas, analizándola, valorando la posibilidad de que hubiera tenido algo que ver con su muerte. Probablemente había sido un accidente. Pero, si no lo era, ¿podría Gillian haberlo matado?

En el primer concurso, Gillian solía pensar que estaba dispuesta a hacer lo que fuera por ganar. Aprendería cualquier idioma, se perdería en cualquier laberinto. Y después de que Ellsberg la traicionara y Tommy consiguiera la victoria, se dijo a sí misma que ella nunca haría según qué cosas. O, al menos, así lo creía. Porque, al volver la vista atrás, oyó aquella voz crítica, incansable, dentro de su cabeza, la que la había acompañado durante todo el solitario viaje en coche de vuelta a casa. Aquella voz —la suya— predicaba otro sermón: Gillian podría haber ganado si hubiera hecho lo necesario. Si hubiera dejado que su amigo se ahogara.

Tommy había acudido a ella movido por la confianza. Necesitaba ayuda. ¿Y qué había hecho Gillian? Nada.

Seguían en el Bazar, de nuevo en la primera planta, en una especie de estudio. Gillian estaba sentada en un sofá, junto a una chimenea falsa que ni siquiera podía encenderse. Los rizos le caían sobre la cara. Tenía una toalla doblada sobre el regazo, aunque ya

llevaba rato fuera del agua y estaba seca. La tristeza no la dejaba respirar, y los miembros le pesaban, doloridos.

Una taza de café apareció junto a su hombro, cortesía de Ellsberg. Los años también habían pasado para él, pero en lugar de aparentar treinta como Gillian, parecía haber cumplido ya los cincuenta. Tenía la piel amarillenta, del color del queso rancio. Ella aceptó la taza que le ofrecía, y Ellsberg se sentó en el sillón orejero, justo enfrente.

—Quiero verlo —dijo Gillian.

Ellsberg dejó el café sobre la mesita auxiliar.

—Estás alterada. Todos lo estamos. —No reaccionó cuando ella le sostuvo la mirada, con el rostro imperturbable. Su acento era más de Alabama que de Alemania, pero seguía siendo impasible—. No dejarán que te acerques al cuerpo.

Gillian tamborileó contra la taza. Necesitaba hacer algo, así que bebió.

—Llevaba cocaína encima —dijo Ellsberg—. Es demasiado pronto para saber si había consumido, pero ya se están haciendo suposiciones. —Sus ojos seguían los movimientos de la policía por el Bazar—. Tenemos cámaras por todo el parque, excepto aquí. Este edificio llevaba cerrado desde el concurso original y se decidió que no eran necesarias. —No parecía creerse del todo esa última parte —. Piensan que ha intentado trepar por la boca de succión del sistema del agua. Hay una rejilla de seguridad, pero si ha pasado de las señales de advertencia, o simplemente no las ha visto, puede que la haya abierto de una patada. —Se rascó la mejilla, y Gillian oyó el ruido de sus uñas contra la barba incipiente—. Lo están tratando como un accidente.

—¿En lugar de qué?

Sus miradas se encontraron. Ellsberg tenía las pupilas vacías y oscuras.

—Suicidio —respondió.

—¿Suicidio? Eso es absurdo.

—Llevo más tiempo que tú lidiando con esto. Piénsalo. Has estado siguiéndolo. ¿Cómo lo has visto estos últimos días? ¿Cómo lo viste en Addison? ¿Te pareció que actuaba como un hombre estable?

Cada fibra de su cuerpo quería levantarse del sofá. Hacer algo. Había estado persiguiendo a Tommy, acosándolo, sin darle respiro. No era la manera de tratar a alguien enfermo. Necesitaba arreglarlo. Ya. Ese mismo día. No entendía que Ellsberg fuera capaz de permanecer tan sereno, con sus dedos pálidos entrelazados sobre su regazo.

—Sebastian está con Evelina —dijo Ellsberg—. Está destrozada. He oído que pedirá una excedencia. El Bazar cerrará de nuevo, claro. Habrá una investigación interna. La hará la policía, por supuesto. No tienes por qué quedarte. —Lo dijo como si le estuviera haciendo un favor.

—No pienso irme. Tengo preguntas.

—No eres detective. No tienes autoridad. —Recuperó su taza y bebió un buen sorbo—. Puedo dejar que te quedes aquí, si eso te ayuda a hacer las paces con lo ocurrido. Lo arreglaremos con el hotel. Leah se ocupará de la policía. Pero no vas a interrogar a nadie. Todo lo que no sea actuar como una amiga preocupada no te compete.

Gillian se levantó. No tenía ni idea de adónde iba. Amiga preocupada.

Ellsberg la observaba como si temiera que fuera a desmoronarse.

—Yo lo convencí para que viniera —logró articular Gillian.

Él seguía observándola.

—Tommy estaba fuera de la empresa. No iba a volver. —Todo aquel tiempo temiendo que Sebastian la arrastrara de nuevo hasta Miscellany y al final había sido ella la que había arrastrado a Tommy —. No dejo de pensar que...

Se interrumpió. Lo que estaba pensando era demasiado horrible.

Ellsberg dejó la taza. Entrelazó los dedos y se apoyó sobre sus rodillas.

—Algunos vamos a reunirnos en el único bar del complejo —dijo —. Tomaremos unas copas... y quizá nos emborrachemos. Recordaremos sus partes buenas.

Gillian se imaginó a Evelina en su casa, rodeada de fotos de su marido. A la amante de Addison, mandando mensajes a un número que nunca contestaría. A Tommy en la acera de Los Ángeles, con aquella sonrisa fácil que aún conservaba después de tantos años, seguro de que podría convencerla de romper su regla número uno solo porque él se lo pedía.

Su madre, esperando que Gillian arreglara el mundo.

Una sensación de fracaso la azotó.

—Lo siento, Gillian —dijo Ellsberg—. De verdad.

Al oír aquellas palabras estuvo a punto de echarse a llorar. Ellsberg, el ser humano. ¡Cuánto lo había echado de menos!

Gillian bajó la cabeza.

27

La noche siguiente celebraron un velorio.

El bar conocido como The Hat era un monumento al éxito de Miscellany, que había acabado esclavizando incluso al gran Sebastian. Siempre había sido un gran admirador de Charles Dodgson, más conocido como Lewis Carroll, el creador de *Alicia en el País de las Maravillas*. Aunque solía ser reacio a beber de la creatividad de otros, Sebastian sentía debilidad por aquel intelectual inglés. Lo admiraba especialmente como *showman*, no solo como el autor de un libro infantil de éxito. El joven Dodgson había publicado una revista de acertijos, organizaba juegos para sus hermanos y había crecido en la pobreza, teniendo que luchar por cada migaja. Era un hombre de múltiples intereses —fotografía, matemáticas, filosofía— con el que Sebastian encontraba obvias similitudes. En su día, había imaginado toda una zona del parque reservada para él: MAD (Miscellany After Dark). Pero, aunque las aventuras literarias de Alicia seguían siendo populares, la sombra de la sospecha cayó sobre su autor. Algunos diarios ponían en duda su relación con los niños, y la sociedad moderna no sabía muy bien qué hacer con un hombre que se vinculaba tanto con ellos. Los asesores de Sebastian se lo dejaron bien claro: cualquier comparación con Lewis Carroll sería letal. MAD fue desmantelado incluso antes de empezar. El único homenaje que sobrevivió a su afición por Carroll era aquel bar de estilo victoriano.

Gillian siguió a Ellsberg hasta el interior del local. Estaba lleno hasta los topes de trajes negros y rostros sombríos. No había llevado ropa adecuada para un funeral, así que se puso lo más formal que había encontrado en la maleta: el mismo conjunto blanco y negro que había elegido para desayunar con June. De algún modo funcionaba. Aquel atuendo no la representaba, pero la mantenía a salvo de sus emociones.

Ellsberg estaba a su lado. Tenía un aspecto casi elegante con su traje de distintos tonos grises, la corbata estrecha y el pañuelo perfectamente doblado que sobresalía de su bolsillo. Estaba en su elemento, repartiendo abrazos y apretones de manos. Gillian, en cambio, se limitaba a levantar ligeramente la barbilla; se sentía más cómoda manteniendo las distancias. Temía que el contacto humano rompiera el hechizo, que desatara todos los demonios que a duras penas conseguía contener.

Si ella nunca hubiera regresado, ¿habría Tommy encontrado ayuda en otra persona, la ayuda que realmente necesitaba?

Cuando Ellsberg se quedó atrapado en una conversación, se separaron. Gillian flotó entre un mar de rostros afligidos, todos compañeros de Tommy en Miscellany. Aunque para ella eran desconocidos, todos la reconocían y creían saber cómo se sentía. Vio a Leah sentada a la barra: en lugar de vestido, aquella noche llevaba unos vaqueros negros y una chaqueta de cuero. Hablaba por teléfono, con la mirada perdida en el vacío mientras se mordía la uña del pulgar. Gillian no veía a Evelina por ninguna parte, aunque tampoco le extrañó. Había tratado de llamarla, pero solo le respondió el buzón de voz: el mensaje de saludo era agradable, casi alegre. Colgó sin dejar ningún mensaje.

Encontró a Sebastian al fondo del local. Estaba solo, sentado junto a la ventana, ajeno al bullicio. No apartaba la mirada de la estructura con forma de estrella que tenía delante: era uno de esos juegos magnéticos de escritorio. A su lado, un té helado; el hielo se derretía y bajo el vaso se había formado un charco de condensación. La gente se le acercaba y le posaba una mano sobre el hombro, le daba el pésame, pero él apenas respondía. Seguía sentado a la mesa, junto a un segundo asiento vacío que no ofrecía a nadie. Parecía ausente. Extrañamente desarmado, derrotado.

Después de un momento de vacilación, Gillian se abrió paso entre la multitud y retiró la silla libre.

La cima de la estructura magnética era estrecha, y en ella se alzaba un chapitel rematado por dos piezas metálicas alargadas. La base estaba prácticamente completa: todo lo que Sebastian añadiera a partir de entonces sería ornamentación, y haría que la estructura fuera cada vez más inestable. Aun así, la coronó con otra pieza metálica alargada, frunciendo el ceño en un gesto de concentración. Por un instante el chapitel tembló, pero resistió. Sebastian apenas lo notó; ya estaba eligiendo la siguiente pieza magnética.

A pesar de las apariencias, tenía protección. Detrás de él, en el rincón donde la barra se encontraba con la pared, estaba Jackie Álvarez, tomándose un vaso de agua mientras vigilaba la sala. Cuando vio a Gillian, apenas levantó el mentón, con el aire desafiante del que está listo para un segundo asalto. Gillian desvió la mirada.

—Le fallé —dijo Sebastian, haciendo girar la pieza magnética entre sus dedos enguantados—. Con todos los recursos que tengo a mi alcance, y aun así le fallé.

La estructura magnética tembló: el equilibrio era precario. ¡Qué fácil sería echar abajo todo lo que Sebastian había construido! El impulso de destruir su creación era tan fuerte que Gillian cerró las manos con fuerza bajo la mesa.

—¿No discrepas? —preguntó él.

—Todos le fallamos —respondió ella—. Los únicos que sabíamos lo dura que era esta vida, la presión constante a la que estaba sometido... y aun así lo tratamos como si fuera invencible. Como si fuera Superman.

Sebastian se quedó sin palabras. Miró por la ventana, hacia su parque vacío. El recinto había cerrado temprano.

—¿A ti también te he fallado? —preguntó.

Gillian pensó en todo lo que le habría soltado si le hubiera hecho esa pregunta una semana antes. Ahora, en cambio, sus emociones eran un caos. Estaba enfadada con Sebastian, pero todavía lo estaba más consigo misma.

—Me presionaste —dijo.

—No me arrepiento de eso. Me arrepiento de no haberte tendido la mano. Podría haberte traído de vuelta. Podría haberte ofrecido palabras de consuelo. O, más que palabras, podría haber actuado. Pero te dejé marchar.

—No habrías podido detenerme.

—Podría haberlo intentado. No sé si lo sabes, pero tengo un jet. Podría haber ido a Los Ángeles. Es posible localizar a todo el mundo, incluso a Gillian Charles.

No sabía cómo defenderse de esa versión de Sebastian: el hombre que siempre había despreciado las muestras de debilidad, ahora abrazaba la incertidumbre del arrepentimiento. Gillian apartó la

mirada. La vulnerabilidad de Sebastian la incomodaba, le chocaba demasiado.

—De todos modos —dijo él golpeando la pieza contra la mesa—, esto es distinto. Tú sí te acercaste a Tommy. Sé que hablaste con él sobre su adicción; lo hiciste tú y también Evelina. Quizá lo traté con demasiada delicadeza. Tal vez una conversación directa podría haber cambiado algo antes de que fuera demasiado tarde.

Gillian recordó al hombre con el que habló delante de la casa de Jessyca: el concursante renacido, desafiante, dispuesto a provocar a Miscellany para que lo escuchara.

—No creo que haya sido un suicidio.

—No. Ha sido un accidente. Ya se lo he dicho a la policía. Se lo he dicho antes de que ninguno de vosotros entrara a inspeccionar el edificio. Se suponía que había que revisar la caverna y los conductos del agua. —Apretó la pieza de metal como si estrangulara a alguien —. No debería haber podido retirar esa rejilla. Habrá consecuencias, Gillian. Puedes estar segura de eso. —Miró a Jackie por encima del hombro. Ella le señaló la esfera de su reloj—. Empezando por mí.

Se levantó, y la escultura que había dejado sobre la mesa se tambaleó, sin llegar a perder el equilibrio.

—No sé qué quieres decir con eso —dijo Gillian.

—Quiero decir que haré lo que debí hacer hace meses: cancelar la Segunda Temporada.

Justo cuando creía que lo conocía, Sebastian decía algo que la desconcertaba.

—Eso no parece propio de ti.

—Lo que le encomendé a Tommy era como los trabajos de Hércules. Tanto él como un centenar de personas más se dejaron la

piel para llevar a cabo una tarea imposible. ¿Y para qué? Tenemos quejas, demandas. Este no es el mundo que imaginaba. Cerraremos el asunto y asumiremos las pérdidas. Los inversores aceptarán en cuanto vean que es la opción más segura. Revisión de expectativas. Evelina y Leah ya están redactando la nota de prensa.

Gillian intentaba seguirlo, pero le costaba funcionar con agilidad, como si estuviera atravesando cortinas pesadas.

—Vas a cancelar la Segunda Temporada y ¿también vas a llegar a un acuerdo con los Navarro?

—Con cada minuto que pasa, la tragedia es mayor. No pienso permitirlo.

Miró a Jackie asintiendo con la cabeza y ella avisó al camarero y describió un círculo con el dedo. Era hora de cerrar.

—¿Puedo hacer algo por ti? —preguntó Sebastian.

«Haz que Tommy vuelva», pensó ella. Pero no lo dijo.

—Me quedaré unos días en el Leonardo. Quiero ver cómo están Evelina y los demás.

Sebastian esbozó una sonrisa cansada.

—Sabía que te habías implicado. Te alojaremos en un lugar más estable. En realidad, debería haberlo hecho ya. Me encargaré de ello. Mientras tanto, estoy seguro de que nos serás de ayuda a todos. —Lanzó la última pieza contra la estrella magnética y toda la estructura se vino abajo—. Ojalá Tommy te hubiera escuchado.

Gillian los observó mientras se alejaban, con Jackie al frente.

Había sido la conversación más humana que había mantenido nunca con Sebastian. El tipo de conversación que siempre había deseado.

Había regresado a casa y había visto cumplidos sus sueños de Miscellany.

Pero no se sentía mejor.

28

Gillian solía ser más de cerveza, pero el *gimlet* estaba bastante bueno. Bebió un trago y se entretuvo mirando a la pareja que estaba sentada al otro lado de la mesa, uno junto al otro, como un matrimonio de muchos años: Ellsberg, con un tequila Manhattan, ligeramente inclinado hacia babor, y Leah, apurando un Balvenie mientras doblaba y desdoblaba una servilleta una y otra vez. Ya avanzada la noche, empezaron a contarse historias sobre Tommy. «¿Recuerdas cuando hizo un agujero en el laberinto de maíz? ¿Y ese apretón de manos tan efusivo?». Gillian se enfrentaba a algunas lagunas, a todos los años en que no había visto a sus compañeros. Pero consiguió sorprenderlos con la revelación sobre Jessyca.

—¿Su secretaria? —preguntó Leah, negando con la cabeza mientras recorría con el pulgar el pliegue de la última servilleta—. No me extraña que Evelina esté tan furiosa.

—No creo que lo sepa.

—Es una mujer lista. Tiene que sospecharlo.

—La gente lista se cuenta a sí misma todo tipo de mentiras.

Leah sacudió la cabeza de nuevo, tal vez por desacuerdo o quizá por asco. La mezcla de la abogacía y el whisky la hacía implacable.

Ellsberg, por su parte, permanecía en silencio, sin apenas tocar su bebida. Gillian lo observaba: con aquel bolígrafo detrás de la oreja, podría haber pasado por el atribulado gerente de cualquier

compañía de seguros. Dos personas que habían pasado por la máquina de Miscellany con resultados completamente diferentes.

El alcohol facilitaba la conversación. Empezaron a rellenar los períodos de tiempo que habían pasado separados. Leah vivía casi exclusivamente en Manhattan, soltera y feliz de estarlo. Ellsberg, en un piso del centro, y cuando le preguntaban si había una señora o un señor Ellsberg, respondía, enigmático: «No soy un estanque, así que no trates de pescar nada». La charla entre los tres fluía con la misma facilidad de siempre: era como ir en bicicleta, requería tan poco esfuerzo como resolver los acertijos de *Alicia en el país de las maravillas* que había colgados en las paredes. Gillian se los sabía todos de memoria, igual que Ellsberg y Leah. El enigma del Sombrerero: «¿Por qué un cuervo se parece a un escritorio?». A veces las preguntas son como las personas: no tienen respuesta.

Se oía un piano de fondo. No era en directo: probablemente se trataba de alguna lista de Spotify con temática victoriana. Ellsberg dejó el vaso sobre la mesa y se quedó mirando la pared donde estaba colgado el acertijo. Leah echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos, dejando que el whisky hiciera su efecto. De repente, a Gillian se le pasaron las ganas de seguir odiando a Ellsberg y a Leah. Tommy ya no estaba entre ellos. Ya había perdido suficiente tiempo.

Ellsberg rompió el silencio.

—Yo también dejé todo esto una vez.

—¿De verdad? —preguntó Gillian.

—De verdad. —Se le escapó el acento de Alabama—. Pensé que debía hacerlo. Tú te habías ido. Leah se había tomado un descanso.

—Fiscalía —aclaró ella sin abrir los ojos—. Dos años.

Ellsberg hizo un gesto, como diciendo: «Ya lo ves».

—No hace falta seguir aquí para formar parte de la familia. Pensé que era hora de dejar el nido. Hacer algo con sentido.

—¿Y qué hiciste?

Leah contestó por él:

—Entró en el FBI.

Ellsberg permanecía tan serio que Gillian le preguntó:

—¿Y pasaste las pruebas físicas?

Su acento se impuso con toda su fuerza.

—Con todos mis respetos: ¡vete a la mierda!

Gillian alzó su vaso a modo de brindis, y él hizo lo mismo. Los dos bebieron, pero Ellsberg seguía pensativo.

—No fue lo que me esperaba —admitió.

—¿A qué te refieres?

—A trabajar para el Gobierno. Pensé que podría marcar la diferencia.

Leah entreabrió un ojo.

—Qué optimista el joven Marty Ellsberg.

Al oír ese apodo, Ellsberg frunció el ceño.

—Sebastian nos moldeó para poder usar nuestros talentos. Yo tenía propuestas sobre contraterrorismo, sobre cómo negociar la liberación de rehenes. Pero no quisieron escucharme.

—Es increíble que no reorganizaran todo el departamento en función de lo que decía el nuevo.

Ellsberg se encogió de hombros.

—Aquí, en cambio, confían en mí. Sebastian me escucha. El equipo de Miscellany valora mis aportaciones. Y estoy encantado con el sueldo, no te voy a mentir, pero al final del día, cuando me

acuesto en la cama, me pregunto: ¿realmente tengo alguna influencia?, ¿mis acciones suponen alguna diferencia?

Aquella conversación despertó en Gillian todas las ambiciones dormidas: volar de costa a costa en un jet de lujo, mientras una azafata le servía cruasanes o estimulantes; asistir a reuniones donde la gente callara cuando ella hablaba; contemplar cómo los niños se enfrentaban a los acertijos que había diseñado, frustrados y al mismo tiempo entusiasmados; dar clases en Rice, Carnegie Mellon, el MIT o Stanford; resolver problemas que importaran de verdad.

Gillian empezó a toquetearse las cutículas. Sebastian sabía que todo aquello la tentaría: la promesa de Miscellany era una telaraña multicolor en la que caería atrapada de cuatro patas.

Ellsberg la observaba desde el otro lado de la mesa.

—Tommy creía que tú marcarías la diferencia.

—Para —lo atajó Gillian, escondiendo las manos bajo la mesa.

—En serio, lo creía —insistió él, con la mirada perdida, como si estuviera viendo el fantasma de su amigo—. ¿Te dijo la respuesta?

—¿La respuesta a qué?

—Al primer acertijo. El 2871.

—¿Qué? No.

Leah salió de su letargo y abrió los ojos, interesada. Ellsberg empezó a hablar con cautela:

—Tommy no sabía a ciencia cierta si lo habías visto. Dijo que estabas atascada, tal como él había planeado, pero luego se sintió mal. No quería que te eliminaran del Certamen, todavía no. Así que te susurró la respuesta.

Todos los años transcurridos desaparecieron de golpe. Gillian volvió a ver a aquel chico que había dejado atrás en la primera sala,

el que parecía nervioso, incluso preocupado. Pero había atribuido aquellas emociones al miedo. Y ahora... Un frío helado le recorrió las venas.

—Me dio la respuesta.

—Pero tú ya la tenías —dijo Ellsberg con suavidad.

—Pero me la dijo —replicó ella.

—Tomas dijo que ya te estabas yendo. Que fue una tontería. Que se avergonzó de haberlo hecho, y con razón. No necesitabas su ayuda para nada.

Aquel último comentario tal vez fuera una observación de Tommy. O quizá de Ellsberg.

—Siempre se preguntó si tú te habías dado cuenta —añadió—. Y si lo habías estado protegiendo con tu silencio.

Gillian se limitó a negar con la cabeza. Estaba atónita. Rodeó la copa con los dedos y se quedó mirando el líquido amarillento y turbio.

«Joder, Tommy».

Leah la había estado observando con una lucidez insólita teniendo en cuenta todo lo que había bebido. Plantó el vaso sobre la mesa, rompiendo el hechizo.

—¿Cuándo fue la última vez que hiciste un rompecabezas? —preguntó.

—¿Cómo?

—¿Un puzle de toda la vida? ¿Un sudoku? ¿Al menos habrás visto *Jeopardy*?

Gillian, medio paralizada, no respondió.

—Es una buena pregunta —intervino Ellsberg.

Los dos haciendo piña. Joder.

—Hace tres días —respondió Gillian—. Ayudándote a salvar tu culo.

Leah sonrió con suficiencia.

—Es normal que nuestra pequeña Gilly tenga miedo.

Le pareció que el local estaba más silencioso.

—Leah —dijo Gillian—, eres abogada en el sector del espectáculo. Te pasas el día... ¿qué?, ¿pendiente de Twitter?

Ellsberg soltó una risita mientras Leah la miraba con desconcierto. Luego alargó la mano para quitarle a Ellsberg el bolígrafo de detrás de la oreja, desplegó la servilleta que había doblado con tanto esmero y empezó a escribir.

—2009. Reunión de antiguos alumnos de Beta Alpha Psi. Gané a cincuenta, con tres chupitos de whisky encima —dijo mientras escribía, poseída. Cuando terminó, dio un golpe seco sobre la mesa y giró la servilleta para que Gillian leyera lo que había escrito.

> Diez universitarios fumados están en una tienda de campaña, a oscuras. Se han quitado las gorras: algunas son rojas, otras azules. Ahora cada uno debe ponerse una, salir de la tienda, y agruparse con quien lleve la gorra del mismo color. No saben cuántas gorras de cada hay. Están demasiado fumados para mirar la que se han puesto. Y, una vez fuera, no pueden hablar, o quedará claro que van colocados. Si los pillan, los suspenden del equipo de lacrosse. Si se equivocan al agruparse, también. Pero son estudiantes de Finanzas de la Universidad de Virginia. ¿Cómo consiguen salir impunes?

Leah sonreía con satisfacción.

—El sitio estaba lleno de exalumnos de la Universidad de Virginia. ¿Qué puedo decir?

Gillian recordaba una versión de aquel mismo acertijo, una en clave de terror: cien chicas escapando de un asesino en serie.

Ellsberg fue el primero en lanzarse, mientras una sonrisa se extendía poco a poco por su cara alargada.

—Salen uno a uno —dijo—. Imagina que el primero lleva una gorra roja. El siguiente, que lleva una azul, se pone a su lado. El tercero sale, ve al tío de la gorra roja y al de la azul, y se coloca entre ellos. El siguiente hace lo mismo: se pone entre el tío que lleva la gorra roja y el tío que lleva la azul. Al final, los diez tíos se han colocado solos en los grupos correctos.

Oír a Ellsberg repetir «tío» una y otra vez no tenía precio. Incluso Leah parecía divertirse.

—Incluso el vigilante del centro comercial sabe resolver acertijos —dijo—. Cuando no hay presión.

Ellsberg dejó que el reto flotara en el aire un instante.

—Yo gané un concurso de rimas humorísticas —dijo entonces.

Leah y Gillian se miraron sin dar crédito.

—No me jodas —soltó Gillian.

—En el aparcamiento de un bar, en Cedar Springs. En febrero de mi primer año en Miscellany. Doce grados bajo cero. Tres tipos dijeron algo desagradable y los desafié a un duelo de ingenio.

Leah soltó una carcajada inclinándose sobre su copa. Gillian la hizo callar con un gesto.

—¿El típico que comienza con «Había un hombre de Nantucket»? Eso no cuenta.

—Uno empieza, el otro termina. Hasta que alguien se queda sin rima.

Era evidente que Ellsberg se moría de ganas de continuar.

—¿Y cuáles eran los versos? —preguntó Gillian.

Ellsberg levantó la barbilla con solemnidad:

—Un joven marinero llamado Martín, bailaba el fandango sobre un patín, pero tropezó con sus cordones y se aplastó los cojones...

—Y ya ninguna chica quiso tocarle su calcetín —remató Leah, estallando en una risa.

Los dos se desternillaban mientras Gillian los miraba, sin dar crédito. Luego, poco a poco, se rindió y acabó riéndose con ellos.

Eso. Eso era lo que había echado tanto de menos. Cuando huyó de Miscellany y de Sebastian, también dejó atrás a su gente. Su tribu.

Leah señaló a Ellsberg con un dedo tambaleante y los ojos enturbiados por el alcohol. «Espera, espera...». Se abrió el cuello de la blusa, dejando al descubierto un hombro desnudo y el tirante rojo del sujetador. En la piel, tenía tatuada una inscripción en caracteres navajos.

—El padre del tipo que me lo hizo había sido uno de esos soldados navajos que transmitían mensajes codificados en su lengua. Lo hicimos por una apuesta. Dijo que pararía cuando resolviera el acertijo... sin mirar. Tenía que resolverlo mientras me tatuaba.

El respeto —y también el miedo— que le inspiraba Leah habían empujado a la joven Gillian a aprender un poco de navajo. No pensaba darle cancha, ni de coña. Enseguida tradujo las palabras:

> Si mientes, te ahorcaremos.
> Si dices la verdad, te dispararemos.

Gillian la miró a los ojos.

—Me ahorcaréis.

Satisfecha, Leah volvió a colocarse la blusa.

—¿Qué dijo el prisionero para salvarse? Técnicamente respondí después de que hubiera tatuado «te disparar...». Pero le obligué a terminar la palabra.

Siguieron bebiendo. Intercambiando miradas como si fueran las tres personas más listas del local, y tal vez lo eran. Gillian notó el cálido abrazo de la amistad. Bajó la mirada para que no vieran lo que sentía: arrepentimiento. Arrepentimiento por la vida que había abandonado.

Ellsberg se enderezó, sacando pecho. Aquel alemán de Alabama parecía un mayordomo inglés sacudiéndose de encima siglos de polvo.

—Os gano a las dos —dijo—. Mi primer desafío en Miscellany. Había que subir un acertijo a la web. Muchos lo hicieron. El mío ganó. Así que soy responsable del enigma más importante en la historia de Miscellany.

Esperaron. Ellsberg estaba completamente serio.

—*Exiguum corpus, sed cor mihi corpore maius* —dijo—. *Sum versuta dolis, arguto callida sensu*.

El puto acertijo de la taza. Gillian se echó a reír, porque, ¿qué otra cosa podía hacer? Se unió a él.

—*Et fera sum sapiens, sapiens fera si qua vocatur.* —Los dos alzaron sus copas—. *Vulpes*!

Gillian y Ellsberg se reían como si hubieran descifrado la piedra Rosetta del humor.

En su rincón, Leah también sonreía, pero con melancolía.

—Sebastian me presentó ese enigma el día de la entrevista. En el CD.

Ellsberg no le estaba prestando atención. Se recostó y, con una sonrisa perezosa en el rostro, dijo:

—No creo que nadie sufriera más que yo con ese ejercicio.

Leah ladeó la cabeza, escuchándolo, aunque sin darle la razón.

—Yo fui la última —dijo—. El equipo de grabación se había pasado todo el día tratando con críos y ya estaban agotados. Fue uno de esos veranos infernales de Texas, con mil grados a la sombra y el aire acondicionado sin dar abasto. Y entonces apareció Sebastian. Podía sentir la tensión en la piel. Le gritó a un asistente y luego se sentó a mi lado.

Ellsberg dejó de sonreír.

—Al principio me ignoró: se limitaba a hablar con los técnicos —continuó Leah—. «Espero que la mezcla de hoy no esté tan mal como la de ayer. Yo mismo podría haberlo hecho mejor. ¡Que no es tan difícil!». Pero al final acabamos hablando. «¿Qué quieres ser de mayor?», me preguntó. Y yo, creyéndome muy lista, le solté mi típica coletilla: «Eso no es asunto tuyo». Y entonces me dio el acertijo. Mi latín siempre ha sido penoso; ¿una lengua muerta? ¿A quién le importa eso? Así que me quedé atascada, claro, incapaz de traducirlo y, por supuesto, tampoco puede dar con la solución. Me dejó allí sufriendo. Cinco minutos. Diez. Se hicieron las siete y el calor todavía era insoportable: treinta y siete grados. Sebastian me repitió el enigma, como si yo no lo hubiera oído. «No lo sé —le dije —. Lo siento». Y me eché a llorar. Le rogué que me dejase marchar a casa. Por la cara que puso, me pareció que hubiera preferido que le vomitase encima de los zapatos. Estuvimos en el estudio de grabación cuatro horas. Durante todo ese tiempo, Sebastian siguió trabajando desde el móvil, tecleando, escribiendo acertijos, cerrando

tratos. Lo cierto era que trabajaba como un loco. Ni siquiera se quitó la chaqueta. Botones de estaño, traje de lana. Cuatro horas. Aquel mismo día había posado para la portada de la revista *Time*.

Gillian era incapaz de moverse, como si la hubieran clavado al asiento.

—Necesitaba ir al baño: me había bebido unas tres botellas de agua antes de empezar la sesión. Sebastian me miró como si lo supiera. ¿Se hará pis encima? ¿Se rendirá? Y le daba igual una cosa que la otra. Bueno, no, no es eso. Creía que yo no aguantaría. Y quería que lo viera con mis propios ojos. ¿Qué debía hacer, si nadie creía en mí?

Gillian se sintió invadida. Leah hablaba en primera persona, pero Gillian tenía la sensación de que se refería a ella.

—Cuatro horas. Tenía la cara encendida por la vergüenza, rodeada de adultos que no se dignaban a mover un dedo. Una mujer me ofreció agua (Sebastian se lo permitió). Cuando se me acercó, chasqueó la lengua y entonces me di cuenta: me había meado encima. La miré, con miedo a que dijera algo. A que Sebastian se enterara. Dejó el vaso. Por supuesto, ni lo toqué.

Gillian miró a Ellsberg. Nunca había oído aquella historia y, a juzgar por la expresión de su amigo, él tampoco.

—Cuatro horas. Al cabo de esas cuatro horas, por fin me fijé en el pañuelo que llevaba en el bolsillo. En el zorro que tenía bordado, congelado en pleno salto. ¿Por qué había elegido zorros...? En las historias navajas, los zorros pueden ser buenos o malos, pero mi tío era trampero y siempre decía que, en realidad, los zorros son alimañas. Su piel no vale nada. Siempre dije que esa obsesión de Sebastian por los zorros era una muestra de que no sabía lo que

hacía. Y estoy segura de que me oyó. Y, por supuesto, sabía que mi latín dejaba mucho que desear.

Leah dio un trago de whisky.

—Aprendí latín —dijo—. Ovidio. Virgilio. Incluso me especialicé en esa lengua en la universidad, y ni siquiera me dedico al derecho constitucional. —Bebió otra vez—. En realidad, Sebastian me hizo un favor. En el Certamen cada uno tenía que espabilarse solo. Como en la vida.

Leah miró a Gillian, sentada al otro lado de la mesa. Otra lección impartida con éxito.

—Ganamos o morimos.

29

Al cabo de un rato, Gillian salió afuera. Corría demasiada ginebra por sus venas, y el bar empezaba a resultarle sofocante y claustrofóbico. Aun así, lo que realmente la empujó a abandonar su asiento fue el sentimiento de culpa.

Su boca la había traicionado. Unos pocos minutos con Leah y Ellsberg, y ya les había soltado lo de la aventura de Tommy. Su amigo apenas llevaba un día muerto y ella se dedicaba a chismorrear en su propio velorio. Asqueroso.

Y lo peor era que había empezado a pasárselo bien, a fantasear con quedarse allí.

Cerró los ojos y dejó que su cuerpo buscara el equilibrio por sí solo. ¿Seguiría en pie o acabaría cayendo de bruces en el suelo?

Se tambaleó. Esperó. Volvió a tambalearse.

Estaba a punto de desplomarse.

De regreso al hotel, Gillian vio a Evelina. Iba vestida con sencillez, pero seguía siendo elegante: pantalones negros, tacones altos, y un chaleco de lino también negro que dejaba ver áreas estratégicas de su piel pálida. Incluso de luto, parecía lista para pasearse por una pasarela.

Ya fuera por el alcohol o por la sensación de estar al margen, Gillian decidió seguirla.

Como el parque estaba desierto, la jefa de relaciones públicas podía avanzar en línea recta, con decisión. Pasó por delante del Pabellón donde se había celebrado la fiesta de inauguración, perdida ya en el tiempo, y se detuvo para quitarse los zapatos de tacones. Abandonó el camino y bajó por una colina. Se dirigía hacia una estructura oscura y familiar. Gillian fue tras ella, de puntillas. Recordaba aquella parte del parque. Recordaba el Laberinto.

El Laberinto era otra de las atracciones originales del parque, aunque había cambiado en los últimos dieciocho años. Gillian recordaba un enredo de muros vegetales, de tejos imponentes que se alzaban por encima de su cabeza. Compactos, impenetrables, lúgubres. Ahora era un laberinto de paredes de maíz: sus tallos interminables se mecían al viento creando zonas oscuras entre sus cuerpos oscilantes. Era más ligero que el antiguo, pero si te detenías a escuchar, tenías la sensación de que todo el maizal se movía, acercándose poco a poco hacia ti. Completar un recorrido por el Laberinto original podía suponer hasta media hora, y era habitual que algún empleado de Miscellany tuviera que intervenir para sacarte de allí: el parque no podía permitirse que los visitantes se quedaran ahí atrapados más de treinta minutos. Los concursantes, por supuesto, debían encontrar la salida en menos de cinco, y los mejores, en menos de dos.

A cada lado de la entrada se alzaba un poste y en la cadena que colgaba entre los dos había un cartel que rezaba: «cerrado».

Evelina sabía que la seguían. Con los zapatos de tacones colgando entre los dedos, se detuvo ante la cadena y miró por encima del hombro.

—Nunca había estado aquí de noche —dijo, con los ojos brillantes —. Debe de ser divertido explorarlo.

A pesar de todo —la muerte de su marido, el desgaste de trabajar en Miscellany, viendo cómo se hacía la «magia» día tras día—, Evelina conservaba una especie de asombro infantil. Gillian deseó con todas sus fuerzas recuperar a la niña de doce años que había sido, con sus trenzas ridículas y todo lo demás.

—Sebastian lo ha cambiado: es distinto del de mi época —dijo Gillian.

—No es difícil encontrar la salida, ¿no? Basta con mantener una mano en la pared y seguirla hasta el final.

—Nueve de cada diez veces, sí. Pero los laberintos de Sebastian son un poco traicioneros. Te sorprende con fosos. Túneles, puentes, muros de espinas. Fuego.

Evelina sonrió con complicidad.

—El último día de Acción de Gracias hicimos una fiesta de empresa, un festival de otoño. Sin rituales paganos ni nada de eso, aunque la verdad es que habría sido genial. —Soltó una risa inesperada que se extendió por el césped—. Fue una especie de olimpiada. Nada de carreras de sacos, todo muy Miscellany: sudokus, acrósticos..., cosas bastante normales, porque no todos los empleados están a la altura de los concursantes, ya me entiendes. Pero la final se celebró en el Laberinto. En aquella época todavía no se había plantado el maíz y era todo de bloques de hormigón hueco. Cuando los participantes estuvieron dentro, sellamos la entrada. El ganador no salió hasta al cabo de tres horas. —Se tapó la boca con la mano, como si fuera a contar un secreto—. Tuvimos que mover

las paredes, y para ello contratamos a un centenar de trabajadores temporales.

Gillian estuvo a punto de poner los ojos en blanco, pero enseguida empezó a pensar en cómo hubiera resuelto ella aquel desafío.

—Muy propio de Sebastian —dijo.

—No. En realidad lo de las paredes fue idea de Tommy. —Evelina guardó silencio y levantó la mirada hacia aquella masa inmensa de naturaleza en movimiento—. Siempre tenía muy buenas ideas.

Gillian no supo qué decir. Lo había visto con su amante. ¿Qué podía decirle a su esposa, una mujer que lo echaba tanto de menos como para plantarse en un campo de maíz en plena noche solo para sentirlo cerca? Gillian apreciaba a Evelina, la apreciaba de verdad. Era una mezcla interesante de glamur y sencillez, alguien encantador que no se dejaba intimidar por los antiguos niños prodigio. Tommy no la merecía.

De pronto, una objeción apareció en su mente: la voz de aquella niña que nunca había dejado de creer en ella.

«Evelina sabe lo de Target Practice».

Gillian se le acercó.

—¿La policía sabe lo que pasó? —preguntó.

—¿La policía? —repitió, con desprecio—. No da respuestas, solo cuenta historias. «¿Sabía usted que su marido consumía drogas, señora? ¿Sabía que la noche del Reencuentro consumió?». Como si no pudiera conectar los puntos. —Dejó que los zapatos colgaran de sus dedos—. Mi abuela, que nació y se crio en Moscú, siempre lo decía: la policía no encuentra a la gente. Explica por qué no está desaparecida.

—Totalmente —dijo Gillian, y esperó unos segundos, el tiempo que le pareció respetuoso—. ¿No creerás que él...?

—Accidente —la atajó con firmeza—. Provocado por su enfermedad.

Guardaron silencio.

—Antes de que él... —Evelina paseó la mirada por los tallos de maíz, buscando respuestas—. ¿Llegaste a hablar con Tommy?

La pregunta no era extraña: una viuda en duelo recopilando recuerdos.

—No mucho. Apenas hubo tiempo.

—¿Y con tus compañeros de concurso, Leah y el Capitán Curioso?

Gillian se rio.

—Voy a llamarle así a la cara —dijo, refiriéndose a Ellsberg. Hizo una pausa y pensó en qué podía desvelarle—: Verás, Tommy sí mencionó algo. No me dijo gran cosa, pero quizá a ti te suene. Target Practice.

—Ah. —Evelina enarcó un momento las cejas, pero enseguida volvieron a su posición—. Target Practice era una de las pruebas clasificatorias. Pistolas en un lado, dianas en el otro, y letras colgando en medio. Todo decorado. Las pistolas eran de plástico y las letras estaban sujetas al techo con cuerdas. Trazabas el recorrido de una bala imaginaria hasta la diana correcta. —Levantó la mano y dibujó en el aire los puntos imaginarios—. Las letras que te encontrabas en el trayecto formaban las respuestas. —Sus labios se fruncieron en una línea fina—. Hay expresiones que usamos sin pensar en su significado, o al menos eso me ocurre a mí. Y, vale, no se deben usar, por supuesto que no. Pero la gente es humana y comete errores. Así que dimos una respuesta que no deberíamos

haber dado. «Ni un solo rojo». En realidad se refería a los céntimos de cobre, pero a los indios americanos les puede parecer un insulto. Se trata de una cita histórica atribuida a Robert Goodloe Harper. «Millones para defensa, pero ni un solo rojo (o céntimo rojo) para sobornos». No es que Miscellany quisiera viajar en el tiempo y respaldar ese sentimiento. En cualquier caso, esa era la pregunta: «Millones para la defensa. Punto, punto, punto». La respuesta era «Ni un solo rojo».

—No lo entiendo —dijo Gillian.

—Nunca llegamos a preparar esa pregunta. No formaba parte de la prueba clasificatoria.

Gillian se la quedó mirando, perpleja.

—La pregunta de Harper se retiró a última hora, aquella misma mañana. Lo hizo alguien de Operaciones con algo de sentido común. A nosotros tampoco nos habría gustado: ni al departamento legal, ni a mi equipo de comunicación. Vivimos en un momento en el que la sociedad está muy atenta a la inclusión y la diversidad, ¿y se nos ocurre usar la expresión «ni un solo rojo»? Así que el equipo retiró la pregunta. Pero no tuvieron tiempo de cambiar las letras. Ni siquiera de avisar a Sebastian. Y, bueno, todos contentos y felices... excepto mi marido. Porque uno de los niños usó «ni un solo rojo» como respuesta.

Gillian frunció el ceño.

—Pero ¿el acertijo tenía sentido?

—Cambiaron la pregunta. Lo hicieron muy rápido, sin complicarse mucho la vida, pero pudieron aprovechar algunas de las letras. Algo tenían que hacer. Iban a contrarreloj. — Intentó esbozar una sonrisa —. En cualquier caso, es fácil entender la confusión.

—Pero Tommy pensó que alguien había usado «ni un solo rojo» porque ya sabía la respuesta, ¿no?

—Ni siquiera parece lógico, ¿verdad? Como si fuera posible que no nos diéramos cuenta de algo así. Cada una de las pruebas clasificatorias se graba. Las interacciones de los concursantes con los objetos utilizados se transmiten por vía inalámbrica y quedan recogidas en nuestro sistema de análisis. Imprimimos los resultados y los enviamos por mensajero a nuestros auditores, Ernst & Young. Cualquiera podría comprobarlo si quisiera. La integridad de los juegos es algo primordial.

—Pero Tommy...

—Fue a ver a la familia, la de «ni un solo rojo», los pobres. Llamaron a la policía. Fue un desastre. Movimos muchos hilos para que aquello no llegara a la prensa. —Se le quebró la voz por la emoción—. Llevo mucho tiempo llorando a Tommy. Lo cierto es que hace siglos que se fue. Y en los últimos tiempos era muy imprevisible. Temerario. Como si quisiera quemarlo todo, incluido él. Yo...

Bajó la cabeza.

Costaba mucho saber lo que sentía Evelina. Era noche cerrada, y sabía muy bien cómo fingir emociones. Pero lo cierto era que Tommy había sido un desastre en el aspecto publicitario. Bastaba con mirar a Evelina, a los Navarro, al propio Tommy, para ver los estragos que había causado. Y allí estaba Gillian, tratando de descifrar a aquella mujer, de sonsacarle algo. Pero ¿exactamente qué? Se había colado en su hogar. Y había respondido con un interrogatorio al trato amable y amistoso que le había brindado Evelina. Le caía bien aquella mujer. ¿Por qué se empeñaba tanto en pensar que debía

haber algo más? ¿Acaso Evelina no podía tener el deseo sincero de disfrutar de su compañía?

Perdida en sus pensamientos, Gillian no advirtió que Evelina la observaba con detenimiento.

—¿Deberías seguir aquí?

—¿Cómo dices?

—Me siento responsable —le aclaró—. Puede que no sea una concursante, pero creo en Miscellany. Y te hemos utilizado. Mi marido. Sebastian. ¿Y quién mira por Gillian Charles después de todo lo ocurrido? Lo que quiero decir es que, si te estás quedando por lealtad a Tommy, o por el dinero que tal vez te prometieron, sería injusto que nos aprovecháramos.

El maíz susurraba agitado por el viento, a pocos pasos.

—Puedo cuidarme sola, Evelina.

—Pero no seguirías aquí si no sintieras que debes quedarte.

Su madre tal vez estaría a salvo unos meses, pero ¿y después?

—Algunos tenemos que tomar decisiones.

—¿Y si pudiera ayudarte? —Evelina alzó la mano antes de que Gillian protestara—. No he olvidado cómo son estas situaciones. Yo no nací entre zapatos de tacones y ropa de alta costura. No te lo vas a creer, pero soy de Little Havana, en Miami. Éramos seis viviendo en la misma casa. Mis dos hermanos, mi abuela. No teníamos coche; íbamos en bici a todas partes. Y eso de coger aviones, ni en sueños. Era como hablar de viajar a Marte. —Balanceó los zapatos sobre los dedos, sopesando opciones, y llegó a una decisión—. Si el dinero no te seduce, puedo subirte al jet. Estarías en casa mañana mismo.

Aquella mujer todavía creía que tenía una fortuna. Y se mostraba demasiado despreocupada.

—Ellsberg y tú vais repartiendo jets como si fueran caramelos.

—La gente critica los jets, pero hemos tenido que pelear mucho para llegar hasta aquí. No voy a disculparme por proteger lo que hemos conseguido. —Evelina frunció el ceño y una arruga se insinuó entre sus ojos afilados. Le molestaban aquellas críticas—. Pero imagina que te quedas. No sé qué te habrá dicho Sebastian (a veces es tan imposible como lo era Tommy), pero la verdad es que te necesitamos. Estamos en una nueva era. La gente espera que todo sea digital. Quiere conectarse en línea, quiere mundos abiertos, oportunidades infinitas. Necesitamos más contenido del que podemos producir. Acertijos de calidad, que atrapen.

—Ya no me dedico a eso.

Evelina se rio: su rostro era la única estrella en el cielo.

—¡Qué mentirosa! Competiste en la fiesta y en el Reencuentro. ¿Cómo te sentiste?

Genial. Se había sentido genial. Yendo de un acertijo a otro. Resolviendo desafíos al vuelo, rompecabezas que nadie más podía descifrar, al menos a esa velocidad. Aquella voz seguía resonando en su cabeza: «Podría haber ganado. Podría haberlo ganado todo».

—Vente a trabajar conmigo —dijo Evelina—. Ya hace demasiado tiempo que los hombres gestionan este sitio. Tú y yo, juntas... ¡Nadie podría detenernos!

Un grito festivo irrumpió en la noche. Gente que salía del velatorio, que seguía adelante con su vida, abrazando el futuro. Oportunidades infinitas, como había dicho Evelina. Gillian no recordaba haber experimentado nunca la sensación de tener oportunidades infinitas. Era negra, del sur de Dallas, con un padre

adicto, una madre enferma y un montón de facturas. Negó con la cabeza. ¿Acaso alguna vez había tenido elección?

Entonces volvió su antigua rabia. Un fuego que le abrasaba el vientre y ardía hasta alcanzar la punta de sus dedos. No. De acuerdo, había tenido pocas opciones, pero ni loca se disculparía por ellas. Había marcado la diferencia. Había ayudado a gente. El ex de Bria, ese cabrón, pagaría gracias a Gillian. Y sus fulares: en algún lugar, una mujer se estaba mirando al espejo, viéndose totalmente sexy con ese tejido sedoso al cuello. Gillian no tenía nada de qué avergonzarse. Tal vez fuera una buscavidas, pero era una buscavidas de primera. Y Evelina debería reconocérselo.

Gillian se volvió hacia ella, tambaleante.

—Vamos a emborracharnos.

Evelina no se esperaba el comentario. La pilló por sorpresa. Rompió el silencio con una risa repentina y dejó caer sus zapatos elegantes sobre la hierba.

—¿Te había dicho ya que eres un encanto?

—Puedes repetirlo, no me voy a quejar.

Gillian no iba a marcharse aquella noche. Ya lo pensaría a la mañana siguiente. Las dos caminaron por el césped y subieron la colina. Gillian dejó atrás sus dudas, y Evelina, sus zapatos. Eran dos cómplices. Tomarían lo que necesitaran y robarían el resto.

30

La mañana llegó temprano. Las decisiones de la noche anterior le impedían levantar los párpados: no estaba resacosa, pero poco le faltaba. Se obligó a salir de la cama, llenó la cubitera de hielo y se bebió dos vasos enteros de agua helada. Descorrió las cortinas y desactivó el polarizado de alta tecnología que oscurecía el cristal del ventanal. Se agachó en el suelo y se puso a hacer abdominales y flexiones hasta que quedó empapada en sudor. Luego se tumbó boca arriba y se quedó mirando el techo.

Hacía mucho que no se desmadraba tanto. Evelina era divertida, muy divertida. Era trágico que Tommy hubiera tenido que morir para que Gillian lo descubriera. Y que Tommy la hubiera estado engañando, descorazonador.

Resultaba difícil no juzgarlo. Pero Gillian no podía olvidar que Tommy siempre había velado por ella, a pesar de todos sus demonios. Su intento de soplarle la respuesta en el Certamen era solo un ejemplo de muchos. Sí, le había sido infiel a su esposa, pero recordaba la paz que había visto en su cara cuando estaba con Jessyca. Aquella mujer —aquella chica— le daba la serenidad que nadie más había podido darle. Y en ese preciso instante debía de estar escribiendo a Tommy desde su carísimo adosado, preguntándose por qué no contestaba. Dado el carácter clandestino de su relación, nadie debía de haberle comunicado la noticia.

Gillian se incorporó.

«Mierda».

Intentó sacarse la idea de la cabeza. No conocía a esa chica. En todo caso, Gillian era amiga de Evelina, no de Jessyca. Pero había conseguido su número de teléfono y su dirección con artimañas. Los había visto juntos. Gillian era la única que podía hacer aquella llamada. Podía telefonear a Jessyca y decirle que su amante había muerto.

Pero Jessyca ya lo sabía. Y estaba furiosa.

—Lo mataste tú —escupió.

Gillian se levantó y se acercó a la ventana, como si necesitara poner distancia, como si Jessyca estuviera con ella en la habitación, herida y enfadada.

—Escucha, lo siento mucho. Todos estamos afectados por lo de Tommy. El accidente...

—Tonterías. Dijo que lo estabas siguiendo. Sabía que intentarías algo. Ya es tarde.

—Un momento. Para el carro. ¿Dijo que yo intentaría algo?

—Irán a la policía con lo que les dio. Y no creas que vas a poder comprar su silencio. Ni asustarlos.

—Un momento. ¿De qué estás hablando?

—¿Sabes que iba a largarse? Íbamos a escaparnos. Había encontrado un sitio estupendo en St. John, en Upper Peter Bay. Agua azul y nubes blancas, libre del veneno de ese país de las maravillas que le habéis estado metiendo en vena.

«Irán a la policía con lo que les dio».

Los bocadillos de crema de cacahuete. La cruz clavada en la pared. La mirada de aquella niña, ese deseo desbocado de ganar.

¿Qué les dio Tommy a los Navarro?

Gillian se apartó de la ventana y cogió su bolsa de tela.

—Ahora mismo voy a verte.

—Ni se te ocurra aparecer por aquí. Ni se te ocurra.

Pero Gillian ya había colgado.

Uno de los aparcacoches la llevó a Addison, donde Jessyca ya la estaba esperando, plantada en el quicio de la puerta, con el móvil en la mano. Tenía una expresión serena en el rostro, pero el brillo de sus ojos delataba que había estado llorando.

—Ya he llamado a la policía. Tienes dos minutos.

En el barrio donde vivía Gillian, la policía habría tardado horas en aparecer, pero en aquella zona pija de Addison, puede que se presentaran en cuestión de minutos.

—Yo no trabajo para Miscellany. Trabajaba para Tommy. Era su amiga.

—Ninguno de vosotros era amigo suyo.

Los peores miedos y reproches de Gillian verbalizados en voz alta.

—Por favor —consiguió articular.

A pesar de su enfado, Jessyca permitió que Gillian se metiera en su casa. El piso era un batiburrillo estético: ropa sucia por el suelo, una lámpara de lava en la estantería, fotos de conciertos y de parques nacionales en las que Tommy aparecía muy sonriente, arte amateur en las paredes y algunas imágenes de Jessyca delante de un micrófono.

—Fue a buscarme a Los Ángeles —dijo Gillian—. Me dijo que algo andaba mal con la Segunda Temporada. ¿Algo sobre que a algunos niños les habían soplado las respuestas?

Jessyca apretó la mandíbula. Estaba lista para pelear si le daba un motivo.

—No he encontrado ninguna prueba —dijo Gillian.

—Él sí la tenía.

—Solo mencionó Target Practice. «Ni un solo rojo». La respuesta a una pregunta que se había eliminado.

Jessyca resopló por la nariz. Su mirada oscilaba entre Gillian y la puerta abierta. Al final la cerró de un empujón, pero siguió sin acercarse a Gillian.

—Hay pruebas —confirmó—. Correos. Respuestas que se mandaron a algunos padres. Y no solo eso: los jefes lo sabían. Dijo que sabían exactamente lo que pasaba desde un principio, y que ahora tenía la prueba irrefutable, y que les iba a costar caro. Millones en cuanto esa familia lo supiera.

Hacía tres días, en plena calle, las denuncias de Tommy le habían sonado a fanfarronada. Un chulito jugando a lo de siempre, dándose importancia. Pero si había correos electrónicos... Eso lo cambiaba todo. Palabras frías y duras, libres de las manías terrenales.

A los Navarro y a otros como ellos los habían estafado, les habían robado su futuro, y Tommy se desvivía para encontrar a alguien que le importara. Gillian sintió un impulso casi irrefrenable de arrancarse las cutículas.

Joder, es que no había hecho nada por echarle un cable.

—¿Has visto esos correos? ¿Tenía copias? ¿En la nube? ¿En algún *pendrive*?

De repente, Jessyca recordó con quién estaba hablando y la apuntó con el móvil, como si fuera una pistola.

—No, no y no. Casi me pillas, y en solo treinta segundos. A ver si encuentras algo antes de que te detengan.

—Te estás equivocando de persona. No era de mí de quien tenía miedo.

Debió de notar la esperanza en su voz. Jessyca guardó silencio unos segundos.

—Siempre tenía miedo —susurró—. Decía que debían de haber entrado en mi casa. Decidió guardar la información en un sitio donde no se les ocurriera mirar.

—Tienes que decírmelo. Nadie se está interesando por el tema; van a enterrarlo. —La incertidumbre se dibujó un instante en la cara de Jessyca—. Tommy siempre decía que no podía mantener la boca cerrada. No voy a dejar que el asunto se olvide.

Un coche se detuvo en la calle, junto a la acera, pero Gillian no alcanzó a verlo. Jessyca la miró con los ojos humedecidos. Apenas empezaba a darse cuenta de cómo funciona el mundo de los concursos de ese nivel: cuando había tanto en juego y a nadie le importaban tus sentimientos. La pobre chica solo quería pasar el duelo. Que fuera otro quien soportara la carga que había dejado Tommy.

Jessyca tragó saliva, se dio la vuelta y desapareció en el dormitorio del fondo; Gillian la oyó abrir y cerrar cajones. Regresó con un folio doblado en la mano y se lo entregó como si fueran todos sus ahorros.

—Le hizo un regalo a la niña —dijo.

Cuando ya estaba acomodada en el asiento del coche, detrás del empleado del hotel, Gillian desplegó el papel. Era una hoja amarilla, de las que usan los abogados para hacer anotaciones, doblada dos veces; cada cuadrante estaba cuajado de puntos hechos con bolígrafo. Gillian echó un vistazo y calculó unos trescientos puntos por cuadrante. La mayoría tenían un número al lado, y en torno a un tercio iban también acompañados de frases manuscritas:

> Cuántos cucos se quedaron fuera del nido
> El código Morse de Beethoven
> Dolly tiene que ir a trabajar

Conecta los puntos. Algunos números estaban sustituidos por pistas. Y lo más probable era que las imágenes resultantes también lo fueran, aunque Gillian no lo sabría hasta que uniera los puntos siguiendo el orden indicado. Supuso que el papel guardaba relación con algún objeto de la casa de los Navarro. Aros dentro de aros: el tipo de acertijo intrincado que solo un paranoico como Tommy podía idear. O un antiguo amante de los rompecabezas con algo que ocultar.

«¿Qué escondes, Tommy?».

Gillian se centró en la primera sección. Tomó distancia, como una combatiente que examina el terreno. Todo juego tiene sus reglas —y las de «une los puntos» eran obvias—, pero los amantes de los rompecabezas aprenden a examinar las reglas desde todos los ángulos. Quería ver si las agrupaciones de puntos sugerían una respuesta. Desentrañar el sentido sin invertir todo el tiempo en resolverlo. Pero ya empezaba a visualizar algunas de las figuras que ocultaban los puntos por conectar: un perro, un cucurucho de

helado, el capullo de una flor. Un vistazo a los otros tres cuadrantes desveló una complejidad similar. No le quedaba otro remedio: tocaba hacer todo el trabajo.

Sacó un bolígrafo y una libreta. El bolígrafo para trazar el recorrido; la libreta para tener una superficie firme donde apoyarse. Gillian fue conectando un punto con otro, convirtiendo referencias de películas y de libros en números a medida que avanzaba. *Alguien voló sobre el nido del cuco*. La Quinta de Beethoven. Dolly Parton cantando «Nine to Five». Un número tras otro hasta que apareció el contorno de una silla. Una silla recargada. Podía ser un tipo concreto de silla. Un trono. La elección de la palabra sería importante. Cuando se trataba de acertijos —cuando se trataba de Tommy, de Sebastian, de todos ellos—, las palabras importaban.

En el siguiente cuadrante había una mancha amorfa. Una nube en forma de hongo. La flor de lis. De nuevo, Gillian se aplicó a fondo con las pistas. Inclinó el cuello a un lado y a otro. Hizo girar los hombros.

> Cincuenta sombras de Grey
> Phileas Fogg fuera de la oficina

Contar se le daba bien a cualquiera, y la mayoría de los espectadores de *Jeopardy* sabían encontrar la respuesta a preguntas sobre cine y literatura. Eran fáciles. La dificultad del enigma residía en resolverlo bajo presión y a contrarreloj. Aunque también cabía la posibilidad de que el dinero y las drogas hubieran ablandado a Tommy. Un pensamiento un poco mezquino, se dijo Gillian. Se merecía una mirada más benevolente. ¿O acaso lo estaba subestimando ahora que había muerto? Tal vez lo que le debía era el

reconocimiento de una determinación implacable por descubrir la verdad.

Gillian resolvió la segunda sección y vio aparecer la silueta de un chupete. Unió las dos palabras: «silla» y «chupete». Decidió que «trono» y «chupete» sonaban mejor. ¿Instrucciones para apaciguar al rey? ¿Un mensaje sobre Sebastian? Posiblemente. Pero había algo que no acababa de encajar en aquel proceso. Esconder información sobre Sebastian en un rompecabezas tan elemental era como tratar de bloquear una semiautomática con un chicle. No representaba ningún obstáculo. Pero Tommy sabía eso, así que no podía ser tan simple.

Luftballons de Nena
Los dálmatas de Disney

La tercera imagen resultó ser un teléfono fijo de los de antes. ¿Trono, chupete y teléfono? No, Tommy no hubiera soportado esa aliteración. ¿Trono, chupete y aparato? ¿Llamar a Sebastian? Pero ¿para qué?

El tiempo iba pasando mientras el aparcacoches conducía. Gillian se preguntó si aquella excursión y el enigma valían realmente la pena. ¿Buscaba respuestas o estaba huyendo de sus problemas? Miró por la ventanilla: los pasajeros del coche de al lado se reían, quizá por una broma que habían oído en la radio o por una llamada divertida. Sintió una oleada de envidia. Se preguntó qué necesitaría para volver a reír así.

Regresó al rompecabezas. El cuarto y último cuadrante. Debía de estar inspirada, porque enseguida intuyó que la respuesta iba a ser una caña de pescar o un fusil; pronto descartó la primera. El fusil

quedó confirmado tras un centenar de conexiones. La última palabra de un mensaje que no comprendía.

Trono. Chupete.
Aparato. Fusil.

¿Mandar matar a Sebastian? Joder, ¿acaso no lo habían pensado todos alguna vez?

Gillian recostó la cabeza y estiró las piernas. Sabía que aquel enigma contenía más de lo que había sacado hasta ese momento.

—¿Ya tiene la respuesta? —preguntó el chófer.

—Los rompecabezas no siempre se resuelven enseguida —respondió Gillian—. Requieren paciencia.

Le entraron ganas de reír. «Madre mía —pensó—, como si alguna vez hubiera seguido ese consejo».

El vecindario de los Navarro estaba en silencio: el calor tejano había obligado a la gente a refugiarse dentro de sus casas. El felpudo de los Navarro, sin embargo, aún rezaba «bienvenidos», y el murmullo del televisor atravesaba la puerta principal. Gillian prefirió llamar con la mano en lugar de tocar el timbre: temía alterar el frágil equilibrio del hogar.

No debería estar allí. Acababa de manipular a Jessyca, y ahora iba a aprovecharse de una niña herida. Imaginó la imagen que iba a dar a los Navarro: plantada en su puerta, con el cabello revuelto, nerviosa, agitando un papel cubierto de garabatos. La mensajera loca. Tommy resucitado.

—Tommy —susurró Gillian. El nombre de su amigo se escapó entre sus labios.

¿Todavía seguiría con vida si lo hubiera escuchado? ¿Se habrían ahorrado las discusiones y el terrible accidente del Reencuentro?

Si es que había sido un accidente.

Eddie abrió la puerta. Llevaba un pantalón de chándal y una camiseta de los New York Giants. Al verla, se quedó sin palabras.

—¿Puedo pasar? —preguntó Gillian.

—Ya hablé con tu abogada. Si no vienes por el tema del dinero, no tengo nada más que decir.

—Solo quiero hablar.

—Hablar... Es lo único que sabéis hacer. Ya hemos tenido suficiente. Déjanos en paz.

Vanesa estaba sentada en el sofá, con el rostro inexpresivo, viendo una serie para adolescentes sobre un campamento de verano de ricos. La tele también había sido su refugio cuando perdió el Certamen. Se zambullía en esas imágenes lejanas, sin libros, ni acertijos, ni nada que resolver.

—Un momento. ¿Miscellany ya ha cerrado el acuerdo?

—Tu abogada estuvo aquí, sí. Firmé los papeles. No vais a recuperar el dinero.

—No trabajo para ellos. —Aquellas palabras le sonaron vacías incluso a ella—. ¿Qué abogada?

—La mujer. Parecía una motera. Iba de negro. Pero supongo que a vosotros os gusta disfrazarlo todo, hacer que parezca otra cosa.

Gillian frunció el ceño y recordó a Leah en el velorio. Leah, la abogada. Leah, la concursante.

—¿Se llevó algo?

Vanesa empezó a llorar, en el sofá. Katie apareció y vio a Gillian en la puerta.

—Os lo habéis llevado todo —dijo Eddie.

Y cerró dando un portazo.

Gillian se quedó en el porche, escuchando los gritos ahogados del interior. Aún tenía el rompecabezas de los puntos en el bolsillo trasero. Le impresionó el silencio que reinaba en aquella casa cuando había llegado. ¿Cómo debían de ser las cosas en esa familia antes de que Miscellany la estropeara?

El aparcacoches la devolvió al parque. Gillian hizo la llamada desde el asiento trasero. Leah respondió al cuarto tono, dándole tiempo de sobra para pensar qué decir.

—Hola, Gillian. —Una compasión ensayada teñía sus palabras—. ¿Cómo lo llevas?

—No lo sé —respondió con pies de plomo, imaginando los movimientos que Leah habría planeado—. No dejo de pensar si podríamos haber hecho algo más.

—No caigas en esa trampa. Le dimos todas las oportunidades. Tommy tomó sus propias decisiones.

Gillian miró por la ventanilla. Gigantes de acero y hormigón pasaban a su alrededor, empequeñeciendo a los transeúntes.

—He ido a casa de los Navarro.

Una pausa.

—No ha sido buena idea —dijo.

—Me han dicho que habéis llegado a un acuerdo.

—Todavía no lo hemos anunciado, pero sí. Seguimos defendiendo que no fue culpa nuestra, pero en interés de todos creímos mejor seguir adelante. Por Miscellany, y por la familia.

Gillian trató de recordar a la joven Leah, aquella que se retorcía bajo el acoso de Sebastian. No lograba imaginar a la Leah del presente perdiendo la compostura.

—Me alegro. En realidad, por eso te llamaba. Quería darte las gracias.

Silencio de desconcierto. Gillian sintió una punzada de satisfacción al pillarla desprevenida.

—Creen que formo parte de Miscellany —continuó—. Temía que pudieran ir contra mí. La verdad es que, al cerrar el acuerdo, quizá me hayas salvado de una demanda.

Leah se repuso enseguida.

—De nada, de nada. No te preocupes. Te protegeríamos, por supuesto. Eres de la familia, Gilly.

¿Hasta dónde sería capaz de llegar Leah para hacerle creer esas palabras? Gillian respiró hondo.

—Escucha, la última vez dejé algo en su casa. Un libro sobre el espacio. Considerando todo lo que ha pasado, tal vez debería recuperarlo.

Una breve pausa.

—Recogimos algunas cosas personales de Tommy. Seguía haciéndole regalos a la niña, ¿sabes? Totalmente inapropiado. Tonterías de la tienda de recuerdos, sobre todo. Se lo entregué todo a Sebastian. No recuerdo ningún libro, pero lo comprobaré.

Gillian se la imaginó al otro lado de la línea, expectante. Parecían dos chicas jugando a la Batalla Naval. Solo que en lugar de barquitos

de plástico, manipulaban vidas humanas.

—Gracias —dijo, forzando una risa—. Es que no me han dejado entrar.

—Sinceramente, me sorprende que no te hayan disparado.

—Esta vez no ha habido ganadores, ¿eh?

—Siempre habrá una próxima vez, Gilly.

«Gilly». Eso significaba que Leah estaba cómoda. ¡Cómo no!: Tommy había muerto, el caso estaba cerrado, y todas las pruebas se encontraban a salvo bajo la protección de Miscellany.

—Pues hasta la próxima —dijo Gillian.

31

—Estás enferma —dijo Ellsberg.

Era tarde, pero Ellsberg, como todos los concursantes, acostumbraba a trasnochar. Trabajaba en un cubículo oscuro, idéntico al centenar de cubículos que lo rodeaban. Junto a la pantalla, había una bandeja de aluminio vacía que había servido de envase de comida precocinada, una pila de blocs de notas, cinta adhesiva, una grapadora, un dibujo del increíble Hulk hecho con ceras de colores y firmado con la torpe caligrafía de un niño, y dos libros de bolsillo: *El juego de Westing* y *Caballos lentos*. Ellsberg estaba sentado de espaldas a todo aquello, mirándola como si Gillian hubiera perdido la cabeza.

—Tienes una necesidad obsesiva de buscar emociones trepidantes sin sentido —prosiguió—. ¿Acaso no has visto cómo influyó eso en Tomas?

A pesar de todo lo ocurrido, Gillian tenía la sensación de pisar terreno firme. Por una vez, tenía el objetivo claro. Solo debía abrirse camino hasta alcanzarlo.

—Tienes dudas sobre su muerte —dijo Gillian—. Sé que las tienes.

—Una cosa es que las tenga y otra muy distinta que vaya a dejar que entres en el despacho de Sebastian. Nadie sube allí.

—*Au contraire*. Ya he estado.

La respuesta frustrada se quedó atascada entre los dientes de Ellsberg. Se frotó la sien, sin llegar a tocarse la mancha de

nacimiento.

—Leah se llevó algo de casa de los Navarro —dijo Gillian—. Solo necesito ver qué es.

—¿Y por qué no se lo preguntas a ella?

—Tommy no llevaba muerto ni veinticuatro horas y ella ya estaba por allí, atando cabos sueltos. ¿Qué tipo de respuestas crees que me va a dar?

Ellsberg vaciló. La miró fijamente, como si pudiera abrirle el cráneo y ver sus intenciones.

—No tienen por qué saber que fuiste tú —añadió ella.

—Genial. Una intrusa se cuela en el despacho de Sebastian y lo único que pensarán es que soy un incompetente.

Se estaba preparando para decirle que no. Gillian no podía pasarse días o semanas tratando de convencerlo.

—¿Fuiste tú quien estuvo en Addison?

Frunció el ceño.

—No te entiendo.

—¿Seguiste a Tommy hasta Addison? ¿O ya sabías lo de Jessyca desde el principio? ¿Qué más sabías? ¿Jackie sigue trabajando para ti?

Una expresión de ira y decepción apareció en su rostro. Negó despacio, giró la silla hacia el escritorio y empezó a teclear.

—Te habría dejado entrar —dijo, con la cara iluminada por el resplandor de la pantalla—. No había necesidad de que me manipularas.

Una parte de Gillian quiso disculparse. Lo estaba utilizando, del mismo modo que había usado a los Navarro y a Jessyca. Pero temía

que, si empezaba a hablar, él dejaría de teclear y ella ya no podría colarse en el despacho de Sebastian.

Ya lo había dicho Leah.

Ganar o morir.

El despacho de Sebastian parecía distinto a oscuras. Los muebles tenían algo de siniestro. Las superficies espejadas se habían convertido en demonios retorcidos y los ventanales dejaban pasar la tenue luz de la luna, que, salpicada de sombras, no permitía adivinar los contornos. Gillian avanzaba guiándose con la linterna de su móvil.

Frente a ella, apareció la diminuta silla de Sebastian. No podía negar que la embargaba cierta emoción. Había entrado en su guarida, el enigma más impenetrable de todos.

Se permitió recorrer la estancia con la mirada, sin prisas. El despacho estaba casi como en su última visita: ecléctico de forma estudiada, pero desprovisto de información. Eso, sin embargo, no significaba que las pruebas no estuvieran allí. En efecto: en el suelo, junto a la butaca de Sebastian, encontró una caja de cartón abierta. Gillian se agachó e iluminó el interior. Los regalos que Tommy le había hecho a Vanesa. Unas zapatillas de marca impecables, una camiseta de los Cowboys, un CD-ROM con una adaptación del libro de juegos *Laberinto*, de Christopher Manson, y tarjetas regalo de restaurantes, de tiendas online, de una visita VIP privada a Miscellany. Gillian rebuscó entre los símbolos de las buenas intenciones de Tommy. No encontró ninguna pista, ningún dato oculto sobre la Segunda Temporada.

Dejó la caja donde estaba y se sentó en la silla. Pulsó una tecla y el ordenador despertó, mostrando un salvapantallas en el que las piezas de un puzle se reordenaban una y otra vez: Las Dunas de San Cosme, una hermosa imagen en la que un mar de arena ondulada y un cielo de color pizarra se fundían dibujando el horizonte. Era una instantánea de hacía años, de antes de que el turismo y los elementos hicieran estragos en aquel paisaje. La pantalla estaba bloqueada. Gillian no tenía ni idea de cuál podía ser la contraseña. Escribió «Sebastian». La pantalla siguió bloqueada, obstinadamente.

Había muchos papeles, pero ninguno revelaba nada. Rompecabezas a medio garabatear. El comienzo de unas memorias: «Mi madre murió al traerme a un mundo de miseria, entre las sobras de las mesas de Asunción». Gillian había leído una de sus biografías no autorizadas. Dudó de que el relato fuera más fiel narrado por el propio protagonista.

Alzó la linterna y descubrió algo inesperado: la puta foto. El señor No-hay-que-mirar-atrás se había permitido una excepción a la norma. Contempló a los fantasmas de su pasado, congelados para siempre, atrapados en un marco y mancillados, en este caso, por la firma florida de Sebastian. Gillian alargó la mano, pero se detuvo antes de tocarla. Todos aquellos niños idiotas, sonriendo como si sus sueños estuvieran a punto de cumplirse. Tommy estaba en el centro, muy seguro de sí mismo, demasiado convencido de que sabía más que nadie. Una sonrisa triste tembló en los labios de Gillian. Quiso arrancarlo de aquella fotografía, recuperar a ese soñador que le había ofrecido un puñado de M&M’s pegajosos y medio derretidos. Quiso salvarlo cuando estaba intacto, antes del final, antes de que

su familia se apiñara a su alrededor y abandonara su antigua vida. Antes de la tragedia que vendría después.

Su propio rostro bobalicón despertó su curiosidad, y pensó en su madre. ¿De qué serviría, al fin y al cabo, aquella cruzada quijotesca? ¿Sacaría a la luz alguna irregularidad de Miscellany, demostraría que se habían hecho trampas en las pruebas clasificatorias y en la Segunda Temporada? ¿De verdad creía que habían asesinado a Tommy por lo que sabía? El dinero lo contaminaba todo, impactaba en cada desenlace. La salud de su madre, las acusaciones de Tommy... Habiendo tanto en juego, tantas incógnitas, ¿por qué estaba allí?

Míster Rompecabezas no ofrecía respuestas. Su rostro seguía siendo impenetrable, incluso en la foto. Recordó las palabras que había pronunciado en el escenario: «Si no fuera por los niños, por vuestros hijos, nada de lo que hacemos en Miscellany sería posible».

Ellsberg, con los sueños rotos de ser actor. Leah, la indestructible, también rota y aprovechada para otro propósito. Vanesa Navarro, con sus veintisiete kilos, reducida a la nada.

Gillian se levantó con brusquedad de la silla de Sebastian.

Registró las estanterías. Hojeó volúmenes de Cicerón, Leonardo da Vinci, Nikola Tesla, William Shakespeare, José Rizal, Ibn Rushd, Thomas Edison, Jagadish Chandra Bose, Helen Keller y Walt Disney. Una colección impresionante de polímatas y espíritus obstinados. Todos muertos. Y, tal como esperaba, ninguno de los libros era prueba de nada.

Se acercó al reloj de péndulo y comprobó que sonaba con normalidad. Introdujo el dedo en sus arabescos polvorientos, pero no encontró ni mensajes ni notas ocultas entre los relieves. Se

inclinó sobre la mesa repleta de artefactos: la plomada y todo lo demás. Resultaba todo tan deliberado. «Fijaos en lo especial que es mi mente». Gillian se había esforzado mucho por vivir con sencillez en su apartamento. Su única concesión a la forma por encima de la función era su amado cactus. Una planta auténtica, no una monstruosidad de plástico. Algo que reflejaba quién era.

Otras de las palabras que Sebastian había dicho en aquel escenario: «No nos gusta vivir en el pasado».

Hacía unos días, cuando había subido aquellas escaleras y se había encontrado con aquel viejo bastardo pavoneándose, no había visto ni una sola foto en ese despacho. El credo de aquel hombre resultaba aún más convincente cuando lo demostraba con hechos. Jamás habría resquebrajado aquella fachada de forma deliberada: la célebre fotografía no formaba parte de su estética habitual. Así que aquella foto no hacía mucho que estaba allí.

Gillian volvió al escritorio, a la imagen firmada de todas aquellas caras sonrientes. Con cuidado, dejó el móvil sobre la mesa, apuntando la linterna hacia arriba. Descolgó la foto enmarcada y la acercó al resplandor del teléfono. La luz no reveló mensajes ocultos ni notas escritas sobre el cristal. Le dio la vuelta, pero solo encontró el contrachapado del fondo y una etiqueta con el precio. Sacudió todo el marco y oyó un golpeteo. Con las uñas cortas, forzó las lengüetas metálicas. El fondo se soltó, dejando al descubierto un hueco entre el contrachapado y el tablero de espuma. De allí colgaba un *pendrive*, sujeto apenas por un trozo de cinta adhesiva. Gillian la despegó, y la unidad USB cayó en la palma de su mano.

Notó la frialdad del dispositivo entre sus dedos. Inerte, pero lleno de secretos.

Se descolgó la bolsa de tela del hombro y sacó su portátil cubierto de pegatinas. Lo encendió con la tapa medio bajada, protegiendo la pantalla con el cuerpo mientras miraba nerviosa alrededor. Cuando el ordenador despertó, insertó el *pendrive*. Y, de inmediato, apareció una ventana que pedía una contraseña.

La hoja de papel amarillo que usan los abogados. ¿Había previsto Tommy que Gillian le seguiría la pista? ¿O había dejado aquel papel para otro de los concursantes? ¿O acaso era un paranoico sin remedio y su vida era un entramado de listas de la compra cifradas? No hacía falta que nadie le recordara a Gillian los riesgos del camino que no había tomado.

tronochupeteaparatofusil

No.

tronochupeteauricularfusil

Bingo.

El lápiz se abrió y Gillian pudo ver lo que contenía. Correos, capturas de pantalla y textos guardados. Eran de alguien del departamento legal, con Leah en copia.

Acceso no autorizado al correo del señor Kundojjala...

Respuestas enviadas a numerosas familias clasificadas de la Segunda Temporada...

Bajo la tapadera de donaciones al Círculo de Sebastian por valores de entre 50.000 y 100.000 dólares...

Los términos de su separación y su acuerdo se consideran confidenciales...

Se le prohíbe hablar de cualquier aspecto...

Todos los mensajes iban dirigidos a la misma dirección: Evelina Kundojjala.

Gillian se quedó tan fría como los datos que tenía delante. «Evelina —había dicho Tommy—. Bajo las mismas sábanas que yo».

Autorizaciones para acceder a cuentas de correo electrónico. EK.

Se le heló la sangre en las venas.

Tenía que salir de allí.

Volvió a montar el marco. Colocó la foto sobre el escritorio de Sebastian, donde pudiera atormentarlo con el recuerdo. Se escondió el USB bajo el sujetador, metió el portátil en la bolsa de tela y bajó las escaleras a toda prisa.

—Alto ahí —ordenó una voz con dureza y también cierta tensión —. No se mueva.

Un par de luces la cegaron, pero pudo distinguir a dos siluetas imponentes emergiendo de la oscuridad. Deseó que fueran hombres de Ellsberg, nerviosos tras la muerte de Tommy y la presencia policial constante. Pero sabía que no era así. Alzó las manos instintivamente. Su padre le había enseñado cómo tratar con la policía: «No te alteres. Haz siempre lo que te digan».

—No pasa nada —dijo—. Tengo permiso para estar aquí.

—Tienes permiso si nosotros te lo damos —le espetó la voz. Era evidente que pertenecía a alguien blanco—. Sal despacio.

Avanzó con pasos diminutos, tratando de no parecer lista, fingiendo una ignorancia absoluta para que se relajaran. Salió del hueco de la escalera y pasó junto a la puerta verde.

—Baja las manos muy despacio —ordenó otra voz a sus espaldas. Probablemente era un hombre negro, aunque eso no era un consuelo—. Deja la bolsa en el suelo.

Se la descolgó del hombro y la dejó caer. Colocó las manos tras la espalda cuando se lo ordenaron, y trató de no estremecerse al notar la frialdad del acero que le atrapaba las muñecas. No eran de seguridad. Eran policías.

El agente blanco no bajó la linterna hasta que su compañero la tuvo completamente esposada. Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, Gillian distinguió el uniforme, la placa y el arma.

Mantuvo la calma mientras la escoltaban fuera del edificio y la metían en el coche patrulla. Por dentro quería gritar.

32

La celda era más grande que su armario, pero por poco. Gillian estaba sentada en la litera, con la cabeza gacha, y de vez en cuando lanzaba una mirada a la ventanilla de la puerta de acero. Aquella cárcel suburbana parecía muy tranquila: apenas albergaba a un puñado de detenidos. Cuando Gillian tuvo que desfilar por el pasillo, solo vio a dos presos: un hombre negro sentado a una de las mesas comunes, con la mirada clavada en el suelo, y uno blanco y sudoroso con una camiseta de tirantes raída, que la observaba en silencio desde la celda de la esquina. Le habían confiscado la bolsa, el portátil, la pulsera y el móvil. Le hicieron un cacheo superficial que no reveló ni armas, ni drogas ni el USB que se había escondido bajo la ropa interior. Después la dejaron sola, con la única compañía de sus pensamientos y algún que otro agente de mirada muerta que pasaba a vigilar de vez en cuando. Aquel sitio era un auténtico reclamo para mudarse a las afueras: «¿Lo veis? ¡Ni siquiera tenemos delincuentes!». Gillian pensó que debían de haberla encerrado en la celda-escaparate. Seguramente las cadenas y los grilletes los guardaban en el sótano, junto con las pistolas Taser.

La cuestión era quién se la había jugado. Ellsberg sabía dónde iba a estar; podía haberle tendido la trampa y luego llamar a la policía. Pero ¿para qué, si el único nombre que aparecía repetidas veces en el USB era el de Evelina? «Llevo mucho tiempo llorando a Tommy».

Evelina, la viuda desconsolada. Evelina, el alma gemela. Evelina, la amiga de Gillian.

No podía sacarse de la cabeza la imagen de Jackie merodeando delante de la casa de los Kundojjala. Y Gillian ni siquiera se había preguntado por qué. Tommy la había presentado como si fuera la mejor, la más brillante, pero en realidad no era más que una idiota. Una niña, todavía. Confiar en la gente equivocada ya no suponía perder el Certamen, sino la muerte de Tommy. ¿Cuándo iba a despertar?

Oyó resonar unos tacones sobre el hormigón pulido. Una agente apareció en la ventanilla, con Martin Ellsberg asomando por detrás. La agente abrió la puerta, se apartó y le indicó que saliera con un gesto de cabeza. Gillian obedeció, con cautela. Ellsberg se dio la vuelta y echó a andar por donde había venido, como si le trajera sin cuidado que Gillian se pudriera allí mismo. Ella lo siguió a cierta distancia.

—Tienen mi bolsa —dijo.

Ellsberg caminaba con furia, como si pretendiera atravesar la puerta principal. Ella repitió la frase.

—La tengo yo —gruñó entre dientes—. La he metido en el maletero, junto con mi carrera. —Empujó la puerta sin detenerse, obligándola a esquivarla cuando se cerró de golpe—. ¿Te haces una idea de lo jodido que estoy? Todo el mundo sabe cómo has entrado en el despacho de Sebastian. Me he pasado años tejiendo una red de contactos y relaciones de influencia con los suburbios acomodados de Dallas: Plano, Allen, Frisco, McKinney... Son departamentos desconfiados, con mucha memoria. ¿Sabes cómo ven a los tipos como yo? Como ricachones que se libran de la justicia a

golpe de talonario. —La fulminó con la mirada—. Como si Sebastian no tuviera ya bastantes problemas. Tendrá que lamerle el culo al Ayuntamiento, al alcalde. No lo soporta, está con Trump. —Se detuvo frente a un anodino Accord plateado—. ¿Cuándo te darás por satisfecha, Gillian? ¿Cuando hayas destruido a todos a los que culpas?

Parecía enfadado de verdad. Pero en Miscellany todos parecían ser algo distinto de lo que eran.

—No ha estado bien —dijo ella—. Lo entiendo.

—¿Lo entiendes? Sería la primera vez.

—Esto no es lo que parece. Me han tendido una trampa.

Ellsberg levantó la mirada con exasperación.

—La gran Gillian Charles. Demasiado buena para que la detengan sin más.

—¿Cómo sabían que estaba allí?

Frunció el ceño, como si Gillian fuera un dolor de cabeza imposible de eliminar.

—¿Qué? —preguntó.

—¿Si seguridad no ha venido, ni ninguno de los tuyos? ¿Cómo ha sabido la policía que estaba allí?

—Supongo que alguien te habrá visto.

—Claro. ¿Quién?

—Es un edificio de cristal enorme en medio de un parque de atracciones. Cualquiera con ojos y un móvil.

—Y me han visto caminando en la oscuridad a pesar de ser negra, ¿no?

Él hizo una mueca, pero no respondió. Hurgó en el bolsillo en busca de las llaves y se acercó al maletero.

—Sube al coche.

Ella lo vio forcejear con el mando a distancia, incapaz de pulsar un solo botón, y recordó de pronto al Ellsberg de doce años: con la barbilla apenas fuera del agua, a punto de ahogarse. Claro que la historia había demostrado que sabía nadar perfectamente en aguas turbulentas.

Quiso contarle lo del USB, pero no sabía qué versión de Ellsberg tenía delante.

Gillian se acercó al coche y se detuvo delante de la puerta.

—Quizá haya sido uno de los tuyos quien ha llamado a la policía. Los que me seguían por el parque.

—¿Otra vez con eso? —Abrió el maletero y arrojó la bolsa dentro —. Te dejo entrar y luego mando a mis hombres a por ti, ¿no?

—Dímelo tú. Todo iba bien cuando estaba aquí solo para la foto, pero en cuanto empiezo a hacer preguntas, a mirar donde no debo, de pronto me preparan el uniforme de presa.

Ellsberg la miró como si no la hubiera visto antes. Qué bien fingía.

—¿Sabías lo de Evelina? —preguntó Gillian.

—¿Qué pasa con ella?

—Tenía acceso al correo de Tommy. Esos correos que Sebastian no debía enviar... Evelina veía los acertijos. Vendía las respuestas a las familias clasificadas y recibía sobornos disfrazados de falsas donaciones. Dijiste que no era fácil de descifrar, pero dejaste que me acercara de todos modos. Seguro que te has reído un montón.

Ellsberg no dijo nada.

—¿Me equivoco? ¿Cuánto sabías? No puedo creer que tus nazis de seguridad no lo estuvieran viendo todo. Debió de ser difícil mantener la verdad bajo llave. Imagina si los Navarro lo hubieran descubierto.

Eso le habría costado millones a Miscellany. Y olvídate del acuerdo. —Se rio con amargura—. Qué tierno, pagarlo sin más. La imagen ha quedado un poco tocada, eso sí. Y tú hablando de Evelina como si no la entendieras, cuando siempre has estado en tu salsa, señor FBI. ¿Cuánto te paga Sebastian? ¿Cuánto cuesta comprar el silencio de Ellsberg? Tommy estaría asqueado.

Ellsberg resopló como un toro acorralado. Primero sin decir nada, señalándola con su dedo largo y huesudo. Luego soltó:

—Que te jodan. —Parecía realmente dolido—. Necesitaba ganar el Certamen tanto como tú. No sabes lo que fue crecer en esa casa. Con este aspecto. Queriendo lo que yo... —Desvió la mirada hacia la calle. Los coches pasaban en tropel, con sus conductores ajenos a todo. Cuando volvió a mirarla, se había calmado—. Sube al coche —repitió—. Irás al hotel. Harás la maleta y esperarás, con paciencia, mientras organizo el transporte. Y luego te llevarán directamente al aeropuerto. No te preocupes por el dinero. Estoy seguro de que te pagarán por tu tiempo.

Ellsberg se acomodó tras el volante. Gillian se mordió la lengua, frustrada, y también subió. El trayecto de vuelta fue un infierno sin palabras. Al llegar al hotel, cogió su bolsa y lo vio marcharse sin decir nada. La sacaba de quicio que Ellsberg se atreviera a tratarla con esa superioridad moral.

«Necesitaba ganar el Certamen tanto como tú».

¿Y si Ellsberg tenía razón? ¿Y si Gillian todavía estaba saldando cuentas? La rabia que había teñido su voz era real. Su piel congestionada, también. Y Gillian era una niña caprichosa que se dedicaba a pisotear las vidas de los demás para que todos compartieran su dolor. ¿Acaso Ellsberg no la había protegido desde

el principio? Le pagó el hotel. La ayudó a seguirle la pista a Tommy. La había sacado de la cárcel.

Miscellany te daba la vuelta, te sacudía y te vaciaba los bolsillos. Lo sabía desde el principio.

Se colgó la bolsa al hombro y recuperó el móvil y la pulsera que había guardado en el bolsillo exterior. No podía retirar sus palabras, ni cambiar el pasado. Pero sí tratar de actuar con más cabeza a partir de entonces. Intentarlo de nuevo. Ser mejor.

Gillian se dirigió a las oficinas centrales de Miscellany, en busca de Sebastian.

33

El sol, las risas y los clientes habían regresado a Miscellany, pero las banderas ondeaban a media asta. Gillian caminaba entre la multitud, con la sensación de ser una extraña, de estar fuera de lugar. No dejaba de mirar a un lado y al otro. Cada pocos minutos comprobaba que la memoria USB siguiera en su sujetador.

Sebastian lo entendería. En cuanto viera las pruebas, estaría obligado a actuar. En el velorio, Gillian había notado el dolor en su voz. «Le fallé», dijo, jugueteando con su estructura magnética, como si pudiera reconstruir a Tommy. Tal vez el dinero podría tentarlo a tapar todo el asunto de la Segunda Temporada, pero Sebastian siempre había vivido guiado por una visión única. Las inversiones no eran más que combustible para la causa. Y si esa causa se había corrompido, pervertido, él actuaría. Gillian lo había visto de niña: en su utopía no se toleraba ni la más mínima impureza. Especialmente si aquella corrupción había llevado a la muerte de su hijo predilecto.

El edificio de las oficinas centrales bullía de actividad. Hombres y mujeres iban de un lado a otro con las chaquetas en la mano y las camisas arremangadas. Los becarios llevaban bandejas de café y cajas de comida. Y, en medio de toda esa vorágine, los de seguridad estuvieron a punto de dejarla pasar sin más, hasta que apareció un aviso en la pantalla.

—Sebastian la está buscando —dijo un guardia, una mujer con una cresta impecable, enarcando las cejas—. El jefe ha preguntado por usted, por su nombre.

Gillian estuvo encantada.

—¿Dónde está?

Pasó el control de seguridad y, cuando ya estuvo dentro, subió a la segunda planta, al Departamento de Relaciones Públicas, con el USB de la información comprometida en la mano. Encontró a Sebastian rodeado de varios tipos llenos de energía, con sus gorras y sus zapatillas Converse. Estaba sentado a una mesa, de espaldas a ella, en un gran cubículo. Los demás se removían en sus sillas, o caminaban arriba y abajo, todos con su móvil de alta gama en la mano. Eran una jauría de hienas: no había ninguno blanco y casi todos eran veinteañeros, excepto Leah. Ella llevaba una camiseta con la palabra Geek en el pecho y era la que más hablaba.

—Esto da muy mala imagen. Tienes que dejarte ver.

—Nunca me he preocupado por dejarme ver —dijo Sebastian—. No soy de esos. Lo único que importa es lo que sea mejor para Miscellany.

—Hasta ahora nunca se te había muerto un directivo en las instalaciones. Ya hay rumores de que falleció por culpa de las drogas. Hablan de metanfetamina y cocaína. No te conviene un caso Amy Winehouse y que la gente se pregunte por qué no hiciste nada. Lo que interesa es un Philip Seymour Hoffman: una tragedia. «¿Quién lo habría imaginado?».

Uno de los jóvenes le mostró su móvil y Leah asimiló la información al instante.

—No, no hablamos con él. Llamó a Sebastian «chiflado» en *Vanity Fair*. Búscame a otro. El del *Journal*.

La gorra plana de Sebastian descansaba sobre la mesa. La tomó y empezó a juguetear con el borde.

—Esto es asunto nuestro y de nadie más —dijo.

Los ojos de Leah tropezaron con Gillian. Leah se movió, como si estuviera lista para detener con el cuerpo una bala dirigida a su jefe.

—Hablando de asuntos nuestros...

La Leah de los chupitos de whisky ya era cosa del pasado. Gillian se preguntó si sabría lo de su escapada de la noche anterior. Si había sido ella quien había llamado a la policía.

—Llegas tarde —dijo Sebastian.

—No puedo llegar tarde —respondió Gillian—. Te estaba buscando.

—Tommy está muerto, la policía sigue aquí y tenemos que hacer el comunicado oficial. Te necesitaba hace ocho horas. Créeme, llegas tarde.

Gillian rodeó la mesa para poder verle la cara. Como Leah, estaba concentrado en el trabajo. Pero quizá eso fuera lo mejor. Lo que Gillian llevaba consigo amenazaba precisamente ese negocio.

Uno de los jóvenes inmortales dejó una silla libre, y ella se sentó. Tenía la memoria USB apretada en el puño.

—Necesito hablar contigo.

—Equipo, os presento a la famosa Gillian Charles. A partir de ahora la vais a ver mucho.

La incertidumbre se había acabado. El equipo, sin embargo, no parecía demasiado entusiasmado con la idea. Se oyeron murmullos e incluso un «No si puedo evitarlo» seguido de un par de risitas de

complicidad. El tipo de camarillas que Gillian siempre había creído que no pasaban del instituto. Al parecer, la realidad estaba encantada de llevarle la contraria.

—Escuchad —dijo Sebastian, alzando las manos enguantadas—. Se supone que sois el equipo que debe solucionarme los problemas. Sed civilizados, por favor. Gracias.

Los cuchicheos se apagaron. Aun así, Gillian sabía cómo se sentían: a ese grupo le importaba una mierda que hubiera sido una concursante. En circunstancias normales, incluso se habría alegrado, pero ese día necesitaba su respeto. Los datos contenidos en el USB exigían respeto.

—Gillian tiene que ponerse al día —continuó Sebastian—. Empezaremos con el homenaje. La fundación en nombre de Tommy, el trabajo del que se está encargando Evelina.

—¿Dónde está? —preguntó Gillian.

Sebastian frunció el ceño.

—¿Quién?

—Evelina.

—Con el anuncio de la Segunda Temporada. Este grupo se ocupa de todo lo demás. ¿Dónde has estado? El momento más crucial de nuestra historia y te vas... ¿adónde? ¿A Dealey Plaza? ¿A Southfork? Estoy convencido de que tu presencia puede suponer un antes y un después, pero tendrás que demostrarlo. Esta no es forma de empezar.

Hablaba como si el empleo de Gillian en Miscellany fuera ya un hecho consumado, y ella no encontraba el modo de advertirle de su error.

Leah, como casi todos los presentes, tenía un ojo puesto en el móvil.

—Dicen que serán ciento cincuenta mil dólares si reetiquetamos el proyecto Inglewood.

Sebastian agitó la gorra, como espantando moscas.

—Firmaría ese cheque ahora mismo. Que ajusten las cifras. Lo anunciamos en una hora.

La bomba USB ardía entre los dedos de Gillian y, cuanto más tiempo pasaba, más difícil le resultaba soltarla.

—¿Mi Inglewood? —preguntó.

—Los Ángeles es el mercado más grande de Estados Unidos y todavía no cuenta con un Bazar —dijo Leah—. Estamos adquiriendo una propiedad que solo requiere una actualización: hay que hacer algo de reformas y darle una mano de pintura. Los californianos se aburren si su entretenimiento no cambia cada quince minutos...

Pero Sebastian ya había empezado a hablar.

—Será mucho más que una mano de pintura. La Escuela Kundojjala será el primer centro de ese tipo: cursos de historia, artes dramáticas, gastronomía, química, botánica. Clases reducidas, enfoque intensivo. Becas completas. Y justo en las afueras de Los Ángeles. —Señaló a Gillian y añadió—: En tu propio patio trasero.

—Sebastian. —La voz de Gillian se impuso sobre todas las demás —. Yo no he dicho que fuera a trabajar para ti.

La realidad ofreció al ejército de Sebastian algo más interesante que sus móviles. Las cabezas se alzaron y los ojos no sabían muy bien dónde posarse. Sebastian y Leah intercambiaron una mirada: en unos segundos se lo dijeron todo.

—Volveremos a reunirnos dentro de quince minutos —dijo él—. Gillian y yo tenemos que hablar a solas.

El grupo se dispersó, desapareciendo entre el laberinto de cubículos. Solo Leah se quedó, por si el jefe necesitaba protección. Otra mirada fugaz a un futuro distinto. Si Gillian hubiera dejado que Ellsberg se ahogara aquel día del Certamen, ¿habría acabado allí, defendiendo el territorio de Sebastian? Estaba segura de que sí. Y eso la aterrorizaba.

Sebastian cambió de silla para colocarse a su lado.

—Me he encargado de tu madre.

Gillian se quedó helada.

—Estará en una clínica, con una habitación privada —explicó él—. Cubriremos los gastos por ahora. Llámalo un adelanto de tus ganancias. Pero transcurridos seis meses, tendrás que hacerte cargo de los pagos. Con el salario que vas a tener, no debería ser un problema. Está aquí, cerca del UT Southwestern. Supuse que Stephanie querría quedarse en la zona. No sé qué estás planeando, si piensas mudarte o ir y venir en avión, pero podemos arreglarlo. Solo tienes que firmar el contrato. Tengo a los de contabilidad encima, y no les gusta que le esté pagando a alguien que aún no trabaja para nosotros.

Debería haber sido una noticia extraordinaria, pero tuvo la sensación de que, de repente, unas esposas le atrapaban la muñeca, la de la mano que sujetaba la memoria USB. Gillian apoyó el puño cerrado sobre la mesa.

—Podría haber un problema.

—¿Podría? ¿Por qué crees que Evelina se está matando a trabajar cuando siquiera han transcurrido setenta y dos horas de la muerte

de su marido? El comunicado sobre el repentino final de la franquicia del Certamen sale hoy. Ese experimento es un lastre, y si no lo soltamos, nos hundiremos.

—No me refiero solo al Reencuentro. ¿Y si Tommy descubrió alguna anomalía en Miscellany? ¿Y si Evelina está implicada? ¿Y si encubre algo? Tal vez haya motivos para que esas familias estén cabreadas.

Sebastian la miró como si llevara un retraso de varias zonas horarias.

—¿Que si encubre algo? Se encarga de las relaciones públicas: ¡por supuesto que encubre algo! Tommy casi nos deja con el culo al aire delante de todo el mundo y, a pesar de que ese hombre era su marido, a pesar de que acaba de fallecer, ella se está dejando la piel para salvarnos. ¿Cómo crees que funciona este lugar? Nadie está de nuestro lado. Ni la competencia, ni tampoco el gobierno. Quieren manchar nuestro buen nombre, impedir nuestro éxito, y si no lo consiguen, tratarán de destruirnos. No les caemos bien. Cada vez que construimos un nuevo Bazar, molestamos a los sectores más conservadores. Somos demasiado liberales, demasiado intelectuales, demasiado diversos. Rompemos desequilibrios económicos que llevan décadas enraizados. Me sorprende que no lo entiendas. ¿Desde cuándo te importa lo que piense el sistema?

Gillian pensó que la ira le estaba impidiendo ver la verdad.

—Podría haber mala fe. Si hay gente de tu equipo que está saltándose las reglas...

—Estamos construyendo un sueño —la atajó, abriendo los brazos para abarcar todo el edificio e incluso más allá—. ¿Crees que levanté todo esto sin saltarme alguna norma? ¿Sin pisar a alguien? Tenemos

enemigos en todas las esferas de poder. Cuando educamos, creamos futuros líderes con otros puntos de vista y pieles de otras tonalidades. Esa es la misión. Pero ya sabes lo rápido que puede desmoronarse todo si alguien se huele algún escándalo, si alguien sugiere que los niños corren peligro. Todo el mundo tiene un móvil. Yo quería a Tommy, y estamos intentando contener los daños, pero nos ha dejado en una situación terrible. Ningún padre traerá a su hijo a un Bazar cuyo rostro visible se asocia con las drogas y el adulterio. Los Bazares cerrarán. Toda nuestra misión se vendrá abajo, y todo esto no habrá servido para nada. Los millones, los miles de millones que recaudamos, el bien que hacemos..., todo desaparecerá. No puedo permitirlo. No habrá más concursos, no habrá más Temporadas. Pasaremos el duelo, sí, pero lo haremos por los niños. Mira las vidas que hemos cambiado, y las que aún queremos cambiar. Nuevos Bazares en la India, en Oriente Medio, en zonas desfavorecidas de todo el mundo. Invertiremos donde nadie más lo hace. Nadie. Este es el futuro que estamos construyendo, y no voy a sacrificarlo solo porque Tommy no supo mantener la nariz limpia ni la bragueta cerrada.

Gillian entendió que Sebastian trataba de zarandearla. Su dureza era calculada, estaba diseñada para descolocarla y reforzar la idea de que no era más que un ser humano afectado por la pérdida. Y le estaba funcionando: la había desconcertado.

Sebastian hizo un gesto con su mano enguantada, y Leah entró en el cubículo.

—Quiero que empieces de inmediato con Inglewood. Te necesitamos de verdad. Pero no puedo permitirme a otro concursante que no se implique por completo.

Leah se detuvo a su lado y la miró fijamente.

—Tenemos ciertos privilegios —le dijo—, pero solo para los empleados. Esto no es una colaboración externa. Te he mandado los formularios por correo, puedes firmarlos digitalmente. No sé lo que te habrá prometido Sebastian, pero todo será más claro si no rindes cuentas directamente a él. Así que, a partir de mañana, trabajarás para mí.

—Por ahora —interrumpió Sebastian—. Hasta que todo esto se calme.

Gillian sacó el móvil, aún con la memoria USB encerrada en la otra mano. Los formularios de Leah ya estaban en su bandeja de correo, junto con una propuesta formal de empleo y la oferta económica más generosa que había visto en toda su vida. La garganta se le cerró de golpe.

—No lo veo del todo claro —dijo Leah—. Así que deberías firmar antes de que cambie de opinión. O que cambie él.

Gillian estaba tan segura cuando llegó allí... Lo correcto brillaba con luz propia dentro de su cabeza. Pero ahora tenía delante todo lo que siempre había querido, y una salida para liberar a su madre. No podía soltar la memoria USB.

Sebastian se levantó y, mirando a Leah, preguntó:

—¿Dónde lo hacemos? ¿En el Pabellón?

Leah cambió de registro al instante.

—Evelina no quiere hacerlo allí. Es el último lugar donde se vio a Tommy en calidad de representante de Miscellany. Lo estamos preparando abajo. Es lo más profesional.

Sebastian se puso la gorra. Sus ojos se entretuvieron en Gillian, pero ella no podía apartar la mirada de las cifras que ardían en la

pantalla de su teléfono. Las cifras, y todo lo que representaban.

—La clínica puede admitir a Stephanie hoy mismo —dijo—. Si firmas.

Cuando Gillian levantó la vista, no sabía cuánto hacía que Sebastian y Leah se habían marchado. Solo tenía clara una cosa: no había entregado los datos.

34

Gillian escondía las manos bajo la mesa para que su madre no viera que le temblaban. Hacía la videollamada desde su habitación en el Leonardo, con el flamante portátil de Miscellany abierto sobre el escritorio y una cerveza fría al alcance de la mano. No había razón para no usar el equipo de la empresa. Ni tampoco para no beberse su cerveza.

¿Estaba de celebración o ahogando sus penas? No lo tenía claro.

Una mujer con una lacia cabellera gris respondió a la videollamada, inclinando la cámara para que su madre pudiera hablar desde la silla de ruedas. Detrás pudo ver la habitación. Era amplia, de un blanco crudo, con una cama cómoda, una mesilla y un par de fotos colgadas en la pared: una de Gillian y la otra de sus padres y June.

—¿Estás segura de que esto funciona bien? —preguntó su madre, mirando a la enfermera—. No me gustan estas cosas.

—Mamá, estoy aquí. —Su madre tenía buen aspecto. Iba un poco maquillada y se le veía la piel tersa y los músculos de los ojos firmes. A Gillian le pareció que tenía chispa en la voz cuando la oyó refunfuñándole a la enfermera.

—Ah. —El mentón de su madre se agrandó en la pantalla—. Ya te veo. ¿Dónde estás tú?

—En el trabajo, mamá. ¿Cómo te están tratando?

—No lo sé. Este sitio es muy bonito. Sebastian debe de estar gastándose una fortuna. ¿Has ganado otro concurso?

Al oír esa pregunta le vino a la cabeza el recuerdo de la caverna: el estruendo del agua, los aspavientos teatrales de Ellsberg, y Tommy, con los brazos en alto, celebrando la victoria. Y entonces vio la imagen de su rostro aplastado contra el interior de un tubo de cristal.

—Tengo una época movida —dijo ella, en voz baja—. No sé cuándo podré ir a verte. Solo quería asegurarme de que te cuidan bien.

—Pues mira, para empezar, dicen que vamos a dar un paseo. ¿A las seis y media de la tarde? Yo paseo por la mañana, ya lo sabes. Esto es Texas, hace demasiado calor.

—El ejercicio forma parte del tratamiento. Tienes que mantenerte fuerte.

—Y esas medicinas... ni siquiera puedo pronunciar los nombres. ¿Qué tiene de malo el Tylenol? —La enfermera preparaba la ropa y los zapatos que su madre utilizaba para caminar—. ¿Seguro que no puedes venir?

Gillian hizo girar la botella entre los dedos.

—Es una medicación específica para el lupus. Nunca habíamos podido... —No eran esas las palabras que su madre quería oír. Gillian forzó una sonrisa—. Intentaré ir a visitarte pronto.

—Mañana estaría bien. Va a venir June. Creo que este sitio la va a impresionar. Es el lujo que le gusta a tu hermana.

La enfermera le dijo algo a su madre fuera de plano. Ella se alteró.

—El coronel dice que tenemos que caminar antes de que anochezca. ¿En qué lío me has metido? Esto parece un campo de

entrenamiento militar.

—Es un buen sitio, mamá.

—Ya lo sé. Y gracias. Aunque me gustaría que tu padre pudiera quedarse. No sabe qué hacer en casa de tu hermana. Deberías echarle un ojo: acabará alimentándose de mortadela y pan tostado, y se pasará el día en calzoncillos sentado en su sillón.

Su madre siempre se preocupaba por los demás. Esa preocupación perpetua había sido siempre su cruz. Qué alivio el día en que ya no tuviera que preocuparse por Gillian, el día en que su hija pudiera mantenerla sin ayuda.

Habían admitido a su madre porque Gillian había firmado los papeles: una veintena de páginas de jerga legal que ataban a Gillian Charles a Miscellany. Si quería cobrar, si quería que su madre estuviera atendida, tenía que hacerlo.

—Este sitio es muy bonito, Gilly —le susurró en voz alta—. Pero no le digas al coronel que lo he admitido.

La memoria USB estaba detrás de la cerveza. Mientras no moviera la botella, no la vería.

—Ve a dar tu paseo. —Gillian acarició la pantalla—. Te quiero.

—Yo también te quiero, cariño.

La pantalla se oscureció. Gillian volvió a alargar la mano hacia la botella y la empujó hacia un lado. Luego volvió a dejarla donde estaba, deslizándola por la madera húmeda, ocultando de nuevo la memoria USB.

En teoría, ahora Gillian tenía todo lo que habría conseguido si hubiera ganado el Certamen dieciocho años atrás. Era curioso: había hecho el recorrido dos veces y nunca había sido la primera en llegar a la meta.

Presionó la barra espaciadora del ordenador y vio la hora: aún no eran las siete. No estaría mal cenar en la habitación: dar el día por terminado, descansar, dejar que el cuerpo procesara lo perdido y lo ganado. Llevaba casi veinticuatro horas sin dormir. Lo sensato era echarse un rato.

El *pendrive* seguía sobre el escritorio. Demasiado pesado para moverlo. Demasiado pesado para esconderlo.

«De acuerdo, Tommy. Vamos a averiguarlo. Vamos a ver lo que ha pasado».

Gillian cerró el portátil y fue a cambiarse de ropa. Para lo que tenía planeado, necesitaba moverse con libertad.

35

Gillian llevaba la misma ropa cómoda de deporte que se había puesto para el concurso. Una linterna, un bolígrafo, la cartera y el teléfono móvil, una navaja y un cuaderno: todo eso lo metió en su bolsa de tela. El dichoso *pendrive* se lo guardó bajo el sujetador deportivo.

Después de tomarse una taza del insulso café del hotel, salió al parque. Aún quedaban algunos visitantes, ansiosos por disfrutar de las atracciones nocturnas y enfrentarse a los acertijos temáticos. Gillian notó el cosquilleo de siempre, la emoción de un descubrimiento inminente. Y, de nuevo, tuvo la sensación de que alguien la estaba observando desde alguna parte: ¿había visto una coleta de color castaño, una cicatriz huidiza? No, no estaba segura de que fuera Jackie, y aquella noche decidió no alimentar sus demonios. En realidad eran los demonios de Tommy, y ya sabía adónde lo habían llevado.

Procuró no mirar por encima del hombro, caminar con naturalidad entre la multitud. Llegó al Bazar y, tal como esperaba, encontró las puertas cerradas. Avanzó junto a la valla por detrás de una larga hilera de camiones de comida, echó la bolsa al otro lado y trepó. Las medidas de seguridad no eran las de *Parque Jurásico*, la verdad: no se quedó achicharrada, ni siquiera oyó que nadie gritara su nombre.

La oscuridad la envolvía mientras se acercaba al Bazar. Los farolillos de papel seguían alineados junto al camino y un vaso de

plástico yacía olvidado en la hierba. Hacía apenas tres días, todos se habían reunido allí para revivir el momento que los había convertido en familia. Sebastian la había presionado para que asistiera, y Gillian, a su vez, había hostigado a Tommy. La incomodaba pensar en el papel que había desempeñado en todo aquello: o la paralizaba la culpa o, lo que aún era peor, no se sentía nada culpable.

Siguió andando, con los ojos clavados en el Bazar. Si miraba hacia la derecha, encontraría la bifurcación que conducía al Pabellón y al Laberinto. El Laberinto donde había hablado con Evelina como si fueran tan buenas amigas. Evelina, que había amañado las pruebas de selección. Que sabía que los Navarro tenían razón y, aun así, había querido aplastarlos. Tenía un lápiz de memoria con todos sus delitos.

¿Hasta dónde habría llegado esa mujer? «Es encantador, ¿verdad?». Impecable. Incluso su angustia era calculada. ¿Qué habría sido capaz de hacerle a Tommy para poder sobrevivir? ¿Y qué habría hecho Miscellany? Aquellas preguntas ya no importaban. Gillian se había elegido a sí misma y, al hacerlo, se había unido al bando de Miscellany. ¿Qué otra opción tenía?

¿Qué otra opción había tenido nunca?

Un aviso pegado en la puerta impedía la entrada al Bazar. Por lo demás, el edificio estaba abierto. Gillian rasgó la etiqueta con la navaja y la puerta se abrió de par en par. Una vez dentro, volvió a cerrarla y encendió la linterna. El vestíbulo estaba vacío, y la araña de cristal, apagada. Al fondo del pasillo había una puertecita abierta de par en par. Mientras desandaba el camino, recordó la falta de pompa y ceremonia del Bazar el día en que Sebastian lo abrió para la policía. El gran hombre no paraba de pontificar, mientras los

agentes a duras penas se aguantaban las ganas de meterle una bala en la cabeza para hacerlo callar.

Al otro lado de la puerta, encontró la sala vacía, los atriles dorados y sus acertijos marchitos. Eran como las flores de hibisco, espléndidas un solo día. No tuvo que introducir nada en ninguna ranura: todas las salidas estaban abiertas. Entró en la sala del suelo de damero. El camino ya no resultaba intimidante: el haz de su linterna revelaba las flechas dibujadas en las paredes para que los investigadores no tuvieran que exprimirse demasiado el cerebro. Conducían a una puerta oculta que Gillian no había visto nunca. La cruzó y se encontró en un pasillo.

Era un pasadizo inacabado, todo de metal y pladur. Ni rastro de la magia de Miscellany. De pronto le hirvió la sangre y una llamarada le subió por el cuello. Sonrió con ironía. Pues claro que Sebastian tenía pasadizos ocultos tras las paredes: rutas para ajustar el juego cuando convenía y adelantarse a los concursantes. Pero al volverse y apreciar la extensión del lugar, su sonrisa se desvaneció. Si la muerte de Tommy no había sido un accidente, alguien podría haber usado aquellos pasadizos para moverse sin ser visto. Para ahogarlo antes de que él ahogara a Miscellany.

Enfiló el corredor en silencio. La linterna de su móvil iba descubriendo puertas que Gillian abría una a una. Detrás se escondían habitaciones que reconocía del día del Reencuentro: la biblioteca, el casino... Siguió por el túnel hasta que, finalmente, accedió a la playa por una puerta oculta en la pared rocosa. Alzó la linterna. Habían drenado el lago artificial y la zona del tubo de succión estaba acordonada, llena de marcadores de plástico numerados y cinta policial perfectamente visible desde la distancia.

Gillian se limitó a observar. No se acercó. Podía ser muchas cosas, pero policía no era una de ellas. Además, la respuesta a la muerte de Tommy no estaba en una huella dactilar perdida en la escena del crimen.

Se sentó en la arena y se quitó los zapatos y los calcetines. Dejó la bolsa allí y echó a andar descalza. Esta vez no había un entramado de cuerdas tendido en la roca. Una rampa para sillas de ruedas zigzagueaba a lo largo de la pared y desaparecía dentro de la cueva. Entró dentro de aquella boca oscura y la luz de su linterna encontró lo que andaba buscando. Cuatro cajas grandes entorpecían el camino, intactas, cada una con un símbolo distinto estampado en la tapa cerrada. La de Gillian estaba marcada con una criatura parecida a un calamar de tentáculos cortos. La sepia.

Frunció los labios. Seguía sin gustarle ese nombre.

Al abrir la caja, encontró otro objeto dentro: un rompecabezas mecánico de madera. Sebastian, como siempre, aprovechaba cualquier oportunidad para dar una lección.

Gillian se sentó en el suelo, con las piernas cruzadas. Ajustó el haz de la linterna. A la mierda con Sebastian. Podía hacerlo.

Sostuvo el rectángulo de madera natural entre las manos. Era delgado: tenía más forma de móvil que de cubo. Las tapas de nogal oscuro estaban divididas por ranuras horizontales por las que asomaban unas clavijas verticales de madera clara. En cada ranura se alojaban deslizadores metálicos que podían bloquearse o liberarse según la posición de las clavijas. En la parte superior, un asa o una argolla. El objetivo era mover los deslizadores y las clavijas para que la argolla se soltara. Una especie de gran cerradura deslizante. Era una caja secreta, quizá obra del célebre diseñador alemán Jean

Claude Constantin, o tal vez una versión modificada por el mismo Sebastian. Ellsberg habría saltado de alegría. No era solo una caja secreta, sino el diseño de un alemán, ¡y nada menos que Constantin! Gillian sonrió. Estaba impaciente por contárselo.

No había llave. Ni instrucciones. Exactamente lo que Gillian quería.

Empezó a mover los deslizadores. Al principio, sin tener una idea clara de cómo abrir la caja, solo ajustando las piezas para entender el mecanismo. Los primeros minutos los dedicó a despejar la mente. A no pensar ni en Tommy, ni en Sebastian, ni Evelina, ni Ellsberg, ni siquiera en su madre y el dinero. Empezó a respirar profundamente. Sus músculos se relajaron.

Era un rompecabezas secuencial de seis posiciones posibles. Resolverlo requería intuición e inteligencia, pero también método y comprensión numérica. Tenía cuatro deslizadores, uno libre y tres limitados por las clavijas interiores, lo que posibilitaba las seis posiciones, incluida la inicial. Cinco movimientos por deslizador. Un mínimo de doscientos cincuenta movimientos.

La clave estaba en comprender el mecanismo. Al principio la caja le pareció desconcertante, pero no difícil. Trabajó desde abajo, moviendo el deslizador que, a su vez, desplazaba la clavija interior y desbloqueaba el deslizador superior. Se obligó a ser metódica. Para liberar la hilera superior, había que mover varias veces los deslizadores inferiores de izquierda a derecha y de derecha a izquierda. Gillian era consciente de que no estaba en su mejor momento. Desplazó un deslizador en la dirección equivocada y tuvo que retroceder y repetir toda una secuencia. Dudó más de una vez, asegurándose de seguir el camino correcto. La caja estaba muy bien ensamblada, pero seguía siendo una creación de madera,

pegamento y clavos. Tuvo que golpearla contra el suelo en más de una ocasión para realinear las piezas y hacer avanzar los deslizadores. Pero la frustración la espoleaba. Superar obstáculos la purificaba. Y, finalmente, al cabo de unos diez minutos, encontró la solución. Todos los deslizadores se movieron hacia la derecha. El cerrojo se liberó y, con él, se desprendió una pieza de madera en forma de llave. Era más ligera que el resto y estaba hueca. Dentro había un trozo de papel dorado y brillante, recortado de una hoja mayor. Gillian lo cogió y lo sostuvo entre los dedos. El fragmento del mensaje seguía brillando, incluso después de dieciocho años.

> Ganador del Certamen Extraordinaire:
> Gillian Charles.

Le dio la vuelta al papel. En el reverso, una nota escrita a mano con tinta negra:

> Sabía que lo lograrías.
> S.

Debajo había un patrón de puntos y números distribuidos en una cuadrícula de seis por seis. Era un rompecabezas Slitherlink.

No era la respuesta al juego de Sebastian, a la vida que había perdido. Era otro enigma más.

Gillian se incorporó y dejó la caja secreta en el suelo. Se quedó mirando los dos pasadizos oscuros que se adentraban en la cueva. Estaba convencida de que le bastarían unos pocos segundos. Unos pocos segundos para correr por el túnel correcto y asegurarse el primer puesto. Pero el juego no habría terminado, solo habría

cambiado; Sebastian la habría guiado hasta el siguiente grupo de pruebas, el siguiente paso de su evolución.

Miró la nota que tenía en las manos. Bajó de nuevo hasta la arena y se quedó mirando el tubo de plástico donde había encontrado el cuerpo de Tommy. Había vivido sus últimos momentos allí mismo: el chico de la sonrisa encantadora. Años atrás, Gillian había rescatado a un Ellsberg que se ahogaba, pero había salvado al concursante equivocado. Era Tommy el que se estaba hundiendo de verdad, y ella le había fallado.

Su mirada siguió el tubo hasta el lugar donde desaparecía en la roca, junto con una maraña de conductos retorcidos. Ya no tenía ningún deseo de averiguar adónde llevaban.

Arrugó el papel. Con Sebastian, siempre habría un nuevo acertijo que resolver.

Regresó por el pasadizo.

Cuando ya estaba cerca de la puerta principal, se dio cuenta de que se había olvidado los zapatos dentro. Los había dejado en la playa, junto con los calcetines, la bolsa y todo lo que contenía: eran objetos demasiado valiosos para abandonarlos. Movió la linterna de un lado a otro, sin saber hacia dónde dirigirse.

Olió el humo apenas unos segundos antes de ver las llamas.

El infierno rugía como un monstruo. El fuego trepaba por la pared sur del Bazar, devorando con ansia la madera vieja. El calor la golpeó tan fuerte que rodó escaleras abajo y su móvil salió disparado hacia la oscuridad. Gillian aterrizó de culo y se apresuró a arrastrarse hacia atrás. Vio una figura que corría, alejándose del

incendio, y gritó, pero el intruso no se detuvo. Gillian se puso de pie, tambaleante, mientras el fuego la perseguía, avanzando hacia ella desde la parte trasera del edificio, como si olfateara su presencia. Las llamas le lamieron la piel. Un fuerte olor a combustible impregnaba el aire. Gillian retrocedió: el fuego la empujaba hacia la valla de seguridad. Con los ojos irritados por el humo, buscó la silueta que había visto, pero solo encontró fuego. La realidad de su situación ya era ineludible. Se volvió, corrió los últimos metros hasta la valla y, después de trepar por el enrejado, pasó al otro lado. Trató de bajar con cuidado, pero perdió el control y acabó cayendo de espaldas. El golpe le vació los pulmones.

El fuego se acercaba. La valla no lo detendría.

De pronto, vio a gente. Una multitud: el atractivo de la desgracia ajena había sido más fuerte que el instinto de supervivencia. Los curiosos la ayudaron a levantarse y la apartaron de las llamas. Las sirenas del cuerpo de bomberos privado de Miscellany desgarraron el aire. Lejos del foco, las llamas empezaban a perder fuerza, pero el monstruo seguía devorando el orgullo y la joya de Sebastian. El Bazar se había convertido en cenizas. En un suspiro.

Gillian tosió hasta doblarse en dos. Alguien le dio unas palmadas en la espalda, pero ella lo apartó con un gesto. Seguían llorándole los ojos. Entonces se dio cuenta de lo expuesta que estaba: rodeada de desconocidos, sin su bolsa de tela, sin identificación, sin más que la ropa que llevaba puesta. Un escalofrío la recorrió de arriba abajo. Se sentía acalorada, nerviosa, como si mil arañas invisibles le recorrieran la piel. Todos los instintos que había reprimido gritaban ahora. Alguien la había seguido desde el hotel. Había visto a una silueta huyendo del Bazar. ¿Una coleta oscura? ¿Y una cicatriz?

Alguien había provocado ese incendio. Alguien que sabía que ella estaría dentro.

Llegó más gente. Rostros desconocidos. Extraños con teléfonos móviles y preguntas, y quizá con intenciones discutibles. Era una mujer negra, descalza, junto al escenario de un crimen. No tardarían en señalarla con sus sospechas y sus prejuicios. Y, tarde o temprano, Jackie la encontraría.

Gillian fue retrocediendo poco a poco y desapareció entre la multitud.

36

Gillian estuvo todo el largo y solitario trayecto desde el parque tratando de decidir a quién podía llamar. Caminaba en la oscuridad, entre las hierbas altas que crecían a lo largo del borde de la carretera. Se encogía cada vez que los faros de los coches la iluminaban, pasando a más de cien por hora, hiriéndole los pies con piedras y cristales rotos. Un coche tocó el claxon y se detuvo justo detrás de ella: Gillian nunca había corrido tan deprisa.

El primer edificio que encontró —el primero que le pareció lo bastante alejado de Miscellany— fue un local de comida rápida de la cadena Whataburger. Había demasiados todoterrenos negros aparcados fuera y demasiada gente dentro. Se quedó de pie allí donde la grava dejaba paso a la hierba. Su mirada escrutaba el lugar, yendo de los coches a la puerta, de una cara a otra.

Se llevó las manos a la boca, como si rezara. Le ardía la piel. El olor se le había pegado al cuerpo: a humo y a sudor, y, por debajo de todo eso, a miedo. En sus oídos todavía resonaban los gritos que soltaba la gente cuando trepó la valla y cayó. El fuego la perseguía, voraz, sin el menor respeto por su supuesta inteligencia.

Un tipo la observaba desde la cola del autoservicio; su rostro era una combinación de planos duros y ángulos afilados. Gillian se deslizó hacia las sombras. Tiró la pulsera de Miscellany al contenedor de basura. «No lleva GPS», le había dicho Ellsberg. Claro. Pero Sebastian estaba al tanto de la llamada que le había hecho Tommy.

Quizá ni el propio Ellsberg entendía del todo lo que podían hacer esas pulseras.

Un terror animal la había conducido hasta allí. Pero la adrenalina se había agotado, y necesitaba un plan. June no dejaría solos a sus hijos. Su madre no sabía conducir. Y en Miscellany no tenía a nadie en quien confiar. Y aunque lo tuviera, estaría vigilado, como todos sus seres queridos. Necesitaba a alguien que no lo estuviera.

Cuando le vino el nombre a la cabeza, le flaquearon las rodillas. Pero su exilio lo mantenía apartado, fuera del mapa, justo donde Gillian necesitaba estar. Al menos hasta decidir cuál sería su siguiente paso.

Se había dejado el móvil en la bolsa de tela, ahora pasto de las llamas. Y ningún sitio le parecía más seguro que aquel lugar.

Cuando entró en el restaurante, se relajó: no había nadie en la barra. La empleada de la caja —una chica negra que no debía de tener siquiera dieciséis años— le prestó su móvil sin hacerle una sola pregunta, aunque miró de reojo a sus compañeros antes de sacárselo del bolsillo trasero. Gillian marcó el número de memoria, preguntándose qué significado tendría que lo recordara con esa facilidad.

Al cabo de cuarenta y cinco minutos, un Saturn Dreamcatcher se detuvo frente al local. Gillian apuró el café que la chica le había ofrecido generosamente y salió. Abrió la puerta del coche de un tirón y se dejó caer en el asiento del copiloto.

El interior olía a él. A la dichosa colonia Brut y a algo más. A su piel, a su sudor. El propio desgaste del hombre tras su paso por la vida.

Había acudido enseguida. Le hizo unas cuantas preguntas, pero nada que un padre no tuviera derecho a preguntar.

—¿Has comido? —dijo.

Gillian siguió mirando por la ventanilla. Negó con la cabeza.

—El incendio está en todas las noticias —añadió él. En el interior del coche, el olor a humo resultaba más intenso—. Dicen que estás desaparecida.

Ella se removió en el asiento. El lápiz de memoria le abrasaba la piel, como un hierro candente.

—¿Podemos irnos? —pidió—. Estamos demasiado cerca.

El motor seguía encendido, pero el coche no se movía.

—Gracias —dijo él.

Ella lo miró. Por un momento, fue como si siempre hubiera estado presente en su vida.

—Gracias —repitió, con la voz áspera.

Ella asintió.

Y se marcharon.

37

Había conseguido una mesa junto a la ventana en el Café Brazil. Desde allí podía ver el aparcamiento. Gillian se había puesto unos vaqueros y una camiseta de los Rolling Stones. Los vaqueros se los había comprado en una tienda de ofertas con dinero prestado y la camiseta era de su padre. Lo tenía justo delante, bebiendo café y tarareando. Detrás de él, sobre la barra, había un televisor sintonizado en el Canal 5. Ya tenían imágenes de lo ocurrido. La presentadora, una mujer de piel oscura, informaba con la gravedad adecuada.

—Otro día negro para el imperio del entretenimiento Miscellany y su director ejecutivo, Sebastian Luna, a quien vemos aquí, haciendo el lanzamiento inaugural en el estadio Globe Life Field —decía—. Solo tres días después del fallecimiento de Tomas Kundojjala, director de Operaciones y ganador del Certamen Extraordinaire, un incendio ha consumido el legendario Bazar, escenario de aquel concurso y primero de los muchos parques de entretenimiento que acabarían abriéndose por todo Estados Unidos. Al parecer la estructura del edificio ha quedado totalmente destruida y, aunque el Bazar estaba cerrado, algunas declaraciones apuntan a que otra concursante, Gillian Charles, se encontraba dentro cuando comenzó el fuego. Son muchos los que esperaban que hoy se anunciara la Segunda Temporada, una nueva edición del Certamen con una

nueva generación de niños prodigio. En lugar de eso, Miscellany ha vuelto a enfrentarse a la tragedia. Conectamos en directo con...

Su padre se había levantado del banco. Gillian lo vio inclinándose sobre la barra para apagar el televisor de un manotazo.

—Las noticias, siempre deprimentes —dijo.

Gillian lo observó mientras volvía a sentarse. Le pareció pequeño. Un hombre cuya vida ocupaba una huella apenas invisible: la habitación libre en casa de June, su coche destartalado, un trabajo sin sentido. Pero había acudido cuando ella lo había llamado. Sabía lo que era importante, al menos para él. Cuando había sacado la cartera para pagarle los vaqueros, ella había podido ver lo que llevaba dentro: la tarjeta de crédito, algo de dinero en efectivo y una foto de ella y de June en la que las dos aparecían muy monas, con cara de muñecas. Aquel hombre lo había perdido todo, había tocado fondo. Pero en algún momento había encontrado la forma de seguir adelante. Por la familia que había perdido y que ya nunca volvió a recuperar del todo.

Su padre levantó los ojos y Gillian desvió los suyos de inmediato. Le resultaba imposible sostener esa mirada herida sin que afloraran todos sus remordimientos. Las llamas habían consumido sus defensas. Su padre vería lo que sentía, que debería haberlo perdonado hacía años.

Gillian se lo contó todo. Que se había escondido de sí misma durante dieciocho años. Que Tommy la había espoleado a regresar y que su vida había volado por los aires. Que la ahogaba la angustia por el tratamiento de su madre, por el dinero. Y que los acertijos lo complicaban y lo simplificaban todo al mismo tiempo. Los rompecabezas exigían toda su atención, concentración absoluta, y

ella se refugiaba en ello, y dejaba que el resto del mundo desapareciera. Pero ahora empezaba a pensar que tal vez les había dado demasiado valor a esas soluciones. Resolver un enigma no era lo mismo que entender la vida.

Aunque la abrumaba la vergüenza, Gillian también tocó el tema de su relación con Evelina. Habló de la confianza que había depositado en ella y reconoció que, una vez más, se había equivocado. Su padre no dijo mucho. Sus dedos resecos jugueteaban con un sobrecito vacío de azúcar, mientras su atención se dividía entre el crujido del papel y el relato de Gillian. Aquella actitud le hizo pensar en Sebastian, en su tendencia a usar el silencio como anzuelo para que los demás lo llenaran con sus secretos.

—¿En qué piensas? —preguntó ella.

Su padre tardó en soltar las palabras.

—Nunca me fie de ese hombre.

Gillian notó que la ira de siempre se despertaba en su interior: no iba a ser tan fácil librarse de ella. Ahí estaba su padre, sentado en su banco, como si con un café y un paseo en coche ya volviera a ser el gallo del gallinero.

—Eso es muy fácil de decir. ¿Dónde estabas entonces?

—No lo necesitabas para nada. Y no lo necesitas ahora.

Solo una brizna de sentido común la detuvo de levantarse. En su cabeza, una vocecilla le susurró: «Déjalo aquí y lárgate. Sal corriendo; a la mierda tu padre y a la mierda Sebastian».

—¿Y qué pasará con mamá? —escupió—. ¿De dónde va a salir el dinero para su tratamiento? ¿De ti?

La mirada de él lo decía todo: no tenía respuestas. De pronto, estar allí con su padre le pareció una idea horrible. Nada había

cambiado. Gillian seguía dando vueltas alrededor de lo mismo, repitiendo viejos hábitos que tenía grabados en lo más hondo.

Se quedó mirando a su padre sin decir nada. A aquellos cabellos que había tenido de joven y que ahora estaban cubiertos con más canas de las que Gillian había creído. A aquellas ropas holgadas, que le daban un aspecto de espantapájaros recién caído del palo. Aquel hombre no era una roca: podía recaer en cualquier momento, y él mismo lo admitiría sin rodeos. Wallace Charles siempre había ido detrás del dinero o de la botella. Como decía June, veía ofensas e impedimentos en cada esquina, obstáculos para alcanzar sus sueños: su propia empresa de electricidad, un restaurante, mil y una ambiciones construidas con esmero, de las que él había sido el arquitecto y a la vez el destructor. Gillian se preguntó: si hubiera llegado a triunfar, ¿habría dejado el alcohol?

¿Y qué haría falta para que ella dejara a Sebastian?

Su padre intentó retomar la conversación.

—El alemán podría ayudarte —dijo—. Siempre te cayó bien.

Pensar en Ellsberg solo la confundió más. Se encogió de hombros.

—Probablemente se siente culpable —añadió él.

—¿Y crees que no debería?

Su padre frunció los labios y negó con la cabeza, despacio.

—La culpa es buena. No hay nada mejor para calibrarte. Te recuerda a diario lo fácil que es... —Hizo una pausa—. Estropear las cosas.

Era evidente que estaba luchando consigo mismo. Se rascaba la piel reseca del pulgar.

—No tienes por qué darle una segunda oportunidad —dijo al fin—. Pero si le pides ayuda, quizá le ayudes a responder la pregunta.

—¿Qué pregunta?

—¿Soy lo bastante bueno?

La misma pregunta que Gillian se había hecho al principio del Certamen, y luego en el Reencuentro. Eso la incomodó. La desesperación y la incertidumbre le resultaban demasiado familiares.

Delante de la comisaría, Ellsberg le había dicho: «Necesitaba ganar el Certamen tanto como tú».

Gillian se excusó y se fue al baño. Aturdida, se apoyó en el lavabo y se miró al espejo, estirándose las mejillas. Se veía más vieja, pensó. No era tan distinta de Ellsberg. La máquina de Miscellany había acelerado su envejecimiento, como el de todos los demás. Sintió un impulso extraño: arrancarse la ropa, ponerse bajo una ducha helada y despojarse de todo: el humo, la ceniza, las huellas, el contacto de quienes la habían dirigido desde su llegada.

Jackie tal vez hubiera huido del incendio, pero esa mujer solo obedecía órdenes de alguien. Alguien como Evelina, aunque no fuera tan lista como se creía. Los correos demostraban que los peces gordos de Miscellany estaban al día de sus tejemanejes. Y si la maquinaria lo sabía, ¿no significaba eso que el hombre que la controlaba también?

¿Qué estarían dispuestos a hacer por proteger la misión de Sebastian? Demandar a una familia, seguro. Declararle la guerra a la prensa, cerrar filas. Y si el escándalo crecía, pagar para silenciarlo. En un mundo así, comprar el silencio de una vendedora de fulares de Los Ángeles era pan comido. Pero ¿y si ella no captaba el mensaje? ¿Y si seguía hurgando donde no debía? Bueno, las construcciones viejas se incendian por cualquier cosa. ¿Cuánto vale un edificio, comparado con un sueño?

Las palabras de Evelina, su reacción instintiva ante su ataque delante del Laberinto: «No voy a disculparme por proteger lo que hemos conseguido».

¿«Hemos conseguido»? ¿A quién se refería?

¿Estaban incluso dispuestos a matar porque ya lo habían hecho antes?

Gillian se sacó el lápiz de memoria de debajo del sujetador. Lo dejó encima del lavabo. Contempló la idea de tirarlo por el váter. ¿Qué iba a hacer? ¿Enfrentarse a Miscellany y a Sebastian? En el mejor de los casos, acabaría teniendo que vender fulares otra vez, y sin un céntimo. Y en el peor... Bueno, lo que ocurriría en ese caso todavía humeaba a sus espaldas. El buldócer de Sebastian arrasaría con ella como si fuera un barrio ruinoso. La casa siempre ganaba. «Solo hay un ganador», había dicho Evelina. Los juegos estaban diseñados para que la mayoría de los participantes perdieran. El Certamen. El Reencuentro. Cada evento se concebía para aislar a los concursantes, para enfrentarlos entre sí.

Gillian salió del baño. Llevaba consigo la memoria USB.

38

Evelina mantenía la postura erguida incluso cuando se relajaba. Iba vestida con un estilo muy Miscellany: traje azul marino impecable con chaleco. Gillian la observaba desde el interior de la casa. Dejó el bolso, las llaves y el móvil sobre la encimera de mármol de la cocina. Luego se quitó los zapatos de tacones y hojeó unas cartas antes de volcarlas en una cesta de mimbre.

—¿Stephen? —gritó, llamando al asistente personal al que Gillian había convencido para que se tomara la noche libre después de que la dejara entrar—. Debo atender la llamada con Singapur a las ocho. ¿Podrías tener la cena lista para después? No creo que dure más de una hora.

Silencio. La dueña de la casa notó algo extraño y se inquietó. Algo no encajaba. Caminó descalza, llamando de nuevo a Stephen, y se detuvo en seco al encontrar a Gillian en su salón. Otra vez.

—Le he dado la noche libre —dijo Gillian, sentada en una esquina del sofá blanco, con las piernas recogidas. Unas sandalias baratas descansaban en el suelo. Más dinero que le había prestado su padre —. Han sido unos días muy movidos.

Por un instante, Evelina entreabrió la boca. Luego apretó la mandíbula y convirtió el susto en una sonrisa.

—Gillian. Todo el mundo te está buscando. Creíamos que estabas en el Bazar cuando...

—¿Cuando tus hombres le prendieron fuego? —Gillian todavía notaba la tirantez de su rostro y un calor residual bajo la piel—. Quería creer que no sabías que estaba dentro cuando diste la orden, pero le dijiste a Jackie que me siguiera. No solo destruyó la escena del crimen: pegó fuego al Bazar porque yo estaba allí.

Evelina frunció el ceño con perplejidad.

—No te entiendo. ¿Estás sugiriendo que Miscellany tuvo algo que ver con la destrucción del Bazar? ¿Una pieza histórica tan querida por todos?

—Digo que fuiste tú, o Miscellany, o ambas. A veces me cuesta distinguir dónde termina una y empieza la otra. Y no me vengas con esa chorrada de «pieza histórica tan querida por todos». Tú y yo sabemos que Sebastian solo mira hacia delante. Para él, el pasado es totalmente prescindible. —Dejó la memoria USB sobre la mesa de cristal—. O casi.

Al ver aquel objeto, Evelina alzó una ceja al estilo Lauren Bacall.

—¿Y qué se supone que es eso?

—Qué mierda, ¿verdad? Hace unos años bastaba con quemar algunos papeles. Esto, en cambio, es como la purpurina: los datos siempre dejan algún rastro. Nunca consigues borrarlos del todo.

La lengua afilada de Evelina presionó el interior de su mejilla.

—Lo siento, pero creo que deberías irte. No te he invitado a mi casa, y si no te marchas, tendré que llamar a la policía.

—Y en circunstancias normales eso te vendría de perlas: una mujer blanca llamando a los polis por una intrusa negra. Solo que, esta vez, tengo este lápiz de memoria. —Le dio un golpecito con el dedo, y la memoria USB giró lentamente sobre el cristal—. Tendrán que quedárselo. Aunque los agentes no entiendan lo que es, alguien

lo hará. Y tarde o temprano, la prensa conseguirá el contenido y empezará a hacer las preguntas correctas: ¿entraste tú sola en el correo de Tommy o te ayudó alguien?; ¿adónde fue a parar el dinero que enviaron las familias al Círculo de Sebastian?; ¿qué significa eso para el acuerdo con los Navarro?, y ¿qué le ocurrió realmente a Tommy?

—Esto es absurdo —dijo Evelina con dureza. No quedaba nada de su habitual actitud desenfadada—. ¿Cómo te atreves a entrar aquí e inventarte una historia de corrupción justo cuando la empresa ha tenido que tomar la difícil decisión de cancelar la Segunda Temporada y decepcionar a tantos niños...? ¿Y encima insinuar que mi marido estaba implicado? Mi pobre Tommy. —Se volvió hacia la cocina—. No pienso quedarme a escuchar esto. Haré que te echen de mi propiedad. Me da igual lo que signifiques para Sebastian.

Gillian se levantó para seguirla.

—¿Vas a hablar con Sebastian? Es demasiado tarde para eso. Cuando mandaste pegarle fuego al Bazar, lo pusiste contra las cuerdas. Ahora está en el punto de mira. Es el blanco de las miradas externas: lo que más odia en el mundo. Necesita distanciarse. Un chivo expiatorio... o chiva.

Evelina se detuvo.

—Lo gracioso —continuó Gillian— es que no tenías por qué matarme para hacerme callar. Podías haber ido a hablar con él desde el principio. Ya me había comprado. Soy uno de los «hijos» de Sebastian: tengo que hacer lo que me diga. ¿No lo sabías? ¿O estabas demasiado ocupada mandando matar a tu marido?

Cuando Evelina se volvió, parecía haber envejecido doce años. Se adivinaba el perfil de su cráneo bajo su piel tensa.

—¿Qué quieres de mí?

—No quiero seguir siendo uno de los hijos de Sebastian. Quiero irme. Y tú puedes conseguir que eso ocurra.

Evelina sopesaba sus opciones, valorando sus cartas mientras la relaciones públicas que llevaba dentro despertaba.

—¿Se trata de dinero?

—Joder... Como si alguna vez se tratara de otra cosa. —Se adelantó un paso—. Sí, claro que se trata de dinero. Acepté volver para evitar que mi madre acabara en la calle, pero entonces no tenía poder de negociación. Hoy la cosa ha cambiado. No quiero volver: quiero irme. Quiero que mi familia esté a salvo y quiero lo suficiente para dejar de llevar a borrachos hípsters a sus bungalós. Y no quiero tener que resolver otro puto rompecabezas de Sebastian en mi vida.

Los ojos de Evelina buscaron las paredes de la habitación. Tal vez pensaba en correr hacia el teléfono. Pero ¿a quién llamaría?

—No quiero pertenecer a Sebastian —insistió Gillian—. Dame lo que pido, y podrás seguir siendo su mano derecha. —Miró el traje—. U ocupar su puesto, a mí me da lo mismo. Lo único que me importa es olvidarlo todo. A Tommy, el Certamen... Todo.

La casa no era tan silenciosa como parecía. Los conductos del aire acondicionado protestaron sobre sus cabezas. La madera noble reciclada crujió. La casa perfecta estaba hecha de cosas imperfectas que reaccionaban al aire, al agua y al paso del tiempo.

Evelina se quedó pensando, inexpresiva como un maniquí.

—Podríamos llegar a un arreglo.

—¿Un arreglo? No. Necesito algo más que eso.

—Dinero. Podríamos conseguirte dinero.

—Esta conversación empieza a estar muy concurrida. «¿Podríamos?» ¿Quiénes? Quiero efectivo. De ti. Hoy.

Evelina frunció el ceño.

—No sé si dispongo de tanta liquidez.

Gillian se giró de lado para que Evelina pudiera ver bien la memoria USB.

—He oído que Publishers Clearing House metió la pata con un concurso y tuvo que pagar treinta millones de dólares por una demanda colectiva. Y no son una empresa muy grande. Imagina una diez veces mayor.

Evelina se mordió el labio.

—¿Ese es el único lápiz de memoria?

—Podría serlo.

La mujer se tensó como una serpiente de cascabel.

—Bien. Puedo conseguirte doscientos cincuenta mil. Pero llevará un poco de tiempo...

Gillian se pegó a ella en un par de pasos.

—Mi padre me enseñó a jugar al Texas Hold'em cuando tenía cinco años. Llevo leyendo a la gente desde que era un retaco, ¿y me ofreces doscientos cincuenta? Más.

Evelina se estremeció.

—¿Quinientos mil?

—Mi madre tiene lupus. La mayor parte del tiempo no puede ni moverse. Necesita cuidados constantes, y no me refiero a la mejor atención posible en el hospital. Quiero algo de primera. Solomillo, ¿vale? Filete de Kobe. Quiero lo mejor.

Gillian vio el brillo de la aceptación en las profundidades de los ojos marrones de Evelina. Sabía la cifra desde el principio.

—No sé si...

—¿Quieres que desaparezca? ¿Que me asegure de destruir todas las copias y no vuelva a pedirte nada más? ¿Quieres que olvide la mirada extraviada de tu marido cuando su rostro quedó atrapado contra el cristal de aquel tubo? Pues prométemelo ahora mismo.

—De acuerdo. —La voz de Evelina restalló como un látigo—. Un millón de dólares. Pero destruyes todas las copias de esos correos.

Y ahí estaba. El valor de una persona. El precio de la vida de Tommy, y del alma de Gillian. Suficiente dinero para comprar el futuro que siempre creyó que le habían robado.

Echó a andar por el suelo de baldosas camino de la puerta principal y dejó la memoria USB sobre la mesa.

—He ganado —dijo.

El sonido de los pasos descalzos de Evelina la siguió.

—¿Cómo dices?

Pero Gillian no se detuvo.

—La idea de que pudieras haber competido. De que hubieras tenido una mínima posibilidad contra mí. —Giró en redondo, obligando a Evelina a detenerse en seco—. Quedé segunda en el Certamen Extraordinaire. —Se aseguró de que el desprecio se le notara en la cara—. Tú ni siquiera llegaste a clasificarte.

El horror fue asomando lentamente en el rostro de Evelina.

—No vas a aceptar el dinero.

Gillian abrió la puerta principal. Ellsberg estaba allí, enmarcado en el umbral, junto a varios tipos con trajes conservadores y semblante serio. Entraron en la casa, como atraídos por la gravedad.

—¿Quiénes sois vosotros? —Evelina intentó aparentar dignidad, pero le temblaba la voz—. Salid de mi casa.

Los intrusos pasaron junto a Gillian con una calma calculada. Tomaron a Evelina del brazo y la apartaron de la salida. La mujer estaba atrapada, desarmada. Gillian creía que sentiría una oleada de satisfacción, pero la emoción que la embargó se parecía mucho a la alegría aguada del final del Certamen, cuando resolvió el rompecabezas de las llaves complementarias. Una victoria que no lo era.

¿Qué haría ahora Sebastian? Con su gorra y sus botones relucientes. Sus zapatos en punta y sus dientes diminutos. Los zorros son cazadores oportunistas: comen lo que sea con tal de sobrevivir.

Gillian se acercó a la puerta. Ellsberg la detuvo en el umbral.

—Lo han oído todo.

—La ironía es que ni siquiera tiene un millón de dólares —dijo con una risa forzada.

—¿No estás contenta?

Gillian se encogió de hombros. Dedicó una mirada vacía a los coches oficiales que había aparcados fuera.

—Los federales no harán nada. La perseguirán durante años.

—Has hecho lo correcto.

—Sí, claro. Pero ¿hemos atrapado a la persona correcta?

Le lanzó una mirada a Ellsberg. Parecía incómodo.

Detrás de él, los agentes le leían sus derechos a Evelina y registraban la casa en busca de respuestas.

No iban a encontrarlas. No allí.

39

El Nido seguía igual. El espejo, el viejo reloj, los adornos náuticos. Los libros alineados con el lomo hacia fuera, el monitor del ordenador e incluso Sebastian de espaldas a la puerta. Motas de polvo suspendidas en el aire. Un despacho construido para resistir la marea de los acontecimientos exteriores y servir únicamente a los caprichos de su creador.

Sebastian tecleaba a golpecitos. Escribía espoleado por una inspiración efímera que se apagaba enseguida; entonces volvía a detenerse, con la mirada fija en la pantalla, frotándose el muñón del pulgar. Nunca explicó qué le había pasado en el dedo. Abundaban las historias: se lo había devorado un tigre, se lo había cortado una sierra, o tal vez seccionado con un cuchillo de cocina. Todos los rumores le parecían bien: la incógnita de la desgracia todavía le daba un aire más misterioso.

Sabía que Gillian estaba allí. Y ella sabía que él sabía que estaba allí.

—¿Estás escribiendo tu carta de renuncia? —preguntó Gillian.

—Todo lo contrario. —Tecleó tres caracteres, entornando los ojos ante la pantalla—. Tendré un papel más activo. Parece que Miscellany se ha estancado en manos de mis hijos. A juzgar por los últimos acontecimientos, han olvidado todo lo que les enseñé.

—¿Tus hijos? —Entró despacio en la habitación—. Yo ya tengo madre. Y padre.

—Y te deseo que seas muy feliz con ellos. Espero que encuentres un lugar en el que sepan tratar la enfermedad de Stephanie con competencia.

Los diez mil de Sebastian ya habían aparecido en la cuenta de Gillian. Había recibido el pago, pero también una advertencia. Las llamadas y los mensajes no tardaron en bombardear su teléfono. El administrador de la clínica. Un don nadie del departamento legal de Miscellany. Su madre tendría que abandonar el nuevo centro en cuestión de días, quizá de horas. Gillian quería creer que encontraría la manera de impedirlo, pero todavía no sabía cómo.

—Nos las arreglaremos —aseguró—. Me ocuparé de ello.

—No tengo ninguna duda.

La foto de los concursantes seguía colgada en la pared, sobre su cabeza. La habían movido, solo un poco. Después de que Gillian se hubiera llevado el lápiz de memoria ya no quedaba ningún secreto allí.

El dedo de Sebastian presionaba la tecla de borrar una y otra vez. No estaba satisfecho con lo que había escrito.

—He oído la noticia —dijo Gillian—. La Segunda Temporada se cancela oficialmente.

—Eso no es ninguna noticia. No se puede cancelar lo que nunca se anunció.

—Pero no he oído nada sobre la Escuela Kundojjala. Dijiste que sería el primer centro de ese tipo.

—Y lo será. Cuando llegue el momento. —Por fin había conseguido arrancarlo del teclado. Giró la silla. La miraba con un rostro imperturbable en el que se adivinaba alguna grieta de irritación. Estaba allí sentado, en su trono, y se atrevía a enfadarse porque

Tommy había muerto, porque familias como los Navarro habían quedado destrozadas. Estaba enfadado porque la preocupación por la vida humana retrasaba la entrega de su visión.

—¿Qué sentido tiene todo esto? —preguntó Gillian.

La pregunta lo pilló desprevenido. Abrió la boca como un pez antes de poder encontrar la respuesta.

—Lo hago por los niños, por supuesto.

Lo había repetido tantas veces que quizá hasta se lo creía. Incluso la propia Gillian se había empeñado en creerlo de nuevo, después de tantos años.

Se le acercó un poco más. Olió el perfume de su jabón, a aire de la montaña, a limpio. Pero debajo, el hedor del sudor: el subproducto del esfuerzo. Ponía mucho empeño en mantener la farsa.

—Somos como tú —dijo ella—. Exactamente como tú.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Tienes tus moldes. Dices que rompes paradigmas, que cruzas fronteras y creas personas nuevas. Pero eso es mentira. Tomas a esos niños, tan inocentes, tan maleables, y los metes a la fuerza en moldes con forma de Sebastian. Y si no encajan, si se rompen, los tiras y empiezas de nuevo.

Quería que él la contradijera. Que se levantara, que pontificara, que le ofreciera una versión más noble de cómo encajaban todas las piezas. Al fin y al cabo, era su visión. Nadie evangelizaba sobre la misión como lo hacía él. Pero Sebastian se limitó a dejar caer las manos sobre el regazo. Las miró, como si le hubieran fallado, y negó con la cabeza.

—Nunca logré llegar a ti.

En la playa, cuando había resuelto el rompecabezas y había encontrado el mensaje de Sebastian, algo esencial se había roto en su interior. Y le había sorprendido lo mucho que le había dolido, después de todo. Creía que estaría enfadada. Que lo odiaría. No que lo echaría de menos. El Sebastian que ella había inventado había estado allí durante mucho tiempo.

Se fijó en el reloj. En la plomada y en los demás objetos de atrezo. Todo era una representación. Teatro. Pero muy peligroso para quien no podía escapar de su hechizo.

—No te dejarán hacer daño a más niños —dijo—. Te detendrán.

—¿Me detendrán? —Soltó una risa airada—. ¿Quiénes? Miscellany no se irá a ninguna parte. Construí un imperio desde la nada. He creado acertijos, juegos, laberintos y rimas para entretener a millones de niños. Sin sesgo de género, sin sesgo racial ni tampoco económico. Todos son bienvenidos a ejercitar la mente y a destacar. Liberados de las cadenas de su entorno y de una sociedad que mete a los niños en un hoyo desde el principio. Les enseñamos el ABC de las letras y las matemáticas, el corro de la patata y esperamos que crezcan sin ser unos autómatas. La mente... —Se golpeó la sien con un dedo—. Esta es la salida. Esta es la misión. Me duele que te sientas utilizada, pero no necesito que me des las gracias. Tú existes. Ese es mi premio.

Por un momento, la convenció otra vez. Había tirado de los lazos de su inseguridad. Quizá Sebastian no tuvo nada que ver con lo que había pasado con Tommy. Tal vez Evelina lo había tramado todo, y Leah había ocultado los detalles. Pero que Sebastian no hubiera sido cómplice en eso no importaba, porque lo era hasta la médula de todos los demás delitos. Miscellany era la mayor estafa de todas.

Y lo peor de todo era que Gillian volvería a apuntarse si se le presentara la ocasión. Se pondría en la fila para acabar engañada. Con solo escuchar las palabras de ese hombre, el mismo que cuando salía al escenario y miraba a su público de cientos de personas le hacía creer que lo más importante era ella. Que hablaba solo para ella.

No podía dejarle entrar de nuevo en su vida. Ni siquiera un poco.

—Miscellany eres tú —dijo—. Y morirá contigo.

El rostro de Sebastian seguía siendo una máscara, pero sus ojos se contrajeron por un instante. Gillian lo había herido, como él la había herido a ella. Por primera vez, estaban al mismo nivel.

Cuando Gillian se marchó, se preguntó si los hombres de Sebastian la estarían esperando, como había ocurrido tantos años atrás. El equipo de seguridad listo para escoltarla fuera del recinto. Pero nadie la tocó. La dejaron salir al mundo, libre y sin ataduras.

40

El coche que le había encargado Ellsberg la esperaba en el mismo lugar donde la habían dejado el primer día. El conductor era un hombre de voz ronca muy parecido a Papá Noel, si este hubiera pesado cuarenta kilos menos y fumara un paquete al día. A Papá Noel no pareció molestarle que Gillian dejara su bolsa en el maletero sin mediar palabra. Y ella se lo agradeció.

Ellsberg la aguardaba junto al coche, garabateando con furia uno de sus crucigramas diarios. Gillian se le acercó y lo observó trabajar.

—El veinte horizontal es Brian Eno.

—Gracias. Lo sé.

—No lo has escrito.

—No es una competición. Ya llegaré ahí.

—Siempre es una competición —replicó Gillian con una sonrisa, y esta vez era sincera.

Le habría gustado que Tommy le hubiera gastado una de sus bromas. Que hubiera salido del coche riendo, arrancándose una máscara de cadáver con un tachán, demostrando que una vez más la había ganado. Pero en el asiento trasero no había nadie. Allí solo estaban ella y Ellsberg.

—Voy a echar de menos esta parte —dijo.

—¿Eso de tocarme las narices?

Ella rio.

—Exactamente eso.

Él se colocó el bolígrafo tras la oreja.

—¿Y ahora qué vas a hacer?

—No volver a conducir. —Papá Noel escupió un gargajo amarillo antes de encenderse un cigarrillo—. A no ser que no tenga un plan mejor.

—¿La gran Gillian Charles planeando y conspirando? —Ellsberg parecía relajado. Bromeaba con ella como si tuviera veinte años menos—. El mundo debería andarse con cuidado.

Gillian quiso creerle. Pero no tenía ningún plan, ni para su madre ni para ella.

—Este es el tipo de motivación que necesitaba.

Ellsberg la observó con atención, como si fuera un nuevo crucigrama por resolver.

—¿Puedo hacerte una sugerencia?

Gillian lo miró con recelo. El rostro de Ellsberg, sin embargo, tenía una expresión sincera y ella estaba demasiado agotada para pensar en nuevas traiciones.

—Adelante.

—La competición Big Idea Competition.

Gillian la conocía: era un concurso de ideas emprendedoras en el que participaban exalumnos y estudiantes de la Universidad de Dallas.

—No estudié en esa universidad.

—Tú, precisamente tú, deberías saber que siempre hay excepciones. Además, ahí se mueve mucho dinero. Circula más capital de riesgo que payasos en un circo. Mark Cuban fue jurado el año pasado.

El sol proyectaba la sombra de la silueta de Miscellany sobre el aparcamiento. Gillian levantó la mirada hacia los muros y las torres. Por suerte, desde allí no alcanzaba a ver el rostro de Sebastian. Pero sabía que él la estaba observando.

Había ido hasta allí para ayudar a su madre. Ahora que tenía a Miscellany en contra, todo sería más difícil. Pero Gillian ya había afrontado situaciones peores: en su familia eran todos luchadores, desde mucho antes del Certamen. Si la Big Idea Competition no era su camino, encontraría otro: la beca MacArthur, sus contactos en Los Ángeles, los aparcacoches de los hoteles que transportaban fortunas de Dallas... Cualquiera que no viviera en una torre ni hablara utilizando acertijos. Como decía Tommy, sus relaciones le abrirían las puertas. Su ingenio haría el resto.

Alzó la vista una vez más. Salir de allí había determinado la naturaleza de su relación con Sebastian, pero aún no había cortado todos los lazos. Eso llevaría tiempo. Tal vez no lo lograra nunca. Aun así, debía intentarlo.

Y no tenía por qué hacerlo sola.

—Ven a trabajar conmigo —dijo.

Ellsberg dejó caer su crucigrama.

—¿Qué?

El corazón de Gillian dio un brinco. Sí. Exacto.

—Ven a trabajar conmigo.

La propuesta lo dejó un poco aturdido.

—¿Vendiendo fulares?

—¿De qué tienes miedo? ¿De Sebastian? ¿Por qué debería ser él quien decida? No es dueño de nuestros sueños. Ni de lejos. Participamos en el Certamen. Superó las pruebas uno entre un

millón, y ni la mitad lo hizo tan bien como nosotros. Juntos, sin él de por medio... —Si hubiera estado caminando, se habría movido con paso triunfal—. No habría nadie en el mundo capaz de detenernos.

Ellsberg soltó un bufido.

—Suena arriesgado.

—Y lo es. Es arriesgado de narices.

Él masticó el aire, pensativo.

—¿Y qué haríamos?

—La pregunta correcta es: ¿qué no haríamos?

Le gustó la respuesta. Una sonrisa traviesa se le escapó entre los labios.

—¿Y el dinero?

La sonrisa de Gillian se heló. No iba a sebastianearlo. La sinceridad primero.

—No tengo ni idea, Ellsberg.

La verdad lo hizo volver a la realidad. Asintió, mirando hacia el cielo azul y las nubes blancas. En el horizonte se cernía una nube más oscura. Era difícil saber hacia dónde se dirigía.

—Sabré dónde encontrarte —dijo al fin.

Gillian no pudo evitar la decepción. Por un instante, había visto la imagen: los dos conduciendo hacia el atardecer a punto de conquistar el mundo. Pero Ellsberg debía tomar la decisión solo; de otro modo, sus palabras no tendrían sentido. Le tendió la mano.

—Inténtalo.

Él sonrió, le dio un fuerte apretón y recogió su crucigrama del suelo antes de volver a Miscellany, como si dispusiera de todo el tiempo del mundo.

Gillian subió al coche. Papá Noel apagó el cigarrillo y se acomodó al volante. Un ambientador con forma de árbol se balanceaba, colgado del espejo retrovisor. Gillian casi esperaba que un reno borracho se desplomara sobre el capó.

—¿Trabajas en ese sitio de los rompecabezas? —preguntó el conductor con su cálido acento del sur, esa forma de hablar engañosamente amable con la que uno baja la guardia hasta que se da cuenta de que ya lo han enredado.

A Gillian le cayó bien aquel Papá Noel paleto.

—No. Solo he venido de visita.

—¿Por trabajo o por placer?

—Un poco de ambos —dijo tras pensarlo—. Una especie de... reencuentro.

—Ah, el concurso. Lo oí en la NPR.

Le encantó saber que escuchaba la NPR.

—Entonces participaste en el Certamen —prosiguió él—. ¿Ganaste?

Durante años, Gillian había repetido que Sebastian le había negado la victoria. Pero era ella quien le había otorgado ese poder. Gillian había atado a ese instante todas sus oportunidades perdidas: cada bicicleta que no pudo tener, cada escuela a la que no pudo asistir, cada trabajo que no consiguió. Todo quedaba reducido a aquel momento en que no bailó lo bastante rápido para Sebastian Luna. Nunca bailaría lo bastante rápido. Pero quizá ya no hacía falta.

¿Ganó?

Gillian sonrió. Y le dio al hombre su respuesta.

AGRADECIMIENTOS

En el proceso de creación de este libro participaron más personas de las que puedo mencionar. Pero lo intentaré de todos modos.

A mi mujer Karen, que soportó mucho, incluidas interminables historias sobre la escritura que no llevaban a ninguna parte. Os lo aseguro: el proceso es más interesante de lo que parece.

A mis hijos Rachel, Riley y Sean. No habéis contribuido en nada en este libro, pero os quiero igual.

A mi madre, que me preguntó una y otra vez cuándo saldría el libro en tapa dura. No, mamá, no puedes «pagarles para que lo hagan».

A mis compañeros de escritura de Viable Paradise, del Cord, o de donde sea. Especialmente a Stephen Blackmoore y Héctor Acosta, que tuvieron la amabilidad de leer las primeras versiones del libro. Mataría por vosotros. Metafóricamente hablando...

A Lisa Rodgers, mi agente. Este libro no existiría sin ti. Me gustaría decir que la próxima vez será más fácil, pero sabemos que no es así.

A Gemma Creffield y a todo el equipo de la editorial Datura. Creísteis en mí y en este libro. Al menos, antes de leer lo de matar.

Y a todos los demás que contribuyeron a que este libro fuera posible. ¿Qué hicisteis? Tal vez simplemente os mantuvisteis al margen. Por eso, os doy las gracias.

CONSULTE OTROS TÍTULOS DEL CATÁLOGO EN:
www.rbalibros.com